

**Gyles Brandreth**

**OSCAR WILDE**

**Y UNA MUERTE  
SIN IMPORTANCIA**



**Lectulandia**

Londres, 1889. El célebre poeta y dramaturgo Oscar Wilde es ya una sensación literaria. Toda Europa está a sus pies y éste es su mejor momento. Pero cuando se encuentra con el cadáver desnudo de Billy Wood, un bello modelo adolescente, que ha sido degollado en una habitación oscura y asfixiante, no puede olvidar el brutal asesinato. Con la ayuda de su colega Arthur Conan Doyle, se dispone a resolver el crimen. Y, finalmente, tanto su peculiar ingenio como su acceso irrestricto a todos los ámbitos de la vida victoriana, desde los suntuosos salones de la bohemia mundana hasta el submundo criminal, terminan siendo elementos decisivos en la investigación del que resulta ser el primero de una serie de homicidios estrambóticos e inexplicables.

«*Oscar Wilde y una muerte sin importancia*» combina una apasionante trama policíaca con la indiscreta revelación del mundo secreto de Oscar Wilde, desde sus sorprendentes amistades hasta su complejo matrimonio y su especial relación con Aidan Fraser, inspector de Scotland Yard.

Con el exótico trasfondo de Londres, Oxford, Edimburgo y París de finales del siglo XIX, Gyles Brandreth nos trae el característico y brillante ingenio de Oscar Wilde entrelazando toda la intriga y fascinación de la clásica novela inglesa de misterio con el irresistible retrato de uno de los grandes genios de la era victoriana.

**Lectulandia**

Gyles Brandreth

# **Oscar Wilde y una muerte sin importancia**

**Saga: Los misterios de Oscar Wilde - 1**

ePub r1.0

SebastiánArena 29.04.14

Título original: *Oscar Wilde and the Candlelight Murders*

Gyles Brandreth, 2007

Traducción: Alejandro Palomas

Retoque de cubierta: SebastiánArena

Editor digital: SebastiánArena

ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



«Hay que ver qué vida tan escabrosa —tan llena de extraordinarios incidentes— lleva Oscar. ¡Qué gran reto para los biógrafos del siglo que viene!».

MAX BEERBOHM (1872-1956).

# Extracto de las hasta ahora inéditas memorias de Robert Sherard

*Francia, 1939.*

Mi nombre es Robert Sherard y fui amigo de Oscar Wilde. Nos conocimos en París en 1883, cuando él tenía veintiocho años y era ya famoso, y yo sólo veintiuno y apenas se me conocía. «No deberías llamarme Wilde», me dijo durante nuestro primer encuentro. «Si somos amigos, Robert, deberías llamarme Oscar. Y si no somos más que un par de desconocidos, para ti soy el señor Wilde». No éramos unos desconocidos. Tampoco fuimos amantes. Éramos amigos. Y, después de su muerte, me convertí en su primer y más fiel biógrafo.

Conocí a Oscar Wilde y le quise. No estuve junto a él en la pobre habitación de la pobre posada donde murió. No disfruté del consuelo de poder acompañar a la anónima tumba al solitario coche fúnebre cuyo féretro no adornaba una sola flor.

Sin embargo, mientras a cientos de kilómetros de allí yo leía la noticia de su muerte en soledad y me enteraba del supremo abandono al que le habían confinado aquellos con quienes en todo momento se había mostrado bondadoso, decidí revelar todo lo que sabía de él, contarle al mundo lo que Oscar Wilde fue en realidad, y quizá mi relato ayude a entender mejor a un hombre de corazón singular y dotado de un genio más singular todavía.

Escribo estas líneas en el verano de 1939. La fecha es jueves, 31 de agosto. Los albores de la guerra se ciernen sobre nosotros, aunque para mí eso carezca de significado. Poco me importa quién venza o quién caiga derrotado. Soy ya un anciano y tengo un relato que necesito contar antes de morir. Mi deseo es completar el recuento, «concluir el retrato» lo mejor que pueda. Tal y como en una pineda del sur de Francia asoman los magníficos claros negros y calcinados, lo mismo le ocurre a mi recuerdo. Es mucho lo que ya he olvidado, mucho lo que he intentado olvidar, pero doy fe de que lo que el lector leerá en las páginas siguientes es cierto. Durante los años de mi amistad con Oscar, mantuve un diario en el que daba rendida cuenta de ella. Prometí a Oscar que mantendría su secreto durante cincuenta años. He cumplido mi palabra. Y finalmente ha llegado la hora en que por fin puedo romper mi silencio. Por fin puedo revelar lo que sé sobre Oscar Wilde y los asesinatos a la luz de las velas. Debo hacerlo, pues soy poseedor de la información. Estuve allí. Soy el testigo.

«Los buenos se van primero, aquellos cuyos corazones están secos como el polvo del estío agotan su tiempo».

WILLIAM WORDSWORTH (1770-1850).

# 1.

## 31 de agosto de 1889

Una tarde de sol resplandeciente de finales de agosto de 1889, la puerta principal de una pequeña casa adosada de Cowley Street, en la ciudad de Westminster, junto a las Casas del Parlamento, se abrió para dar entrada a un hombre cuya edad rondaba los treinta y cinco años, alto, con un poco de sobrepeso y vestido con indudable elegancia.

El hombre tenía prisa, algo a lo que aparentemente no estaba habituado. Tenía el rostro encendido y la ancha frente perlada de gotas de sudor. Al entrar a la casa — exactamente el número 23 de Cowley Street— rozó apenas al pasar a la mujer que le había abierto la puerta, cruzó de inmediato el escueto vestíbulo y subió la escalera que llevaba al primer piso. Allí, ante él, al otro lado de un descansillo sin alfombra, había una puerta de madera.

El hombre se detuvo unos instantes. Sonrió, recuperó el aliento, se recolocó el chaleco y, con ambas manos, se atusó los cabellos ondulados y castaños. A continuación, valiéndose de un gesto ligero, casi delicado, llamó a la puerta y, sin esperar respuesta, se adentró en la habitación, un espacio oscuro, con pesados cortinajes en las ventanas, caldeado como un horno e impregnado de olor a incienso. Mientras sus ojos se adaptaban a la penumbra, vio, a la mortecina luz de media docena de velas, tendido en el suelo ante él, el cuerpo desnudo de un muchacho de dieciséis años que había sido degollado de oreja a oreja.

El hombre era Oscar Wilde, poeta, dramaturgo y sensación literaria del momento. El muchacho fallecido era Billy Wood, un prostituto carente de importancia.

Aunque no estuve presente cuando Oscar descubrió el cuerpo mutilado de Billy Wood, le vi horas más tarde y fui la primera persona a la que relató lo que había visto en esa cálida tarde tras los pesados cortinajes de la habitación de Cowley Street.

Esa noche, mi célebre amigo cenaba con su editor norteamericano y yo había quedado en encontrarme con él más tarde, a las diez y media, en su club: el Albemarle, sito en el número 25 de Albemarle Street, junto a Picadilly. Me refiero a él como a «su» club cuando, de hecho, también era el mío. En esa época, el Albemarle fomentaba el ingreso de jóvenes miembros: caballeros de veintiún años ya cumplidos en adelante e incluso jóvenes damas de más de dieciocho. Oscar avaló mi ingreso y, con la generosidad que le caracterizaba, asumió el pago de las ocho guineas de mi inscripción y, año tras año, la suscripción anual de cinco guineas hasta



1895, año en que las puertas de la prisión se abrieron para él. Invariablemente, siempre que nos encontrábamos en el Albemarle, el coste de las bebidas y de la comida que consumíamos se cargaba a su cuenta. Él lo llamaba «nuestro» club. Yo lo consideraba suyo.

Esa noche, Oscar llegó tarde a nuestra cita, cosa harto infrecuente en él. Aunque en general adoptaba una actitud lánguida y fingía ser un diletante, como norma, si concertaba contigo una cita, la mantenía. A pesar de que en raras ocasiones llevaba reloj, siempre parecía estar al corriente de la hora.

—A mis amigos nada debe faltarles, ni nadie debe hacerles esperar —decía.

Como sin duda confirmarán quienes le conocieron, era un modelo de consideración, un hombre de una cortesía infinita. Incluso en momentos de gran tensión, sus modales eran siempre impecables.

Eran más de las once y cuarto cuando por fin llegó. Yo estaba solo en el salón de fumar, repantigado en el sofá delante de la chimenea. Aunque había leído por encima las páginas del periódico de la tarde al menos cuatro veces, no había entendido una sola palabra. Estaba preocupado. (Aquél fue el año en que se había roto mi primer matrimonio. Marthe, mi esposa, se había ofendido a causa de mi amiga Kaitlyn, ¡y Kaitlyn había huido a Viena! Como le gustaba decir a Oscar: «La vida es la pesadilla que nos impide vivir»). Cuando entró apresuradamente al salón, yo casi había olvidado que aguardaba su llegada. Y, cuando levanté los ojos y le vi allí mirándome, me sobresaltó su aspecto. Parecía exhausto; tenía círculos oscuros y ocres bajo sus ojos de grandes párpados. Era obvio que no se había afeitado desde esa mañana y, algo realmente sorprendente para alguien tan quisquilloso como él, no se había cambiado para cenar. Lucía un atuendo corriente: traje diseñado por él de un pesado sargo azul con chaleco a juego abotonado hasta el magnífico nudo de su corbata de color bermellón. Conociendo sus gustos y costumbres, era un atuendo de corte comparativamente conservador, pero resultaba muy sorprendente porque era sin duda inapropiado para la época del año.

—Es imperdonable, Robert —dijo, derrumbándose en el sofá situado delante del mío—. Llego casi con una hora de retraso y tu copa está vacía. ¡Hubbard! Champán para el señor Sherard, hágame el favor. O mejor, una botella para los dos. —En la vida hay dos clases de personas: las que consiguen captar la atención de los camareros y las que no. Siempre que yo llegaba al Albemarle, los sirvientes del club parecían dispersarse automáticamente. Cuando era Oscar quien aparecía, revoloteaban serviciales a su alrededor. Se desvivían por él. Oscar dejaba propinas principescas y los trataba como a sus aliados.

—Veo que has tenido un día ocupado —aventuré, dejando el periódico a un lado y sonriendo a mi amigo.

—Qué amable eres al no castigarme, Robert —dijo, sonriendo también él,

apoyando la espalda contra el respaldo del sofá y encendiendo un cigarrillo. Echó la cerilla apagada en la rejilla vacía de la chimenea—. Ha sido un día inquietante — prosiguió—. Hoy he recibido una gran alegría y también he sufrido un gran pesar.

—Cuéntame —le animé. Intenté expresarme alegremente. Le conocía bien. Para un hombre que terminó víctima de una brutal indiscreción, era notablemente discreto. Compartía contigo sus secretos, pero sólo si no le presionabas para que lo hiciera.

—Primero te hablaré de la alegría —dijo—. El pesar puede esperar.

Guardamos silencio mientras Hubbard nos servía el champán. Lo hizo con obsequiosa ceremonia. (¡Y vive Dios que se tomó su tiempo!). Cuando por fin se marchó, esperé a que Oscar retomara su relato, pero él se limitó a alzar su copa hacia mí, mirándome con unos ojos distraídos y hastiados.

—¿Qué tal la cena? —pregunté—. ¿Cómo ha estado tu editor?

—La cena —respondió, despertando de su ensueño— ha sido en el hotel Langham, donde tanto la decoración como la carne están demasiado pasadas. Mi editor, el señor Stoddart, es un encanto. Es norteamericano, de ahí que le rodee ese halo tan lleno de energía y de orgullo. Es el editor de la revista *Lippincott's Monthly Magazine*...

—¿Y te ha hecho un nuevo encargo? —conjeturé.

—Mejor aún. Me ha presentado a un nuevo amigo. —Arqueé una ceja—. Sí, Robert, esta noche he hecho un amigo nuevo. Te gustará.

Yo estaba ya acostumbrado a los repentinos arrebatos de entusiasmo de Oscar.

—¿Voy a conocerle? —pregunté.

—En breve, siempre que tengas algo de tiempo libre.

—¿Va a venir aquí? —Eché una mirada al reloj de la repisa de la chimenea.

—No, iremos a verle nosotros... para desayunar. Necesito su consejo.

—¿Consejo?

—Es médico. Y también escocés. De Southsea.

—No me extraña que estés inquieto, Oscar —dije, echándome a reír. También él se rió. Siempre se reía con los chistes de los demás. No había la menor sombra de mezquindad en Oscar Wilde—. ¿Por qué estuvo presente en la cena? —pregunté.

—Porque también es escritor... novelista. ¿Has leído *Micah Clarke*? La Escocia del siglo diecisiete jamás ha resultado más distraída.

—No, no la he leído, pero sé exactamente a lo que te refieres. Hoy había un artículo sobre él en *The Times*. Es el hombre de moda: Arthur Doyle.

—Arthur *Conan* Doyle. Le da poca importancia a eso. Sospecho que debe de tener tu edad: veintinueve, quizá treinta años, aunque le envuelve un aire de gravedad que le hace parecer mucho mayor. Es un hombre claramente brillante, un científico que sabe bien jugar con las palabras, y bastante apuesto, siempre que uno sea capaz de imaginar su rostro bajo ese bigote de morsa. A primera vista, parece un cazador de

caza mayor recién llegado del Congo, pero aparte de su apretón de manos, que resulta del todo intolerable, no tiene nada de bruto. Es suave como san Sebastián y sabio como san Agustín de Hipona.

Volví a reírme.

—Te veo entusiasmado, Oscar.

—Y presa de la envidia —respondió—. El joven Arthur ha causado sensación con su nueva creación.

—Sherlock Holmes —dije—, detective privado. *Estudio en escarlata*. Lo he leído. Es excelente.

—Stoddart opina lo mismo. Quiere la continuación. Y, entre la sopa y el pescado, Arthur le ha prometido que la tendrá. Al parecer, se titulará *El signo de los cuatro*.

—¿Y qué hay de la historia que ibas a escribirle al señor Stoddart?

—La mía también será una novela de misterio, aunque un poco distinta. —De pronto cambió el tono de voz—. Tratará sobre el asesinato que escapa a los mecanismos de detección ordinarios. —El reloj dio el cuarto. Oscar encendió un segundo cigarrillo. Guardó unos segundos de silencio y fijó la mirada en la rejilla vacía—. Esta noche hemos hablado mucho de asesinatos —dijo con voz queda—. ¿Te acuerdas de Marie Aguétant?

—Naturalmente —fue mi respuesta.

No era una dama a la que resultara fácil olvidar. A su modo, y en su día, fue la mujer más notable de toda Francia. La conocí en compañía de Oscar en París en el año 83, en el Edén Music Hall. Cenamos juntos los tres —ostras y champán, seguido de paté de *foie-gras* y Barsac—, y Oscar habló, habló y habló como nunca antes le había oído hacerlo. Hablaba en francés, en un francés perfecto, y habló del amor, de la muerte y de la poesía, y de la poesía del amor y de la muerte. Yo le escuchaba maravillado, embelesado ante su genio, y Marie Aguétant estaba sentada con sus manos entre las de él, transpuesta. Y entonces, un poco bebida, repentina e inesperadamente, le pidió a Oscar que durmiera con ella esa noche.

—*Où? Quand? Combien?* —preguntó él.

—*Içi, ce soir, gratuit* —respondió ella.

—Pienso en ella a menudo —dijo Oscar—, y también en esa noche. ¡Menudos animales somos los hombres! Marie era una furcia, Robert, pero tenía un corazón puro. Supongo que sabes que murió asesinada.

—Lo sé —respondí—. Ya lo habíamos comentado.

—Arthur ha comentado los asesinatos de las mujeres de Whitechapel —prosiguió, sin reparar en mi respuesta—. Ha hablado de ellos con la precisión y el detalle de un forense. Está convencido de que Jack el Destripador es un caballero, o al menos un hombre culto. Se ha mostrado particularmente interesado en el caso de Annie Chapman, la pobre criatura que encontraron en la parte trasera del orfanato del

doctor Barnardo, en Hanbury Street. Según ha dicho, a la señorita Chapman le habían extirpado la matriz, y lo había hecho alguien experto. Estaba ansioso por mostrarme un dibujo del cadáver eviscerado de la pobre chiquilla, a lo que yo me he opuesto, para luego, en un arranque quizás algo torpe por mi parte, intentar alegrar los ánimos. Le he contado, para divertirle la reacción del falsificador Wainewright cuando fue censurado por un amigo por el asesinato de una mujer cuya autoría había reconocido. «Sí, fue un acto espantoso, pero es que tenía los tobillos muy anchos».

—¿Le ha divertido el comentario? —pregunté.

—¿A Arthur? Apenas ha sonreído, mientras que Stoddart se ha partido de risa. Y a continuación, con gran entusiasmo, me ha preguntado si me creía capaz de cometer un asesinato. «Oh, no», le he respondido. «No debe hacerse nada de lo que no se pueda hablar durante la cena».

—Supongo que se habrá reído entonces.

—En absoluto. Se ha puesto muy serio y ha dicho: «Señor Wilde, se ríe usted de lo que más teme de sí mismo. Es una costumbre peligrosa. Será su perdición». Ha sido en ese preciso instante cuando me he dado cuenta de que era mi amigo. Ha sido entonces cuando he tenido ganas de contarle lo que he visto esta tarde... pero no me he atrevido. Stoddart estaba allí. Stoddart no lo habría entendido. —Apuró su copa—. Ésa, mi querido Robert, es la razón por la que volveremos a ver a mi nuevo amigo por la mañana. Ahora debo irme. Los relojes del club daban las doce.

—Pero, Oscar —grité—, no me has dicho lo que has visto esta tarde.

Se levantó.

—He visto un lienzo desgarrado en dos. He visto una preciosidad destrozada por las manos de unos vándalos.

—No te entiendo.

—He visto a Billy Wood en una habitación de Cowley Street.

—¿A Billy Wood?

—Uno de los chiquillos de Bellotti. Le habían asesinado. A la luz de las velas. En una habitación del primer piso. Tengo que saber por qué. ¿Cuál puede haber sido el motivo? Tengo que saber quién ha podido hacer algo tan terrible. —Tomó mi mano en la suya—. Debo irme, Robert. Es medianoche. Mañana te lo contaré todo. Encontrémonos en el hotel Langham a las ocho. El buen doctor estará ya desayunando sus gachas. Le atraparemos a tiempo. Él nos mostrará el camino que tomar. Le he prometido a Constance que pasaría la noche en casa. Tite Street me llama. Tú ya no estás casado, Robert, pero yo tengo mis obligaciones. Mi esposa, mis hijos. Quiero verles dormir sanos y salvos. Los adoro. Y también a ti te quiero, Robert. Al menos podemos decir que hemos oído el toque de la medianoche<sup>[1]</sup>.

Y se marchó. Desapareció del salón con una floritura. A pesar de que había llegado exhausto, pareció partir recuperado. Mientras vaciaba en mi copa el resto de

la botella, medité sobre lo que Oscar me había dicho, pero fui incapaz de encontrarle el menor sentido. ¿Quién era Billy Wood? ¿Quién era Bellotti? ¿Qué habitación de qué primer piso? ¿Se trataba de un auténtico asesinato o no era más que una de las fantásticas alegorías de Oscar?

Terminé mi champán y me fui del club. Para mi sorpresa, Hubbard se mostró casi cortés al darme las buenas noches. Había taxis en la fila de Picadilly y, como ese mes había vendido dos artículos, tenía fondos, pero hacía una noche agradable —en el cielo brillaba una luminosa luna de agosto— y las calles estaban tan tranquilas que decidí volver andando a mi habitación de Gower Street.

Veinte minutos más tarde, mientras iba en dirección norte hacia Oxford Street, al doblar desde un estrecho callejón lateral y salir a Soho Square, me detuve de pronto y volví a buscar el cobijo de las sombras. Al otro lado de la plaza desierta, junto a la nueva iglesia de San Patricio, todavía cubierta de andamios, vi un cabriolé al que subían, iluminados por un rayo de luna, un hombre y una joven. El hombre era Oscar, de eso no había duda. Pero a la mujer no logré reconocerla; tenía la cara espantosamente desfigurada y, por el modo en que se arrebujaba en su chal, percibí que era presa de un miedo horrible.

## 2.

1 de septiembre de 1889

—¡Llegas tarde, Robert! Deberías haber cogido el metro como yo.

Llegaba tarde y estaba preocupado. Estaba perplejo por lo que había presenciado en Soho Square la noche anterior; consecuentemente, había dormido mal y me había levantado más tarde de lo previsto; y encima había cometido la estupidez de dejarme distraer por una impertinente carta más del abogado de mi exesposa.

Oscar, en cambio, estaba exuberante y parecía no tener ninguna preocupación. Les encontré, a él y a Conan Doyle, ocultos tras un ciprés situado en el rincón más lejano del laberíntico palmeral del hotel Langham. Estaban sentados muy juntos, el uno al lado del otro —como el Sombrerero Loco y la Liebre de Marzo<sup>[2]</sup>— en una larga mesa cubierta por un mantel de lino y rodeados por los restos del desayuno. Oscar, vestía, como no tardé en percatarme, el mismo traje de la noche anterior, aunque se había cambiado de camisa y corbata. Conan Doyle —más joven, menudo y de mejillas más sonrosadas de lo que la descripción de Oscar me había llevado a esperar— había caído ya evidentemente bajo el hechizo del brujo. Cuando Oscar nos presentó, Doyle me sonrió con cierta reticencia, pero apenas volvió a dirigirme la mirada. Estaba total y absolutamente absorbido por la magia del maestro.

Oscar pidió para mí café recién hecho.

—Llegas demasiado tarde para el desayuno, Robert, pero al menos estás aún a tiempo para oír mi relato y tomar buena nota del consejo de Arthur. Seré breve, pues nuestro nuevo amigo está ansioso por dejarnos y dejar también Londres, «ese gran pozo negro», como él la llama, «al que todos los holgazanes del Imperio se ven irresistiblemente arrastrados». Nosotros somos los holgazanes, Robert.

Doyle intentó en vano protestar, pero Oscar estaba lanzado y nada podía detenerle.

—No, no, créeme —prosiguió—. Arthur quiere marcharse de inmediato. Su tren sale dentro de una hora. Tiene su billete y magros medios para comprar otro. Está falto de liquidez, Robert. Como te ocurre a ti, el dinero es para él una preocupación constante. Pero a diferencia de ti, él paga sus facturas puntualmente. Además, es el cumpleaños de su esposa y está ansioso por volver junto a ella, cargado de regalos.

Oscar hizo una pausa para tomar un sorbo de café. Doyle le miraba con los ojos como platos de pura admiración.

—Señor Wilde, es usted increíble —dijo—. Está usted en lo cierto hasta en el más

mínimo detalle.

—Vamos, Arthur, basta de «señor Wilde», por favor. Soy su amigo. Y he estudiado su *Estudio en escarlata*. Esto no es más que una nimiedad.

Doyle se pellizcó el labio inferior, encantado.

—Muéstreme su metodología —dijo.

Oscar le complació, feliz.

—Bueno, Arthur, supuse que andaba escaso de dinero anoche a tenor de la presteza con la que aceptó la invitación que le extendió Stoddart para que le escribiera algo y de oírle preguntar en cuánto tiempo podía esperar el pago por su entrega. Esta mañana, cuando he llegado al hotel, todavía no eran las ocho y usted ya estaba en recepción, cancelando su cuenta. He visto su talonario. Aunque aún por estrenar, el cheque que estaba a punto de utilizar era el último del talonario. Teniendo en cuenta que ayer fue el último día del mes, me he dicho: «El buen doctor es un hombre al que le gusta pagar sus facturas puntualmente».

—Estoy impresionado —dijo Doyle entre risas.

—Pues yo no —respondió Oscar, simulando una seriedad repentina—. Los que pagan sus facturas son rápidamente olvidados. Sólo no pagando nuestras facturas podemos albergar la esperanza de perdurar en el recuerdo de las clases comerciales. No me costó suponer que tenía planeado coger un tren a primera hora porque, de otro modo, ¿qué sentido tenía que pagara la cuenta del hotel antes del desayuno y mandara bajar su equipaje al vestíbulo?

—Pero ¿cómo sabía que hoy es el cumpleaños de mi esposa?

—Su equipaje incluye un ramo de flores frescas en las que he visto incluida una tarjeta, y una sombrerera. Aunque todavía no le conozco bien, Arthur, sí creo conocerle lo suficiente como para estar seguro de que no se trata de regalos que tienen como destino un capricho pasajero. Sin embargo, me preocupó la sombrerera...

—Estoy ciertamente ansioso a causa de ese sombrero —intervino Doyle—. Quizá no sea la elección más acertada.

—Un sombrero para una dama jamás es la elección acertada —dijo Oscar, alargando el instante mientras removía su café y meditaba su siguiente idea—. En la antigua Atenas, no existían ni las sombrererías ni sus facturas, así de magnífica era la civilización.

Doyle agitaba la cabeza, encantado e incrédulo.

—¿Y cómo sabe que ya he comprado mi billete de tren? —preguntó.

—¡Porque lo he visto asomar del bolsillo delantero izquierdo de su chaqueta! —fue la respuesta de Oscar.

Conan Doyle se rió y palmeó la mesa dando muestras de un grado tal de entusiasmo que las cucharillas tintinearón en sus platos.

—Arthur. —Oscar se volvió hacia Doyle y le miró a los ojos con repentina intensidad—. Me alegro de haberle hecho reír, pues no tardaré en hacerle llorar. Las palabras de Mercurio son cruentas tras las rimas de Apolo. Si tiene lágrimas que derramar, prepárese a derramarlas ahora.

Doyle devolvió la mirada a Oscar y esbozó la tranquilizadora sonrisa propia de un gentil médico de pueblo.

—Ponga voz a su relato —dijo—. Soy todo oídos.

—Le contaré lo ocurrido del modo más sencillo que pueda —empezó Oscar—. En realidad, puede contarse de forma muy sencilla. —Bajó la voz al hablar. Recuerdo cada una de sus palabras con precisión pues las anoté esa misma noche, pero también recuerdo que tuve que inclinarme sobre la mesa para oírle—. Ayer por la tarde —continuó—, entre las tres y media y las cuatro, me presenté en la puerta del número veintitrés de Cowley Street, en Westminster. Tenía allí una cita y llegaba tarde. Llamé sin miramientos a la puerta, pero no obtuve respuesta. Llamé al timbre... todavía nada. Impaciente, volví a llamar, esta vez más fuerte. Toqué el timbre de nuevo. Por fin, después de lo que calculo que debieron de ser varios minutos, el ama de llaves me hizo pasar. Como llegaba tarde, no esperé a oír sus disculpas. Subí la escalera de inmediato, solo, y entré al salón del primer piso. Nada me había preparado para la escena que me aguardaba allí. Era una escena de horror, grotesca y penosa.

Hizo una pausa, sacudió la cabeza y encendió un cigarrillo.

—Prosiga —le animó Conan Doyle.

Oscar aspiró el humo del cigarrillo y, empleando un tono apenas un poco más alto que un suspiro, continuó su relato.

—Allí, tumbado en el suelo, con los pies hacia mí, estaba el cuerpo de un chiquillo, un muchacho llamado Billy Wood. Tenía el torso empapado en sangre, la que relucía como cientos de rubíes líquidos, sangre apenas coagulada. Podía haber muerto unos minutos antes de mi llegada. Estaba desnudo, desnudo del todo. La sangre lo impregnaba todo, a excepción de su rostro, que parecía intacto. Reconocí su rostro enseguida, aunque le habían cortado el cuello de oreja a oreja.

La mirada de Conan Doyle se mantuvo fija en Oscar.

—¿Qué hizo entonces? —preguntó.

—Salí volando de allí —respondió Oscar, bajando la mirada como avergonzado por su reacción.

—¿Interrogó al ama de llaves?

—No.

—¿Llamó a la policía?

—No. Me fui andando por el dique hacia Chelsea, hacia Tite Street, en dirección a mi casa. Debí de caminar durante una hora y, mientras andaba y veía el reflejo del sol en el lustre negro del río y pasaba junto a otros paseantes que disfrutaban de los



placeres de un paseo a media tarde, empecé a preguntarme si lo que había visto era real o tan sólo una mala jugada de mi imaginación. Llegué a casa, saludé a mi esposa y besé a mis hijos, pero mientras estaba sentado en su habitación, leyéndoles su cuento de hadas de buenas noches, la imagen del cuerpo de Billy Wood no se apartaba ni un solo segundo de mi mente. Era un chiquillo inocente, como lo son todos. Y hermoso, como todos...

—Pero el tal Billy Wood —intervino Conan Doyle—, ¿no era pariente suyo?

Oscar se rió.

—Desde luego que no. Dudo mucho que tuviera familia. Era un pilluelo de la calle, un niño abandonado, un chiquillo sin educación de quince o dieciséis años. Tenía pocos amigos. Estoy seguro de que no tenía familia.

—Pero ¿le conocía?

—Sí, le conocía... aunque no demasiado bien.

Doyle parecía perplejo.

—¿Y, aun así, fue a Cowley Street para encontrarse con él? Tenía una cita a escondidas.

Oscar se volvió a reír y negó con la cabeza.

—No, por supuesto que no. Apenas le conocía. Tenía una cita profesional en Cowley Street... nada que ver con este asunto. —Doyle abrió aún más los ojos, pero Oscar prosiguió con energía—: Nada que ver con este asunto, Arthur, se lo aseguro. Nada. Mi cita era con un alumno, un estudiante mío. Encontré allí al chiquillo por pura casualidad.

—Pero ¿estaba familiarizado con la casa? ¿Había estado antes allí?

—Sí, pero no esperaba encontrar allí a Billy Wood, ni vivo ni muerto. Hacía un mes o quizá más tiempo que no le veía.

Arthur Conan Doyle se llevó las anchas yemas de los dedos al bigote y murmuró:

—Oscar, estoy confundido. Fue a Cowley Street a encontrarse con un «estudiante» suyo que, según dice, ninguna relación guarda con el caso. ¿Dónde estaba ese estudiante cuando usted llegó a Cowley Street?

—Inevitablemente retrasado. Encontré una nota de él esperándome en casa cuando llegué a Tite Street.

—Y en la misma habitación en la que usted esperaba encontrar a su «alumno» encontró en su lugar el cuerpo de un pillastre, un chiquillo al que apenas conocía, al parecer la víctima de una brutal agresión...

—Un brutal asesinato, Arthur —dijo Oscar con énfasis—. Un asesinato ritual, según creo.

—¿Un asesinato ritual?

—El cuerpo de Billy Wood estaba dispuesto como sobre unas andas funerarias: tenía los brazos cruzados sobre el pecho. Había velas encendidas a su alrededor y el

olor a incienso impregnaba el aire de la habitación.

Conan Doyle recostó la espalda en el respaldo de la silla y, cruzándose de brazos, estudió detenidamente a su nuevo amigo.

—Oscar —dijo con suavidad—, ¿está seguro de que todo esto no es fruto de su imaginación?

—¿Duda de mí?

—No dudo de que crea haber visto lo que dice haber visto. No dudo de su palabra, ni por un instante. Es usted un caballero. Pero también es poeta...

—¡Basta! —Oscar apartó la mesa de un empujón. Se puso en pie—. Esto nada tiene que ver con la imaginación del poeta, Arthur. ¡Acompáñeme! Nos vamos a Cowley Street. ¡Ahora mismo! Le enseñaré lo que vi. También usted será testigo de lo ocurrido. No se trata de una alucinación, Arthur, por mucho que pueda ser la fuente de cualquier pesadilla. ¡Camarero, la cuenta! ¿Vienes con nosotros, Robert? Arthur desconfía de los poetas dementes... y no le culpo. Serás su carabina.

—Pero, Oscar —protestó Conan Doyle—, si todo lo que me ha contado es cierto, esto es un asunto que debería estar en manos de la policía y no de un médico de pueblo. Debo regresar a Southsea. Mi esposa me espera.

—Y lo tendrá a su lado, Arthur. Le llevaremos a la estación de Waterloo pasando por Cowley Street. Perderá un tren; quizá dos. Pero le prometo que estará en Southsea a tiempo para el té.

Conan Doyle siguió protestando, aunque en vano. Oscar se salió con la suya. Oscar siempre se salía con la suya. El poeta, William Butler Yeats, un camarada irlandés al que Oscar me presentó ese mismo año, escribió después acerca de la «dura brillantez» de Oscar, de su «dominante control sobre sí mismo». Yeats reconoció —pocos fueron los que lo hicieron en vida de Oscar— que el aparente aire de indolencia de nuestro amigo enmascaraba una voluntad interior verdaderamente formidable. «Aunque cultivaba la imagen de holgazán —dijo Yeats— lo cierto es que era un hombre de acción. Era un líder. Le seguías aun sin saber muy bien por qué».

Conan Doyle y yo salimos en tropel del hotel Langham tras la estela de Oscar. Él caminaba a grandes zancadas delante de nosotros, *en prince*. A pesar de que no resultaba grandioso ni arrogante, sí era magnífico. Aunque nunca fue guapo, era atractivo, contando como contaba con la ventaja de la altura y de la disciplina de la buena postura. Los camareros se inclinaron de forma instintiva a su paso; otros clientes —hombres y mujeres indistintamente, e incluso, en el patio del hotel, un spaniel King Charles— alzaron la mirada y le saludaron. Quizá ninguno de ellos sabía con exactitud de quién se trataba, pero todos parecían percibir que era alguien.

Minutos más tarde, al tiempo que nuestro faetón dejaba la avenida principal de Abingdon Street para desembocar en la maraña de callejones y callejuelas adoquinadas que llevaban a Cowley Street, Conan Doyle preguntó:

—¿Cowley Street... es una calle respetable?

—No lo sé —respondió Oscar con una sonrisa—. Está muy cerca del Parlamento.

Conan Doyle, concentrado en mirar por la ventanilla del coche, no pareció registrar la chanza. Oscar, que tan serio semejaba cuando se había levantado de la mesa del desayuno del hotel Langham, parecía de pronto no tener ninguna preocupación. Así era a menudo con él. A pesar de ser un hombre de profundas emociones, con frecuencia ocultaba sus sentimientos tras una máscara de indolencia. Creo que lo hacía deliberadamente, buscando con ello poder observar las reacciones que provocaba en quienes le rodeaban. Continuó entonces alegremente:

—El propio Abraham Cowley tuvo un final vergonzante, como suele ocurrir con los poetas menores. Le encontraron en un campo tras beber más de la cuenta y murió de fiebre. Está enterrado en la abadía de Westminster y le dedicaron esta calle como monumento conmemorativo. ¿Conoces su obra, Robert? Según los críticos literarios, sus poemas están plagados de elaboradas metáforas y dotados de una brillantez artificial. Siempre me han resultado simples y afectados. Cowley fue un niño prodigio. Compuso un romance épico a la edad de diez años (¡la edad perfecta para los romances épicos!), y publicó *Poetic Blossoms*, su primer volumen de poesía, cuando sólo tenía quince años. ¡Alto, cochero, alto! Ya hemos llegado. Y miren, caballeros, tenemos a una especie de poética flor aguardando nuestra llegada.

El coche se detuvo de inmediato frente al número 23 de Cowley Street. Sentada en el escalón, apoyada fatigosamente en la lustrosa puerta principal negra, había una mujer corpulenta ya entrada en años que tenía más de arbusto exageradamente fucsia que de poética flor. Su aspecto resultaba a la vez llamativo y absurdo: llevaba unas botas de color azul oscuro, una falda marrón y una chaqueta de rayas en tono verde y bermellón típicos de Lincoln. Tuve la sensación de que podría haber salido perfectamente de una pantomima de Drury Lane: llevaba las mejillas excesivamente maquilladas, los labios pintados de escarlata y su extraordinario perfil quedaba completado por un tocado de color ciruela que reposaba precariamente en lo alto de una masa de vividos rizos naranjas. A su lado tenía un gran morral y sobre sus rodillas un fajo de papeles y un pequeño montón de llaves.

—¿Es ésta la señora que le abrió ayer la puerta? —preguntó Conan Doyle a Oscar mientras descendíamos del coche.

—En absoluto —dijo Oscar, saludando con una inclinación de cabeza a la señora de inverosímil aspecto que en ese momento intentaba ponerse de pie—. Creo que no me equivoco al deducir que hoy es el primer día que esta buena mujer visita el número veintitrés de Cowley Street.

—Así es, señor —respondió la mujer, saludándonos con una leve reverencia y revelando al hacerlo una pequeña pluma de avestruz en el tocado.

—Buen trabajo, Oscar —dijo Doyle—. Sherlock Holmes estaría orgulloso de

usted.

—Creo, Arthur, que hasta el doctor Watson habría sido capaz de llegar a semejante conjetura. La señora tiene páginas arrancadas de una gaceta en una mano y en la otra un juego de llaves con las que sin duda no está familiarizada. Estamos a primero de mes, a uno de septiembre, para ser más exactos o, según la señora lo entiende, el día de... —en este punto Oscar se volvió hacia la señora, que de inmediato masculló las palabras «san Gil» antes de volver a ejecutar una reverencia —, su primer día en su nuevo trabajo, de ahí el sombrero, su mejor sombrero. La señora desea causar una buena impresión en su primer día. ¿Me equivoco, señora O'...?

—O'Keefe, señor —dijo la buena mujer, inclinándose por tercera vez ante nosotros.

—¿Conoce a esta señora? —preguntó Conan Doyle.

—No sé nada de ella —respondió Oscar alegremente—, aparte del hecho más que obvio de que se trata de una viuda, recién llegada de Dublín que, habiendo trabajado en el teatro como camarera de algunas de las actrices principales más distinguidas de Irlanda, está ahora decidida a probar fortuna en la capital del imperio. Aquí le irá bien, ¿no le parece? Sin duda es una mujer con empuje, aunque comprensiblemente fatigada tras el largo paseo desde Ludgate Circus que la ha traído hasta aquí esta mañana.

La señora O'Keefe y Arthur Conan Doyle miraron a Oscar Wilde con los ojos como platos de puro asombro.

—Esto es absolutamente increíble, Oscar —dijo el médico—. Tiene usted que conocerla, no hay duda.

Oscar se rió.

—Oh, vamos, Arthur, todo esto no es más que material elemental... deducción y observación básicas. Me limito a seguir las reglas del maestro. Le ruego que comprenda: ahora que le he conocido, ¡llevo a Holmes en el corazón!

Yo no estaba menos maravillado.

—¿Cómo lo has hecho? —pregunté—. Cuéntanoslo.

—No debemos permitir que la luz del día ilumine la magia, Robert. En cuanto se explica, el truco del mago resulta vulgar.

—Cuéntanoslo, Oscar —insistí.

—Debe de leer usted las mentes, señor —susurró la señora O'Keefe con un perplejo hilo de voz.

—No, mi querida señora —dijo Oscar afablemente—. Ojalá fuera así. Sin embargo —prosiguió, volviéndose hacia ella—, también yo soy de Dublín, de modo que he reconocido enseguida su acento. También me he fijado en el pequeño crucifijo que lleva al cuello y que me ha sugerido que la suya es un alma católica. De ahí que

haya conjeturado que está familiarizada con el santoral y de ahí también que haya supuesto que jamás abandonaría a su marido a no ser que el mismísimo Dios hubiera decidido llevárselo con él. Su ropa de calidad, interesantemente yuxtapuesta, me ha sugerido un vestuario teatral recibido de manos ajenas (de las actrices principales para las que ha trabajado como camarera), y su achispado maquillaje apunta también a un modo de vida vinculado al teatro. Está usted más habituada a vestirse para la noche que para el día.

—Pero ¿cómo ha sabido que vengo de Ludgate Circus?

—Messrs O'Donovan & Brown de Ludgate Circus son los principales suministradores de servicio doméstico procedente de la isla esmeralda. Nos han suministrado varias criadas para Tite Street. He supuesto que habría recogido las llaves en esa dirección a primera hora de la mañana y que habría venido caminando desde allí, perdiéndose un poco por el camino.

—Increíble, Oscar. Sencillamente increíble —masculló Conan Doyle, aplaudiendo presa de la admiración.

—Pero, Oscar, ¿cómo has sabido el apellido de la dama? —pregunté.

—No lo sabía —respondió, revelando sus dientes amarillos e irregulares en una amplia sonrisa—. Me la he jugado con la letra inicial, eso es todo. Más de la mitad de los apellidos irlandeses empiezan por «o». Las probabilidades jugaban en mi favor.

—¿Lee usted las mentes? —repitió la perpleja mujer irlandesa, que para entonces había adoptado una pose de semigenuflexión ante nosotros.

—No, mi querida señora —dijo Oscar, que no hizo sino avivar nuestra perplejidad al añadir—: Soy músico y acostumbro utilizar de vez en cuando el salón situado en el primer piso de esta dirección para ensayar piezas de cámara con algunos colegas. El doctor Doyle y el señor Sherard son nuevos miembros de mi trío y han venido a inspeccionar el lugar. Estamos trabajando en el *Divertimento en mi bemol mayor* de Mozart. ¿Sería tan amable de dejarnos pasar?

Mientras la señora O'Keefe buscaba las llaves a tientas, Conan Doyle dijo:

—La verdad es que me deja de piedra, Oscar. No acabo de entenderle.

Oscar volvió a reírse, esta vez con más fuerza que antes, aunque su risa sonó sombría.

—Me asombro de mí mismo —dijo—. Heme aquí, entretenido en simples juegucillos en la acera, perdiendo el tiempo en infantiles charadas cuando estoy a punto de enfrentarles cara a cara con un horror sin precedentes. A veces, ni yo mismo me entiendo.

### 3.

## El 23 de Cowley Street

El número 23 de Cowley Street era una casa de ladrillo rojo, de una sola fachada y dos pisos construida en la década de 1780 como parte de un conjunto de modestas casas adosadas originalmente destinadas a los sacristanes y miembros del coro de la abadía de Westminster. El exterior de la casa mostraba cierta dignidad sin pretensiones. El interior, falto de ventilación y cerrado como una caja, y en apariencia desprovisto de muebles, carecía curiosamente de carácter. La señora O'Keefe, que por fin había descubierto qué llave encajaba con cada una de las cerraduras, nos hizo pasar a un incómodo vestíbulo apenas más pequeño que la caseta de un centinela. De inmediato, delante de nosotros apareció una empinada escalera de madera, estrecha y sin alfombrar.

—¿Subimos? —sugirió Conan Doyle.

—Si la señora O'Keefe nos lo permite —dijo Oscar.

—Oh, sí, señor —respondió la buena mujer, volviendo a ejecutar una genuflexión y señalándonos la escalera—. Como si estuvieran en su casa. Ya conocen el camino. Iré a por las lámparas de gas.

—No es necesario —dijo Oscar—. Hay luz suficiente. Un suave rayo de sol brillaba por entre el montante en abanico situado encima de la puerta, iluminando el polvo suspendido en el aire sobre las escaleras.

—Vamos —dijo Conan Doyle—, acabemos con esto.

Subimos la escalera y llegamos sin dilación al descansillo.

—¿Es ésta la habitación? —preguntó Doyle.

—Así es —respondió Oscar.

—Muy bien —dijo Conan Doyle calmadamente—. Estamos preparados. Después de usted...

Despacio, con sumo cuidado, Oscar hizo girar el picaporte y abrió la puerta de un empujón.

Adaptamos los ojos a la penumbra. Las cortinas, de pesado terciopelo y de un color verde botella, estaban echadas sobre las ventanas que teníamos ante nosotros, pero un halo de cálidos rayos solares se filtraba sobre el suelo por debajo de ellas. Ninguna alfombra cubría la tarima del suelo. Las paredes estaban desnudas. Aparte de las cortinas, no se veía ni un solo mueble. Ni lámparas, ni candeleros, nada. La habitación estaba vacía, totalmente vacía.

—Se lo han llevado —exclamó Oscar.

—¿Alguna vez estuvo aquí? —preguntó Conan Doyle.

—Le doy mi palabra, Arthur, de que... —empezó a protestar Oscar, pero Conan Doyle levantó una mano para hacerle callar.

Desde el momento en que, media hora antes, habíamos dejado el hotel, Oscar había llevado el control de la situación. Nos había mostrado el camino, lleno de energía y de iniciativa. En ese momento estaba perdido. La energía había desaparecido y la iniciativa parecía sumida en la confusión. Sin la menor objeción, el metropolitano hombre de mundo dejó que fuera el joven médico de provincias quien asumiera el control. Mientras Conan Doyle cruzaba rápidamente la habitación y corría las cortinas, Oscar, desinflado, se quedó junto a la puerta en silencio, con la mirada fija en la tarima del suelo.

—¿Huelen a incienso? —preguntó Doyle.

—No —respondí, olisqueando el aire—. Si a algo huele, es a cera de abeja.

—Sí —dijo—, acaban de darle lustre a la madera del suelo. Está reluciente. —Se paseó por la habitación como si intentara calcular su tamaño—. No hay manchas de sangre en el suelo, ni restos de velas consumidas.

—Había una alfombra, una alfombra persa —murmuró Oscar, como para sí mismo—. Tenía los pies aquí, la cabeza allí... Había un cuchillo..., recuerdo una hoja, una hoja reluciente.

Conan Doyle parecía no prestarle la menor atención. Estaba ocupado examinando las paredes, pasando lentamente los dedos por las abigarradas franjas estilo regente de color verde y negro del mugriento papel de la pared. Se quedó durante un instante junto a cada una de las paredes, estudiándolas atentamente. No apreció en ellas ni clavos ni ganchos visibles, ni tampoco señales que indicaran el lugar donde podía haber habido algún mueble. En la cara posterior de la puerta había un pequeño colgador de bronce: nada más. La habitación estaba vacía y daba la impresión de llevar algún tiempo así.

—Muy bien —anunció por fin Conan Doyle—, ya hemos visto lo que hemos venido a ver. Nuestro trabajo ha concluido. Debo tomar mi tren. —Apoyó una mano bondadosa sobre el hombro de Oscar—. Vamos, amigo mío, pongámonos en marcha.

Aparentemente aturdido, Oscar se dejó llevar escaleras abajo. La señora O'Keefe merodeaba junto a la puerta principal, ansiosa por volver a convertirnos en blanco de sus reverencias.

—¿Ha resultado todo satisfactorio? —preguntó—. ¿Servirá la habitación? He encontrado la cocina y una tetera en caso de que les apetezca un refrigerio, caballeros.

—No, muchísimas gracias —respondió Conan Doyle, sacando una moneda de seis peniques del bolsillo de su abrigo y dándoselo a la mujer—. Le estamos muy

agradecidos, pero debemos irnos ya.

—Muy agradecidos —repitió Oscar con aire ausente, como si estuviera a mil leguas de allí. A continuación, volviendo en sí, saludó a la señora O’Keefe con una inclinación de cabeza y le tendió la mano. Ella la tomó entre las suyas y besó su anillo como si se tratara de un obispo.

—Bendito sea, señor —dijo—. Rezaré por usted.

—Récele mejor a san Judas —murmuró Oscar—, el patrono de las causas perdidas.

—Le rezaré también a santa Cecilia —añadió la señora O’Keefe, santiguándose mientras salía de forma apresurada tras nosotros de la casa hacia la calle—. Sobre todo cuida de los músicos, ¿o no es así? Cuidará de ustedes.

En el coche, mientras rodábamos lentamente por Abingdon Street hacia el puente de Westminster, reinaba un silencio tenso. Yo no decía nada porque lo cierto es que no se me ocurría nada que decir. Oscar estaba sumido en melancólicas cavilaciones, con la mirada perdida en la ventanilla del coche. Por fin, cuando entrábamos en Parliament Square, Conan Doyle habló:

—No sabía que fuera usted músico, Oscar —dijo—. ¿Qué instrumento toca?

—No lo soy. No toco ningún instrumento —respondió Oscar—. Mi hermano Willie es el músico de la familia. Toca el piano...

—Y compone —añadí, en un intento por mantener viva la conversación—. Willie Wilde crea unas parodias y pastiches musicales de lo más ingeniosos.

—Sí —dijo Oscar, sin apartar la mirada de la ventanilla—. La caricatura es el tributo que la mediocridad paga al genio.

Conan Doyle se rió. Oscar se volvió bruscamente hacia él.

—Tiene razón, Arthur. No ha sido un comentario demasiado amable de mi parte. Cuando se trata de mi hermano mayor, a menudo me muestro poco caritativo. Está mal que lo haga, lo sé... Es un comportamiento poco cristiano. Es sólo que no estoy muy seguro de que el «mejorado» resultado final de los *Preludios* de Chopin obra de Willie cumpla con sus expectativas.

Conan Doyle sonrió.

—En una ocasión aprendí a tocar la tuba —dijo, evidentemente decidido a impedir que Oscar volviera a sumirse en su sombrío ensueño.

—¿Ah, sí? —preguntó éste, rompiendo a aplaudir de pronto—. ¿De verdad? —La mera idea de imaginar al médico de Southsea con sus ojos lúgubres y aquel mostacho de morsa soplando una tuba animó a Oscar al instante—. Cuéntenos, Arthur. ¿Cuándo fue eso? ¿Y por qué?

—Hace años, en el colegio.

—¿En Stonyhurst? —chilló Oscar—. ¡Después de todo, la enseñanza privada inglesa tienes motivos para vanagloriarse!



—No, Oscar —fue la respuesta de Doyle, que acompañó con su risa afable—, no fue en Stonyhurst. Cuando tenía diecisiete años, antes de empezar a estudiar medicina, pasé un año de estudios en Austria, con los jesuítas.

Oscar apenas pudo ocultar su satisfacción.

—Unos jesuítas que tocaban la tuba —exclamó—. ¡Dios del cielo! —Durante un instante, pareció el Oscar de siempre y se inclinó hacia Doyle, tocándole la rodilla—. Arthur, creo que le conozco lo suficiente como para decirle esto. Cuando estaba en Oxford, una vez pasé la noche en compañía de una *troupe* de cantantes tiroleses. — Bajó la voz en un gesto cómplice—. La experiencia me cambió para siempre.

Doyle y yo soltamos una carcajada y Oscar volvió a recostarse en el respaldo del asiento, reposando su gran cabeza contra el cabezal de cuero de la parte posterior del coche. Le miramos y sonreímos. De nuevo, él se volvió a mirar por la ventanilla y, al hacerlo, vimos que dos pequeñas lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

—¿Qué pasa, Oscar? —preguntó Doyle, repentinamente preocupado y en absoluto acostumbrado a los volubles cambios de humor de nuestro amigo.

—Pienso en Billy Wood —respondió Oscar con un hilo de voz—. Adoraba a ese chiquillo.

Se produjo una pausa incómoda.

—Entonces, ¿no era ningún desconocido? —dijo Doyle, entrecerrando los ojos y arqueando una ceja.

—No —respondió Oscar, volviéndose a mirar al médico—. En eso le mentí. Le ruego que me disculpe. Billy Wood no era ningún desconocido.

—¿Y le quería?

—Le quería, sí —dijo Oscar—. Sí, le quería... como a un hermano.

—¿Como a un hermano? —repitió Doyle.

—Como al hermano pequeño que podría haber tenido —dijo Oscar—. Éramos amigos... grandes amigos. Buenos compañeros. Tuve una hermana pequeña. Mientras vivió, fue mi mejor amiga. Pero también a ella la perdí. Tenía diez años cuando murió.

—Lo siento —dijo Doyle—. No lo sabía.

—Ha pasado mucho tiempo desde entonces —dijo Oscar, sacando su pañuelo y secándose los ojos sin el menor asomo de timidez—. Más de veinte años. —Sonrió—. Los buenos se van primero —prosiguió—. Isola tenía diez años. Billy, apenas dieciséis. «Los buenos se van primero, y aquellos cuyos corazones están secos como el polvo del estío agotan su tiempo». —Miró al río por la ventanilla del coche. Estábamos en mitad del puente de Westminster—. ¿Reconoces el verso, Robert?

Me avergonzó admitir que no.

—¿Es Shakespeare? —pregunté.

—No —dijo, reprobador—, claro que no. Se trata de tu abuelo, Robert. —Se

volvió hacia Conan Doyle para explicarle—: Robert es el biznieto de uno de los pocos poetas laureados realmente merecedores de ese honor: William Wordsworth. —Arthur respondió con el gruñido de perplejidad que al parecer es la reacción inevitable ante semejante información. Oscar prosiguió—: Robert se muestra reticente sobre su distinguido antepasado porque él es también poeta. Pero, dado que estamos donde estamos, en el puente de Westminster, y dada también la naturaleza de la mañana, «silenciosa, desnuda», espero que pueda llegar a perdonarme...

Antes de que Conan Doyle pudiera embarcarse en el tren de preguntas que, por la experiencia de toda una vida, yo sabía que no tardarían en aparecer ante la mención de mi relación con Wordsworth, intervine para cambiar de tema.

—¿Tiene usted hijos, Arthur? —pregunté.

Conan Doyle era un hombre amable, rápido y sensible, y enseguida se percató de que yo no estaba demasiado dispuesto a dar pie a una conversación sobre la historia de la familia Wordsworth-Sherard.

—Sí —respondió de buena gana—, sólo uno. Una hija, Mary. Esta semana cumple nueve meses. Es una niña regordeta y llena de vida, con unos preciosos ojos azules y piernas arqueadas. La adoro.

—Los niños son un auténtico deleite —dijo Oscar—. Mis pequeños tienen tres y cuatro años, y están llenos de esperanza. Temo terriblemente por ellos.

—Le entiendo —dijo Arthur con amabilidad—. También yo tuve una hermana. Y también murió.

—No lo sabía —dijo Oscar.

—¿Y cómo iba a saberlo? —preguntó Doyle.

—No se me ha ocurrido preguntarlo. Qué falta de consideración. Le ruego que me perdone, querido amigo. Puedo llamarle amigo, ¿verdad? ¿A pesar de que nos conozcamos desde hace tan poco tiempo?

—Para mí es un honor que me considere su amigo, Oscar —respondió Conan Doyle. Percibí al oírle hablar que estaba conmovido. (A medida que fui conociéndole mejor, me di cuenta de que siempre que hablaba íntimamente, o sobre cosas que le conmovían mucho, su acento edimburgués, por lo general apenas perceptible, resultaba especialmente evidente).

—Aunque el amor es maravilloso en todas sus formas —dijo Oscar—, para mí la amistad es un sentimiento mucho más elevado. Nada hay en el mundo más noble, o más precioso, que la verdadera amistad. ¿Quiere que seamos amigos de verdad, Arthur?

—Eso espero —dijo Doyle muy serio y, como en un intento por sellar el acuerdo, se volvió hacia Oscar y le estrechó la mano con vigor. Si Oscar se estremeció, cosa que perfectamente pudo haber hecho dada cuenta de que el de Doyle era un puño de hierro, no dio muestra de ello. Los dos hombres se sonrieron y se volvieron luego

hacia mí y los tres nos reímos al unísono. Cualquier resto de tensión se había desvanecido.

—«Una queja me brindó oportuno alivio» —dije, añadiendo, incómodo, en un intento por dar una explicación—: mi bisabuelo...

—Lo sé —dijo Conan Doyle—. Aprendimos el poema de memoria en el colegio.

—¿En Austria? —chilló Oscar.

—¡No, Oscar! En Stonyhurst. Es mi poema inglés favorito. Contiene algunos de los versos más hermosos de nuestra lengua. «La flor más humilde, al abrirse, puede brindarme pensamientos a menudo demasiado profundos para el llanto».

—Si volviera a vivir —dijo Oscar—, me gustaría hacerlo convertido en flor... carente de alma, aunque perfectamente hermosa.

—¿Y qué flor serías, Oscar? —pregunté.

—Oh, Robert, ¡por mis pecados, debería convertirme en un geranio rojo!

Mientras volvíamos a reírnos, Doyle miró por la ventanilla y vio los escalones de la estación de Waterloo en la distancia. Dijo entonces, presa de una repentina urgencia:

—¿Puedo preguntarle algo, Oscar?

—Lo que quiera.

—¿Sobre el número veintitrés de Cowley Street?

—Lo que quiera. —Oscar volvía a estar relajado.

—¿De quién es la casa?

—¿El veintitrés de Cowley Street? No tengo ni idea. —Oscar respondió a la pregunta con aire despreocupado.

—Pero ¿ha alquilado allí habitaciones? —A pesar de que Conan Doyle inició con suavidad su línea de interrogatorio, empleando el tono afable que utilizaría un amigable médico de familia para averiguar detalles sobre los síntomas de su paciente, poco a poco el tono engatusador y reconfortante del médico que atiende junto a la cama de su paciente dio paso a algo menos acogedoramente benevolente y más propio de un interrogatorio celebrado en un tribunal.

—Sí —replicó Oscar—. He alquilado habitaciones en la casa... de vez en cuando, no a menudo.

—¿Y no está al corriente de quién es el dueño de la propiedad?

—No, no lo estoy. Siempre he tratado con O'Donovan & Brown de Ludgate Circus.

—¿Actúan como agentes del inmueble?

—Así es. Cobran cuatro libras al mes por la casa entera, si no recuerdo mal... o una guinea por semana, o cuatro chelines *per diem*, todo incluido. ¿Está pensando en abrir consulta en Londres, Arthur?

Conan Doyle pasó por alto la chanza de Oscar. Arrugó la frente.

—¿Todo incluido? —repitió.

—Sí —dijo Oscar—. A menudo hay algún alma cándida a mano como la señora O’Keefe que ofrece consuelos humanos.

—Pero es que no lo entiendo, Oscar. Tiene una casa llena de habitaciones en Tite Street. ¿Para qué necesita otra en Westminster... sobre todo una que cuesta cuatro chelines al día?

—También es posible alquilarla sólo medio día, Arthur. O’Donovan & Brown ponen todo de su parte por ser complacientes. Según creo, hay un médico que alquila la casa los lunes por la mañana por media corona. No le conozco. Me han dicho que sus clientas son básicamente jovencitas. Me da que no es demasiado respetable.

—Oscar —dijo Conan Doyle—, no ha respondido a mi pregunta.

—No tiene ningún misterio, Arthur —respondió Oscar sin el menor asomo de sentirse molesto—. A veces, cuando tengo algún alumno al que darle clases o necesito una habitación donde escribir, alquilo la casa de Cowley Street durante uno o dos días. Es así de simple. En Tite Street tengo mujer, hijos y servicio... e inoportunas amistades e impertinentes comerciantes que llaman a todas horas, invitados o no. Apenas me es posible trabajar un poco en absoluto aislamiento de todo y de todos. Sé bien que los médicos requieren que sus salas de espera estén llenas; los poetas, en cambio, desean que las suyas permanezcan vacías. La poesía, como bien nos enseñó el antepasado de Robert, es emoción recordada en la tranquilidad. No hay tranquilidad en Tite Street.

El coche acababa de detenerse delante de la estación, pero Conan Doyle no había terminado aún.

—¿Y son en su mayoría escritores los que suelen alquilar habitaciones en Cowley Street? —preguntó.

—Escritores... y músicos. Y también pintores. De hecho, toda suerte de personas. En una ocasión me topé allí con un clérigo, un obispo auxiliar. Estaba trabajando en una serie de sermones... sobre el tema del pesar y los siete pecados capitales, si mal no recuerdo. Los miembros del Parlamento también utilizan la casa de vez en cuando. Vienen a jugar a las cartas... con los pintores y sus modelos.

—¿Y fue en Cowley Street donde conoció a Billy Wood?

—Sí —se limitó a responder Oscar.

—¿Y era el modelo de un pintor? —sugirió Conan Doyle.

—Sí —dijo Oscar, sorprendido—. ¿Cómo lo ha adivinado?

—Ha dicho que era un chiquillo hermoso.

—Tenía la belleza de la juventud. Y yo siento pasión por la belleza... como le ocurría a Wordsworth. Y a Robert. Y como no dudo que le ocurre también a usted. La poesía es el rebose espontáneo de poderosas emociones. La pasión por la belleza no es más que el deseo vital magnificado. Conocí a Billy Wood y le quise. En su

compañía, me alegraba estar vivo.

—Nos ha dicho que era un pillastre de la calle.

—Y así es —dijo Oscar, mirando a su interrogador directamente a los ojos—. Era un chiquillo bastante ignorante; apenas sabía leer; podía escribir su nombre, pero poco más. Sin embargo, tenía una inteligencia innata, una mente curiosa y una memoria notable. Y una capacidad de concentración que no he encontrado hasta ahora en nadie de su edad. Estaba ávido por aprender... y yo feliz de poder enseñarle.

—¿Le enseñaba? —preguntó Conan Doyle.

—Le enseñaba poesía. Le llevaba al teatro. Fomentaba su talento. Tenía talento. Era un actor por naturaleza. En el escenario podría haber llegado lejos.

—Y dice que ayer vio a ese joven amigo suyo, el tal Billy Wood, en la habitación del primer piso de Cowley Street, con el cuerpo desnudo bañado en sangre y degollado de oreja a oreja.

—Eso es, Arthur. Y usted no me cree.

—Oh, Oscar —dijo Conan Doyle—. Claro que le creo. Le creo del todo.

## 4.

### Simpson's en el Strand

Hacía calor esa bochornosa mañana de septiembre en la abarrotada estación de Waterloo. El reloj de la estación se había estropeado y en el vestíbulo reinaba el caos.

Cuando Arthur Conan Doyle bajó del coche a la acera, le hice entrega de su valija, su bolsa de viaje y de la sombrerera y el ramo de flores de verano que le llevaba a su esposa. Allí de pie, cargado, sonriente, despidiéndose de nosotros, se le veía envuelto en un halo de decencia y de fiabilidad totalmente convincente. He conocido a muchos hombres extraordinarios a lo largo de mi vida —poetas, pioneros, soldados y estadistas—, pero a pocos mejores que él, y a ninguno más sencillo que Arthur Conan Doyle.

Oscar, que seguía sentado en el coche, buscaba en sus bolsillos dinero con que pagar la carrera. Arthur le gritó:

—Permítame que pague mi parte, Oscar, pero no bajen del faetón. Quiero que vayan directamente a Scotland Yard. No hace falta que me acompañen dentro.

—¿A Scotland Yard? —preguntó Oscar.

—Sí —dijo Doyle con firmeza, acercándose a la puerta abierta del coche y adoptando su tono más conciliador—. Éste es un asunto para la policía, Oscar. El chico murió asesinado, no me cabe duda. Si estaba tumbado en el suelo con la cabeza hacia la ventana, como lo describe, y los pies hacia la puerta, sospecho entonces que le cortaron el cuello de derecha a izquierda de un único y salvaje tajo. Las arterias carótidas, que llevan sangre al cerebro, debieron de quedar sesgadas al instante. Habrá muerto en cuestión de segundos. Dada su juventud, la inmediata pérdida de sangre debió de ser considerable.

Oscar guardó silencio.

—¿Cómo sabe todo eso, Arthur? —pregunté—. No había ni rastro de sangre en la habitación.

—No lo había en el suelo ni en los rodapiés —dijo Doyle—, pero a un metro y medio del suelo, en la pared de la derecha si nos colocamos de cara a la ventana, aprecié rastros minúsculos de sangre... No se trataba de manchas, sino de imperceptibles salpicaduras. Supongo que cuando las yugulares internas estallaron, durante un instante un chorro de la sangre del chico se elevó en el aire, dejando su marca reveladora.

De pronto, impulsivamente, Oscar tendió las manos hacia Conan Doyle.

—Quédese, Arthur —le suplicó—. Quédese y ayúdeme a encontrar a quien haya cometido esta atrocidad.

—No, Oscar. Debo irme a casa. Touie me espera. Recuerde que hoy es su cumpleaños.

—¿Volverá mañana? —imploró Oscar.

Conan Doyle negó con la cabeza y sonrió. Había una mirada triste en sus acerados ojos azules, pero sus labios esbozaron una rápida y alegre sonrisa.

—Oscar —se rió—, yo no soy un detective al uso. Soy simplemente un médico de pueblo. Sherlock Holmes es una creación de mi imaginación. No puedo ayudarle, y él tampoco. Sería como si pidiera ayuda al Príncipe Feliz o a cualquiera de los héroes de sus cuentos de hadas. Acuda a la policía. A Scotland Yard. Vaya sin demora.

—No puedo —dijo Oscar.

—Pues debe hacerlo —dijo Doyle—. Tengo un amigo en Scotland Yard, el inspector Aidan Fraser. Mencione mi nombre y él le ofrecerá toda su cooperación. Puede confiar en él. Es de Edimburgo.

Oscar a punto estuvo de protestar —en un arrebato absurdo, ¡tendió sus brazos suplicantes!—, pero Conan Doyle no se dejó amilanar. Sacudiendo suavemente la cabeza, empezó a alejarse de nosotros, desapareciendo entre la multitud y gritando mientras se marchaba:

—Le gustará, Oscar. Cuénteselo todo a Fraser... y siga su consejo. ¡Asegúrese de que lo haga, Robert! ¡Márchense! ¡Partan sin demora!

Le vimos alejarse y le saludamos con la mano mientras nuestro nuevo amigo, cargado con sus bolsas y con el ramo, nos daba la espalda y se desvanecía entre la confusión de pasajeros que se movían apresuradamente entre los distintos andenes.

—Es oro puro —murmuró Oscar—, y se ha ido.

Volví a subir al coche y le grité al conductor:

—A Great Scotland Yard, cochero.

Pero Oscar revocó al instante mis palabras.

—No —dijo con frialdad—. No. Es más de mediodía, Robert, y me apetecen unas ostras con champán.

—Pero...

—Nada de peros, Robert. A Simpson's en el Strand, por favor, cochero. —Apoyó la espalda en el respaldo del asiento y me miró con detenimiento—. Necesito pensar. Y para pensar tengo que tomar unas ostras con champán.

Oscar se salió con la suya. Naturalmente. Oscar siempre se salía con la suya. El coche nos llevó hasta la Gran Divan Tavern de John Simpson en el Strand. Sin embargo, cuando llegamos al restaurante y nos sentaron (en la «mejor» mesa, en la planta baja, en el rincón más alejado del ala izquierda del local, la única mesa que

preside todo el salón), mi sorpresa fue mayúscula cuando Oscar desechó la carta que nos ofrecía el servicio y anunció lo que íbamos a tomar.

—Para empezar, tomaremos unas gambas en conserva y una botella de su mejor Riesling —le dijo a nuestro camarero—. Y, luego, del carrito tomaré costillas de carnero y el señor Sherard hará lo propio con su rosbif de costumbre, poco hecho y en cortes inclinados hasta el hueso, acompañado de la salsa de rábanos silvestres más fresca que tengan, budín de Yorkshire y un poco de repollo hervido sólo lo justo, y servido, si no le importa, inesperadamente caliente. Con la carne rustida tomaremos cualquier Borgoña que nos recomiende el *sommelier*. Hoy me apetece vivir peligrosamente.

Cuando el joven camarero se retiró con una sonrisa a ocuparse de sus quehaceres, le dije a Oscar:

—¿Qué ha pasado con tus ganas de tomarte unas ostras con champán?

—Eso ha sido hace un cuarto de hora —respondió—, cuando estábamos en la orilla sur del río. Desde entonces, he cambiado de parecer. Como bien sabes, la coherencia es el último refugio de los que carecen de imaginación. Además, he estado pensando. He decidido que seguiremos el consejo de Arthur. Iremos a ver al inspector Fraser... después del almuerzo.

—¿Por qué no fuiste enseguida a la policía... ayer... en cuanto descubriste el cuerpo?

Ceñudo, Oscar desdobló su servilleta y se introdujo una de las esquinas en lo alto de chaleco.

—Tenía mis razones...

Le miré, expectante. Con sumo cuidado, extendió la servilleta sobre su generoso estómago y siguió sentado mirándome en silencio. Esperé. No dijo nada. Intenté animarle para que hablara.

—¿Y?

—¿Y qué? —fue su respuesta.

—Tus motivos —dije—. ¿Cuáles fueron?

Se reclinó hacia mí y sonrió.

—¿Has conocido a algún policía, Robert?

Me detuve a pensar unos instantes.

—No estoy seguro —respondí.

—Me alegra oírlo. No sabes de la que te has librado. Los policías no son como nosotros. Nosotros somos poetas. Somos capaces de reparar en la belleza de los lirios. Llevamos zapatillas de seda. La lengua que hablamos, el mundo que habitamos, las compañías de las que nos rodeamos: todo eso le es ajeno a cualquiera oficial normal y corriente de la policía metropolitana. El agente vive su vida en prosa y calzando sus botas de tachuelas, y todo lo que no sea absolutamente prosaico (todo lo que huela



aunque sea de forma sutil a poesía; todo lo impredecible, lo original, lo poco convencional) le alarmará y levantará en él la sospecha... Aunque el motivo que me llevó al veintitrés de Cowley Street era completamente honorable, sé que parte de lo que tiene lugar en esa dirección tiende hacia lo colorista. No estaba seguro de que el *bobby* de turno fuera capaz de entenderlo del todo. Quizás el inspector Fraser de nuestro querido Arthur sea distinto.

—¿Te parece que corres algún riesgo al implicar a la policía?

—El riesgo de que se me interprete mal... eso es todo. Sin embargo, y como le he dicho a nuestro encantador camarero, me apetece vivir peligrosamente. Además, no creo que haya ninguna alternativa si lo que buscamos es que se le haga justicia a Billy Wood.

—¿Y por qué es eso tan importante para ti, Oscar?

Me lanzó una mirada afilada.

—¿Qué quieres decir, Robert?

—Tú mismo has dicho que Billy Wood no era más que un pillastre de la calle...

De pronto, dio una palmada en la mesa, presa de una ferocidad alarmante. Palidecí. Los comensales de las mesas cercanas se volvieron a mirarnos.

—¿Acaso sólo los «caballeros» deben recibir justicia? —me espetó—. ¿Acaso el más mezquino de los pillastres de la calle no tiene derecho a que se le haga justicia tanto como lo tiene el más distinguido duque? Me dejás perplejo, Robert.

—Me has entendido mal, Oscar —protesté.

—Eso espero, Robert —dijo, ya más calmado, al tiempo que el camarero nos servía las gambas en conserva—. Eso espero, pues es nuestro deber, Robert, el tuyo y también el mío, que tanto tenemos, hacer todo lo que esté en nuestra mano por aquellos que, como Billy Wood, tienen tan poco. Debemos ser amigos de los necesitados, Robert. Si nosotros, los poetas a los que nada nos falta, no nos preocupamos por los Billy Woods de este mundo, ¿quién lo hará?

El camarero le ofreció una cesta de tostadas crujientes. Oscar levantó hacia él los ojos y sonrió.

—Gracias, Tito —dijo. Me miró y, durante un instante, puso su mano sobre la mía. Su humor era tremendamente cambiante—. Te veo pálido, Robert. —Sonrió—. La palidez resulta atractiva en un jovencito estudiante de veinte años, pero no procede en un hombre casado de treinta. Me alegro de haberte traído aquí. Debemos darle un poco de color a tus mejillas. Es evidente que necesitas alimentarte; no estás comiendo de la manera adecuada.

—No puedo permitírmelo —respondí, feliz de poder cambiar de tema—. Esta mañana he vuelto a recibir otra descortés comunicación de parte de Foxton.

—¿De Foxton? —Oscar arqueó una ceja.

—El abogado de mi exmujer. Si tengo intención de conseguir el divorcio, me va a

costar hasta mi último penique.

—Olvídate del divorcio, Robert.

—Ojalá pudiera —dije quejosamente—, pero es que Marthe está empeñada en llevarlo adelante. No hay vuelta atrás. Y, además, hasta que no esté divorciado de Marthe no podré casarme con Kaitlyn.

—¿Y por qué quieres casarte con Kaitlyn? —preguntó, ensartando con el tenedor una gamba bañada en mantequilla—. Simplemente seguirá los pasos de Charlotte, de Laura, de Anna y de esa encantadora jovencita polaca que me presentaste..., la bailarina. ¿Cuál era su nombre?

—Amelia —dije, entristecido—. La amaba.

—Por supuesto que la amabas, Robert..., en ese momento. —Se metió la gamba en la boca—. Deberíamos estar siempre enamorados. Esa es la razón por la que no deberíamos casarnos nunca.

—Te burlas de mí, Oscar.

—No, Robert —respondió, repentinamente serio—. Te envidio. La tuya es una vida de romance... y el romance vive en la repetición. Cada vez que amamos es la única vez que hemos amado. En la vida podemos, siendo muy afortunados, disfrutar sólo de una gran experiencia, y el secreto de la vida es reproducir esa experiencia lo más a menudo posible. Tú tienes el secreto de la vida, Robert. Te envidio.

—Y tú tienes a Constance, Oscar. Te envidio.

—Sí —dijo, volviendo la mirada hacia el *sommelier*, que en ese preciso instante se acercaba con nuestro vino—. Tengo a Constance y para mí es una bendición. La vida es un mar tormentoso. Mi mujer es el puerto donde encuentro solaz. Y el ochenta y seis es el único buen año para un Riesling.

El vino era sin duda soberbio y Oscar Wilde había sido indudablemente bendecido con la presencia de Constance Lloyd. Constance era su mejor amiga y su aliada más leal. El mundo debería saber que ni siquiera en sus horas más difíciles — durante su juicio, su período de reclusión en prisión y después, incluso hasta su muerte prematura, acaecida veinte meses antes que la de él— su esposa le abandonó. Constance Lloyd amó a Oscar Wilde en lo bueno y en lo malo, en la salud y en la enfermedad. Siempre se mantuvo fiel a sus votos maritales.

Y Oscar amaba a Constance. Tengo constancia de ello. En la época de su compromiso —en noviembre de 1883—, antes de que la conociera, cuando yo vivía principalmente en París, Oscar me escribió (todavía conservo la carta) describiéndome la «belleza sin parangón» de Constance. La llamaba su «pequeña Artemisa de ojos como violetas» y hablaba de su «figura esbelta y elegante», de «los magníficos tirabuzones de espeso cabello moreno, que inclinaba su cabeza cual flor», y de sus «maravillosas manos de marfil, que extraían del piano una música tan dulce que hasta los pájaros dejaban de cantar para escucharla».

Oscar amaba a Constance (valga la redundancia). Se casaron en Londres, en la iglesia de Saint James de Paddington, el 29 de mayo de 1884. El mismo día viajaron en barco y en tren a París en luna de miel. La mañana siguiente a su noche de bodas, pasé a verles al hotel Wagram, en la rue de Rivoli, para ofrecerles mis felicitaciones. Les encontré en una de las plantas superiores del hotel, instalados en una pequeña suite con vistas a los jardines de las Tullerías. Aunque Constance ya no era ninguna niña —de hecho, tenía ya veintiséis años—, todavía conservaba el halo de la adolescencia y, esa mañana, había despertado al resplandor del amor.

—¿No te parece exquisita? —preguntó Oscar.

—Es la perfección hecha mujer —respondí.

Recuerdo que la dejamos descansando y dimos un paseo juntos por la rue de Rivoli hacia el mercado de Saint Honoré, donde Oscar se detuvo y desvalijó un puesto de flores de todas sus flores más hermosas y las envió, con un mensaje de amor en su tarjeta, a la novia a la que acababa de abandonar hacía apenas un instante. Recuerdo también lo ansioso que se mostró por hablarme de las delicias de sus relaciones íntimas y que le hice callar, diciendo:

—No, Oscar, *ça c'est sacré*... No debes hablarme de eso.

Ese día los tres almorzamos juntos y, de pronto, entendí del todo por qué Oscar se había enamorado de aquel modo de su pequeña Artemisa. Era hermosa, pero también era culta, muy leída y maravillosamente inteligente, Y había sufrido lo suyo. Su padre, al que Constance adoraba, había muerto cuando ella tenía dieciséis años y la relación con su madre había sido tensa. Tenía la belleza de una chiquilla, pero la sabiduría de una mujer. Hablaba con fluidez francés e italiano... y estaba aprendiendo alemán para complacer a Oscar. Me halagó preguntándome por mi obra y me hizo sentir celoso al decirme que toda su vida estaría desde entonces dedicada a complacer a su marido.

—Le ataré a mí con las cadenas del amor y de la devoción para que jamás me abandone ni ame a nadie más —dijo.

Después del almuerzo, salimos a dar un paseo en un *fiacre* descubierto —era un perfecto *après-midi d'été*— y, cuando girábamos hacia la plaza de la Concorde, de pronto dije:

—¿Te importa si me deshago de mi bastón?

—No seas absurdo, Robert —fue su respuesta—. Vas a provocar una escena. ¿Por qué quieres deshacerte de él?

—Es un bastón espada y, aunque no alcanzo a adivinar la causa, durante el último minuto he sentido un irreprimible deseo de desenvainar la hoja y atravesarte con ella. Creo que es porque pareces demasiado feliz.

Constance se rió y me quitó el bastón de la mano.

—Yo lo guardo —dijo—. Lo guardaré siempre.

En la John Simpson's Grand Divan Tavern, mientras dábamos cuenta de las gambas en conserva, elevamos nuestras copas del mejor Riesling del señor Simpson por «la señora de Oscar Wilde».

—Bendita sea —dijo Oscar.

—Que así sea —rematé.

Al tiempo que comíamos nuestros segundos, elevamos nuestras copas de borgoña (un glorioso Gevrey-Chambertin de 1884) a la salud de «la señora de Arthur Conan Doyle».

—Que disfrute de muchos días como el de hoy —dijo Oscar.

—Desde luego —añadí.

Durante un instante albergué la esperanza de que la mención de la esposa de Arthur conduciría la conversación de forma natural hacia el drama de los acontecimientos de la mañana, pero no fue así. Y me cuidé mucho de intentar guiar a mi amigo en una dirección de conversación que no era de su elección. Una de las normas que delimitaban la amistad con Oscar Wilde era precisamente que él era quien marcaba las normas.

Esa tarde en Simpson's, mientras él bebía y comía... y bebía un poco más, y meditaba en voz alta si debíamos permitirnos un postre, un aperitivo y un Stilton (acompañados de los respectivos vinos), habló de muchas cosas: si no fue de asesinatos ni de zapatos, barcos y lacre, sin duda fue del repollo (el único punto negro de la cocina del Simpson's) y de reyes (Oscar sentía especial atracción por la noticia de la subida al trono de Alejandro como el «niño rey» de Serbia). Lo que siempre resultaba extraordinario de la conversación de Oscar era su alcance y su naturaleza marcadamente imprevisible. Durante ese almuerzo, en rápida sucesión, habló del amor y de literatura, del sueño de una comunidad socialista de William Morris, de *Le roi malgré lui*, la ópera de Chabrier, de lo mucho que le gustaban las margaritas, de lo que le horrorizaba Bayswater (y el color magenta), y de las trece plantas del edificio Tacoma de Chicago, el primer «rascacielos» del mundo.

—Qué lástima, los norteamericanos, Robert —dijo—. A medida que sus edificios ganen en altura, sus principios morales irán en franca decadencia... Acuérdate de lo que te digo.

Aunque siempre me reía en compañía de Oscar, no siempre me encontraba cómodo. A pesar de que siempre me hacía feliz estar con él, a menudo me mostraba aprensivo. Su humor —como su conversación— era impredecible. Él era plenamente consciente de su volubilidad temperamental y admitía que eso no le convertía en la compañía más fácil.

—Soy el tipo con la mente más extraña del mundo —decía—. Perdóname.

Esa tarde, a las tres, el reloj de Simpson's dio la hora y, de pronto, en el momento menos pensado, Oscar dejó la cuchara y el tenedor en el plato, que apartó a un lado.

—¿Qué estamos haciendo aquí, Robert? ¿Qué locura es ésta? Un joven amigo ha sido asesinado, degollado de oreja a oreja. Ahora su cuerpo está desaparecido... ¡y yo estoy almorzando! Hablo de justicia mientras me atraco de *tarte aux poivres au chocolat courant*. Soy una deshonra... y un cobarde. Si ayer no acudí a la policía es porque tuve miedo... Ahora que estoy medio bebido sí tengo el valor de hacerlo. — Se arrancó la servilleta del chaleco, la lanzó sobre la mesa y se levantó—. Vamos, Robert, debemos ir a Scotland Yard sin demora. —Recuperó el equilibrio apoyando la mano sobre mi hombro—. Pediré ahora mismo la cuenta. Cogemos un taxi en la calle. Debemos hacer ahora lo que tendríamos que haber hecho hace tres horas. Tenemos que ir a ver al inspector Fraser, sean cuales sean las consecuencias que de ello se deriven. Tenemos que lanzar los dados, y que salga lo que salga.

## 5.

### Fraser de Scotland Yard

Gracias a mi amistad con Oscar Wilde, conocí a muchos hombres extraordinarios. Creo que ninguno de ellos supuso un impacto tan profundo en mi vida como Aidan Edmund Fettes Fraser.

El día que Oscar y yo le conocimos —el 1 de septiembre de 1889—, Fraser acababa de cumplir treinta y dos años. A pesar de sus ojos hundidos de grandes párpados, parecía mucho más joven. Iba bien afeitado, tenía unos rasgos definidos y proporcionados, la tez blanca como el yeso y una frente ancha y suave como el alabastro. Llevaba el pelo oscuro, casi negro, peinado hacia atrás, sin raya y un poco más largo de lo que se llevaba en aquel momento. Era, sin duda alguna, de una belleza arrebatadora: alto, delgado, atlético y anguloso. A Oscar le recordó el cuadro de Rossetti que tiene por título *Dante dibujando un ángel en el primer aniversario de la muerte de Beatriz*. (Era uno de los cuadros favoritos de Oscar; lo cierto es que ¡prácticamente cualquier joven apuesto y de tez pálida le recordaba al Dante de Rossetti!). Al verle aparecer, Aidan Fraser me llevó más a pensar en mi noción de la creación de Arthur Conan Doyle: Sherlock Holmes.

Aunque Fraser era en aquel entonces inspector de la Policía Metropolitana —el más joven de los veintidós inspectores de «la Met»—, era un caballero por nacimiento. Según Conan Doyle, que les conocía bien tanto a él como a su familia, el difunto padre de Fraser había heredado una plantación de plátanos en las Indias Orientales y su tío abuelo (el hermano de la madre del padre de Fraser) había sido sir William Fettes, el afamado empresario y filántropo escocés cuya obra había hecho posible la fundación del Fettes College de Edimburgo en 1870. Cuando el colegio abrió sus puertas, Aidan Fraser estuvo entre sus primeros alumnos. Al parecer, había sido un estudiante ejemplar: cortés, concienzudo, exitoso; capitán del equipo de críquet, del de rugby y, a su debido tiempo (y sin ganarse por ello ni la sorpresa ni el resentimiento de sus contemporáneos), el capitán del centro.

Fue precisamente al terminar sus estudios en Fettes cuando un elemento inesperado se introdujo en el currículo de Fraser. Aunque podría haber iniciado sus estudios de derecho en el Balliol College de Oxford, prefirió quedarse cerca de casa y estudiar ciencias naturales en la Universidad de Edimburgo. Allí fue donde conoció a Arthur Conan Doyle, dos años más joven que él (a pesar de que a Doyle siempre le tomaban por el mayor de los dos), y ambos se convirtieron en «mejores amigos», e,

inseparables durante tres años, fueron grandes y fieles compañeros.

Según Doyle, la amistad entre ambos se fundaba sobre una mutua admiración por la controvertida obra del profesor Thomas Huxley (el biólogo conocido como El Bulldog de Darwin) y creció (ya de forma menos controvertida) durante las largas horas compartidas en los campos de golf. A Huxley se le atribuye la acuñación del término «agnóstico», y Fraser y Conan Doyle, para consternación de los devotos miembros de las familias de ambos, se convirtieron en francos y entusiastas campeones del «agnosticismo». Casi tan alarmante para su familia resultó el sorprendente anuncio que Aidan Fraser hizo poco después de cumplir los veintiún años, por lo que había alcanzado la mayoría de edad y, como hijo único de su difunto padre, heredaba una fortuna que excedía las cuarenta mil libras. Según dijo, después de graduarse no tenía la menor intención de seguir fiel a la tradición de los Fraser y de los Fettes y hacer carrera en el mundo del comercio, sino que había decidido marcharse de Edimburgo, irse a Londres y entrar en el recientemente formado Departamento de Investigaciones Criminales (DIC) de la Policía Metropolitana.

Fraser afirmaba que lo que le había atraído del DIC era su tranquilizadora sede (Great Scotland Yard) y la posibilidad de hacer «algo real, algo útil en la vida», aplicando a la labor de la policía la filosofía que había aprendido del profesor Huxley. «La ciencia —eran las famosas palabras de Huxley— no es más que el sentido común debidamente ejercitado y organizado».

Para convertirse en detective del DIC, Fraser tuvo primero que servir como agente de ronda. Poseía las calificaciones necesarias para ello. En ese momento tenía más de veintiún años y menos de veintisiete; medía más de un metro y setenta y cinco centímetros de altura sin zapatos ni calcetines; era capaz de demostrar que podía «leer correctamente», «escribir legiblemente» y que tenía «un buen conocimiento de ortografía»; se le consideró «generalmente inteligente» y «libre de cualquier desajuste físico». Como era de prever, dadas sus ventajas en cuanto a educación y cuna, Fraser ascendió sin apenas esfuerzo en el cuerpo, ganándose una promoción o un galardón de algún tipo en cada uno de sus años de servicio. El día que le conocimos era el primero de su último cargo. Acababa de ser nombrado detective inspector responsable de la coordinación de todas las operaciones del DIC en cinco de las diecisiete divisiones de la Met: la A (Whitehall), la B (Chelsea), la C (Mayfair y Soho), la D (Marylebone) y la F (Kensington). Había albergado la esperanza —«aunque sólo sea por razones de pulcritud alfabética», nos explicó— de quedarse también con la división E, pero, como él mismo explicó, «con una lógica totalmente reñida con las mejores tradiciones de la Met», la E (Holborn) había sido agrupada con la G (King's Cross) y la N (Islington) bajo el mando del inspector Archy Gilmour, amigo suyo y compañero escocés.

Cuando a Oscar y a mí nos hicieron pasar a su despacho, situado en la tercera

planta del nuevo edificio de Scotland Yard, faltaba poco para las cuatro. Encontramos a Fraser de pie, solo, tras su escritorio, dándonos la espalda y al parecer mirando por la estrecha ventana al Embankment del Támesis que quedaba justo debajo.

—Por favor —dijo, volviéndose bruscamente al oírnos entrar—. Les aseguro que no estaba distraído mirando por la ventana. Estaba examinando sus tarjetas. Es mi primer día en este despacho. Es un edificio de construcción reciente y el arquitecto es escocés, pero aquí dentro la luz es terrible. Les ruego que me disculpen.

La habitación era a todas luces oscura, estrecha e inhospitalaria, pero la recepción que nos había dispensado Fraser fue todo lo cálida y soleada que podíamos haber esperado. Nos estrechó la mano y a continuación dio una palmada y nos sonrió de oreja a oreja,

—Bienvenidos —dijo. Aunque tenía una boca muy pequeña, su sonrisa resultaba extraordinaria porque sus dientes eran perfectos: blancos y uniformes, brillaban como botones de madreperla recién pulidos.

—Bienvenidos —repitió, sentándose en el borde de su escritorio de madera vacío mientras nos invitaba a «tomar asiento». Tan sólo había dos sillas duras y de respaldo recto colocadas una junto a la otra contra la pared del despacho. Oscar las miró receloso.

—Sentimos molestarle —empezó, sentándose con un gesto incómodo en una de las sillas.

—No es ninguna molestia —dijo Fraser cordialmente—. Para mí es un honor tenerles aquí. Cualquier amigo de Conan Doyle es amigo mío. —Su tez era tan pálida, su piel tan suave, sus ojos tan oscuros, que, por contraste, el entusiasmo de su actitud y el resplandor de su sonrisa resultaban claramente desconcertantes—. Hoy es mi primer día en un nuevo cargo y son ustedes mis primeras visitas. ¿Puedo ofrecerles una taza de té?

—No, gracias —respondió Oscar rápidamente, sin duda temiendo que la calidad del té estuviera acorde con la comodidad del mobiliario—. Permítame que me presente...

Fraser le interrumpió.

—No es necesario, señor Wilde. Conozco su reputación. Admiro su obra. Hace años que lo hago, de hecho, desde que leí por casualidad uno de sus primeros escritos cuando estaba en la universidad.

—Ah —dijo Oscar, gratificado—. ¿Puedo preguntarle cuál era?

—«La verdad de las máscaras» —respondió Fraser, apartando despacio su mirada de los ojos de Oscar para posarla en los míos—. Y señor Sherard —prosiguió—, leí su artículo sobre el gran Emile Zola en el *Blackwood's Magazine* este fin de semana. Es usted todo un reformista social, señor, como espero serlo yo también.

Aidan Fraser nos encantó y nos desarmó. Nos hizo sentir totalmente a nuestras



anchas y a continuación nos invitó a que le contáramos nuestra historia.

Fue Oscar quien lo hizo. La contó bien, al detalle pero sin adornos. Fraser escuchaba. Escuchaba concentrado al tiempo que alternaba su mirada entre los dos, asintiendo de vez en cuando con la cabeza o golpeándose ligeramente la barbilla con el índice para indicar que estaba siguiendo la narración de Oscar en cada uno de sus detalles, aunque nunca interrumpiendo. Escuchó con sumo cuidado y, cuando Oscar terminó, dejó que un prolongado silencio cayera sobre nosotros antes de hablar.

—Caballeros —dijo, por fin, mermándose hacia nosotros con los ojos entrecerrados y la suave frente hecha un mar de surcos—, tenemos un problema.

—¿Un problema? —repitió Oscar.

—Sí, señor Wilde, un problema. Verá, un asesinato en el que no hay ningún cuerpo es desde luego un misterio...

—¡Pero si yo vi el cuerpo! —exclamó Oscar.

—Sí —dijo calmadamente el inspector Fraser—, eso dice. Hace veinticuatro horas vio un cuerpo, pero el cuerpo ha desaparecido.

—Vi el cuerpo —repitió Oscar, plañidero.

—Y reconoció el cuerpo... —prosiguió Fraser.

—Era Billy Wood...

—¿Al que usted conocía, aunque no muy bien?

—Conocía al muchacho, aunque... —Oscar vaciló. Agitó su mano derecha en el aire en una especie de gesto despreciativo—. Le conocía, aunque no... íntimamente.

Fraser observó la incomodidad de Oscar. Dejó que reinara un nuevo silencio.

—¿Conocía al ama de llaves? —preguntó.

—No.

—¿La reconoció?

—No.

—¿Podría describírmela?

—No, no le presté la menor atención.

—¿Qué edad tenía? ¿Qué altura? ¿No tenía ningún rasgo identificador?

—Ninguno que yo recuerde. —Oscar vaciló—. Creo que llevaba algo rojo... quizás una flor, un pañuelo, no lo sé. Pasé por su lado sin apenas reparar en ella.

El inspector volvió la mirada hacia mí y habló como solicitando mi apoyo.

—¿Ve usted cuál es el problema? Muchas preguntas y muy pocas respuestas. —Miró fijamente a Oscar—. Según me ha dicho, había un ama de llaves en la escena del supuesto crimen, señor Wilde, pero no es capaz de describirla. Me dice que había un cuerpo, pero al parecer ha desaparecido. Dice que el cuerpo pertenecía a un muchacho que usted conocía, pero al que no conocía «íntimamente»... Me pregunto por qué nadie que le conociera íntimamente (su familia, amigos, coetáneos) ha reportado su desaparición. ¿Dónde está ahora su cuerpo? ¿Dónde, en resumen, está la

evidencia del asesinato?

—¡Está la sangre que hay en la pared! —protestó Oscar.

—¿Sangre que usted vio? —pregunto Fraser.

—Que Doyle vio —dijo Oscar.

—Ah, sí —murmuró Fraser, casi para sus adentros—. Las minúsculas salpicaduras de sangre de Arthur... —Juntó las manos y se levantó—. Debemos investigarlas —dijo rotundamente—. Eso sí podemos hacerlo. Enviaré a uno de mis hombres a Cowley Street directamente... esta misma tarde. ¿El número veintitrés, dice usted? Si encontramos alguna prueba, podremos empezar por ahí, pero sin ella, señor Wilde, sin un cuerpo...

—¡Hay que encontrar el cuerpo! —gritó Oscar.

Fraser estaba de pie detrás de su escritorio y tenía sus largos dedos apoyados en él.

—Me temo que nuestros medios son escasos —dijo con tono casi lastimero—. Contamos con mil trescientos hombres para patrullar una ciudad de cinco millones. No podemos salir a buscar cuerpos como quien busca una aguja en un pajar, señor Wilde. Y la triste realidad es que, incluso aunque los encontremos, incluso aunque nos topemos con la prueba más sangrienta que quepa imaginar, demasiado a menudo seguimos siendo incapaces de resolver el misterio... No se haga usted ilusiones, señor Wilde. Piense en esas pobres desafortunadas de Whitechapel.

Durante meses del año anterior, el notorio caso de Jack el Destripador había llenado páginas y páginas de la prensa popular.

—Han encontrado a otra no hace mucho, ¿verdad? —pregunté.

—Sí —respondió Fraser—, hace seis semanas, en Castle Alley. Alice McKenzie. Tenemos su cuerpo... o lo que queda de él. Conocemos su historia. Conocemos sus movimientos durante las horas anteriores a su muerte. Hemos identificado e interrogado a sus seres más próximos, a los que la vieron con vida por última vez. Tenemos una montaña de pruebas, tenemos incluso una carta que supuestamente es obra de su asesino, y aun así ni siquiera nos acercamos a un asomo de solución del crimen... Y es posible que nunca lo hagamos.

—¿Acaso no la degollaron?

—Sí —dijo Fraser—, pero no se deje llevar por el entusiasmo, señor Sherard. También le habían mutilado el abdomen. El asesino de Whitechapel acecha a las mujeres en los callejones oscuros, no a chiquillos en habitaciones iluminadas por la luz de las velas.

Estaba claro que nuestra entrevista estaba tocando a su fin. Fraser salió de detrás de su escritorio y se dirigió hacia la puerta. Oscar y yo nos levantamos. Cuando él se puso de pie, se balanceó durante unos segundos y palideció. Los delicados vinos de John Simpson's y la habitación mal ventilada de Aidan Fraser le estaban pasando

factura. El inspector de policía le tendió una mano para ayudarle a recuperar el equilibrio.

—Siento decepcionarle, señor Wilde —dijo—. No quiero prometerle más de lo que puedo hacer. Pero, quédese tranquilo, haré lo que pueda. Esta misma tarde enviaré a uno de mis hombres a Cowley Street.

—¿Me hará saber el resultado del registro? —preguntó Oscar.

—Por supuesto —dijo Fraser, sacando nuestras tarjetas del bolsillo de su chaleco—. Enviaré un telegrama a Tite Street. No se preocupe.

—Mejor a mi club, si no le importa —intervino rápidamente Oscar.

—Naturalmente —respondió Fraser—. Al Albemarle, ¿no?

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Oscar, sorprendido—. ¿Es usted miembro?

—No —dijo Fraser, dejando a la vista una hilera de dientes perfectos—. Soy detective.

Oscar, que había recuperado el color, soltó una risilla suave y estrechó la mano de Fraser.

—Gracias por su tiempo, inspector. Gracias por escucharnos. Espero que no considere que he actuado mal viniendo a verle hoy.

—De hecho, todo lo contrario —dijo Fraser—. Ha cumplido usted con su deber. Ha denunciado un supuesto crimen a las autoridades competentes. Ha actuado con absoluta corrección, como debería hacerlo todo caballero. —Hizo una breve pausa y clavó su mirada en la de Oscar—. Lo que me sorprende es que no viniera a verme ayer, justo después de haber hecho su descubrimiento. ¿Hay alguna razón que le llevara a esperar veinticuatro horas para venir?

Fraser sonrió ladinamente mientras formulaba la pregunta. Para mi sorpresa, Oscar no pareció en absoluto desconcertado.

—Soy el príncipe de las vacilaciones —dijo—. Es el peor de mis pecados. Jamás hago mañana lo que puedo hacer... pasado mañana.

Fraser se rió.

—Bien, ya ha cumplido con su deber, señor Wilde, y, una vez hecho esto, señor, siga mi consejo: olvide lo ocurrido. El asesinato es un sórdido asunto. Es responsabilidad de la policía, no del príncipe de la dilación, y tampoco del quisquilloso campeón de la estética. Ha hecho todo lo que estaba en su mano en este asunto. Y ha obrado bien. Que tenga un buen día.

El sol todavía brillaba con fuerza cuando llegamos a la calle, pero había refrescado. Oscar se volvió hacia el edificio y alzó la mirada hacia la tercera planta. Asomado a una estrecha ventana de celosía vimos al inspector Aidan Fraser que nos miraba. Oscar levantó la mano y le saludó. Fraser inclinó la cabeza y le devolvió el saludo.

—¿Y ahora qué? —pregunté.

—Ahora necesito despejarme un poco —dijo Oscar—. Volveré andando a casa por el río. Creo que aprovecharé para pasar por Cowley Street. Tengo que pedirle un favor a la señora O’Keefe. —Cuando quise decir algo, levantó un dedo para hacerme callar y luego, con las dos manos, me recolocó la corbata y me cepilló ligeramente los hombros como podría haberlo hecho con sus hijos cuando se preparaban para ir al colegio—. Y tú, mi querido Robert —dijo—, debes ir a casa y ordenar tu mesa. Hay trabajo que hacer, un misterio por resolver, y agradeceré tu ayuda... y tu compañía. Encontrémonos en el club a las once, o un poco más tarde. Mientras tanto, vuelve a tu habitación y termina el artículo que más cerca estés de concluir. Y envíale un telegrama al abogado de tu esposa. Dile que en este momento el divorcio está fuera de toda posibilidad. Actualmente estás ocupado en un asunto mucho más apremiante: un asesinato. Se quedará desconcertado ante la verdad. Así es siempre con los mediocres.

A las once y quince de esa misma noche, como habíamos quedado, me encontré con Oscar en el Albemarle. Le hallé solo en la biblioteca, tomando champán y leyendo a Wordsworth.

—Tu bisabuelo es un gran hombre —declaró—. Nos enseña a aceptar la «carga del misterio», «la pesada y agotadora carga de todo este mundo ininteligible», ¿no te parece?

La llegada de Hubbard me ahorró el reto de tener que darle una respuesta adecuada. El criado del club se quedó obsequiosamente junto a la puerta con una pequeña bandeja de plata en la mano.

—Ha llegado un telegrama para usted, señor Wilde —dijo.

—Será de Fraser —dijo Oscar, cogiendo el pequeño sobre amarillo y pasándomelo a mí—. ¿Qué dice?

Rasgué el sobre y leí la comunicación en voz alta.

—«REGISTRO COMPLETADO. STOP. NO HALLADAS PRUEBAS. STOP. LAMENTO IMPOSIBLE ULTERIORES ACCIONES LLEGADOS A ESTE PUNTO. SALUDOS, FRASER».

Oscar no dijo nada. Hubbard seguía esperando junto a la puerta. Tosió, como el mayordomo de una comedia teatral, y murmuró:

—Y hay alguien que quiere verle, señor. En el vestíbulo.

Oscar pasó de pronto a la acción.

—Ven, Robert. Ven —dijo, dejando caer el ejemplar de Wordsworth al suelo y pasando conmigo por el lado de Hubbard como una exhalación hacia el vestíbulo—. El juego ha empezado.

La persona que había venido a ver a Oscar le esperaba nerviosa en el vestíbulo externo de club, junto a la portería. La reconocí al instante. Era la señora O’Keefe. En cuanto aparecimos, nos saludó con una profunda reverencia. Oscar la levantó tirando de su mano y se limitó a decir:

—¿Y bien, señora?

—He seguido sus instrucciones al dedillo, señor Wilde. No me he ido de Cowley Street hasta que su coche ha venido a recogerme a las once en punto. Nadie se ha acercado a la casa desde su última visita. Ni la policía, ni ninguna otra persona; nadie, nadie en absoluto.

—Que Dios la bendiga, señora O’Keefe —dijo Oscar.

—Y a usted —dijo la señora O’Keefe—. Rezaré por usted.

—Recemos el uno por el otro —respondió Oscar, haciéndole entrega de un soberano.

## 6.

### 2 de septiembre de 1889

La mañana siguiente a las once, siguiendo las instrucciones de Oscar, me presenté en el 16 de Tite Street, junto al Embankment de Chelsea, la casa que Constance y él compartían desde que habían contraído matrimonio cinco años antes. Por fuera era una casa hermosa: una construcción de ladrillo, alta y sólida. Por dentro, era exquisita. Amigo y vecino de Oscar, el pintor James Whistler, que había ayudado con la decoración, solía decir: «El exterior es absolutamente fiable; el interior, absolutamente Wilde».

La decoración era el vivo reflejo del gusto de Oscar y de la fortuna de Constance. En la época en que contrajeron matrimonio, Constance había heredado de su abuelo cinco mil libras; hasta el último penique —y más— se invirtió en Tite Street. Todo lo que contenía la casa era de la mejor calidad, y todo, bueno, casi todo, de un solo color: blanco. En el salón, las cortinas eran blancas; las paredes, blancas; las alfombras, blancas; hasta los muebles eran blancos. También en el comedor era todo blanco, con excepción de la pantalla de una lámpara de color cereza que colgaba del centro del techo de la habitación, exactamente encima de una estatua de terracota colocada encima de una tela roja con forma de diamante en medio de una mesa blanca. La viva imagen de la perfección.

Mi amigo William Yeats, el poeta, había pasado la Navidad con Oscar en Tite Street el año anterior —en aquel momento, yo estaba en París, persiguiendo a Kaitlyn— y me escribió describiendo el día: Tite Street y «la perfecta armonía» de la vida de Oscar allí, «con su hermosa mujer y sus dos pequeños». Según me dijo Yeats, todo ello le sugería «una composición delicada y artística». También me dijo que se había puesto en evidencia ese día llevando unos zapatos amarillos. En aquel entonces estaba de moda la piel sin teñir, pero en cuanto puso los pies en la casa, Yeats se dio cuenta de que el lívido ocre de su festivo calzado —se había comprado los zapatos especialmente para la ocasión— estaba fuera de lugar con la nivea blancura de Tite Street. Cuando vio sus zapatos, Oscar pareció sin duda sorprendido y, durante el día siguió mirándolos subrepticamente, estremeciéndose cada vez que lo hacía.

Creo que Yeats se sintió incómodo en Tite Street. En cambio, yo siempre me sentí cómodo allí y como en mi propia casa. Quizás era porque Constance me hacía sentir muy bienvenido.

Nunca había visto a Constance Wilde tan hermosa como cuando me abrió la

puerta esa soleada mañana de septiembre. Iba vestida de blanco, con el lazo violeta en el pelo y un lazo a juego en la cintura. Sostuvo la puerta abierta de par en par y me sonrió.

—Bienvenido, Robert —dijo—. Ha pasado mucho tiempo. —Estaba más rellena de lo que la recordaba, y también me pareció más alta, y supongo que mayor. A pesar de sus treinta y un años, ni el cansancio ni el paso del tiempo parecían haber hecho mella en ella. Se la veía feliz, segura de sí misma y alegre. Me estrechó la mano y luego me acarició fugazmente la mejilla con los nudillos—. Qué alegría verle —dijo—. Pienso en usted a menudo. —En el pasillo, señaló al paragüero y añadió—: Mire, todavía conservo su bastón espada. Lo tengo aquí para que me proteja.

Respondí sin pensarlo:

—Yo siempre la protegeré. Constance. —Y, en cuanto lo dije, me sonrojé.

Ella se rió, me tomó las manos y las apretó con fuerza.

—Es usted todo un romántico, señor Sherard —dijo—. No me sorprende que Oscar tenga planeado llevarle con él a una gran aventura. Me dice que va usted a ser el doctor Watson de su Sherlock Holmes.

—¿Ha leído *Estudio en escarlata*? —pregunté.

—Naturalmente —respondió—. Oscar insistió en ello. Y lo cierto es que lo disfruté. Oscar se ha obsesionado con el «señor Holmes» y con sus poderes de observación y perfecta capacidad de razonamiento. Para serle sincera, creo que quizás esté un poco celoso de Arthur Doyle y de su creación. Vayamos a buscarle.

Me tomó de la mano y me condujo, como una compañera de juegos, por la casa en busca de Oscar. Dimos con él en su salón de fumar moro, en el que nada era blanco salvo el fino penacho de humo que ascendía desde el cigarrillo que sostenía con sumo cuidado entre los dedos. Estaba tumbado en un diván, con los ojos entrecerrados. Aunque a buen seguro debía de habernos oído llegar —probablemente me había oído llamar a la puerta principal—, no se movió. Cuando entramos a la habitación, levantó con languidez el cigarrillo en el aire y, sin apartar los ojos de él, haciéndolo rodar de forma deliberada entre el pulgar y el índice, apuntó:

—Fumar cigarrillos es la clase perfecta de placer perfecto, ¿no os parece? Es verdaderamente exquisito y siempre te deja insatisfecho.

Constance sonrió. Yo me reí. Oscar se incorporó y se volvió a mirarnos.

—Supongo que Constance ya te habrá puesto al día del plan —dijo—. Nos abandona, Robert. Se lleva a los niños con ella. Se va al norte de Yorkshire, a los páramos, a casa de su amiguita Emily Thursfield. —Ni que decir tiene que Constance no me había dicho nada de todo eso. Oscar se volvió hacia su esposa y añadió en tono conspirador—: No presentes a Emily a Robert, querida mía. Es demasiado hermosa. Él se enamorará de ella en el acto y no podrá dormir durante dos semanas. Creo que no ha pegado ojo desde el día en que te conoció.

Volví a sonrojarme. Oscar se levantó entre risas y me puso las manos sobre los hombros.

—Constance se va de vacaciones, Robert, y nosotros vamos a trabajar. Vamos a desentrañar este misterio. Resolveremos este crimen, con o sin la ayuda del inspector Fraser.

—Oscar me ha hablado del horrible asesinato con el que se tropezó —dijo Constance—. Lo siento mucho por el pobre muchacho... y por su familia, quienquiera que sean.

—Empezaremos por su familia, Robert —dijo Oscar, apagando el cigarrillo—. Ése será nuestro punto de partida.

Me quedé desconcertado.

—Pero, Oscar, creía que habías dicho que el muchacho no tenía familia. ¿No es eso lo que les has dicho a Conan Doyle y a la policía?

Oscar me dedicó una media sonrisa, pero no respondió.

—No puedo entender por qué la policía no es de ninguna ayuda —dijo Constance.

—Constance ha visto el indignante telegrama de Fraser —dijo Oscar—. Se lo he dado para que lo añada a su colección. —Le miré, sin entender—. Tiene una caja especial donde guarda esas cosas —explicó—. Empezó la colección el día de nuestra boda, con el telegrama que Whistler nos envió a la iglesia: «TEMO NO PODER LLEGAR A TIEMPO PARA CEREMONIA. NO ME ESPERÉIS». El mensaje de Fraser es menos divertido, te lo aseguro, y peor redactado, pero quiero conservarlo. Estoy convencido de que, a su debido tiempo, será de algún interés.

—¿Por qué dijo el señor Fraser que había buscado pruebas cuando no fue así? —preguntó Constance.

—Sí, ¿por qué? —preguntó Oscar.

Se me ocurrió que lo más probable era que el inspector Fraser creía que el cuerpo de Billy Wood había sido un producto de la imaginación de Oscar y que no estuviera por la labor de utilizar los escasos recursos de la policía en la búsqueda de un asesino fantasma, pero decidí reservarme mi opinión y dije:

—Si vamos a buscar a la familia de Billy Wood, ¿por dónde empezamos?

—Si no me equivoco, deberíamos empezar por la pista de patinaje —dijo Oscar. El gran reloj de asa colocado en la repisa de la chimenea, un trofeo procedente de su ciclo de conferencias en Estados Unidos, dio la media—. Vamos, Robert. Nuestro coche espera.

Oscar había pedido un cabriolé. Nos esperaba ya en la calle. A él le importaba un bledo tener coches esperándole a todas horas. Era de una extravagancia gratuita. Podía gastar en un día en coches y diversiones —flores, champán, comidas, almuerzos, cenas y demás— lo que yo podía ganar en un mes. Incluso con el capital



que Constance aportó al matrimonio, e incluso cuando estaba en la cúspide de sus poderes, con dos obras representándose a la vez en el West End, Oscar vivía por encima de sus posibilidades, peligrosamente por encima. En ese momento, yo no tenía ni idea de que su situación financiera fuera tan frágil como resultó serlo. Desde el mismo día de su boda, siempre le tuve por un hombre bastante acaudalado. De haber sabido la verdad, de ningún modo le habría permitido ser tan generoso conmigo como lo era invariablemente. El primer indicio que tuve del precario estado de sus finanzas tuvo lugar tres años más tarde, durante la época de su brillante éxito con *El abanico de lady Windermere*. En un año, y sólo con esa obra, ganó más de siete mil libras en derechos de autor. Ese fue el año en que recuerdo haber sido informado por parte de Gertrude Simmons, la institutriz de los pequeños, de que «las cosas no eran tan prósperas» en Tite Street, que el carnicero se «había negado a enviar un solo corte para el asado hasta que saldaran cuentas con él» y que «el propio señor Wilde había tenido que ir a la carnicería en un carruaje para saldar la cuenta».

Sin embargo, ninguna nube parecía nublar en la mañana del 2 de septiembre de 1889 el cielo azul sobre Tite Street. Annie Marchant (la siempre apresurada y ocupada Annie Marchant), la niñera, había sacado a la acera a los dos pequeños para que se despidieran de su padre. Oscar adoraba a sus niños. Les besó cariñosamente. A Cyril, que ese verano había cumplido cuatro años, le dijo:

—Cuida de tu madre, hombrecito. Los páramos de Yorkshire son peligrosos y una madre es un bien precioso. No hay más que una.

—Calla, Oscar —dijo Constance, ansiosa—. Vas a asustarle.

—No, querida —respondió Oscar—. Son chicos listos. Recuerda quién son sus padres.

Se volvió a mirar a Constance, que tenía en brazos a la pequeña Vyvyan, y la besó con suavidad en la frente. Miró muy de cerca el rostro redondo y sonriente de Vyvyan y dijo solemnemente:

—*Sunt lacrimae rerum et mentem mortalia tangunt.*

Vyvyan, que todavía no había cumplido los tres años, gorjeó encantada y tiró a su padre de la nariz. Oscar se volvió orgulloso hacia mí.

—Su inglés evoluciona lentamente, pero cuando se trata de Virgilio, a estos pequeñuelos no se les pasa una.

Subimos al carruaje entre risas. Constance, Annie Marchant y los dos niños, sonrientes y felices, nos despidieron con la mano mientras nos alejábamos.

—Cuídate, Oscar —gritó Constance al tiempo que nuestro cochero (un tipo adusto) hacía restallar el látigo—. Te veré dentro de un mes, querido. Estaré de vuelta para tu cumpleaños, no temas.

—Contigo como esposa, no tengo ningún miedo —dijo Oscar, lanzándole un beso.

Cuando el carruaje giró a la derecha desde Tite Street para entrar en Christchurch Street en dirección a King's Road, Oscar, que en ese momento se ajustaba los gemelos de su chaqueta de lino de color amarillo limón —se había vestido adecuadamente para la estación—, se recostó contra el respaldo del asiento y dijo:

—Tengo una buena esposa, ¿verdad?

—Así es, Oscar —respondí con vehemencia.

—¿Y unos hijos adorables? —añadió.

—Sin duda —respondí.

—Y nosotros —dijo entonces, dando de pronto una palmada— tenemos entre manos la emoción de una nueva aventura. ¡El aburrimiento es el enemigo, Robert! La aventura es la respuesta. Encontraremos al asesino de Billy Wood. Si el amigo de Conan Doyle no puede ayudarme, sí puede hacerlo el ejemplo de Conan Doyle. Oscar Wilde haciéndose pasar por Sherlock Holmes: ¿por qué no? Una máscara nos dice mucho más que cualquier rostro...

No tardamos más de diez minutos en llegar a nuestro destino: el Dungannon Cottage Marble Ring de Knightsbridge. ¡Una de tantas pistas de patinaje de la ciudad! En la década de 1880, Londres estaba plagada de ellas. Aun así, la del Dungannon era distinta. En la época posterior al éxito obtenido por parte del profesor Gamgee al transformar los baños flotantes situados junto al puente de Charing Cross en el Glaciarium Flotante —una pista cubierta que utilizaba hielo especialmente fabricado para su uso—, otro emprendedor «profesor de cultura física», el coronel Henry Melville, había creado una nueva maravilla en Knightsbridge. Su pista de patinaje, apta para todos los climas y en funcionamiento durante los 365 días del año, había logrado prescindir definitivamente del hielo y ofrecía a los patinadores una superficie de «mármol» en la que patinar, superficie cuya suavidad, según palabras del propio coronel Melville, «era sólo comparable a la lámina de hielo más pura del Ártico».

—No sabía que te gustara el deporte del patinaje, Oscar —dije, echándome a reír, cuando entrábamos en el abarrotado vestíbulo del Dungannon.

—Y no me gusta —fue la fría réplica de Oscar—, pero a Billy Wood sí y a Gerard Bellotti también. Es a Bellotti a quien hemos venido a buscar. —Me lanzó una mirada—. ¿Te he mencionado a Bellotti?

—Sí, Oscar —respondí—, en una ocasión. Pero me he fijado en que no se lo mencionaste ni a Conan Doyle ni al inspector Fraser.

—Me alegro de que hayas reparado en ello, Robert. Un buen detective debe fijarse en todo. —En ese momento sus ojos escudriñaban la multitud.

—¿Puedo preguntar por qué no mencionaste su nombre a Fraser? —dije.

—Si el inspector Fraser se digna mostrar algún interés en el caso, sin duda no tardará en tropezar con el señor Bellotti. Quizás incluso le resulte ya familiar.

Supongo que Gerard Bellotti no es ningún desconocido para la policía. —La mirada de Oscar se había desplazado desde la pista de patinaje y sus inmediaciones a las mesas de refrigerios adyacentes al quiosco de música—. Ahí está —gritó de pronto, apuntando con el bastón.

Gerard Bellotti no era una visión agradable y tampoco tenía el aspecto de un patinador al uso: era un hombre grotescamente corpulento. A pesar de que estaba sentado de espaldas y a cierta distancia de donde estábamos nosotros, resultaba inmediatamente llamativo, y no sólo por su gorda corpulencia —daba la impresión de ser un sapo sentado que parpadea y que jamás se mueve—, sino por su llamativo atuendo. Vestía un traje de cuadros naranjas digno del primer cómico del Collin's Music Hall, y sobre el aceitoso cabello que coronaba su cebollina cabeza, de rizos pequeños y teñidos con *henna*, llevaba un maltrecho canotier.

—¿Quién es Gerard Bellotti? —pregunté.

—Mucho me temo que está lejos de ser un hombre refinado —dijo Oscar al tiempo que nos abríamos paso a empujones entre la multitud. A pesar de ser un día de diario, el Dungannon estaba hasta los topes. Allí se había congregado todo tipo de vida humana (al menos, de cierta clase): parejas en pleno cortejo, solitarios holgazanes, madres y abuelas con niños, sirvientas en su día libre, muchachos buscando diversión.

—¿Cómo le has conocido? —grité, intentando hacerme oír entre la ensordecedora algarabía. El ruido resultaba opresivo. Todo el mundo gritaba para neutralizar la música de la banda y el implacable y sordo fragor de los patines sobre el mármol.

—Trabaja en Messrs O'Donovan & Brown de Ludgate Circus, la primera empresa de suministro de servicio doméstico procedente de la isla esmeralda —me gritó Oscar a su vez—. Bellotti es uno de sus sargentos de captación de personal: busca muchachos que puedan trabajar de limpiabotas o de pajes. Eso es lo que hace aquí. —Oscar se detuvo y me acercó la cara al oído—. Y, como negocio suplementario, regenta un club vespertino de caballeros.

—¿De caballeros?

Oscar se rió.

—Bueno, de miembros del Parlamento y personal semejante. Ofrece fiambres y compañía. Suministra un compañero de juego a un miembro del Parlamento, o un modelo a un pintor. Sé que cuenta con un marqués en su agenda, un púgil *amateur*, que necesita muchachos con los que luchar.

—El señor Bellotti parece un tipo interesante —dije, divertido.

—No —respondió Oscar, muy serio—. Bellotti es complejo sin llegar a ser interesante.

Habíamos llegado a su mesa. Bellotti no levantó la mirada. Ni siquiera se volvió a mirarnos. Cuando nos sentamos, él apartó de su lado con una mano regordeta lo que

parecía ser una taza de té y habló de inmediato.

—Ah, señor Wilde, ¿cómo está? Reconozco su olor. —Su voz resultó más melodiosa de lo que había esperado, y su acento más refinado—. Canterbury Wood Violet, ¿me equivoco? Siempre su favorita. Creo que Alsop & Quilter siguen tras usted. ¿Y quién es su amigo? ¿Busca diversión o empleo?

—Ni una cosa ni la otra —dijo Oscar—. El señor Sherard y yo hemos venido a verle en busca de información.

—Entiendo.

Oscar apoyó el bastón contra el borde de la mesa y a continuación, con suma discreción, empujó un soberano bajo el plato de Bellotti.

—¿Cuándo vio a Billy Wood por última vez? —preguntó.

—¿A Billy Wood? Qué chiquillo más encantador. Tan brillante, tan jovial. Uno de sus favoritos, señor Wilde, uno de sus entusiasmos.

—¿Cuándo le vio por última vez? —Oscar repitió la pregunta.

—Ayer —respondió Bellotti.

Oscar se inclinó urgentemente hacia él.

—¿Está seguro?

Bellotti pareció meditarlo.

—¿O quizá fue anteayer? —dijo—. Sí, anteayer. Vino a uno de los almuerzos del club. Ahora nos encontramos en Little College Street. Tiene que venir, señor Wilde. Hace mucho que no disfrutamos del placer de su compañía. Billy estaba en una forma excelente. Es que el muchacho siempre es una delicia. ¿Por qué pregunta por él? ¿Se ha metido en algún lío?

—Eso me temo —dijo Oscar con tono sombrío.

—¡Vaya por Dios! —masculló Bellotti—. Eso quiere decir que se habrá escapado. Suelen hacerlo. ¿Me equivoco? ¿Ha desaparecido?

—Sí.

—Habrá ido a Broadstairs a ver a su madre. Eso es lo que pasa. Eso es lo que siempre ocurre. En época de trabajo, se refugian en la falda de sus madres.

—¿Y por casualidad no tendrá usted su dirección? —preguntó Oscar.

—*The Castle*, Harbour Street. La propiedad no hace honor al nombre de la dirección, aunque teniendo en cuenta como suelen ser en general las pensiones de la costa, ésta cuenta con los servicios esenciales. Me alojé allí hace dos meses. Así fue como conocí a Billy Wood. El chiquillo servía mesas. Enseguida me di cuenta de que a usted le gustaría, señor Wilde. Le animé a que viniera a la ciudad, en parte por usted.

—Gracias —dijo Oscar, y nos levantamos. Bellotti no se movió.

Mientras regresábamos a empujones entre la multitud, pregunté:

—¿Es ciego?

—Puede ser —dijo Oscar—. O al menos lo parece. Aunque no pondría la mano en el fuego por él. Con un hombre como Bellotti, nunca se puede estar seguro de nada.

Ya en la calle, nuestro cabriolé esperaba. Justo cuando estábamos a punto de subir a él, simultáneamente, Oscar y yo nos lanzamos hacia delante y soltamos un involuntario grito de dolor. Acabábamos de recibir un golpe como si un latigazo acabara de sacudirnos las pantorrillas. Oscar calló hacia delante contra el carruaje. Yo me volví de espaldas, enojado. De pie, inmediatamente detrás de nosotros, vi a una pequeña figura con uniforme de paje. A punto estuve de soltarle un cachete al muchacho cuando me di cuenta de que nuestro asaltante no había sido él, sino un enano. Su cuerpo era diminuto, aunque no deforme. Su enorme cabeza resultaba a la vez grotesca y alejada de toda normalidad. Tenía un rostro profusamente arrugado: la piel cetrina y curtida. A sus labios asomaba una mueca de desprecio y tenía en las manos el bastón con el que nos había golpeado las piernas para llamar nuestra atención. Enseguida me di cuenta de que era el mismo bastón espada que yo le había regalado a Constance el día de su boda, y entendí que Oscar debía de haberlo dejado olvidado en la mesa de Bellotti.

El enano tendió el bastón hacia Oscar, que, recuperando el equilibrio, lo aceptó. Para mi asombro, le vi llevarse la mano al bolsillo, encontrar una moneda y dársela al hombre.

—¡Por el amor de Dios, Oscar! —protesté.

El enano cogió la moneda y se retiró, riéndose de nosotros sin ocultar su desprecio. Oscar subió al coche.

—De un modo u otro, siempre hay que pagar por el placer y el dolor —dijo.

—¿Le conoces? —pregunté, siguiendo a Oscar al interior del dos ruedas.

—Es una de las criaturas de Bellotti —respondió—. Reconozco que es desagradable, pero su deformidad me inspira lástima.

—¿Y qué hace con Bellotti? —pregunté.

—Se encarga de sus pujas —respondió Oscar con una pálida sonrisa.

—Es un pequeño demonio —dije, frotándome las pantorrillas, que seguían doloridas tras el injustificado asalto.

—No hace falta ser vidente para darse cuenta de eso, Robert. Es feo y despiadado, así que apártalo de tu cabeza. Cuanto menos se hable de las heridas de la vida, tanto mejor. Concéntrate en pensamientos más felices. Piensa en que mañana estaremos de camino a Broadstairs y en que quizá te compre un canotier cuando lleguemos al mar...

El cabriolé nos llevó desde Knightsbridge, por Picadilly y el Soho hacia mi habitación de Gower Street. Cuando llegamos a la callejuela lateral que salía de Soho Square y en la que, dos noches antes, había visto a Oscar en compañía de la joven —

la desconocida del rostro desfigurado—, mi amigo ordenó de pronto al cochero que detuviera el carruaje.

—Yo me bajo aquí —dijo—. Tú vete a casa, Robert. La carrera está pagada.

Bajó del carruaje y se volvió a mirarme.

—Sí, Robert —dijo—. Tengo una cita secreta... en una parte ligeramente vergonzante de la ciudad. Y tú sientes curiosidad. Estoy seguro de que ambas cosas dirán mucho en nuestro favor.

## 7.

### 3 de septiembre de 1889

¿Cuál era la cita secreta que podía tener Oscar en esa parte ligeramente vergonzante de la ciudad? No quiso darme esa información, y yo tampoco insistí para que lo hiciera.

Resulta curioso cómo hombres que son buenos amigos, amigos íntimos y verdaderos, que pueden haber tenido una relación extremadamente familiar y próxima durante años, pueden saber muy poco de la vida amorosa del otro.

Aunque yo conocía bien a Oscar, en ese momento no conocía los secretos que anidaban en su corazón.

En París, durante la diáfana primavera de 1883, cuando nos conocimos, cenábamos juntos a menudo en el Foyot's, en Voisin's, en Paillard's, en los mejores restaurantes; paseábamos juntos, hora tras hora, por los jardines de las Tullerías, por el palacio del Louvre, por las orillas del Sena; comíamos y conversábamos; y cuando conversábamos, hablábamos de todo lo que hay bajo el sol y la luna, de arte y de literatura, de música y de revolución, de la vida y de la muerte y, sí, también del amor. Pero cuando hablábamos del amor, me doy cuenta ahora, siempre lo hacíamos en términos de absoluta abstracción.

En una ocasión le dije a Oscar que en Oxford, cuando yo tenía veinte años (antes de que me expulsaran), había ido a visitar a una prostituta. Inmediatamente, él se sinceró conmigo y me contó que en Oxford, cuando él tenía veinte años (antes de ganar el Newdigate Prize), también él había ido a visitar a una prostituta, pero no me dijo nada más que eso acerca de la experiencia. En París, memorablemente, habíamos estado juntos en el Eden Music Hall la noche en que él conoció a la célebre Marie Aguétant, con la que compartió cama. Después de ese primer encuentro, sé que Oscar la visitó en más de una ocasión y que más adelante, tras su brutal asesinato, recuerdo haberle oído decir: «Pienso en ella a menudo, Robert», pero qué pensaba de ella, y por qué, eso es algo que jamás me dijo.

Una vez, en el Soho de Londres, visité un burdel y disfruté de las dudosas delicias que en él se ofrecían. ¿Lo hizo también Oscar? Antes de su boda, y después, varias de sus amigas eran actrices. No todas ellas eran damas. Y Oscar flirteaba escandalosamente con ellas. ¿Se acostaría también con ellas? Según me dijo, amaba a Lillie Langtry «con pasión», pero ése fue su único comentario. La llamaba «Lil»; la besaba en los labios (lo sé porque lo vi con mis propios ojos); pero ¿compartía su

cama? No sabría decirlo. Amaba a Constance, de eso no me cabe duda. Pero ¿amaba también a las demás? ¿Traicionaba a su esposa con otras mujeres? ¿Y sería una de ellas la muchacha con quien yo le había visto en Soho Square? Y de ser así, y si efectivamente lo era, ¿llegaba a ser realmente una traición? ¿O acaso él creía —como lo creía yo y como, de hecho, aún lo creo— que se puede amar a más de una persona y mantenernos fieles a las dos?

Viajando con él en primera clase en el tren que nos llevaba a Broadstairs a principios de ese mes de septiembre de 1889, Oscar pareció leerme el pensamiento. Estábamos solos en el compartimiento, sentados el uno frente al otro, y entre nosotros se había instalado el silencio. Yo miraba sus ojos cansados al tiempo que me preguntaba con quién se habría encontrado la noche anterior —y por qué—, y lo que habría ocurrido entre ellos. Pensaba en Constance, a la que adoraba, y en mi promesa de protegerla. ¿Tendría motivo para estar celosa? ¿Podía confiar en la fidelidad de Oscar? Y, de no ser así, si alguna vez llegaba a saber la verdad, ¿le resultaría dolorosa?

Me había sumido en una especie de ensueño e iba dándole vueltas a todas estas cuestiones, cuando me di cuenta de que mi amigo me estaba hablando.

—La fidelidad está sobrevalorada, Robert —le oí decir—. Lo que cuenta es la lealtad... y la comprensión.

—Sin duda —murmuré, sin saber a ciencia cierta adónde podía llevar la conversación.

—Mi madre, sin ir más lejos. Un sentimiento tan vulgar como el de los celos jamás la afectó. —Asentí, pero no dije nada. Con Oscar, a menudo asentía sin decir nada—. Mi madre era plenamente consciente de las constantes infidelidades de mi padre, pero se limitaba a ignorarlas. Antes de su muerte, mi padre estuvo en cama muchos días. Y todas las mañanas, una mujer vestida de negro, y profusamente velada, solía venir a nuestra casa de Merrion Square, en Dublín. Sin que ni mi madre ni nadie la estorbara, ella iba directa arriba, a la habitación de mi padre, donde se quedaba todo el día, sin articular una sola palabra ni levantarse el velo que le cubría el rostro en una sola ocasión.

»No prestaba atención a ninguna de las personas presentes en la habitación y tampoco nadie reparaba en ella. Ni una sola entre mil mujeres habría tolerado su presencia, pero mi madre sí lo hizo, porque sabía que mi padre amaba a esa mujer y sabía que para él debía de resultar un consuelo tenerla allí, junto a su lecho de muerte. Y estoy seguro de que hizo lo correcto al no juzgar los últimos resquicios de la felicidad de un hombre que estaba a punto de morir, y estoy convencido de que mi padre comprendía su aparente indiferencia, y que comprendía también que si mi madre permitía la presencia de su rival en la habitación no era porque no le quisiera, sino porque le quería mucho, y murió con el corazón henchido de gratitud y de afecto



hacia ella.

Oscar me sonrió y se secó lo que bien podía ser una lágrima que asomaba ya a la comisura de su ojo.

—Tenemos a las madres en mente, ¿verdad, Robert? Es comprensible. Vamos de camino al encuentro de la madre del pobre Billy Wood, una madre que ha perdido a su hijo y que aún no lo sabe.

—¿Vamos a decírselo? —pregunté.

—Si no lo sabe todavía —dijo Oscar—, debemos hacerlo.

—Pero si no hay cuerpo...

—Vi el cuerpo de Billy Wood, Robert. Está muerto. La señora Wood no volverá a ver a su chiquillo. Y era su único hijo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque él mismo me lo dijo. A menudo hablaba de su madre. La quería con locura. Me dijo que su madre no le entendía, pero que se entendía a sí misma lo suficiente como para saber que no entendía a su hijo. Billy era un chico listo. Y bueno. Me dijo que se fue a Londres a hacer fortuna para un día poder cuidar de su madre como ella lo había hecho con él. Y podría haber hecho fortuna, Robert...

—¿Tú crees?

—Lo sé, Robert. A pesar de que carecía por completo de cultura; de hecho, apenas sabía leer, cuando le leía a Shakespeare, él memorizaba las palabras casi al instante y luego las declamaba con una instintiva autoridad, inteligencia y sentimiento absolutamente extraordinarios. Era quizás el joven actor más dotado que he conocido hasta la fecha. Cuando murió, estábamos trabajando en *Romeo y Julieta*. Yo tenía previsto presentárselo a mi amigo Henry Irving del Lyceum. Irving, que es un magnífico representante de actores, habría reconocido el don de Billy. Billy Wood tenía madera de lo que suelen llamar «una estrella». Era luminoso. Resplandecía. Habría llegado lejos, Robert. Sin duda habría amasado una fortuna. Yo estaba orgulloso de estar alimentando su talento natural. Para mí su pérdida es grave. Para su madre, será terrible.

—¿Qué clase de mujer es? —pregunté—. ¿Lo sabes?

—Tengo un oscuro presagio sobre ella, Robert —respondió Oscar, sonándose la nariz y secándose la boca con el pañuelo. Se removió en el asiento—. No soy nada optimista. No olvides que vive en Broadstairs.

—¿Y eso qué significa? —pregunté, percibiendo que el humor de Oscar se desplazaba rápidamente de lo elegiaco a lo juguetón.

Sacudió la cabeza y masculló con un suspiro:

—Broadstairs, ¡ay de mí!

—¿Qué tiene de malo Broadstairs? —me aventuré a preguntar—. ¿No es uno de los balnearios favoritos de la reina Victoria?

—Su Majestad no es el problema, Robert. Es Dickens quien encarna aquí la dificultad.

—¿Dickens?

—Sí, Robert, el difunto y llorado Charles Dickens. Broadstairs era su lugar de vacaciones favorito. Fue Dickens quien puso Broadstairs de moda. Allí fue donde escribió *David Copperfield*, en una villa enclavada en lo alto de los acantilados que, naturalmente, a día de hoy, responde al nombre de Bleak House<sup>[3]</sup>. Puedes visitarla si te apetece. Hay una visita organizada baratísima. Si te decides a hacerla, cuando llegues a la habitación que hacía las veces de estudio del gran hombre, tendrás noticia de la leyenda que reza así: «Deje una nota al señor Dickens en el primer cajón de su mesa de trabajo y él vendrá durante la noche a leerla...». Ah, sí, en Broadstairs el espíritu de Dickens está por doquier, él está por doquier. Por mucho que lo intentes, es imposible escapar de él porque, en un inconsciente tributo a su más célebre visitante, la buena gente de Broadstairs se ha metamorfoseado en personajes de la *oeuvre* de su héroe. El jefe de estación se parece a Micawber, el pregonero es el señor Bumble, la benevolente dama del Saracen's Head se guía por el personaje de la señora Fezziwig...

—Exageras, Oscar —me reí.

—Ojalá —suspiró—. Me temo que nuestra señora Wood, la pobre madre de Billy, representará su papel como los demás. Imagino que será la señora Todgers, «un destello de afecto en un ojo, y el brillo del cálculo en el otro», o mejor, la señora Gummidge, una criatura solitaria y desolada para quien «todo es una contrariedad». Broadstairs no es como otras ciudades, Robert. Créeme.

Cuál fue mi sorpresa cuando, al bajar del tren, me di cuenta de que quizás Oscar estaba en lo cierto. Naturalmente, quizá pudo ser tan sólo el resultado de su poder de sugestión, pero, mientras bajábamos a pie por el corto camino que unía la estación con el centro de la ciudad, cada uno de los transeúntes parecía una auténtica caricatura de humanidad, ataviada con elaborados atuendos de época y representando un papel en una infinita procesión dickensiana. Pasamos junto a un obsequioso hombre-magdalena que nos saludó llevándose la mano a la gorra («Uriah Heep», murmuró Oscar); un chiquillo rubio, descalzo y harapiento al que Oscar lanzó una moneda de medio penique («¿Oliver Twist?», pregunté); un sonriente y afable hombre con gafas que se levantó el sombrero al pasar junto a nosotros y nos preguntó, así, sin más: «Que mañana tan excelente, ¿no les parece?» («¡El señor Pickwick!», susurramos alegremente, juntos y al unísono), y varios más. Pero el juego tocó a su fin —el juego quedó olvidado— en cuanto llegamos a *The Castle*, en Harbour Street.

La casa era una construcción alta y estrecha, de tres plantas. Su nombre respondía al diseño tan propio de los castillos basado en el artesanado de ladrillo y piedra que

decoraba la fachada sobre las ventanas de la planta principal, el primer piso y la puerta principal. *The Castle* tenía todo el aspecto de lo que era en realidad: un pequeño hotel costero que había conocido tiempos mejores. La decadencia del inmueble era más que evidente: las cortinas que colgaban en las sucias ventanas estaban desteñidas y mal colgadas; los escalones de piedra delanteros, descascarillados y muy desgastados; el felpudo, roto; el ladrillo de la fachada había sufrido las inclemencias del tiempo y estaba descolorido, y la pintura del letrero que anunciaba el nombre del hotel y la de las rejas y la verja de hierro forjado que llevaba a los escalones principales estaba desconchada.

Fue precisamente en esos escalones donde Oscar y yo conocimos al hombre que, como sabríamos más adelante, era Edward O'Donnell.

De haber seguido jugando al juego de Oscar, podríamos sin duda haber gritado al unísono: «¡Bill Sikes!», pues el hombre, desaseado, sin afeitado y que a duras penas se tenía de pie, era claramente un bruto y un borracho. Sin embargo, no me parece que en ese momento ni Oscar ni yo dedicáramos un solo segundo a pensar en Dickens. Edward O'Donnell inspiraba temor y no ánimo lúdico. No era un hombre joven — debía de tener unos cincuenta años—, pero tenía la corpulencia de un buey y había una sombra de locura en sus ojos.

Cuando nos acercábamos a la casa, el hombre se abalanzó desde los escalones a la calle y se plantó delante de nosotros, haciéndonos frente y bloqueándonos el paso. Nos quedamos helados y absolutamente aterrados. Estiró una mano y la apoyó en la reja de hierro para recobrar el equilibrio mientras con la otra gesticulaba enloquecidamente hacia nuestros rostros, apuntando primero a los ojos de Oscar y luego a los míos con su índice extendido.

—¿Habéis venido a por ella? —gritó—. ¿Habéis venido a por la zorra, la pelandusca? Espero que disfrutéis de ella... y de su querido muchacho. Que Dios los pudra a ambos. Es la zorra del diablo. Sabe Dios que siempre la odié, *La putaine!*

En cuanto concluyó su infame discurso, se volvió de pronto y escupió a la alcantarilla. Luego, separándose de las rejas de un empujón y mascullando juramentos y obscenidades, se fue calle abajo hacia el puerto.

Nos quedamos en silencio mientras le veíamos alejarse. Muy por encima de nosotros, oímos chillar a una gaviota. Me volví a mirar a Oscar.

—Vámonos ahora mismo de aquí —le imploré—. No es un lugar para nosotros.

—Ah —se limitó a decir—, pues me temo que sí lo es. Si no me equivoco, ése era el señor Woods. Billy jamás lo mencionó. No me sorprende. ¿A ti sí? Había dado por hecho que la señora Woods era viuda. Al parecer, estaba equivocado.

Oscar subió a paso ligero los tres escalones delanteros y, sin un instante de vacilación, llamó firmemente tres veces a la puerta principal del hotel. Me uní a él a regañadientes. Esperamos, el uno al lado del otro, en silencio. Oscar volvió a llamar

y, mientras lo hacía, oímos que al otro lado de la puerta una llave giraba en la cerradura y que alguien descorría un pestillo y luego otro. La puerta se abrió despacio y una mujer pálida y delgada, vestida totalmente de gris, apareció ante nosotros. A pesar de la palidez de su rostro, tenía los ojos rojos y enmarcados en lágrimas. Temblaba al hablar.

—No nos quedan habitaciones libres —dijo en un tono de voz que superaba apenas el de un susurro—. El hotel está cerrado.

—No buscamos habitación —respondió Oscar amablemente—. Hemos venido a ver a la señora Wood.

—Yo soy Susannah Wood —dijo.

—Mi nombre es Oscar Wilde —dijo Oscar, acompañando sus palabras de una pequeña inclinación de cabeza—. Y éste es mi socio, el señor Robert Sherard.

—¿Qué quieren? —preguntó bruscamente la señora Wood—. ¿Quién les envía? —Miró por encima de nuestros hombros a la calle vacía—. ¿Quién les envía? —repitió, alzando la voz—. ¿Ha sido él? ¿Ha sido él?

—No nos envía nadie —dijo Oscar—. Hemos venido por cuenta propia. Tenemos que darle una noticia, una grave noticia... acerca de su hijo.

—¿De Billy? —gritó—. ¿Se ha metido en problemas? ¿Qué ha pasado? ¿Le ha ocurrido algo?

—Eso me temo —dijo Oscar con aire solemne—. ¿Podemos pasar, señora?

Cruzamos el umbral de *The Castle* al tiempo que la señora Wood se retiraba, cediéndonos el paso, alarmada.

—¿Qué ha pasado? —gritó—. ¿Qué ha pasado? Dígame. ¡Dígame!

Oscar cerró en silencio la puerta tras nosotros. Se volvió hacia la señora Wood y se quitó el sombrero. Dijo entonces:

—Billy está muerto, señora Wood. Le han asesinado. Lo siento mucho.

—No —chilló la pobre mujer—. No. No es verdad. No puede ser.

—Mucho me temo que sí —dijo Oscar, adelantándose hacia ella—. Que Dios tenga piedad de su alma.

Tendió las manos para tomarla en sus brazos, pero ella le empujó violentamente, chillando entre sollozos:

—¿Quién es usted? ¿Por qué ha venido? ¿Por qué me cuenta estas mentiras?

—No son mentiras, mi querida señora. Era amigo de Billy, créame, y el martes pasado encontré su cuerpo asesinado, a la luz de las velas, en una habitación de una primera planta.

—No era Billy —sollozó—. No era él.

—Sí lo era —dijo Oscar.

—¡No le creo! —gritó.

—Debe creerme —insistió Oscar—. Traigo conmigo algo que lo prueba. —Me

dio su sombrero, se llevó la mano al bolsillo del abrigo y sacó un diminuto paquete de papel. Se lo puso en la palma de la mano y desdobló el papel, dejando a la vista una fina alianza de oro con manchas de sangre.

—¡Mi anillo de boda! —chilló la señora Wood.

—Lo sé —dijo Oscar—. Billy me lo dijo. Siempre lo llevaba. Cuando encontré su cuerpo, se lo quité del dedo para traérselo.

## 8.

### Los secretos de *The Castle*

Susannah Wood le arrebató a Oscar el anillo de la mano y se lo llevó a los labios.

—Mi pequeño —gimoteó—. Mi pequeño está muerto...

—Me temo que así es —dijo Oscar, rodeando con sus brazos los hombros de la mujer.

—¿Por qué? —se lamentó ella—. ¿Por qué? ¿Quién le ha hecho esto a mi querido niño?

—No lo sé —dijo Oscar, que ahora estrechaba contra él a la desconsolada madre—, pero del mismo modo que fui amigo de Billy, lo seré también de usted. Descubriré la verdad, señora Wood. Se lo prometo.

De pronto, la mujer se apartó de él de un empujón.

—Tengo que ir a Londres ahora mismo —chilló—. Tengo que ver su cuerpo. Debo ver su hermoso rostro por última vez. ¿Está muerto mi pequeño? ¿Cómo le mataron? ¿Cuándo fue? ¿El martes, dice usted? ¿A la luz de las velas? ¿En una habitación de un primer piso? ¿Por qué? ¿Por qué? —Sollozaba al hablar y empezó a sacudir violentamente la cabeza.

—Cálmese, querida señora —dijo Oscar—. Responderé las preguntas que pueda. Cálmese, se lo ruego.

—Perdóneme —se disculpó la desconsolada mujer, inspirando hondo y haciendo un esfuerzo por contener su dolor—. Billy era mi única alegría. —Despacio, se llevó la mano a la cara, la abrió y clavó la mirada en la ensangrentada alianza. Se inclinó hacia delante y besó una vez más el anillo antes de deslizárselo en el dedo medio y empujarlo contra la alianza que ya llevaba. Levantó entonces los ojos hacia Oscar—. ¿Quién es usted? —preguntó—. ¿Y cómo es que conocía a mi hijo?

—Soy escritor —dijo Oscar—, y profesor. Conocí a su hijo por casualidad,

—¿En Londres?

—En Londres —corroboró Oscar—, hará cosa de un año. Enseguida me gustó. Era un muchacho brillante... y ansioso por aprender. No sé si sabe usted que quería ser actor.

—Sí, lo sé.

—Nos encontrábamos quizás una vez al mes, a veces más a menudo. Le daba lecciones de «inglés oral». Leíamos juntos a Shakespeare. Era un alumno aventajado, si quiere que le sea sincero, no es que me necesitara demasiado. Había sido

bendecido con un don natural: una voz atlética, una elegancia innata, ¡y esa chispa en la mirada! Por encima de todo, tenía energía, una energía ilimitada. Y la energía es el secreto de todo éxito mundano.

—Ahora sé quién es usted —dijo ella, tocándole la mano—. Billy hablaba de usted. Le llamaba «Oscar».

—Éramos amigos.

—Le estaba muy agradecido, señor Wilde, lo sé —dijo la señora Wood—. Hablaba muy poco de su vida en Londres, pero sí hablaba de usted. Confiaba en usted.

—Me alegra saberlo —dijo Oscar.

—¿Les apetece una taza de té? —preguntó la señora, secándose los ojos.

—Sería muy amable de su parte —dijo Oscar—. Tomemos una taza de té... y hablemos. Si voy a ayudarla, señora Wood, si voy a encontrar a quien ha asesinado a su hijo, debe contármelo todo sobre usted, sobre Billy, sobre el hombre con el que acabamos de toparnos en la calle hace apenas...

Ella asintió.

—Y usted debe contarme todo lo que sepa sobre la muerte de Billy.

—Le contaré lo que sé —accedió Oscar.

En el mal iluminado y descolorido salón delantero de *The Castle*, sentados a una mesa dispuesta para el desayuno varias semanas antes, frente a varias tazas de un té caliente y dulzón —la bebida a la que sólo recurren los ingleses en momentos de pesar—, Oscar le contó a Susannah Wood todo lo que sabía sobre las circunstancias de la muerte de su hijo. No llevó mucho tiempo. Y cuando terminó, le preguntó:

—¿Tenía enemigos Billy, señora Wood? ¿Se imagina usted quién puede haber deseado arrebatárle la vida de un modo tan horrible?

La pobre mujer siguió sentada en silencio, con la mirada perdida en la mesa. Por fin habló.

—No sabía prácticamente nada de la vida que llevaba en Londres —dijo—. No sabe usted lo avergonzada que estoy.

Oscar tomó la mano de la señora Wood en la suya.

—Hábleme de su vida —dijo amablemente—. Cuénteme su propia historia, y también la de Billy. Cuéntemelo todo.

«Los actores son muy afortunados —me escribió en una ocasión Oscar en una carta—. Pueden elegir aparecer en una tragedia o en una comedia, si sufrirán o si festejarán, si se reirán o verterán lágrimas. Pero en la vida real las cosas son distintas. No hay elección. El mundo es un escenario, pero debemos representar en él el papel para el que estamos hechos».

Mientras la señora Wood contaba su historia y nos relataba el papel que la vida real le había impuesto, yo tenía la sensación de que Susannah Wood había esperado

largo tiempo para desahogarse. Hablaba de forma irregular, aunque con una aparente franqueza cuanto menos arrebatadora. Mientras hablaba, a veces su dolor la aplastaba como rompen las olas enormes sobre una playa. Cuando una ola la golpeaba, ella sollozaba de pronto incontroladamente y se aferraba a Oscar como podría haberlo hecho a un padre querido; cuando la ola por fin rompía y el agua había vuelto a deslizarse hasta el mar por la arena, se secaba los ojos y hablaba con fluidez y de prisa como si estuviera desesperada por hablar antes de que la siguiente ola la arrollara. Dirigía todas sus palabras a Oscar y sólo a él, pero mientras yo escuchaba su relato y, a petición de mi amigo, tomaba notas de los puntos esenciales de su discurso, creía cada una de sus palabras.

Oscar se había equivocado acerca de ella: no era ni una señora Todgers ni tampoco una señora Gummidge. Para empezar, tan sólo tenía treinta y cuatro años y era hermosa. Aunque no era físicamente perfecta —sus cabellos cobrizos estaban salpicados de gris; los pálidos ojos verdes, inyectados en sangre; tenía tersas arrugas alrededor de la boca y una marca de nacimiento de color rojo azulado en el cuello—, había en ella una dignidad y una elegancia que yo no había esperado encontrar en la mujer que regentaba un pequeño hotel de la costa. A pesar de su prosaico vestido gris de ruda tela, tenía la figura de una dama y no de una esclava del trabajo. Resultaba además especialmente llamativa porque su altura era superior a la media y porque, aun a pesar del dolor que la embargaba, llevaba la cabeza alta.

Según nos dijo, había nacido en 1855, el 11 de agosto, para ser más exactos («Ah —comentó Oscar— el día de santa Susana»), y era la hija bastarda de un tal señor Thomas Wood, abogado de Gray's Inn Road, London WC. Su madre, cuyo nombre ella no había llegado a conocer, había muerto al dar a luz. Su padre, nacido el año de la batalla de Trafalgar, murió cuando ella apenas había cumplido cinco años, en el verano de 1860.

Había sido criada por una pareja de ancianos —Mary y Joseph Skipwith, ya fallecidos— que vivían en Bromley, un suburbio del sudeste de Londres, y quienes, en su día, habían trabajado para su padre como cocinera y jardinero.

Los Skipwith eran gente austera y temerosa de Dios. No tenían hijos propios y tampoco sentían especial cariño hacia Susannah. Cumplieron con su deber con ella debido al respeto que le profesaban a su padre y porque él les pagaba para que así lo hicieran. Ciertamente es que no les pagaba mucho —y eso es algo que el señor Skipwith se encargó de dejarle claro a Susannah—, pero sí les pagó «suficientemente», y en esta vida (en la que, como el salmista nos enseña, tan sólo podemos aspirar a alimentarnos con el pan de las lágrimas) toda «suficiencia» debe considerarse como una bendición.

Los Skipwith sentían absoluta devoción por las palabras del salmista y eran asiduos al recuento de sus bendiciones. Le exigieron a Susannah que siguiera su ejemplo: que leyera la Biblia todas las mañanas y todas las noches y que diera gracias



a Dios por su buena fortuna a la menor oportunidad. Durante su infancia, Susannah jamás tuvo tiempo de estar inactiva. De los ocho a los doce años, fue a la Poor School de Bromley, aunque, salvo las horas en que estaba en el aula, o yendo y viniendo de la escuela, o en la iglesia, o yendo o viniendo de la iglesia, siempre estaba ocupada con la labor que Dios, y los Skipwith, le habían asignado: barrer, fregar, limpiar, frotar, pelar, desvainar, lavar, coser, preparar y remendar. La señora Skipwith le enseñó a llevar una casa. El señor Skipwith le enseñó a cuidar el jardín, a cultivar legumbres y hortalizas, a encender fuegos, cortar madera y manejar un cuchillo.

Joseph Skipwith era habilidoso con el cuchillo. Podía degollar y despellejar a un conejo o a una liebre y tenerlos a punto para la olla en cuestión de minutos. También tenía especial habilidad para la talla de la madera, y de él Susannah aprendió a utilizar un sencillo cuchillo de cocina y fragmentos de madera reunidos al azar —pequeños leños y ramas caídas— para tallar todo tipo de modelos. Con la ayuda del señor Skipwith, a la edad de once años, Susannah talló un arca de Noé en madera de haya —el arca tenía más de medio metro de largo— y una completa colección de criaturas, grandes y pequeñas, que la habitaban. Tenía quince años cuando, un domingo después de vísperas, el señor Skipwith la forzó, intentando besarla en los labios y manosearle el cuerpo. Al ver que ella se resistía, echó el arca con todos sus animales al fuego, arengando contra la vanidad de la joven, su arrogancia y su ingratitud.

Mientras vivió con los Skipwith, Susannah no deseaba nada, salvo felicidad. Su vida en Bromley era tal y como ella la esperaba: un valle de lágrimas. Sabía —lo sabía desde que tenía uso de razón— que en algún momento dejaría de vivir con los Skipwith, que el día de su decimoctavo cumpleaños su vida estaba predestinada a cambiar, pero no tenía ninguna noción del cambio que ese día podía implicar hasta que el día llegó. Los Skipwith le habían dicho que, aunque era una bastarda, su padre era un hombre honorable que reconocía que, tanto en este mundo como en el siguiente, cada pecado exige su penitencia y que, consecuentemente, había dejado asegurado su futuro, y también el de ellos. Y así fue.

El 11 de agosto de 1873, Joseph y Mary Skipwith recibieron del legado del difunto Thomas Wood Esquire, de Gray's Inn Road, Londres WC, un pago *ex gratia* de ciento cincuenta libras en reconocimiento final por los servicios prestados. Susannah Wood, su reconocida hija natural, recibió las escrituras de una propiedad libre de cargas conocida como *The Castle*, situada en Harbour Street, Broadstairs, Kent, junto con una renta anual de por vida de ochenta libras.

El señor y la señora Skipwith quedaron satisfechos con su recompensa. El señor Skipwith dijo que le parecía «suficiente», aunque según Susannah, lo dijo con un desacostumbrado color en las mejillas que sugería que la suma excedía con mucho sus más remotas expectativas. La propia Susannah quedó abrumada al tener noticia

del monto de su herencia.

—Hasta ese momento, no sabía lo que era la felicidad, señor Wilde. La felicidad es libertad. Mi padre me dio esta casa y con ella me dio la libertad. Me dio un hogar propio, y una ocupación. Me dio unos ingresos y también la felicidad. Y nunca le conocí.

*The Castle* era una de las propiedades costeras de Thomas Wood. Cuando Susannah la adquirió, era una destartada pensión. Dos años después de que tomara posesión de ella, antes del verano de su veinte cumpleaños, la había transformado en un respetable hotel.

—Este era mi castillo, señor Wilde.

—Y cuando, un día, a su castillo llegó un príncipe —dijo Oscar—, su felicidad fue completa durante un instante.

Ella se rió entre lágrimas.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó.

—Soy escritor de cuentos de hadas —respondió Oscar—. Sé muy bien cómo empiezan. Y también cómo acaban. Lloro por usted. ¿Cómo se llamaba su príncipe?

—¿Su nombre? William O'Donnell —dijo la señora Wood.

—¿William O'Donnell? —repitió Oscar.

—Sí. No era más que un chiquillo...

—Pero ¿era hermoso? —sugirió Oscar.

—Sí —se apresuró a responder Susannah, posando sus manos en las de él—. ¿Cómo sabe todo esto?

—No sé nada —dijo Oscar—. Simplemente intuyo... Su príncipe era farero...

De pronto, Susannah Wood se sobresaltó y se llevó las manos a la boca, perpleja.

—Era joven —prosiguió Oscar—, guapo y valiente, Y murió en el mar.

—¿Cómo lo sabe? —jadeó Susannah—. Jamás se lo he contado a nadie.

Yo estaba tan perplejo como ella.

—¿Cómo sabes todo esto, Oscar? —pregunté.

Él se volvió a mirarme y sonrió.

—Mira a tu alrededor, Robert —dijo—. ¿Qué ves en las paredes del salón? ¿Qué has observado al pasar por el pasillo?

Recorrí con la mirada la lóbrega habitación.

—¿Cuadros? —me aventuré a preguntar. Vi entonces que las paredes estaban cubiertas de una profusión de cuadros enmarcados de varias formas y tamaños.

—Sí, Robert, «cuadros»: reproducciones, aguafuertes, grabados, biografías y *mezzotintas*. ¿Acaso no lo ves? La señora Wood ha elegido estos cuadros no por su mérito artístico (la calidad del arte es indiferente), sino por el tema. ¿No has reparado en que cada uno de estos cuadros representa una escena similar, ya sea la de un faro o la de un naufragio? La señora Wood ha creado un altar para su tristeza secreta.

—En cuanto le encontré —dijo Susannah, como si hablara consigo misma—, le perdí. Y ahora también he perdido a Billy.

Oscar se levantó y se acercó a la silla en la que estaba sentada la señora Wood. Le puso la mano derecha en el hombro.

—Cuando encontremos el cuerpo de Billy, le prometo lo siguiente —dijo con voz solemne—. Si así lo desea, también Billy descansará en el mar, el mar que, como dice Eurípides en una de sus obras sobre Ifigenia, lava las manchas y las heridas del mundo.

Susannah Wood se volvió y levantó los ojos hacia Oscar.

—Creo que no le sigo del todo, señor Wilde.

Oscar sonrió.

—Lamentaría que lo hiciera —dijo—. Supongo que a Eurípides no se le lee mucho en Bromley.

—No —fue la respuesta de Susannah, un poco confundida—, pero tenemos aquí las obras completas de Dickens... y también la Biblia.

—Por supuesto —dijo Oscar, con un pequeño sorbido—. No me sorprende.

De pronto, Susannah Wood se agarró a la mano de Oscar y se echó a llorar una vez más.

—Oh, señor Wilde —sollozó—, ¿encontrará a quien haya cometido este espanto?

—Lo haré —dijo Oscar—. Le doy mi palabra.

Con suavidad, Oscar se liberó de las manos de la desconsolada madre y se volvió hacia mí.

—Vamos, Robert —dijo—. Tenemos trabajo. Debemos dejar a la señora Wood a solas con su pesar y volver a Londres.

—Tengo que ir con ustedes —gritó ella, poniéndose en pie.

—No —replicó con firmeza Oscar—. Aún no. Es demasiado pronto. Sin duda llegará el momento, pero ahora no hay nada que pueda usted conseguir en Londres.

—Pero debo ayudarle en lo que pueda, señor Wilde.

Oscar estaba de pie junto a la puerta del salón, examinando una de las reproducciones más grandes de una tormenta en el mar. Se volvió y miró fijamente a la señora Wood.

—Si quiere, puede responderme a una última pregunta...

—Con mucho gusto. —Volvía a tener los ojos secos. Había levantado la cabeza.

—Su príncipe, el joven William O'Donnell, ¿era el padre de Billy Wood? —preguntó.

—Sí.

—Pero cuando William O'Donnell murió en el mar, ¿sabía que tenía un hijo?

—No, no lo sabía. —La señora Wood negó con la cabeza—. Pobre William —suspiró—. No tenía ni idea. ¿Y cómo iba a saberlo? Fue todo tan repentino...

Oscar esbozó una sonrisa tranquilizadora.

—¿Cuándo conoció usted a William O'Donnell? —preguntó.

—Nos conocimos en agosto, el agosto de mi llegada aquí y de mi decimoctavo cumpleaños. Apenas llevaba en *The Castle* unos días. Según me dijo, vino a verme «para presentarse». Me encontró de rodillas, fregando la escalera de entrada con el cepillo. Recuerdo sus primeras palabras. «Buenos días, señora. ¿O es señorita?». Ya entonces yo llevaba alianza y vestía como una viuda. Era una máscara tras la que me ocultaba. Me ayudaba a sentirme más segura y mayor de la edad que realmente tenía.

Durante un instante, la señora Wood se llevó las manos a los ojos, luego esbozó una sonrisa cansada y volvió a bajarlas.

—Se quitó la gorra al hablar. Tenía el pelo dorado. Me dijo que era el muchacho del faro de North Foreland y que estaba recogiendo donaciones para ayudar a financiar el bote salvavidas amarrado en Viking Bay. Me dijo que él mismo trabajaba en el bote. Tenía una sonrisa maravillosa, señor Wilde. Y era muy guapo. De buena gana, al instante, le prometí una donación mensual de un chelín para el bote salvavidas. Le invité a pasar, a esta habitación, y le ofrecí un vaso de limonada. Nos hicimos amigos esa tarde y, en cuestión de días, nos habíamos hecho también amantes.

Susannah guardó silencio durante un instante y se miró los anillos que llevaba en el dedo.

—¿Quién estaba al corriente de su amistad? —preguntó Oscar.

—Nadie. Era nuestro secreto. *The Castle* era nuestro reino secreto. Sí, éramos unos niños viviendo el cuento de hadas que nosotros habíamos inventado. Yo tenía dieciocho años. Él, diecisiete. Éramos muy jóvenes. Jugábamos juntos. Nos reíamos y cantábamos juntos. Y nos acostábamos juntos. Sabíamos que era pecado, y aun así... ¿Cómo podía ser pecado si era algo tan natural y nos daba tanta felicidad y tanta vida?

Oscar estudiaba la inscripción que figuraba bajo la reproducción que colgaba de la pared del salón.

—Así que William murió al cabo de poco más de cinco meses de que se conocieron —dijo—. La noche del siete de enero de 1874, en la gran tormenta que embarrancó al *Dolphin* en las Goodwin Sands.

—Sí —respondió Susannah—. Salieron tres botes salvavidas al rescate del velero en aquella terrible tempestad. Cinco hombres perdieron la vida. William era el más joven. Descubrí que estaba embarazada tres semanas más tarde. No revelé a nadie la identidad del padre. Cargué con el niño, y con la vergüenza de parecer viuda con un hijo fuera del matrimonio, sola. Sola, señor Wilde. Nadie conocía mi secreto. Nadie lo conoce todavía, excepto ustedes y... Edward O'Donnell. —Se estremeció al pronunciar su nombre.

—¿El bruto al que hemos visto en la calle? —pregunté, levantando la mirada de la libreta.

—Sí —respondió la señora Wood—. No sabe con certeza cuál es la verdad. Yo no he reconocido nada. Pero la ha adivinado. Y sabe bien que ha acertado en sus suposiciones.

—Ese Edward O'Donnell —dijo Oscar—, ¿es el padre de William O'Donnell?

—No, es el hermano mayor de mi William y, cuando está borracho, es tan cruel y tan despiadado como tierno y cariñoso era mi William. Edward O'Donnell ha sido mi hostigador durante estos dos últimos años.

—¿Dos años? —preguntó Oscar.

—Cuando William murió y Billy nació, Edward estaba fuera del país. Era diez años mayor que William. Cuando tenía dieciséis años, se había enrolado en un vapor francés y se había ido a hacer fortuna a Canadá. Al principio, prosperó. Luego, en Montreal, viviendo entre franceses, aprendió a beber. Por fin, ya en la miseria, encontró un barco que le trajo de vuelta a casa. No supe de su existencia hasta hace dos años. —De pronto, otra oleada de dolor cayó sobre ella—. Ese hombre me ha arruinado la vida —sollozó—, me la ha destruido. Y también arruinó la de Billy. Si Billy ha muerto, es por culpa de Edward.

—Cálmese, señora —dijo Oscar—. Ya se lo he dicho: quienquiera que sea el responsable de la muerte de Billy, será llevado ante la justicia.

—Directa o indirectamente, Edward O'Donnell es el responsable —sollozó—. Se lo llevó a Londres. Lo corrompió. Le presentó a un hombre llamado Bellotti y, a través de él, lo introdujo en una vida de vicio. Estoy muy avergonzada. Hasta que él llegó a nuestras vidas, éramos inocentes.

—Cálmese —dijo Oscar—. Sigue siendo usted inocente.

—No, no lo soy —chilló la señora Wood—. Metí a Edward O'Donnell en mi cama. Él me forzó a ello, y yo accedí. Accedí, señor Wilde. Dijo que, como hermano de William, estaba en su derecho. —Susannah sollozaba ya descontroladamente—. Dijo que si no me sometía a sus deseos revelaría mi secreto al mundo. Tendría que haberle dejado que lo hiciera. ¿Qué le importaba al mundo? En cambio, me sometí a él, a su rabia y a su embriaguez. Vino a casa con una carta que William le había enviado hacía catorce años. No era más que una nota, unas cuantas líneas, pero en ella William le decía que me había conocido, que era una viuda «con fortuna» y «el amor de su vida»... Edward adivinó el resto, y se aprovechó de ello. Le dejé vivir aquí con nosotros. Le di un techo. Y dinero. Porque era el hermano de William, por ser el tío de Billy, sangre de su sangre, dejé que mi pobre niño cayera bajo su dominio. Le dejé que se llevara a mi Billy a Londres. Billy quería descubrir el mundo y hacer fortuna. Le dejé marchar. Dios me ha castigado por mis debilidades, por mis pecados. Los Skipwith tenían razón. Nada escapa a los ojos de Dios.

Su dolor se había transformado en rabia. Sin embargo, con idéntica rapidez, volvió a recuperar el control sobre sí misma.

Se secó una vez más los ojos y se alisó el vestido antes de tenderle la mano a Oscar.

—Perdóneme, señor Wilde. Usted y su amigo han venido aquí con buena intención y yo no he hecho más que poner ante ustedes mi desolado y roto corazón. Deben volver ahora mismo a Londres. Lo sé.

Oscar recorrió por última vez la habitación con la mirada.

—No tardaremos en volver —dijo—. En cuanto tengamos alguna noticia. Mientras tanto —preguntó—, ¿estará usted segura?

—Sí —respondió la señora Wood—. Ya no tengo el menor interés por Edward O'Donnell. Me ha hecho todo el daño que podía hacerme. Ya no puede hacerme más. Además, todavía me necesita. Incluso a pesar de su embriaguez, él lo sabe. Tiene una habitación junto a la cocina. Y también tiene la llave de la puerta del sótano. Entra y sale cómo y cuándo le place. A menudo no le veo durante días. Al principio, cuando apareció, a veces estaba sobrio y le tomé cariño porque guardaba cierto parecido con mi William. Es el hermano de William. Y el tío de Billy. Sé que nos ha buscado la desgracia, pero es todo lo que tengo.

En cuanto la señora Wood cerró la puerta principal de *The Castle* a nuestra espalda, Oscar dijo:

—Hay una oficina de telégrafos en la estación, a buen seguro regentada por un verdadero señor Jingle. Le mandaremos un telegrama a Fraser antes de tomar el tren. Le confesaré el asunto del anillo. Le hablaremos de O'Donnell... y también de Bellotti. No le va a quedar más remedio que recibirnos de nuevo.

## 9.

### Una vela en la ventana

Pero Aidan Fraser tenía otra cosa en mente, y no dudó en ponerla en práctica.

Cuando llegamos al Albemarle ya era pasada la medianoche. La puerta principal estaba cerrada y no había luz en las ventanas que daban a la calle. Aun así, Oscar llamó al timbre. Casi de forma instantánea, Hubbard abrió la puerta de par en par y dio un paso atrás, obsequiosamente, para permitirnos la entrada, al tiempo que murmuraba:

—¿Desea un refrigerio antes de irse a dormir, señor Wilde?

—Gracias —dijo Oscar, depositando una moneda en la mano del criado—. Usted también necesita uno. —Nunca vi a Oscar buscar cambio en sus bolsillos. Sin el menor esfuerzo, como un prestidigitador profesional, parecía llevar siempre encima la moneda apropiada entre los dedos en el momento exacto—. Están cerrando, lo sé. Nos acomodaremos en Keppel Corner. No le entretendremos mucho, se lo prometo. ¿Algún mensaje para mí?

—Cuatro telegramas, señor —respondió Hubbard con evidente satisfacción—. Se los llevaré de inmediato, señor, junto con el champán.

El Albemarle todavía no estaba provisto de luz eléctrica. Nos sentamos, envueltos en una penumbra sepulcral, bajo una única araña a gas, en Keppel Corner, una alcoba adyacente a la escalera principal del club. La alcoba recibía su nombre del apuesto joven de ojos divertidos y boca agradable cuyo hermoso retrato, supuestamente obra de sir Godfrey Kneller, adornaba la pared posterior. A la temprana edad de diecinueve años, Arnold Joost van Keppel había llegado a Inglaterra formando parte del séquito de Guillermo III. Era, según se dice, el bujarrón del rey. Sin duda era uno de los favoritos del soberano. A la edad de veintiséis años, en 1626, fue nombrado primer barón de Albemarle. Siempre que veía el retrato, Oscar dejaba escapar un pequeño suspiro y susurraba:

—También a mí me adoraron en un tiempo.

Hubbard trajo el champán y los telegramas. Oscar examinó los sobres uno tras otro.

—Creo que empezaremos por éste —dijo, rasgando uno de los sobres—. Es ciertamente de nuestro amigo, si así es como debemos considerarle. —Me hizo entrega del telegrama. Lo leí presa de cierta incredulidad: «SIENTO MUCHO NO PODER VERLE INMEDIATAMENTE. CONTACTARÉ CON USTED A SU DEBIDO TIEMPO. SALUDOS.

FRASER».

—¿Qué significa? —pregunté.

—¿Y qué significa esto? —replicó Oscar. Había abierto el segundo sobre—. Un segundo comunicado procedente del inspector Fraser, al parecer enviado exactamente una hora después del primero.

—¿Acaso ha reconsiderado su decisión?

—Diría que lo ha pensado mejor, en todo caso —dijo Oscar, leyendo el segundo telegrama del policía: «TRANQUÍLICESE. LO ENTENDERÁ CUANDO SE LO EXPLIQUE. FRASER».

—Quiere tranquilizarnos —dijo Oscar—. Me pregunto por qué.

—¡Pues nada más lejos! —exclamé—. Edward O'Donnell anda por ahí suelto. Podría cometer cualquier otra atrocidad.

Oscar dejó su copa sobre la mesa y me miró con los ojos muy abiertos.

—O'Donnell no es nuestro asesino, Robert —se rió—. Vamos, hombre, ¿no estarás hablando en serio?

—Por supuesto que sí —protesté—. Le hemos visto. Sabemos cómo es. Hemos oído la historia de la señora Wood...

—O'Donnell es un bruto y un borracho.

—Precisamente.

—Robert, quienquiera que haya asesinado a Billy Wood no era ningún borracho. Encontré el cuerpo de Billy pulcramente estirado en el suelo, con los brazos cruzados sobre el pecho, y parpadeantes velas dispuestas a su alrededor. Menos de veinticuatro horas más tarde, tú mismo visitaste la escena del crimen, y oliste la cera de abeja que había sido utilizada en el suelo. El cuerpo había desaparecido, la habitación estaba ordenada, limpia y no había ni rastro de la menor prueba a la vista, con excepción de la mota de sangre que Arthur descubrió en lo alto de la pared. Nada de todo eso pudo ser obra de un borracho como Edward O'Donnell.

—Pero la señora Wood dijo que él era el responsable...

—Quizás indirectamente. Puede que fuera él quien trajera al muchacho a Londres ese día fatídico. Sí, Robert, puede que O'Donnell nos sea de ayuda para llegar al culpable, pero él no es el asesino. De eso estoy seguro.

—La señora Wood dijo que fue O'Donnell quien había presentado Billy a Bellotti y que...

—Sí —dijo Oscar, interrumpiéndome—. Eso me dejó intrigado porque Bellotti, como bien recordarás, nos dijo que había conocido a Billy hace dos años, durante su estancia en *The Castle*. ¿Crees que la señora Wood ha olvidado la estancia del señor Bellotti en su hotel?

—Probablemente —me aventuré a responder.

Oscar se rió.



—No lo creo, Robert. Una presencia como la del señor Bellotti ni pasa desapercibida con facilidad ni se olvida rápidamente.

—¿Quieres decir que la señora Wood nos ha mentado? —pregunté, incrédulo.

—Lo que digo, Robert, es que, en cuestión de asesinatos, no se puede confiar en nadie. Recuérдалo, a medida que la trama se complique, por encima de todo. El engaño está a la orden del día. ¡Pero si no hay más que verme a mí! Cogí esa alianza del dedo sin vida de Billy pocos minutos después de que fuera asesinado, la alianza estaba todavía caliente y sus dedos, suaves y flexibles. ¿Me oíste hablar del anillo a Conan Doyle? ¿Se lo mencioné a Fraser?

—Tenías tus motivos —dije—. La señora Wood quizá no habría creído que Billy había muerto si no le hubieras mostrado el anillo.

—Cierto —dijo Oscar—. Tenía mis motivos, del mismo modo que Susannah Wood tiene los suyos para decirnos que fue Edward O'Donnell y no ella quien presentó a su desdichado hijo a Gerard Bellotti.

—¿Supongo entonces que volveremos a ver a Bellotti? —pregunté—. ¿Volveremos a interrogarle?

—A su debido tiempo —respondió mi amigo con tono despreocupado.

—¿Y no deberíamos interrogar nosotros a O'Donnell si no lo hace Fraser?

Oscar sonrió y, lánguidamente, levantó su copa de champán hacia mí.

—No me parece que ni tú ni yo, Robert, por muy robustos que seamos, llegáramos muy lejos interrogando a un bruto de la calaña de Edward O'Donnell.

—Bien —dije—. ¿Y de quién es el tercer telegrama? Quizás el inspector Fraser haya decidido venir en nuestra ayuda, después de todo.

Oscar rasgó el tercer sobre.

—No —dijo, leyendo por encima el contenido del cable—. Éste es de Stoddart, mi editor norteamericano. Quiere que le escriba cien mil palabras... ¡para noviembre! Qué absurdo. No existen cien mil palabras hermosas en la lengua inglesa.

—¿Lo harás?

—Debo hacerlo —suspiró—. Necesito el dinero. —Se inclinó hacia mí con la botella de champán y llenó mi copa—. El trabajo, Robert, es la maldición de las clases bebedoras. Debemos pagar por nuestros placeres. El señor Stoddart me ofrece un anticipo de cien libras.

Quedé impresionado, aunque también sentí envidia. (En ese momento, yo trabajaba en mi estudio sobre Emile Zola y esperaba un pago total por mis labores que oscilaba entre las diez y las quince libras).

—Empezaré a trabajar en el relato de Stoddart mañana. Iré a visitar a mi tía Jane. Me llevaré la libreta y me sentaré al final de su jardín, debajo del acebo.

—Pero, Oscar —dijo, sonriendo—, si tú no tienes ninguna tía Jane.

—Es muy mayor —respondió, mirando a su copa—. Aunque ahora que lo pienso,

está muerta. Murió de desatención. La gente como tú nunca creyó en ella. Los jóvenes no tenéis corazón. Como no puedo ir a ver a mi tía Jane, me iré a Oxford.

No tardaría en saber que Oxford era para Oscar un lugar especial. En épocas de trabajo, cuando buscaba refugio, o consuelo, y cuando tenía necesidad de distracción, o deseaba inspiración, recurría a Oxford. Fue allí donde, en la década de 1870, siendo ya un deslumbrante estudiante universitario, había saboreado por vez primera las mieles de la gloria y la fruta agridulce de la notoriedad nacional. Oxford fue la fuente de la que brotó el mito de Oscar Wilde. Él lo sabía y jamás lo olvidó.

Lo que nunca se me olvida es que Oscar, aun siendo todo un caballero, no era inglés, sino irlandés. Comprendía las costumbres inglesas (¡nadie mejor que él!), y hablaba la lengua inglesa como sólo puede hacerlo un irlandés, pero no había estudiado en una escuela privada inglesa; no apreciaba a Dickens como lo aprecian los ingleses; no jugaba al rugby (¡imagínense lo contrario!), y tampoco le gustaba el críquet; no practicaba la caza con perros ni con escopeta y tampoco pescaba. No llevaba la corbata del colegio donde había estudiado. En Inglaterra, Oscar era, en conjunto, un forastero. Sin embargo, en Oxford se sentía a sus anchas. Estaba en casa. Le gustaba decir: «Oxford es la capital del Romance, a su manera tan memorable como Atenas». Yo me burlaba de él y le decía que si se ponía tan sentimental con Oxford era sólo porque era allí donde, a los veinte años, se había desmelenado por completo. Con fingida indignación, Oscar me reprochó mis palabras:

—Yo jamás me he desmelenado, Robert. Como mucho me he soltado un poco la melena. Nada más.

Oscar afirmaba que reverenciaba Oxford por su arquitectura y por su vida intelectual, aunque lo cierto es que lo que le empujaba a volver allí una y otra vez era la promesa y la perspectiva de la juventud. Iba a Oxford a pasar el rato con los estudiantes y con los profesores más jóvenes, a divertirse con su conversación, a dejarse fascinar por sus encantos y mecer por el calor de su admiración. Todo eso me lo reconoció esa noche en el Albemarle.

—Veo reflejado en ellos lo que quiero ver de mí —decía—. Me miro en sus rostros como si me mirara en un espejo y, durante un instante, vuelvo a sentirme joven. ¡La juventud! ¡La juventud, Robert! ¡No hay nada en el mundo más que la juventud!

Me reí.

—¡Hace cuarenta y ocho horas, Oscar, en el mundo sólo existía la justicia! Si mal no recuerdo, anteayer, exacerbado por los buenos vinos de Mr. Simpson's, te comprometiste a ser el amigo de las almas solitarias. Juraste que no descansarías hasta lograr que se hiciera justicia con Billy Wood. Ahora parece que la juventud lo es todo y que la justicia es tomarte un año sabático mientras te alejas flotando hacia Oxford.

Mi amigo entrecerró los ojos y me lanzó una mirada severa.

—No pienso desplazarme flotando a Oxford, Robert. Pienso ir en tren. Y cuando llegue, la justicia no caerá en el olvido. Nuestra investigación seguirá su curso, Robert, incluso sin nosotros. Tengo mis métodos. —Se dio unos golpecitos con el dedo en el lateral de la nariz en un gesto conspirador—. Tengo mis espías. Shhh.

Hubbard nos esperaba. Habíamos terminado el champán. Nos levantamos. Ligeramente vacilantes, abandonamos Keppel Corner y recorrimos el pasillo hasta la calle. Nos quedamos juntos y en silencio en los escalones principales del club, absorbiendo la noche, escuchando cómo el portero hacía girar laboriosamente y con torpeza las llaves en las cerraduras y cerraba la puerta a nuestra espalda.

La calle que teníamos ante nosotros era oscura y lúgubre. En esa época, había muy pocas farolas en las callejuelas laterales de Mayfair. Hacía un poco de fresco esa noche; la luna se había escondido y el cielo estaba cubierto.

Oscar puso su brazo en el mío y dijo:

—Sé buen chico y acompáñame a la fila de carruajes.

—Por supuesto.

Bajamos los escalones y giramos a la izquierda por Albemarle Street. Despacio, y del brazo, nos dirigimos hacia Picadilly. Eran ya cerca de las dos de la mañana y era tal la oscuridad que lo envolvía todo que realmente resultaba difícil ver a más de unos pocos pasos por delante de nosotros. La calle desierta estaba silenciosa como una morgue. Oíamos el taconeo de nuestras propias botas sobre la acera, pero nada más. Entonces, y de pronto, al pasar por delante de hotel Albemarle, sito a poco más de seis puertas del club, percibí, sin verla, la presencia de una figura que estaba de pie en las sombras. Oscar tomó aliento:

—Vamos, Robert. Caminemos un poco más deprisa.

Aceleramos la marcha y, al hacerlo, oí pasos detrás de nosotros. Me detuve con brusquedad; los pasos también lo hicieron. De inmediato, Oscar tiró de mí hacia delante.

—¡Vamos! —siseó. Los latidos de mi corazón se aceleraron y noté la boca seca. Mientras reanudábamos la marcha, medio caminando y medio corriendo, la figura siguió avanzando a nuestro ritmo. A punto estuve de volverme a mirar por encima del hombro cuando Oscar tiró de mí al tiempo que mascullaba—: ¡No!

Con el rabillo del ojo había logrado vislumbrar una figura envuelta en una capa. Se trataba de un hombre corpulento de mediana altura. Eso era todo lo que podría haber dicho de él. Quise volver a mirar, pero Oscar me lo impidió.

—¿Es O'Donnell? —susurré.

—No —dijo Oscar—. No es nadie.

Casi habíamos llegado a Picadilly. Había luces delante de nosotros. Oscar había empezado a aflojar el ritmo.

—Creo que es O'Donnell —insistí.

Oscar se detuvo en seco.

—No es nadie, Robert —dijo—. Nadie en absoluto. Mira.

Nos volvimos a mirar la calle oscura que se extendía a nuestra espalda. No se veía a nadie. El hombre había desaparecido. La calle parecía totalmente vacía. De pronto oímos el correteo de unos pies.

—¿Qué ha sido eso? —chillé.

—Nada —dijo Oscar—. Sólo un niño.

Vi alejarse corriendo calle abajo hasta desaparecer en la oscuridad a una pequeña figura con una gran cabeza.

—Es el enano de Bellotti —dije.

—No lo creo —dijo Oscar, riéndose entre dientes—. Ven, vayamos a buscar un coche.

Había un joven policía de pie en la esquina de Picadilly y Albemarle Street. Se tocó el casco al ver que nos acercábamos. Oscar le saludó con una leve inclinación de cabeza.

—Buenas noches, agente.

—Buenas noches, caballeros —dijo el joven agente—. Fría para la época del año.

Cruzamos Picadilly hacia la fila de coches nocturnos que en una época estuvo situada en lo que ahora es el hotel Ritz. Mientras esperábamos a que apareciera un carruaje, Oscar cogió el fajo de telegramas del bolsillo de su chaleco y empezó a metérselos pulcramente en la cartera.

—Mañana le enviaré una nota a Fraser desde Oxford —dijo—. Le explicaré lo que la señora Wood nos ha contado hoy. Y también le contaré todo lo que sabemos sobre Edward O'Donnell. No omitiré detalle.

—Me alegra oírlo —dije.

—Y, en cuanto reciba respuesta de Fraser, no temas, Robert. Te lo haré saber.

Me di cuenta de que Oscar había dejado por abrir el último telegrama.

—No has leído el último telegrama, Oscar —dijo—. Quizá sea otro mensaje de Fraser.

—No —respondió, sosteniendo en alto el sobre cerrado—. Viene de Yorkshire. Es de Constance.

—No lo has abierto.

—No es necesario. Puedo leerle el pensamiento.

Le quité el sobre en un gesto juguetón.

—¿Y qué es lo que dice? —pregunté.

—Si tanto te interesa, Robert, dice: «Te quiero. Siempre».

—¿Puedo? —inquirí. Sonrió y asintió. Rasgué el sobre y abrí el telegrama. Contenía exactamente las mismas palabras que Oscar había anunciado: «TE QUIERO,

SIEMPRE».

—¡«Siempre»! —chilló—. Qué palabra tan espantosa, Robert, ¿no te parece? En cuanto la oigo, me estremezco. A las mujeres les encanta utilizarla. Echan a perder los romances empeñándose en hacerlos durar eternamente.

Apareció un coche de dos ruedas. Oscar se metió la cartera en el bolsillo y subió al carruaje.

—Buenas noches, Robert —dijo—. Ha sido un día cargado de acontecimientos hasta el último momento. Anótalo todo en tu diario. Recuerda que ahora eres mi doctor Watson.

—Buenas noches, Oscar —dije—. ¡Cuídate!

Mientras le veía alejarse llegó a la fila un segundo coche y, sin pensarlo dos veces, y temiendo repentinamente por la seguridad de mi amigo, decidí seguirle para asegurarme de que le veía llegar sano y salvo a casa. Al subir al carruaje, le dije al cochero:

—Siga a ese coche, se lo ruego, pero a cierta distancia.

—A sus órdenes, señor —dijo el cochero sin alterar su expresión, como si seguir a otros coches por el West End de Londres a primeras horas de la madrugada fuera un acontecimiento puramente rutinario. Quizá lo fuera. Lo hizo como todo un experto. A una discreta distancia de unos noventa metros, nuestro Hansom siguió al de Oscar mientras éste se dirigía no, como yo esperaba, hacia el sur en dirección a Chelsea, sino al norte, hacia el Soho. Atravesamos Picadilly, cruzamos la glorieta y nos metimos por la que en aquel entonces era la avenida más nueva de Londres: Shaftesbury Avenue. Había poco tráfico en las calles y poca humanidad en las aceras: unas pocas desafortunadas mujeres de la noche, casi todas en grupos de a dos, todavía ejerciendo su oficio; pequeños grupos de lo que solíamos llamar «muchachos que no se acostaban hasta llegada la mañana» en busca de una copa más; el extraño y solitario miembro del club Pall Mall planteándose las posibilidades que la noche le ofrecía. La distancia entre nuestros carruajes se redujo al pasar por el nuevo Lyric Theatre, donde la joven Marie Tempest estaba en ese momento en cartel, y girar bruscamente por Frith Street. Empecé a ser consciente de a dónde nos dirigíamos y, cuando el Hansom de Oscar se adentró rodando lentamente en Soho Square, le grité a mi cochero:

—¡Oiga! ¡Deténgase!

El carruaje de Oscar se detuvo en la misma plaza. Vi a mi amigo descender del coche y quedarse de pie en la acera con la mirada fija en un edificio alto y estrecho situado en la cara este de la plaza. El edificio estaba envuelto en la oscuridad con excepción de un pequeño círculo de luz que destacaba en el negro manto como un pálido clavel en un ojal. En la tercera planta había una ventana y, de pie en ella, con una vela en la mano, estaba la muchacha del rostro desfigurado. Abajo, en la calle,

Oscar seguía de pie con la mirada clavada en ella. En cuanto la muchacha le vio, pareció sobresaltarse y levantó la mano en lo que pareció una especie de saludo. Oscar levantó hacia ella su mano como respuesta, y al hacerlo, ella se inclinó hacia la vela y la apagó. La ventana quedó a oscuras. Inmediatamente, Oscar volvió a subir a su carruaje y reemprendió la marcha.

—Vamos —le dije a mi cochero—. Sígame. —Y así lo hicimos, en dirección norte desde Soho Square, al oeste por Oxford Street, al sur por Bond Street para salir a Albergate Street, a la puerta principal del hotel Albemarle, a seis puertas del club Albemarle, del que Oscar y yo habíamos salido juntos apenas cuarenta minutos antes. Oscar a veces se alojaba en el hotel Albemarle. Yo lo sabía, pero como no había imaginado que su coche se pararía allí, cuando su Hansom se detuvo, el mío, por desgracia, quedó inmediatamente detrás.

Oscar subió hasta la puerta del hotel y llamó al timbre. Un instante más tarde, la puerta se abrió de par en par y el portero de noche le hizo pasar. Al cruzar el umbral, Oscar se detuvo, hizo ademán de volverse hacia la calle y gritó:

—Buenas noches, Robert. Como ves, estoy sano y salvo.

A la mañana siguiente, se fue a Oxford y empezó a escribir el relato que se convertiría en *El retrato de Dorian Gray*. No supe nada de él hasta seis semanas más tarde.

# 10.

16 de octubre de 1889

Volví a ver a mi amigo Oscar Wilde el 16 de octubre de 1889, el día de su treinta y cinco cumpleaños. Nos encontramos, por sugerencia suya, junto al puesto de flores que está junto a la entrada de la estación de metro de Sloane Square. Había propuesto que nos encontráramos a las cuatro y media y me había apremiado para que fuera puntual... y, por primera vez, lo fui. Estaba ansioso por verle. Le había echado mucho de menos.

Sin embargo, su apariencia me sobresaltó un poco, pues aunque tenía buen aspecto —lucía un buen porte y tenía las mejillas, normalmente pálidas, teñidas de una saludable sombra sonrosada— iba vestido de luto riguroso de la cabeza a los pies. Llevaba un abrigo negro, corbata también negra, y sostenía en su mano enfundada en un guante negro un sombrero de copa negro que completaba con cintas de seda negra. Más curioso aún era que, aunque vestía de luto, no dejaba de repartir sonrisas.

—La juventud sonrío sin razón alguna —dijo cuando nos dimos la mano—. Es uno de sus principales encantos. Sonrío porque me hace feliz volver a verte, Robert. Muy feliz.

—Yo también estoy feliz de verte, Oscar —respondí—, aunque me alarma encontrarte vestido así.

Bajó los ojos hacia su atuendo fúnebre y se explicó:

—Es que da la casualidad de que hoy es mi cumpleaños, Robert, y en cada uno de mis cumpleaños lloro el paso de un año de mi juventud a la nada, el creciente otoño que se adueña de mi verano... *¡Tempus fugit irreparabile!* —Me puso la mano en el hombro—. Pero no he perdido el tiempo durante estas últimas seis semanas, aunque bien es cierto que el tiempo me ha desgastado. He hecho grandes progresos con el relato que me encargó Stoddart.

—Me alegra saberlo —dije.

—Y progresos también negativos en nuestra investigación sobre el asesinato del pobre Billy Wood.

—¿Negativos, dices? —repetí—. ¿Qué significa eso?

—Significa —empezó, desviando su atención de mí para fijarla en el puesto de flores— que he eliminado toda suerte de posibilidades que puedan distraernos, ahorrándonos el tiempo y el esfuerzo que supondría explorar *cul-de-sacs* inútiles

enviando a otros en nuestro lugar. —Se quedó contemplando un cubo lleno de rosas escarlatas—. Por ejemplo, durante las últimas seis semanas, mis espías se han puesto en contacto con todas y cada una de las amas de llaves que aparecen últimamente en los libros de O'Donovan & Brown de Ludgate Circus, y ninguna de ellas parece haber estado en las inmediaciones del veintitrés de Cowley Street el día del asesinato del pobre Billy.

Me reí.

—¿Y quiénes son esos espías tuyos, Oscar?

Me miró.

—Son agentes secretos, Robert. Si te dijera quiénes son, con eso no haría sino despojarles de todo sentido, ¿no te parece? Aunque créeme si te digo que son buenos tipos en los que se puede confiar plenamente. Mientras yo me dedicaba a garabatear en Oxford, ellos han estado vagando por las calles de Londres y de Broadstairs, vigilando a tus principales sospechosos. Te desilusionará saber, Robert, que, en nuestra ausencia, ni Edward O'Donnell ni Gerard Bellotti se han comportado de modo mínimamente sospechoso. De haber sido culpables de asesinato, cabría imaginar que habrían abandonado el país o por lo menos que lo habrían intentado. De hecho, según los informes que he recibido, ambos han seguido dedicados a sus sórdidos asuntos, según es habitual en ellos.

—¿Y la señora Wood?

—Me he escrito con ella —dijo, contemplando de nuevo el cubo de rosas y seleccionando con sumo cuidado un único tallo—. Su dolor es profundo y auténtico. No creo que sea nuestra asesina, pero tampoco creo que nos haya contado todo lo que sabe.

Miré ceñudo a mi amigo.

—Entonces, ¿después de seis semanas no hemos avanzado nada? —dije.

—Hemos avanzado mucho, Robert —respondió, pasando el tallo de la rosa por el ojal de mi chaqueta—. Esta flor de otoño recibe su nombre en honor del Príncipe Negro. Bien vale los seis peniques que he pagado por ella, ¿no te parece? Hemos avanzado muchísimo, *mon ami*. Hemos eliminado toda suerte de posibilidades... ¡y nos hemos asegurado una audiencia con el inspector Fraser de Scotland Yard!

—Cielos —exclamé—. ¿Vamos a Scotland Yard? —De pronto me alarmó pensar en cómo podía ser recibido el atuendo funerario de Oscar por parte de los poco imaginativos miembros de la Policía Metropolitana.

—No —dijo Oscar, apartándose del puesto de flores y guiándome hacia la plaza—. Vamos al número setenta y cinco de Lower Sloane Street, justo aquí, a la izquierda. Fraser nos ha convocado en su casa. Según ha dicho, será «más conveniente» encontrarnos allí. Incluso me ha aconsejado que acuda de incógnito... y solo.



—De ahí tu sombrío atuendo —dije, riéndome entre dientes.

—¡Y tu inestimable presencia, Robert! Estamos juntos en esto. Para ti no tengo secretos, amigo mío.

—Me alegro de oírlo —dije, emocionado y añadiendo de inmediato—. Me siento orgulloso de oírlo.

Y es que estaba orgulloso de nuestra amistad, orgulloso de ser el verdadero amigo reconocido del hombre más brillante de su tiempo. También estaba orgulloso de la confianza no declarada que yo percibía entre nosotros, aunque confundido, lo reconozco, tanto por el modo en que Oscar no me había dado la menor explicación acerca de sus citas secretas con la extraña muchacha del rostro desfigurado como por mi propia reticencia a interrogarle sobre el asunto. En eso pensaba cuando cruzamos para adentrarnos por Lower Sloane Street —deslizándonos entre un pequeño carretón y un deshollinador montado en su bicicleta—, pero no dije nada. Oscar, que, tremendamente supersticioso como era, estaba encantado de cruzarse con un deshollinador, me dio un apretón en el hombro en una muestra de afecto y camaradería y dijo:

—Creo que la generosidad es la esencia de la amistad, ¿no te parece?

El número 75 de Lower Sloane Street era una hermosa casa de ladrillo rojo y piedra de Portland, con un pórtico construido sobre pilares y escalones de mármol, para nada el hábitat natural de un detective inspector de policía. La residencia, como no tardaríamos en saber, era parte de la herencia que Fraser había recibido de Fettes. Subimos los escalones y Oscar llamó al timbre. Esperamos. Escuchamos. No se oía ni un solo ruido procedente del interior. Oscar volvió a llamar al timbre y justo en ese momento el propio Fraser —y no un criado— abrió la puerta. Aunque era tal y como yo le recordaba —alto, delgado, anguloso, bien afeitado, atractivo y con un rostro inquietante y blanco como la escarcha—, sus modales habían cambiado. En nuestro primer encuentro se había mostrado naturalmente atractivo. En esa segunda ocasión, se me antojó inquieto, ansioso y preocupado. Parecía desconcertado por el aspecto de Oscar y por mi presencia.

Oscar se quitó el sombrero de copa negro y dijo de inmediato:

—No se alarme, inspector. La discreción del señor Sherard está asegurada... y yo simplemente estoy de luto por la juventud que he perdido.

Fraser pareció aún más confundido.

—No me refiero al pobre Billy Wood —aclaró Oscar, de pronto consciente del malentendido que sus palabras podían haber provocado—. Aunque ni que decir tiene que también lloro su muerte... Me refiero a los días que han precedido mi presente decrepitud.

Fraser no dijo nada, sino que se limitó a retirarse hacia atrás en un gesto vacilante, permitiéndonos la entrada al vestíbulo.

—Sería capaz de hacer cualquier cosa para recuperar mi juventud —prosiguió Oscar, imperturbable—, salvo, naturalmente, hacer ejercicio, levantarme temprano o renunciar al alcohol.

Fraser dijo sin rodeos:

—Creo que deberíamos hablar antes de tomar un refrigerio.

—Por supuesto —respondió Oscar, colgando el sombrero en el perchero y alineando con sumo cuidado las cintas de luto de seda—. Estoy seguro de que habrá descubierto, inspector, que mientras que el alcohol, en dosis suficientes, provoca todo el efecto de la embriaguez, la única embriaguez correcta es la conversación. Estoy ansioso por asistir a la nuestra.

—Espero no defraudarle —dijo Fraser—. Pasen al salón, se lo ruego.

Nos condujo al otro extremo del vestíbulo y nos hizo pasar a un salón amplio y elegantemente amueblado. Allí, al fondo de la habitación, de pie delante de una vistosa chimenea de mármol blanco, vestido con un traje de *tweed*, pipa apagada en mano, estaba la tranquilizadora figura de Arthur Conan Doyle.

Sin embargo, su comportamiento nada tuvo de tranquilizador.

—Oscar, Robert —masculló incómodamente a modo de saludo en cuanto nos vio entrar.

Nada podía apaciguar el entusiasmo de Oscar. Cuanto más ansioso estaba, menos lo parecía.

—Le veo muy serio, Arthur —dijo con tono reprobatorio.

—Tengo serios asuntos que relatar —intervino Fraser—. Me ha parecido que sería mejor contar con la presencia de Arthur, puesto que es un amigo común. —Con un gesto señaló un cuarteto de sillones de respaldo recto que estaban dispuestos a ambos lados de la chimenea—. Caballeros, permítanme que vaya directo al grano. Siéntense, se lo ruego.

Así lo hicimos. Los sillones eran franceses e incómodos. El ambiente en la habitación era también incómodo, mal ventilado e impregnado de un olor a cerrado extraño para la época del año. Fraser hablaba directamente a Oscar, mirando de vez en cuando a Conan Doyle en busca de aliento. Ni una sola vez miró en mi dirección.

—Le he convocado aquí —empezó, sonriendo por primera vez desde nuestra llegada— precisamente porque es usted amigo de Arthur. Él es admirador suyo, señor Wilde..., como lo soy yo, por supuesto. Lo cierto es que tengo que hacerle una advertencia y darle un consejo.

Oscar también sonreía.

—He descubierto que a la gente le encanta dar a los demás lo que ellos más necesitan —dijo, quitándose los guantes y colocándolos pulcramente en la mesita de madera de nogal que tenía junto a la silla—. Es lo que yo llamo las profundidades de la generosidad.

Conan Doyle se inclinó hacia delante y, muy serio, le dijo a Oscar.

—Escuche a Aidan, Oscar. Deje que le aconseje.

Arqueando una ceja, Oscar inclinó la cabeza hacia Fraser.

—Le escucho.

Fraser parecía más calmado. Su nerviosismo había desaparecido. Volvía a sonreír, dejando a la vista su extraordinaria dentadura blanca y dijo, recuperando parte de su encanto de antaño:

—Gracias. Y gracias por haber venido a verme hoy. Y gracias también por haber sido tan paciente durante las últimas semanas. Si no me he puesto antes en contacto con usted, ha sido por un motivo, y el motivo es... —Guardó silencio y con un pulgar e índice delicados se pellizco suavemente los labios, lanzando una breve mirada hacia Conan Doyle, que le animó a proseguir con una leve inclinación de cabeza—. Señor Wilde —dijo por fin—, ¿le resulta familiar la dirección diecinueve de Cleveland Street?

—No —respondió Oscar.

—Está entre Regent's Park y Oxford Street...

—Sé muy bien dónde está ubicada la calle —dijo Oscar—. Me ha preguntado usted si la dirección me resulta familiar. La respuesta es no.

Fraser insistió.

—¿Tiene usted amistad con lord Henry Somerset? —preguntó.

—Sé de quién me habla —respondió Oscar—. Es el hijo del duque de Beaufort. He leído su poesía. He reseñado su obra en la prensa. No tiene nada que decir y aun así lo dice.

—¿Se conocen ustedes?

—Probablemente. Vive en Florencia, ¿no?

—Huyó a Florencia... para evitar el escándalo público.

Oscar suspiró y, con la mano derecha, se cepilló ligeramente la pierna del pantalón.

—Antes los escándalos solían prestar encanto, o al menos interés, a un hombre. Ahora lo aplastan.

Fraser prosiguió.

—Un escándalo en el que se halla implicado un joven llamado Harry Smith.

—Eso no lo recuerdo —dijo Oscar rotundamente.

—¿Conoce a lord Arthur Somerset, el hermano menor de lord Henry?

—¿A Podge? —dijo Oscar—. Conozco un poco a Podge. Es oficial del príncipe de Gales.

—Y habitual del diecinueve de Cleveland Street.

—¿Quién? —exclamó Oscar—. ¿El príncipe de Gales?

—No, señor Wilde, no me refiero al príncipe de Gales, aunque es probable que sí

lo sea su hijo, el príncipe Alberto Victor.

Oscar se rió.

—¿El príncipe Eddy? Me sorprende usted.

Fraser saltó sobre Oscar.

—¡Eso significa que conoce el diecinueve de Cleveland Street y lo que tiene lugar allí!

—No conozco el diecinueve de Cleveland Street —chilló Oscar, dando una palmada en la mesa—. No tengo la menor idea de lo que ocurre allí. No tengo ni idea de a qué se refiere. No tengo la menor idea de adónde quiere usted llegar. Habla usted con adivinanzas, inspector. Sigo escuchándole, pero estoy confundido.

Conan Doyle se removió en la silla y dijo:

—Vuelva al principio, Aidan.

Oscar lanzó una mirada en mi dirección y murmuró, *sotto voce*:

—Sí, con los cuentos de hadas, el principio es siempre el mejor punto por donde empezar.

—Muy bien —dijo Fraser—. Hace tres meses, el quince de junio, para ser exacto, en el curso de una investigación rutinaria sobre una serie de pequeños hurtos que presuntamente habían tenido lugar en la Oficina Central de Telégrafos, uno de mis agentes entrevistó a un joven repartidor de telegramas de quince años llamado Charles Swinscow.

—No le conozco —dijo Oscar alegremente.

—Me alegra saberlo. En el momento de la entrevista, resultó que el muchacho tenía dieciocho chelines en el bolsillo, cuatro veces su paga semanal. Cuando se le acusó de haber robado el dinero, Swinscow lo negó. Según dijo, lo había ganado. Cuando insistimos en que nos dijera cómo lo había ganado, Swinscow dijo que se pagaba por «acostarse con un caballero». Cuando le preguntamos quién era el «caballero», respondió que no conocía su nombre. Cuando le preguntamos dónde había tenido lugar el incidente, dijo que en el diecinueve de Cleveland Street.

Oscar se inclinó hacia Fraser y preguntó con una sombra de exasperación en la voz:

—¿Por qué me cuenta todo esto?

—Porque está a punto de saltar el escándalo, señor Wilde —respondió Fraser con frialdad—, y usted conoce a varias de las personas involucradas. Lord Arthur Somerset...

—Le conozco, aunque no somos amigos.

—Lord Euston...

—Me suena el nombre.

—El príncipe Eddy...

Oscar sonrió.

—Conozco a su padre. Con el crecimiento del imperio, son muchos los que le conocen.

—Van a producirse arrestos —dijo Fraser. Oscar se echó a reír.

—¿Van a arrestar al hijo mayor del heredero al trono? —se mofó Oscar.

—No —fue la solemne respuesta de Fraser. Guardó silencio durante unos segundos—. Un pez demasiado gordo rompería el hilo —dijo a modo de explicación—. Pero mañana —prosiguió— se emitirá una orden de arresto para lord Arthur Somerset. Lord Arthur lo sabe. Esta misma noche abandonará el país por vía marítima. Y será su huida de la justicia lo que provocará el escándalo público. Durante las últimas seis semanas hemos mantenido bajo constante vigilancia el diecinueve de Cleveland Street. Es un lugar de diversión para sodomitas. Es un burdel masculino. Una guarida de iniquidad.

—Es horroroso, estoy de acuerdo —dijo Oscar, recostándose contra el respaldo de su silla con las manos extendidas—. Pero ¿qué tiene eso que ver conmigo? ¿Y qué tiene que ver con Billy Wood?

Conan Doyle se volvió hacia él.

—¿Es que no lo ve, Oscar?

Oscar miró a su amigo.

—No lo veo, Arthur. No veo nada —dijo—. Lo único que veo, lo único que sé, es que tuvo lugar un asesinato en el veintitrés de Cowley Street, un brutal asesinato que, por alguna razón que yo desconozco, la policía se niega a investigar.

El inspector Fraser estalló.

—¿Y no adivina usted por qué?

—No —respondió Oscar sin perder la calma—. No lo adivino. Si he de serle sincero, inspector, estoy perplejo. No comprendo casi nada de todo esto. Me dijo usted, por ejemplo, en un telegrama, que había enviado a un policía al veintitrés de Cowley Street para que investigara la escena del crimen cuando es más que evidente que no lo hizo. Me mintió, inspector.

—Le menté para protegerle, señor Wilde.

—¿Para protegerme? ¿Por qué?

—¿Es que no lo entiende? De haber iniciado una investigación oficial, en cuanto me hubiera embarcado en ella no podría haberla detenido, independientemente del punto al que nos hubiera conducido.

—No necesita protegerme, inspector. No tengo nada que ocultar.

—¿Está usted seguro, señor Wilde? ¿Acaso el veintitrés de Cowley Street y el diecinueve de Cleveland Street no eran idénticas guaridas de iniquidad, casas de corrupción? Y Billy Wood, haya tenido el final que haya tenido, ¿no era, como Harry Smith y Charles Swinscow, un muchacho que vendía su cuerpo por dinero, un pobre desgraciado atrapado en un comercio depravado y degradante?

Oscar se puso en pie, contempló durante un instante su reflejo en el espejo colocado encima de la chimenea, le gustó lo que vio, y a continuación, tras pasar deliberadamente el dedo por la repisa como comprobando que no hubiera polvo, se volvió y, de espaldas a la chimenea, se dirigió directamente a Aidan Fraser y a Arthur Conan Doyle.

—Caballeros —dijo—. Les agradezco sus buenas intenciones, por muy mal encaminadas que estén. No me cabe duda de que obrando como lo han hecho velaban por mis intereses. Sin embargo, dejen que les asegure a ambos una cosa: tengo la conciencia limpia. Cuando el pasado treinta y uno de agosto visité el número veintitrés de Cowley Street, el asunto que me llevó allí fue del todo honorable. Había acordado encontrarme allí con una amistad, que desgraciadamente se vio retenida en otro lugar... y, en vez de encontrar allí a la persona de la que les hablo, cuál no fue mi asombro y mi espanto al encontrarme con el cuerpo de Billy Wood.

—Y esa amistad —preguntó Fraser—, ¿se trata acaso de otro muchacho? ¿Podemos saber su nombre?

—Se apresura usted demasiado a sacar conclusiones, inspector. De hecho, la persona a la que me refiero es una joven dama, aunque no tienen por qué saber su nombre. Nada tiene que ver con el caso que nos ocupa. Ella no visitó el veintitrés de Cowley Street ese día. No se preocupe por ella, inspector. Preocúpese de Billy Wood...

Conan Doyle le interrumpió.

—Pero Billy Wood...

Oscar se volvió bruscamente hacia él.

—Sí, Arthur, yo quería a Billy Wood. Le quería porque era joven y abierto, despreocupado y lleno de alegría. Le quería también porque era poseedor de un talento extraordinario, un talento que tuve el orgullo de nutrir. Le quería como podía haber querido a un hermano menor o a un hijo. Le doy mi palabra de honor de caballero de que en mi relación con Billy Wood no hubo jamás nada sórdido, nada inmoral, nada corrupto ni turbio. —Guardó silencio durante unos instantes y le ofreció la mano a Conan Doyle—. Confío en que acepte mi declaración de inocencia en este asunto.

Al instante, el buen médico se puso en pie de un salto y estrechó cordialmente la mano que Oscar le tendía.

—Acepto su declaración... sin reservas.

Oscar rescató su mano del abrumador apretón de Doyle, se volvió hacia Fraser, que seguía sentado e impasible.

—¿Y usted, inspector?

—No sé qué decir.

—Vamos, Aidan —exclamó Conan Doyle—, Wilde es un caballero, jamás nos

engañaría. Confíe en su palabra. —Fraser se cruzó de brazos y desvió la mirada hacia la chimenea vacía. El médico posó la mano sobre el hombro del inspector—. Hemos actuado como le parecía que debíamos hacerlo, Aidan —dijo—. Hemos sacado el tema a colación. Y hemos despejado toda duda.

Fraser no parecía convencido. De pronto, Oscar se rió, al tiempo que se inclinaba hacia él y decía:

—Inspector... Aidan... Le llamaré Aidan, pues tenemos que ser amigos. Acabo de darme de cuenta de por qué está usted de tan mal humor. ¡El pepinillo que se ha comido con el queso en el almuerzo no le ha sentado bien!

Perplejo, el detective apoyó la espalda contra el respaldo del sillón y miró fijamente a Oscar, quien aprovechó su ventaja.

—Lleva todo el día irritable y agobiado, ¿me equivoco? Creo que sé por qué. No tiene nada que ver con nosotros... y mucho que ver con una dama. Está esperando la visita de una dama, ¿no es cierto? Su visita le está causando cierta aprensión. Es una mujer de fuerte temperamento, una dama, me atrevería a decir, lo bastante próxima a usted como para tomarse la libertad de reprenderle por sus descuidadas costumbres de soltero.

Fraser miró a Oscar de hito en hito, con un profundo recelo en los ojos.

—¿Cómo diantre sabe todo eso?

Oscar se encogió ligeramente de hombros.

—¿Por qué, si no, iba a retirar el jarrón de lirios marchitos de esta mesita y se habría puesto a quitar a toda prisa el polvo de la repisa situada encima de la chimenea justo antes de la llegada de Arthur?

—¿Me ha estado espiando? —preguntó bruscamente Fraser—. Explíquese, se lo ruego.

Conan Doyle se frotó las manos, encantado.

—No, no —se rió con satisfacción, volviendo a ser el Conan Doyle de siempre—. Oscar ha vuelto a jugar a ser Sherlock Holmes. ¿Cómo lo ha hecho, Oscar? Cuéntenos.

—Mire los puños de su camisa, Aidan —dijo Oscar con una sonrisa burlona. Fraser levantó, receloso, las manos y examinó los puños de su camisa—. ¿Qué ve en la cara interna del puño izquierdo? Una pequeña mancha de grasa, combinación de un color marrón oscuro y de un tono naranja claro, que habla de un hombre diestro que se ha preparado apresuradamente un sándwich de queso Chesire con pepinillos. Si mira la cara interna de los dos puños, ¿qué ve? Una ligera capa de salpicaduras de color óxido. ¿De qué se trata?, ¿de óxido? No, la capa es demasiado delicada. ¿Pimienta, quizá? ¿O azafrán? O, vaya, ¿qué es lo que tenemos aquí, sobre esta mesita? Una salpicadura de polen de los estambres de lirios ya marchitos... Aidan lleva una existencia de soltero, sólo, desatendido. Hace ya días que no ha estado en su

salón. Hoy, sin embargo, tiene visitas y debe preparar la estancia para ellas. Ni que decir tiene que, si sus visitas fueran sólo hombres, no se apresuraría a quitar de en medio un jarrón con flores muertas. Como hombre que es, sabe muy bien que los hombres nunca reparan en esa clase de cosas. No, Aidan espera la visita de una dama, probablemente la dama que le trajo las flores y que las dispuso para él durante su última visita.

Conan Doyle se volvió presa del entusiasmo a mirar a Fraser y preguntó:

—¿Está en lo cierto?

Fraser dejó caer las manos y esbozó su sonrisa perfecta.

—Hasta el último detalle —dijo—. Es usted un hombre extraordinario, señor Wilde.

—Oscar, Aidan. Seamos amigos.

—Oscar —dijo el inspector de policía, poniéndose en pie y tendiéndole su mano abierta—. Acepto todo lo que dice, por supuesto que sí. Aun así, le advierto de que está pescando en aguas peligrosas. Y vuelvo a decirle lo que ya le he dicho. No puedo hacer nada por ayudarle sin un cuerpo.

Conan Doyle dio una chupada a su pipa vacía y dijo secamente:

—Con la capacidad de observación y de detección de Oscar no dudo de que, si así lo decide, pueda resolver el misterio, con o sin la ayuda de Scotland Yard.

—Probablemente —dijo Fraser, sin dejar de estrechar la mano de Oscar y clavando en él la mirada—. Aunque ¿a qué precio?

—¿Y a pagar por quién? —preguntó Oscar, devolviendo la mirada del inspector.

De pronto, sonó bruscamente el timbre y el *tableau* que se había compuesto junto a la chimenea se rompió.

—Ah —dijo Oscar con suavidad—. La dama en cuestión.

El inspector Fraser se movió rápidamente hacia la puerta que daba al vestíbulo.

Oscar prosiguió:

—Estoy convencido de que es una hermosura. Y creo que es pelirroja.

Fraser se detuvo junto a la puerta y miró fijamente a Oscar con lo que me parecieron unos ojos temerosos. Sin embargo, su risa contradujo su mirada.

—¿Cómo diantre lo ha sabido?

Oscar sacó del bolsillo izquierdo de su chaleco una larga hebra de cabello rojizo. Lo sostuvo en alto entre el pulgar y el índice, mostrándolo a la habitación como si fuera un mago con un pañuelo de seda de colores en la mano antes de transformarlo en un bastón de mango de plata o en un ramo de flores de papel.

—Encontré esto en el perchero mientras colgaba el sombrero. A juzgar por su longitud, todo me lleva a suponer que pertenece a una dama. Supongo que procede del sombrero que llevaba durante su última visita.

El timbre volvió a sonar. Fraser salió apresuradamente al vestíbulo y abrió de par



en par la puerta de la calle. Cuando su visita se quitó el sombrero y lo dejó junto al de Oscar en el perchero, Fraser la acompañó inmediatamente al salón. La dama con la que entró era ciertamente de una belleza considerable, y sus cabellos, de color rojo Tiziano.

—Caballeros —anunció—, permítanme que les presente a mi prometida, la señorita Veronica Sutherland.

# 11.

## Veronica Sutherland

Debo confesar que la prometida de Aidan Fraser me robó el corazón en cuanto la vi. Tenía una presencia imponente y un aspecto que me dejó sin aliento. Su rostro era fino y alargado, aunque lleno de vida. Sus ojos, verdes, enormes y acentuados por la fuerza de sus cejas y de la nariz aguileña. Era un rostro para no olvidar. Un rostro que yo tenía la sensación de que ya había visto y, en el momento en que nos conocimos, así se lo hice saber.

Cuando Aidan Fraser me la presentó y yo estreché su mano por primera vez, me sorprendí diciendo en un impulso del todo absurdo:

—Sé que no nos conocemos, señorita Sutherland, pero tengo la sensación de que nos hemos visto antes porque su rostro me trae a la memoria uno de mis cuadros favoritos...

—¡Oh! —exclamó Oscar, con un fingido lamento—. ¡Robert se ha vuelto a enamorar!

Veronica Sutherland me estrechó la mano, se rió y dijo:

—¡Qué emocionante! ¿A qué cuadro se refiere? ¡Dígamelo!

—Bueno —tartamudeé—, de hecho, a varios.

—¡Robert! —gritó Oscar—. ¡Vas demasiado lejos!

—Y todos son obra del mismo pintor —añadí entre balbuceos—. De Millais, sir John Millais. ¿Conoce su obra? Es usted exacta a su modelo favorita. Su cuñada, Sophie Gray.

—Santo cielo —dijo Oscar, dando un paso hacia la señorita Sutherland—. Tienes razón, Robert. La semejanza es extraordinaria.

—¿De verdad? —dijo la señorita Sutherland—. Tengo que ver a esa tal Sophie Gray. ¿Es hermosa?

—Es fascinante —dije, sin saber del todo lo que decía—. Encantadora, extraordinaria.

—Tiene que verla —dijo Oscar—. Yo lo organizaré. El estudio de sir John no está lejos de aquí. Robert la llevará... ¿Verdad, Robert?

—Por supuesto.

—Con el permiso de Aidan, naturalmente.

La señorita Sutherland se volvió a mirar a su prometido.

—¿Quién es esta gente tan maravillosa, Aidan? ¿Dónde los has encontrado? ¿Por

qué no me los habías presentado antes? Todos tus amigos son tan aburridos, excepto el doctor Doyle, naturalmente. Siempre me hace feliz verle.

Me había soltado la mano y ahora tenía toda su atención puesta en Conan Doyle. Había entrelazado su brazo al de él y, ladeando la cabeza, miraba fijamente al rostro sonriente del doctor con sus enormes ojos.

Recorrí la habitación con la mirada y vi que, gracias a ella, todos nosotros — incluido Fraser— sonreíamos. Billy Wood, O'Donnell, Bellotti, Cowley Street, Cleveland Street: todo había quedado olvidado. Veronica Sutherland había irrumpido en el salón de Fraser como un soplo de aire fresco. Había en ella un halo de energía que la hacía irresistible. Todos estábamos estimulados por su presencia... y también fascinados por ella. La señorita Sutherland tenía una autoridad natural que contradecía su edad y su sexo. A pesar de ser más joven que cualquiera de nosotros (tenía tan sólo veinticuatro años), tenía pleno dominio sobre todos.

Sin soltarse del brazo de Conan Doyle, Veronica miró en derredor y dijo:

—Aidan, prometido, futuro marido: ¿no hay flores? ¿Ni refrigerios? ¿No hay té para nuestros invitados? Pero ¿en qué estabas pensando?

Soltó un suspiro teatral, se separó de Conan Doyle, dejó sobre la mesita el libro que hasta entonces llevaba bajo el brazo y, sacudiendo su cabeza de glorioso cabello rojo, salió como un rayo de la estancia, gritando:

—¿Es que los hombres no son capaces de hacer nada por sí mismos?

Minutos más tarde, mientras seguíamos de pie y en círculo delante de la chimenea, sonriendo alegremente y cantando las alabanzas de la doncella, Veronica regresó. Llevaba una gran bandeja en las manos con tres copas de champán, una de vino, una de jerez y, en una cubitera de plata llena hasta el borde de hielo fresco, un mágnam de Don Pérignon.

—Aidan tiene una bodega en el sótano y un pequeño almacén de hielo en el jardín —dijo a modo de explicación—. La bodega está casi vacía y el almacén inutilizado. Probablemente sea el único almacén de hielo de todo Chelsea y dudo mucho que él haya estado dentro una sola vez. ¿Les ha enseñado la casa y el jardín? Tiene diez habitaciones y utiliza sólo tres. La cocina es un desastre. Ni se les ocurra entrar. Hasta los ratones la encuentran inhóspita. Lleva viviendo aquí un año y todavía no se ha ocupado de amueblarla. ¿Han visto su dormitorio? Tiene una cama de hierro en un rincón y un espejo giratorio de cuerpo entero en el otro... y eso es todo. No hay ni un gancho en la parte interior de la puerta, y menos aún un armario. Vive con la ropa metida en una maleta. ¿Qué voy a hacer con él?

Conan Doyle se rió.

—¿Casarse con él?

—Si no me queda más remedio —respondió ella, riéndose también—. Abre el vino, Aidan. Quiero brindar por tus amigos. Y beber a la salud de Sophie Gray. —Me

miró y abrió los ojos como platos—. Quiero que el señor Wilde nos recite uno de sus poemas —dijo, volviéndose hacia Oscar—, o que nos cuente una de sus historias de fantasmas. —Y añadió—: Como verá, señor Wilde, sé perfectamente quién es usted... Aidan me lo ha contado todo sobre ese misterioso asesinato que usted está empeñado en investigar. El doctor Doyle le cree, incluso aunque Aidan tenga todavía sus dudas al respecto. —Su candor era arrebatador. Se volvió hacia Conan Doyle y levantó hacia él su copa—. Estoy encantada de verle, doctor Doyle. Podemos hablar de nuevo sobre nuestro héroe, ¿le parece?

—¿Es usted también admiradora de Sherlock Holmes? —pregunté.

—No —fue su respuesta—. Admiro los escritos del doctor Doyle, sin duda, pero no me refería a Sherlock Holmes.

—Creo que la señorita Sutherland se refiere al doctor Joseph Bell —dijo Oscar.

—Así es —corroboró ella, dedicándole una hermosa inclinación de cabeza—. ¿Cómo lo ha sabido?

—He visto el libro, el libro del doctor, el que iba usted leyendo en el metro de camino hacia aquí —dijo Oscar, indicando el volumen de cubiertas rojas que ella había dejado encima de la mesita antes de ir en búsqueda de nuestro champán.

—¿Cómo ha sabido que ha venido en metro? —preguntó Fraser.

Conan Doyle cogió el libro y lo agitó ante nosotros.

—He aquí el billete de metro de dos peniques que la señorita Sutherland utiliza como punto de libro. A Oscar no se le escapa nada.

—¿Quién es el doctor Bell? —pregunté.

—Un gran hombre —dijo Conan Doyle, examinando el lomo del ejemplar—. No sólo el autor de este texto definitivo, *Manual de intervenciones quirúrgicas*, sino también mi mentor. Fue profesor mío en la Royal Infirmary de Edimburgo. Como cirujano era un hombre meticuloso. Como profesor, tenía el don de un hipnotizador. Como maestro del diagnóstico, no tiene igual. Si hay algún modelo para Sherlock Holmes, es él. El doctor Bell inculcaba a sus alumnos la importancia crítica de los poderes de observación. Habría estado orgulloso de usted, Oscar.

Oscar sonrió, encantado. No era hombre que sintiera aversión a los halagos.

Conan Doyle dejó de nuevo el libro encima de la mesita y prosiguió:

—En el curso de nuestra primera conferencia, el doctor Bell dejó en nosotros una impresión extraordinaria. Casi al empezar, mostró un vial de cristal que contenía un nocivo líquido de color ámbar y lo sostuvo en alto ante nuestros ojos. —Conan Doyle cogió su copa de champán como si fuera el vial del doctor Bell—. «Caballeros», anunció con su sonoro timbre típicamente edimburgués. «Este vial contiene una droga potentísima. Tiene un sabor extremadamente amargo... sí. ¡Pero quiero que lo prueben! ¿Cómo, caballeros? ¿Se arredran ustedes?». Bell removió el líquido ámbar con un dedo, así. —Conan Doyle imitó con su champán la acción que describían sus

palabras—. «Naturalmente», dijo el doctor Bell, «no pido nada a mis alumnos que no pueda acometer yo mismo. Probaré el líquido antes de pasárselo». El gran hombre se llevó la mano a la boca y se chupó el dedo. Al hacerlo, sus rasgos se contrajeron como si hubiera probado veneno.

Mientras nos contaba el relato, Conan Doyle representaba el drama ante nosotros.

—Instantes más tarde, Bell se había recuperado y le entregó el vial a un alumno que estaba sentado en la primera fila. «Ahora», le indicó al alumno, «haga usted lo mismo». Cada uno de nosotros metió un dedo en el fluido ámbar y lo probó. Era sin duda un líquido espantoso, repelente al gusto. Sin embargo, cuando el vial completó la ronda, Bell recorrió con la mirada las filas de alumnos que tenía ante él y suspiró. «Caballeros», dijo. «Me apena profundamente que ninguno de ustedes haya desarrollado su capacidad de percepción, la facultad de observación de la que tanto hablo, pues si realmente me hubieran observado, ¿qué habrían visto?».

Oscar tenía la respuesta.

—Que aunque era el índice el dedo que había metido en el líquido ámbar, ¡era el dedo medio el que se había llevado a la boca!

—¡Exacto! —exclamó Conan Doyle, entrechocando su copa con la de Oscar—. Si es que no se le pasa una, amigo mío. ¡Lo observa todo! He decidido que voy a dar al señor Sherlock Holmes un hermano mayor aún más brillante y que, con su permiso, ¡voy a crearlo inspirándome en usted! Holmes está básicamente inspirado en el doctor Bell, pero también hay en él algo de Fraser. El hermano de Holmes será totalmente usted, Oscar...

—Pero yo no me parezco a Holmes —protestó Oscar—. No soy un hombre de acción. Soy un indolente.

—En ese caso, también el hermano de Holmes lo será —respondió Conan Doyle—. No discuta conmigo. Lo he decidido. Y así será.

Mientras nos reíamos y tomábamos el champán, me di cuenta de que la señorita Sutherland acunaba su ejemplar del libro del doctor Bell contra su pecho.

—¿Por qué está leyendo al doctor Bell? —pregunté.

—Porque al parecer jamás llegaré a sentarme a sus pies —fue su respuesta.

Conan Doyle explicó:

—La señorita Sutherland abrigaba esperanzas de convertirse en médico. Deseaba estudiar en la Universidad de Edimburgo, pero no pudo ser.

—A la legua se ve que soy mujer, señor Sherard, y a las mujeres no se las considera adecuadas para ser médicos. ¡No somos adecuadas para ser nada!

—No estoy tan seguro de eso —protestó Fraser en tono jocosos.

—Pues yo sí —dijo la señorita Sutherland, furiosa—. Aidan, tú, el doctor Doyle, el señor Wilde y el señor Sherard habéis disfrutado de los beneficios de la educación universitaria. ¿Por qué? Porque sois hombres. A mí esos beneficios me son negados.

¿Por qué? Pues simplemente porque soy mujer. Es horroroso, ultrajante. Y lo único que se os ocurre hacer... ¡es reiros! Las únicas mujeres que tienen entrada libre al interior de los santificados muros de nuestras universidades son las limpiadoras y las concubinas. Es escandaloso, Aidan, y lo sabes.

El silencio cayó sobre nosotros durante un instante. Oscar lo rompió cogiendo el libro que la señorita Sutherland acunaba contra su pecho y le preguntó:

—¿Y a qué se dedica usted, señorita Sutherland?

—A nada —chilló ella—. No hago nada, salvo dejar que mis padres me mantengan y esperar al día de mi boda, y entonces el pobre Aidan me mantendrá. Tiene usted razón, señor Wilde. Siento frustradas mis ambiciones. Anhele dejar mi huella en el mundo. Quizá su amigo sir John pinte mi retrato y consiga así la fama. Estoy decidida a unirme de algún modo a las filas de los inmortales.

—Podría intentarlo cometiendo un asesinato —sugirió Oscar despreocupadamente, hojeando el libro de Bell.

—Vamos, Oscar —dijo Conan Doyle con tono reprobatorio—, no hable del asesinato tan a la ligera.

—Hablo muy en serio —dijo Oscar—. Si la señorita Sutherland está empeñada en alcanzar la inmortalidad y los senderos habituales para acceder a ella le están vetados, quizá debería intentar el asesinato. A fin de cuentas, dentro de cien años, ¿a quién se recordará más? ¿A lord Rosebery? ¿A Henry Irving? ¿A sir John Millais? ¿O a Jack el Destripador?

—Oh, señor Wilde —exclamó Veronica encantada—, ¡es usted un hombre increíble! ¿Por qué está aquí? ¿Por qué de luto? Cuéntemelo todo sobre este asesinato que está investigando. Quiero saberlo todo. Por favor.

Fraser protestó, aunque en vano. Conan Doyle masculló sus reparos, aunque con escaso efecto. Yo seguí donde estaba, presa de la admiración y tomando mi champán a pequeños sorbos al tiempo que Oscar se erigía en el protagonista absoluto y contaba su historia —la nuestra: la historia del asesinato de Billy Wood— a la señorita Sutherland.

A pesar de las intervenciones del inspector y del médico, Oscar no omitió ninguno de los detalles más remarcables. En cuanto completó su narración, la señorita Sutherland, que había estado escuchando desde el principio absolutamente embelesada, preguntó:

—A ese muchacho, a Billy Wood, ¿lo quería usted, señor Wilde? Dice usted que tenía talento, juventud y belleza...

Oscar la interrumpió.

—Tenía genio, señorita Sutherland. La belleza es una forma de genio... De hecho, es más elevada, sin duda, que el propio genio, pues no necesita explicación. Es una de las grandes realidades del mundo, como la luz del sol, la primavera o el reflejo

en las aguas oscuras de esa concha plateada a la que llamamos luna. No permite cuestionamiento alguno. Tiene un derecho divino de soberanía. Convierte en príncipes a aquellos que la poseen. Billy Wood era un príncipe.

—Pero ¿le quería usted, señor Wilde? —repitió la señorita Sutherland—. Habla de la belleza en abstracto y eso me confunde. Y es que, a juzgar por sus proclamaciones, no estoy del todo segura de cuánto quería usted a ese chico.

Oscar le sonrió y dijo:

—En una época tan vulgar como esta que nos ha tocado vivir, señorita Sutherland, no es conveniente mostrar el corazón al mundo. Todos necesitamos nuestras máscaras, ¿no cree?

Aidan Fraser intervino entonces, quebrando el ánimo del momento con una finalidad evidente.

—En cualquier caso —dijo, recogiendo las copas vacías y devolviéndolas a la bandeja—, Oscar ha decidido hacer caso omiso de nuestro consejo. Se ha dedicado al caso a la buena de Dios. Está decidido a resolverlo, con o sin nuestra ayuda.

—Debo hacerlo —dijo Oscar—, y no sólo por el pobre Billy. Al fin y al cabo, si no apresamos al asesino, ¿quién nos dice que él, o ella, no volverá a actuar?

## 12.

16 de octubre — 5 de noviembre de 1889

—¿De verdad crees que el asesino quizá vuelva a actuar? —pregunté esa misma noche mientras acompañaba a mi amigo a su casa de Tite Street por el embarcadero de Chelsea.

—Es posible —dijo—. En realidad, me parece probable. Muy pocos son los acontecimientos de la vida que resultan únicos. Para la mayoría de nosotros, hagamos lo que hagamos, una sola vez no es suficiente. El poeta no escribe el soneto perfecto y se retira. El bebedor nunca queda satisfecho con un solo vaso de vino. Una vez probada la fruta prohibida, el pecador tiene inevitablemente hambre de más.

—Pero si el asesino es un hombre como O'Donnell...

Oscar me interrumpió.

—El asesino no es un hombre como O'Donnell, Robert. Si hubiera encontrado a Billy muerto a golpes en una de las callejuelas de Broadstairs, quizá hubiera pensado que un bruto borracho como O'Donnell podía haber sido el autor del crimen. Pero el asesinato de Billy no fue un acto al azar. No tuvo nada de aberración momentánea. Fue cuidadosamente planeado y meticulosamente ejecutado. Encontré a Billy en la habitación de un primer piso, rodeado de velas, tumbado, como sobre un catafalco, con los brazos cruzados sobre el pecho... Había algo formal en el modo en que se había ejecutado el asesinato del pobre Billy, algo casi ritual.

—¿Sugieres acaso que fue de algún modo «sacrificado»? —pregunté, incrédulo.

—Y si lo fue —dijo Oscar—, ¿cuántas otras víctimas propiciatorias han encontrado una muerte similar y yacen en eterno descanso en paradero desconocido?

Guardó silencio y durante unos instantes fijó la mirada en la oscura superficie del río Támesis. La marea estaba alta, pero las aguas fluían tranquilas.

—Mañana —anunció— iniciaré un melancólico recorrido por todas las morgues y los depósitos de cadáveres de la metrópolis. Si no me equivoco, suman un total de treinta y siete. Y quizás en uno de ellos, entre los cuerpos no reclamados, encuentre el cuerpo de Billy Wood. Y, ¿quién sabe?, quizás encuentre también los cadáveres de otros jóvenes asesinados de modo similar.

—Treinta y siete morgues y depósitos de cadáveres... —repetí.

—Sí, Robert. La muerte está por doquier. Tan sólo el río arroja cien cuerpos anónimos al año.

—Pero te llevará meses visitar todas las morgues y los depósitos de cadáveres de



Londres.

Negó con la cabeza.

—Meses no, semanas —dijo—. Tengo previsto visitar tres al día. Hay que hacerlo. No hay alternativa posible.

—¿Y no podrías enviar a tus «espías»? —pregunté.

—No —respondió con una sonrisa—. Tengo que ir yo personalmente. Sé cómo era Billy. Mis «espías» no. Pregunté a la señora Wood y me dijo que no hay fotografías de Billy, ni siquiera de cuando era niño. Si hay que identificarle, tendrá que hacerlo alguien que le haya conocido personalmente.

—Te acompañaré, Oscar —dije—. ¿Por qué morgue empezamos?

Se rió y, apartando los ojos del río, me puso una mano en el hombro.

—Eres muy amable, Robert, pero cuando se trata de visitar a los muertos prefiero hacerlo solo. Es un triste proceder, conveniente para personas de mi edad y carácter. Mientras yo salgo en busca del cuerpo de Billy Wood, sugiero que pongas cerco al corazón de la señorita Sutherland. Estoy seguro de que te resultará una labor mucho más agradable.

—Pero si está prometida al señor Fraser —protesté.

—Cierto —dijo Oscar, entrelazando su brazo al mío mientras reemprendíamos la marcha por el embarcadero—. Eso añadirá cierta *frisson* a la empresa. Un romance sin unas gotas de peligro apenas es merecedor de ser considerado como tal.

—Y estoy enamorado de Kaitlyn —afirmé con firmeza y no sin cierto orgullo.

—Naturalmente —respondió, sonriéndome de oreja a oreja—, pero Kaitlyn está en Viena, Robert, y tú estás en Londres...

—Y soy incapaz de cometer una infidelidad —gimoteé.

—¡Ya quién le importa la fidelidad! —exclamó Oscar—. ¡Eres un hombre, Robert! Conoces bien mi regla: la única forma de comportarse con una mujer es haciéndole el amor si es hermosa y haciéndoselo a otra si no lo es. ¡Pero qué es toda esa ridiculez sobre la fidelidad! Los jóvenes quieren ser fieles y no lo son; los viejos quieren ser infieles y no pueden. Y no hay más. Da gracias a que eres joven, Robert. Aprovecha todos y cada uno de tus momentos de felicidad mientras puedas.

Seguí el consejo de Oscar (¡no necesité que se esforzara demasiado en convencerme!), y confieso que las semanas siguientes fueron de las más felices de mi vida. La mañana posterior a nuestro primer encuentro, mientras Oscar se dirigía a la morgue de Kennington Rise, le mandé una nota a la señorita Sutherland invitándola a tomar el té conmigo en el hotel Cadogan.

Ella respondió con otra nota en la que aceptaba mi invitación. Fue el principio de lo que para mí resultó ser una experiencia absolutamente mágica.

Ese otoño e invierno, Veronica Sutherland tenía tiempo libre y yo tenía mucho tiempo que ofrecer, de modo que lo pasamos juntos, una hora tras otra, un día tras

otro tomando té, saliendo a pasear a mediodía, jugando (¡ninguno habíamos cumplido todavía los treinta años, de modo que todavía éramos lo bastante jóvenes para jugar!), riéndonos (¡y de qué manera!) y hablando (¡y de qué manera!).

Jamás hablamos del amor; hablábamos de la vida... y de la vida de la mente. Hablábamos de arte, de teatro y de ciencia (el interés que despertaba en ella la medicina era del todo sincero); de Escocia (que ella odiaba); de Italia (que ella adoraba; sentía auténtica pasión por Venecia); de Conan Doyle (al que ella tanto admiraba); y, naturalmente, de Oscar (le fascinaba la obsesión de Oscar por la muerte de Billy Wood). En raras ocasiones hablaba de Fraser y tampoco yo mencionaba a Kaitlyn ni a Marthe, ni tampoco mi divorcio (Foxton, el abogado de mi exesposa, seguía bombardeándome con sus comunicados; me quité su existencia de la cabeza y quemé su correspondencia en la chimenea).

Durante nuestro primer *tête-à-tête* —estábamos tomando el té con pastelillos en el hotel Cadogan—, Veronica me contó la historia de su vida. Era la única descendencia de unos padres ya mayores. Según ella misma admitía, había sido una niña testaruda que mostraba poco respeto por sus mayores, en todo momento decidida a salirse con la suya. El señor y la señora Sutherland, según palabras de Veronica, eran devotos de Dios y de Dundee en igual medida, de modo que inevitablemente cuando, a la edad de veintiún años, ella anunció su intención de abandonar ambos a fin de estudiar cirugía en Edimburgo, los Sutherland se deshicieron en llanto e incluso en algún que otro rechinar de dientes. Su madre amenazó con morir de pena; su padre amenazó con dejarla sin un penique (el señor Sutherland había amasado una respetable fortuna en el comercio de la importación del yute). Por fin, ambas partes llegaron a un compromiso. Ni la Universidad de Edimburgo ni la Royal Infirmary la recibirían entre sus paredes como estudiante. El padre de Veronica tenía un primo —un clérigo casado— que tenía una vaga vinculación con la universidad. Se acordó que Veronica podría vivir con él y con su familia durante un año y estudiar un curso de «lectura» bajo su instrucción. Y así lo hizo, y fue durante ese año en Edimburgo cuando conoció a Aidan Fraser. Casi en el momento en que conoció a Aidan, Veronica y él se prometieron. Su familia estaba encantada. La fortuna de los Fette pesaba lo suyo. Lo cierto es que en Dundee pesaba muchísimo. Cuando Fraser se trasladó a Londres para trabajar en la Policía Metropolitana, a Veronica le permitieron seguir sus pasos. Mientras él adquiría su casa de Sloane Street, ella se instaló en una habitación amueblada en casa de una tía abuela viuda que vivía en Bedford Square.

Raras veces vi a Veronica por la tarde (su tía abuela la esperaba a cenar al menos cuatro veces a la semana) y casi nunca los fines de semana (era entonces cuando veía a Fraser), pero durante la semana, de lunes a viernes —mientras Fraser cumplía con sus obligaciones en Scotland Yard y yo estaba «disponible», como suelen estarlo los poetas y los autores—, Veronica y yo pasábamos algún rato juntos casi a diario. A

ella le encantaban especialmente nuestras visitas a los estudios de los pintores eminentes del momento. Como todos conocían a Oscar, ya fuera personalmente o por su reputación, disfrutábamos de una *entré*e en todas partes, y como Veronica era tan seductora y estaba tan llena de vitalidad —lo cual es el secreto del *glamour*—, allí donde íbamos éramos bienvenidos y, a menudo, invitados a volver.

Prácticamente todos los viernes durante el tiempo que duró nuestra amistad, Veronica y yo nos encontramos almorzando con sir John Millais. Millais era un hombre bueno y decente que acababa de cumplir sesenta años y buen pintor (a mi entender, un magnífico pintor), y considerado, naturalmente, uno de los fundadores de la Hermandad Prerrafaelita, aunque, en aquel entonces, era el blanco de burlas de los críticos más jóvenes (y de la mayoría del resto de amigos de Oscar) por haber «vendido su genio por un puñado de soberanos» como retratista al servicio de lo más granado de la sociedad británica. Aunque Oscar estaba invitado a esos almuerzos de los viernes, en contadas ocasiones acudía.

—Tengo morgues que visitar, Robert —explicaba—, y una historia que escribir. Todavía no he dado con el cuerpo de Billy Wood ni he concluido mi retrato de Dorian Gray. Además, por mucho que admiro a sir John, no estoy tan seguro sobre su cocinero. No me cabe duda de que el bacalao es un espléndido nadador, admirable por su ejemplaridad nadadora, pero como plato...

Yo comprendía las reservas de Oscar. Si bien la mansión de Millais era absolutamente magnífica —una inmensa casa cuadrada situada en Palace Gate, Kensington—, los almuerzos *chez* Millais eran un modesto *affair*. Comíamos en su enorme estudio-salón en una mesa de jugar a las cartas cubierta colocada junto a la chimenea. El menú consistía invariablemente en bacalao con patatas hervidas, y comíamos rodeados de retratos de tamaño real (Gladstone, Disraeli, Rosebery, Tennyson, Lillie Langtry en la flor de la vida; personajes que variaban de una semana a la siguiente), algunos enmarcados, otros inconclusos, todos sobre sus caballetes, colocados en semicírculo como si los sujetos protagonistas de los retratos fueran espectadores de nuestro banquete. Según lo recuerdo, las paredes de la sala estaban cubiertas en su mayoría con pesados tapices del siglo XVIII. Había tan sólo una pintura en permanente exposición, colgada de la pared que estaba a la izquierda de la repisa de la chimenea, encima de un arcón chino lacado: el último retrato que Millais le había pintado a Sophie Gray.

Veronica Sutherland decía que sir John le gustaba porque «es lo que es», «un hombre incapaz de engañar, sin pretensiones». Disfrutaba del modo en que él daba caladas a su pipa de brezo en presencia de ella y, dentro, se sentaba despreocupadamente a la mesa con su gorra con orejeras en la cabeza.

—Es honrado, Robert. ¿De cuántos hombres puede decirse eso hoy en día? Y le gustan las mujeres, comprende a las mujeres. ¿De cuántos hombres puede decirse

eso?

A sir John le gustaba Veronica Sutherland porque, ciertamente, le recordaba a su cuñada Sophie Gray.

—Tiene usted su ingenio y su alegría —le decía—, así como su inteligencia y su belleza. Su fuerza vital era extraordinaria, aunque al final pudo con ella. La pobrecilla terminó convertida en una histérica. Murió víctima de sí misma. Se acercó demasiado a las llamas.

Era última hora de la tarde de un viernes de finales de octubre, tras uno de nuestros almuerzos con sir John, y Veronica y yo estábamos en Tite Street, tomando el té con Oscar y habiéndole del cuadro de Sophie Gray, cuando Oscar nos dijo que casi había concluido su nuevo relato para Stoddart y que había decidido el título que iba a darle.

—Voy a titularlo *El retrato de Dorian Gray* —anunció.

—¿Crees que a Millais le importará? —pregunté.

—¿Y por qué iba a importarle? —fue la respuesta de Oscar, un poco malhumorado—. El pintor de mi relato no tiene el menor parecido con Millais, ninguno en absoluto. Y Dorian Gray, cuyo retrato es el centro sobre el que gira mi historia, y que es la perfección en sí mismo, ¡y quizá también lo que me gustaría ser en otras vidas!, carece de cualquier sombra de afinidad con Sophie Gray.

—Pero ¿no era el suicidio uno de los elementos de tu historia? —insistí—. ¿Acaso no se quita la vida Dorian Gray? Si estoy ansioso por la reacción de Millais, es simplemente porque Sophie Gray se quitó la suya...

Oscar desestimó alegremente mi comentario con un gesto.

—Si Dorian Gray es primo de alguien —dijo, indicando con ello que la discusión había tocado a su fin—, lo es de mi joven amigo del Foreign Office, John Gray. Aunque ni que decir tiene que el apellido es de lo más común, te aseguro que John no lo es.

John Gray era el nuevo blanco del entusiasmo de Oscar, la única distracción que se permitió ese otoño. Más adelante me enteré de que, aunque Oscar había insistido en dejarme claro que cuando «visitaba a los muertos» prefería hacerlo a solas, de hecho, en cada una de sus visitas a lo que él llamaba «las melancólicas morgues y depósitos de cadáveres de la metrópolis», había estado acompañado por John Gray.

Gray tenía veintitrés años y trabajaba en el Foreign Office. No era diplomático; trabajaba de secretario en la biblioteca y era un joven de origen humilde que se había labrado un camino en el mundo a fuerza de su propio esfuerzo.

—Su padre era carpintero —dijo Oscar—, de modo que asumiremos que su madre era virgen.

Obligado por la penuria de sus padres a abandonar la escuela a la edad de trece años, Gray se había convertido en un trabajador del metal durante el día mientras que,

por la noche, continuaba con sus estudios, que costaba él mismo. Dicho sea en su favor que a los dieciséis años se había presentado a los exámenes necesarios para asegurarse un puesto de administrativo en la oficina de correos... y que había salido airoso de la convocatoria.

—Es una criatura compleja y multiforme —dijo Oscar—. Le interesa el arte y la música, la poesía y las lenguas, ¡los sellos y yo!

Oscar lo conoció ese septiembre, apenas unas semanas después de la muerte de Billy Wood, en un encuentro literario celebrado en Chelsea.

—Nos hicimos buenos amigos en cuanto nos conocimos —dijo Oscar—. John tiene todo el aspecto de un dios griego... y sólo los superficiales no juzgan por las apariencias.

Fue ese último viernes de octubre de 1889 cuando supe de la existencia de John Gray. Le conocí una semana más tarde, la Noche de las Hogueras del 5 de noviembre<sup>[4]</sup> de 1889. Veronica cenaba en Bedford Square con su tía abuela y Oscar y yo habíamos quedado en encontrarnos en el teatro (Ada Rehan, la actriz norteamericana de origen irlandés, debutaba en el Lyceum). Oscar me había dicho que pasaría a buscarme en coche y que le esperara en mi habitación de Gower Street a las siete... no más tarde.

A las seis y cuarenta y cinco yo me había vestido ya, me había puesto las botas que con anterioridad había lustrado y el traje pertinentemente cepillado. Estaba en la calle a las siete. A las siete y cuarto empecé a ponerme nervioso. A las siete y media, estaba alarmado. En algunas ocasiones, Oscar llegaba tarde a cenar, pero jamás al teatro. (Otros insultaban despreocupadamente a los actores, tratándoles como lacayos, cosa que Oscar jamás hacía). A las siete y cuarenta y cinco, simplemente para tranquilizarme, decidí que debía de haber entendido mal sus indicaciones y que lo que Oscar había propuesto en realidad era que fuéramos en coches distintos y que nos encontráramos en el teatro. Naturalmente, yo sentía ciertas reticencias a tomar un Hansom porque a esas alturas me había gastado todos mis ahorros en té y champán para Veronica, pero si todavía me quedaba alguna posibilidad de llegar al teatro a las ocho, el coche era la única imaginable. En cuanto me decidí, y con la frente palpitante, miré a uno y otro lado de la triste calle. En justicia, un cinco de noviembre, envuelta en la espesura de la niebla mientras el West End está en su momento de mayor trasiego, Gower Street no debería ser el lugar más fácil donde encontrar un coche. Sin embargo, y para mi asombro, en el preciso instante en que necesitaba uno, de la amarillenta penumbra emergió un coche de cuatro ruedas que se detuvo bruscamente delante de mí.

—Al teatro Lyceum —le grité al cochero.

—Creo que no va a poder ser, caballero —respondió—. Me voy a casa.

—Entonces, ¿por qué se ha detenido? —le espeté.

La puerta del coche se abrió y en ese momento tuve la respuesta. Dos figuras bajaron a trompicones a la calle: un muchacho rubio con traje de marinero y Oscar Wilde, con un desaliñado traje de noche, el rostro salpicado de magulladuras y el pelo cubierto de sangre.

—Así le he encontrado —dijo el muchacho—. Me ha pedido que le trajera aquí.

Pagué al cochero y, entre los dos, el muchacho y yo ayudamos a Oscar a subir las escaleras que llevaban a mi cuarto.

—Me llamo John Gray —dijo el chiquillo, que debía de tener, como mucho, quince años. Tenía el pelo rubio y más largo de lo que parecía apropiado. Los ojos, azules y vigilantes; la piel, dorada; los labios, pálidos; los altos pómulos, salpicados de pecas del color de la arena. John Gray era a todas luces un joven Adonis en un traje de marinero (creo que era un traje de marinero francés), mientras que el pobre y arrugado Oscar, con sus carnes colgantes, la boca hinchada, los ojos semicerrados (los tenía demasiado inflamados como para poder abrirlos), no era más que un anciano Baco tras una reyerta.

Acomodamos a Oscar en mi cama. Le aflojé el cuello de la camisa y la corbata, le serví el brandy que me quedaba en una copa y se la acerqué a los labios. Oscar gimoteó. Estaba exhausto y dolorido.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—No sabría decirle —dijo el muchacho (hablaba correctamente. Tenía los modales de un joven caballero)—. Estaba cruzando Soho Square, de camino al restaurante Kettner's donde había quedado en encontrarme con un amigo. Vi a Oscar de pie en la acera, junto a la iglesia, hablando con un hombre. Discutían.

—¿Qué clase de hombre?

—No lo sé..., un hombre con un abrigo grueso.

—¿Qué clase de hombre? —repetí—. ¿Era joven? ¿Viejo? ¿Llevaba barba?

—No era joven ni llevaba barba.

—¿Alto?

—Bastante, y corpulento. De complexión oscura... Moreno, ésa es la palabra. Llevaba un bastón. No me acerqué demasiado porque se estaban gritando.

—¿Y qué era lo que se gritaban?

—El hombre dijo algo así como: «¡No se acerque! ¡No se acerque o le mataré!», y luego empezó a golpear a Oscar. Le golpeó con el bastón y lo tiró al suelo. Oscar cayó de espaldas sobre los escalones de la iglesia y el hombre se lanzó sobre él y le golpeó en la cara. Le dio un puñetazo tras otro. Fue entonces cuando corrí hacia ellos, gritando: «¡Alto! ¡Policía!». Entonces el hombre se levantó, me maldijo y echó a correr.

—¿Y dices que el hombre dijo: «Aléjese o le mataré»?

—Sí, algo así como: «*Laisse-la ou je te tue!*».

—¿Cómo? —exclamé—. ¿Hablaban en francés?

—Sí, era francés. Estoy seguro. Aunque tenía un acento extraño.

—Era un hombre llamado O'Donnell —dije—. Es de Montreal. Es un bruto.

—Doy fe que lo era —respondió el muchacho.

Oscar no dijo nada. Había vuelto la cabeza hacia la pared. Su respiración era pesada y entrecortada, aunque regular. Me pareció que dormía.

—Lo dejaremos aquí —dije—. En cualquier caso, la señora Wilde no le espera esta noche. Será mejor no preocuparla.

—¿Está seguro? —dijo el muchacho, arreglándose el cuello del traje de marinero y buscando con la mirada un espejo en el que arreglarse el pelo.

—Sí, estoy seguro —respondí—. Cuidaré de él. Soy su amigo.

—Su «mejor amigo», según Oscar —respondió el muchacho.

—Me alegra saberlo —dije.

—Bueno, pues entonces me voy —dijo el chiquillo alegremente, tendiéndome la mano—. Esta noche ceno en Kettner's. ¿Se lo había dicho ya? Espero volver a verle pronto. Y Oscar estará como nuevo en un par de días, ¿no? Le quiero. Todos le queremos.

Y, con un saludo a medias y el esbozo de un guiño, John Gray se marchó.

## 13.

6 de noviembre de 1889 — 2 de enero de 1890

Oscar se quedó en mi habitación durante los tres días siguientes.

La mañana del 6 de noviembre, cuando desperté con tortícolis y la espalda torcida (el precio de pasar una noche en un diván destartado), le encontré sentado en la cama con las almohadas perfectamente ahuecadas tras él, fumando un cigarrillo turco y leyendo a Baudelaire a la luz de las velas.

—*Bonjour, mon ami* —dijo animadamente.

Su rostro seguía siendo un enjambre de contusiones, pero parecía haber recuperado el ánimo por completo. No recordaba nada de los acontecimientos de la noche anterior. Nada en absoluto.

—¿John Gray con un traje de marinero? ¿No estarás alucinando, Robert?

—Te lo aseguro, Oscar...

—Sin duda estás alucinando, Robert —prosiguió alegremente mientras yo buscaba una cerilla a tientas para encender el fogón y poner a hervir agua para el té—. Mírate... ¡Pero si te tiemblan las manos! La culpa es de Conan Doyle.

—¿Por qué? ¿Qué tendrá él que ver?

—Desde que Arthur nos contó sus planes de convertir a Sherlock Holmes en un rufián drogado, tú, Robert Sherard, te mueres de ganas de experimentar por ti mismo. Reconócelo. ¿Es morfina o cocaína lo que te ha hecho caer?

—No seas absurdo, Oscar —dije, sin poder contener la risa—. Si hay alguien aquí que no está en sus cabales sin duda eres tú. John Gray te rescató anoche cuando fuiste atacado por el bruto de O'Donnell.

—No sé qué fue lo que me ocurrió anoche, pero te aseguro que no fui atacado por Edward O'Donnell.

—Según Gray, el hombre que te atacó te insultó en francés.

—Vaya —dijo Oscar—, eso me suena a que bien podría tratarse de algún poeta decepcionado... Pueden ser muy violentos. Dedicas una mala reseña a un hombre y acto seguido te ha tirado al suelo de un puñetazo en plena calle, y lo hace en francés para dar a sus actos una pátina de respetabilidad.

—Pues si no era O'Donnell —insistí—. ¿Quién era?

—No era O'Donnell, Robert —respondió, apagando la vela de un soplido al tiempo que yo descorría la cortina y dejaba entrar la fría y gris luz de la mañana—. O'Donnell no es nuestro hombre.



—Eso dices. Y te reiteras en ello.

—Así es —prosiguió, arrojándose en mi edredón—. Acostado aquí, en tu cómoda cama, cosa que te agradezco enormemente, mi viejo amigo..., aquí acostado, he estado pensando que «nuestro hombre» quizá sea una mujer... o un hombre de costumbres típicamente femeninas. La escena del crimen estaba limpia como una patena cuando la vimos. Como recordarás, alguien había dado lustre con cera de abeja a la tarima del suelo. La cera de abeja sugiere un toque femenino.

—O, probablemente —me aventuré a decir—, sugiera un hombre acostumbrado a las labores del hogar... ¿Un criado doméstico? ¿No me habías dicho que el señor Bellotti reclutaba a limpiabotas y a muchachos para que trabajaran para O'Donovan & Brown?

—Así es —dijo Oscar—. Buena memoria, Watson. Tienes razón. No me cabe duda de que Bellotti está metido en este asunto, aunque no tengo la menor idea de cómo ni de hasta qué punto. Mientras yo me dedicaba a rastrear las morgues de la metrópolis, mis «espías» han estado vigilando muy de cerca al amigo Bellotti, y al bruto de O'Donnell, y lamento decirte que no tienen nada interesante de lo que informar.

—¿Y qué es lo que han revelado las morgues? —pregunté.

—Nada de interés —respondió con una sonrisa—, salvo que la muerte ya no me produce ningún terror. En estas últimas semanas, he observado por docenas los rostros de los muertos y lo que he descubierto me resulta muy consolador, Robert. Cuando morimos, desaparecemos. Nuestro espíritu escapa a algún lugar que desconocemos. La cáscara que dejamos tras nosotros no significa nada. Un cuerpo muerto no es más inquietante que un abrigo desechado.

—¿Cuántas morgues te quedan aún por visitar? —pregunté.

—Ninguna —respondió, incorporándose y apartando de sí el edredón, dejando que el ejemplar de Baudelaire cayera al suelo—. Las he agotado todas. Ahora tengo previsto dedicarme a las salas de autopsias de los hospitales londinenses. De haberlo pensado antes, probablemente habría empezado por ahí. —Con un gemido contenido se empujó fuera de la cama y se puso de pie—. Según Conan Doyle, las facultades de medicina están tan ansiosas por recibir cadáveres frescos para que sus alumnos puedan desmembrarlos y analizarlos minuciosamente que en la actualidad existe un mercado negro de restos mortales de los muertos recientes. Tengo que vestirme y ponerme manos a la obra. —De pronto, se vio en el espejo que estaba encima del lavabo y soltó un aullido de angustia—. Santa María, ¡no puedo dejarme ver en la calle con este aspecto! Apareceré en los periódicos en cuestión de horas.

Sonreí.

—Me temo que no —dije—. Estarás bien en un par de días.

—¡Estoy horrible, Robert! ¡Deforme!

—Estás simplemente magullado. Siéntate aquí, junto al fogón. Descansa, recupérate, recobra fuerzas. Mañana, o pasado mañana, podrás ya aventurarte a salir. Mandaré un telegrama a Constance. Le diré que te has ido un par de días a Oxford. — Oscar se volvió desde el espejo con un estremecimiento y despacio, con mi ayuda, se instaló en el sillón situado junto al fuego. Le cubrí las rodillas con su abrigo—. Descansa aquí mientras voy a buscar algo para desayunar.

—¿De verdad lo harás, Robert? Eres un ángel. Y, sí, envíale un telegrama a Constance. Y, durante tu ausencia, ¿podrías encontrarme también una camisa limpia? ¿Podrás con todo? Sabes cuál es mi talla. De hecho, quizá mejor que sean dos. — Encontró su billetera en el bolsillo de la chaqueta y me dio un billete de cinco libras—. Camisas de seda —añadió—. Y un buen jabón, si ves alguno. Me siento muy sucio. Houbigant's, si lo encuentras, o Peau d'Espagne o Sac de Laitue... Y, ya que vas a la farmacia, hay un producto maravilloso llamado Koko Marikopas. Es caro, pero ya sólo el nombre justifica el precio y hace milagros. Es un tónico capilar... Ante mis propios ojos, se me está volviendo el pelo gris.

—No seas absurdo, Oscar —dije, cogiendo el dinero y metiéndomelo en el bolsillo del abrigo—. Tienes una o dos hebras plateadas, nada más.

—¿Y a quién le gusta la plata? —murmuró, cerrando los ojos—. A mí sólo me gusta el oro.

Estuve fuera una hora. A mi regreso, cargado de víveres, camisas y jabón (aunque sin el tónico capilar), Oscar había desaparecido. Durante un instante, fui presa de la furia. Oscar era, en esencia, un hombre bondadoso, generoso a decir basta, cortés de un modo que resultaría incomprensible para una generación posterior, y aun así, las cosas como son: era fundamentalmente egoísta. Hacía lo que se le antojaba cuando se le antojaba.

Mientras yo meditaba qué hacer con mi exceso de víveres, oí que llamaban con fuerza a la puerta de la calle. Miré por la ventana de mi habitación que daba a Gower Street. Allí estaba Oscar, golpeando la puerta con un bastón. Corrí escaleras abajo para abrirle mientras sentía desvanecerse mi resentimiento.

—¿Dónde estabas? —pregunté.

—He salido en busca de lo indispensable para vivir —respondió—. Aire fresco y cigarrillos.

Me reí.

—¿Y si te hubieran reconocido? Creía que te angustiaba aparecer en los periódicos —dije.

—Y tienes razón, Robert. Es un horror ver tu nombre en los periódicos. Y más horrible es no verlo. He decidido correr ese riesgo, pero he salido preparado... ¡con esto!

De detrás de la espalda sacó una adornada máscara de carnaval veneciano y se

tapó con ella la cara. Era un regalo que me había hecho Veronica Sutherland, que a su vez la había recibido de Aidan Fraser. Oscar debía de haberla cogido de la repisa de la chimenea.

—Eres absurdo, Oscar —dije—. Me sorprende que no te hayan arrestado, sobre todo con ese bastón. —Lo había reconocido al instante—. Es mi bastón espada, el que le di a Constance, ¿verdad?

—Así es.

—¿Dónde lo has encontrado?

—¿Encontrado? Pero si lo llevaba conmigo anoche.

—¿Estás seguro?

—Tan seguro como que hay Dios.

Yo sabía perfectamente que Oscar no llevaba en la mano el bastón espada cuando John Gray le había traído a mi habitación la noche anterior. Asumí que lo había perdido durante su reyerta con O'Donnell en Soho Square. Concluí entonces que había salido esa mañana —¡con el rostro oculto tras la máscara!— a buscarlo donde se le había caído. Podría haber discutido todo eso con él y obligarle a admitirlo, aunque ¿con qué fin? Oscar sólo decía lo que quería y cuando quería.

De nuevo en mi cuarto, colgó el abrigo en el gancho de detrás de la puerta, volvió a colocar la máscara veneciana en la repisa de la chimenea y, no exento de cierto ceremonial, dejó el bastón espada sobre el lavabo como un cetro sobre un altar. Luego se quedó de pie de espaldas a la chimenea, de cara a la habitación, y miró su reloj.

—Las doce. ¿Desayunamos o almorzamos?

—Mejor un *brunch* —declaré, empleando el término de reciente cuña tan en boga y desenvolviendo con orgullo mi batallón de provisiones.

—Un *brunch* —repitió—. ¡Hurra! ¡Hurra! Beicon y salchichas seguido de una sopa clara de tortuga y un apetitoso Hortelano envuelto en hojas de parra siciliana, y una botella de vino de las orillas del Mosela. ¡El cielo ha bajado a Gower Street! Me relamería los labios si no los tuviera tan hinchados, Robert. Eres un verdadero amigo y el perfecto anfitrión.

Oscar se durmió después de comer. Durmió todo el día y toda la noche. La segunda mañana, el color negro azulado de sus contusiones había adquirido una tonalidad amarillenta y la hinchazón había remitido. Aun así, seguía agotado y dolorido, y al parecer contento de estar acostado en mi cama, dormitando, fumando, leyéndome a Baudelaire en voz alta —en francés— e invitándome luego a que me uniera a él y tradujéramos a Baudelaire en voz alta —¡al italiano!—. Yo había recibido no hacía mucho un ejemplar de *Las bostonianas*, dedicado por el autor, y me ofrecí a leerle.

—No, gracias, Robert —dijo, cerrando los ojos—. El señor Henry James escribe

ficción como si se tratara de un penoso deber. Ojalá Arthur hubiera terminado su nuevo relato. Eso sí me gustaría.

Al tercer día Oscar se levantó, inspeccionó su rostro en el espejo y se declaró tanto «preparado para dejarse ver» como «perfectamente visible».

—Debo volver junto a Constance y los niños... pasando antes por el hospital Saint Thomas. —Se preparó para marcharse—. Y tú deberías volver junto a la señorita Sutherland, Robert. La prometida de otro hombre requiere tanta atención como la propia.

—Sólo somos amigos, Oscar —protesté.

Me reprendió, golpeándome a la vez en el pecho con la punta del bastón espada.

—No existe amistad posible entre un hombre y una mujer, Robert. Recuérdalo. Hay pasión, enemistad, adoración, amor, pero nunca amistad.

Le acompañé a la calle y me quedé con él en la acera hasta que pasó un coche. Lo paramos y nos dimos la mano... como amigos.

—A la larga, Robert, te darás cuenta de que un apretón de manos es mucho más fiable que un beso —dijo. Subió al Hansom—. Te veré pronto. Gracias por darme cobijo, amigo mío. ¿Y dices que John Gray llevaba un traje de marinero? —Se recostó contra el respaldo del asiento, echándose a reír, y se despidió de mí con la mano, sacudiendo la cabeza al tiempo que el coche se lo llevaba calle abajo.

Lo cierto es que vi muy poco a Oscar entre ese día y el día de Navidad. Estuvo ocupado terminando *Dorian Gray*, atendiendo a John Gray, aplacando a Constance y —como él mismo me informó con fingida desesperación en las dos ocasiones en que pudimos vernos brevemente tomando un refrigerio de última hora en el club Albemarle—, acumulando deudas en Kettner's y en el Café Royal ante el apremio de poetas inoportunos («Cuanto más sentimentales son sus sonetos, ¡más insaciable es su sed!») y recorriendo los callejones sin salida en busca de los restos mortales del pobre Billy Wood.

Si muy poco fue lo que vi a Oscar, podría decirse todo lo contrario en lo que concierne a Veronica Sutherland durante ese noviembre y ese diciembre. Probablemente nos vimos demasiado. Nos encontrábamos a diario —incluso llegamos a buscar el modo de robar una hora o dos para estar juntos los fines de semana—, y luego, la noche antes de que Veronica tuviera que marcharse a Escocia para pasar allí la Navidad y la Nochevieja, bajo el Albert Memorial, con la luna invernal filtrándose entre las nubes, nos besamos —una y otra vez— y pronuncié las fatídicas palabras: «La amo».

—Gracias —susurró ella, abrazada a mí—, gracias. Es espantoso estar encerrada en casa sin que nadie te bese los labios.

La señorita Sutherland y su prometido, Aidan Fraser, partieron en tren a Escocia el 23 de diciembre. Estuvieron fuera diez noches. Sin dejar de suspirar por ella, le

escribí a Oscar: «¿Qué voy a hacer?».

Él respondió a su vez: «Asumiendo que Kaitlyn sigue en Viena y que tu exmujer no te ha propuesto una reconciliación temporal, ven a Tite Street. Constance cuidará de ti y te prometo que no leeremos ni mía sola línea de *El cuento de Navidad*. ¡El pequeño Tim ha muerto! ¡Aleluya!».

Fui. La Navidad en Tite Street era maravillosa... y curiosamente dickensiana. Oscar había abarrotado personalmente el vestíbulo con ramos de acebo y Constance, con la ayuda de Annie Marchant (la apresurada y eternamente ocupada Annie Marchant, la niñera de los pequeños), había decorado un árbol de Navidad — bellamente, debo decir— fiel a la tradición alemana.

Ardían los fuegos en las chimeneas de todas las habitaciones (y, de no sé dónde, llegaba el olor de sándalo y de los piñones). Siempre que Constance aparecía — Constance, la eterna sufridora— me parecía ver en su amable rostro una angélica sonrisa y en sus manos una bandeja repleta de alegrías navideñas: Licoreras de jerez y Madeira, cuencos de ponche de ron, platos con dulces, nueces y fruta confitada. Éramos, como ella decía, «sólo la familia... y vosotros, chicos»: Oscar y ella, Cyril y Vyvyan, Annie Marchant y la señora Ryan (la cocinera y chica para todo), más John Gray y yo. John Gray se había convertido en invitado de la casa y dormía en el diván de la habitación de fumar de Oscar. Yo volvía a casa todas las noches y dormía en Gower Street, pero regresaba todos los días a Tite Street para el almuerzo.

Éramos los únicos ajenos al núcleo familiar, ambos invitados para pasar allí todas las vacaciones, desde Nochebuena a la Noche de Reyes, y ambos habíamos llegado exactamente a la misma hora (a las seis en punto de la tarde del 24 de diciembre), portadores de exactamente los mismos regalos para los dos pequeños de la casa: una pelota de fútbol para cada uno. Oscar estaba horrorizado.

—Así que a esto se ha reducido: celebramos la natividad del niño Cristo con regalos de vejigas de cuero llenas de aire. Ayer no había pelotas de fútbol en esta casa, ¡y ahora hay cuatro! ¿Es que no quedaba incienso en Whiteley's?

Cyril y Vyvyan estaban encantados con sus regalos y Constance nos dio a ambos las gracias con cariñosos besos y tiernas palabras susurradas (se mostraba tan afectuosa con John Gray como lo era conmigo).

—No hagáis caso a Oscar —dijo, lanzándole una burlona mirada de reproche—. Jamás ha practicado ningún deporte al aire libre.

—Te equivocas, querida —dijo Wilde—. No sé si te acuerdas de que a veces he jugado al dominó en las terrazas de los cafés franceses... Reconozco que he evitado el fútbol. Está muy bien como juego para brutas muchachitas, pero no me parece adecuado para los muchachos delicados, ¿o quizá me equivoco?

Hubo muchas risas en Tite Street esa Navidad. El mismo día de Navidad también cantamos. Willie Wilde, el hermano mayor de Oscar, se unió a la fiesta y lideró una

hora de cantos navideños de los que participamos todos alrededor del piano, seguidos de un recital informal (y ligeramente ebrio) de sus piezas favoritas del repertorio de Gilbert and Sullivan. Willie se unió de nuevo a nosotros el día 26 de diciembre, día en que dejamos en casa a los niños con Annie Marchant y nos fuimos a Kempton Park a disfrutar de las carreras de San Esteban.

—San Esteban es el patrón de los caballos —anunció Oscar cuando llegamos—, y Willie es una deidad pagana adorada por todos los corredores de apuestas. Willie viene a las carreras casi a diario y tiene la gran capacidad de elegir siempre al caballo perdedor, lo cual, teniendo en cuenta que no sabe nada sobre caballos, es extraordinario.

En Nochevieja tuvo lugar una cena familiar, con sus respectivos brindis. Oscar insistió en despertar a Cyril y a Vyvyan y en que les llevaran al comedor en brazos de Annie Marchant y de la señorita Ryan para que escucharan los brindis.

—No comprenderán una sola palabra, Oscar —dijo Constance—. Déjalos en paz.

—Oirán la música de nuestras voces —dijo él—, y eso es ya un comienzo. —Al resto de nosotros nos explicó—: Cuando Willie y yo éramos niños en Dublín, sir William Wilde, nuestro padre, nos permitía sentarnos a la gran mesa del comedor que teníamos en Merrion Square en noches festivas como ésta... Fue allí donde aprendimos a escuchar y a observar.

Los brindis de Oscar —¡inevitablemente!— fueron varios y espléndidos. Brindó por el futuro, también por el pasado; brindó por la literatura, por el arte; brindó por los nuevos amigos (dedicando una leve inclinación de cabeza a John Gray), por los amigos de verdad (esta vez la inclinación de cabeza estuvo dedicada a mí) y por los amigos ausentes (con mención a Conan Doyle y, sonriéndome, con una referencia a Veronica Sutherland). Con los ojos llenos de lágrimas, brindó por «todos aquellos que han amado y todos los que han perdido», y habló de su hermana Isola, que había muerto cuando sólo tenía diez años:

*... está cerca  
bajo la nieve,  
apagad vuestras voces, pues oír puede  
las margaritas crecer.*

Nos invitó a que alzáramos nuestras copas para brindar por su recuerdo y por el de «otros demasiado jóvenes para morir, algunos de los cuales nos han sido arrebatados durante este amargo año que ahora muere». No mencionó a Billy Wood por su nombre.

En mi opinión, el brindis final de Oscar fue el más conmovedor.

—Caballeros —dijo—, y esto os incluye a vosotros, hijos míos —añadió con una sonrisa, mirando directamente a sus pequeños—. Caballeros... ¡Bebamos en honor de las damas! Demos gracias y honremos a las mujeres de nuestras vidas. Las

bendecimos por su fuerza, por su dulzura y por su sacrificio. —Hizo una señal a su hermano, a John Gray y a mí para que nos pusiéramos de pie—. Brindo por la mujer —dijo—, y en particular, y muy especialmente, por las cuatro damas congregadas esta noche en esta sala. —Alzó su copa hacia cada una de ellas por turno, empezando por las sirvientas, que se quedaron perplejas ante él con los ojos llenos de lágrimas: la señorita Marchant, la señorita Ryan... Se volvió entonces hacia su madre y hacia su esposa—: Lady Wilde, tan brillante y tan valiente. Y Constance, mi esposa... Constance, ¿existe alguna mujer con un nombre tan apropiado como el tuyo?

El día 2 de enero volvimos a brindar por Constance. Era su treinta y dos cumpleaños y la última velada formal de la «temporada» navideña y de Año Nuevo de los Wilde. Willie y lady Wilde no habían asistido, pero sí estaban presentes otros invitados: Aidan Fraser y Veronica Sutherland, que habían vuelto ese mismo día de Escocia, y Arthur Conan Doyle y su joven esposa, Touie, procedentes de Southsea.

Durante la cena, me senté entre la señorita Sutherland y la señora Doyle, y espero haber hecho un razonable papel. Me sentía confundido con Veronica porque desde el momento en que había vuelto a verla la pasión que sentía hacia ella se había reavivado, pero su comportamiento conmigo, aun a pesar de estar colmado de un encanto juguetón, no daba ni siquiera una vaga idea de cuáles eran sus sentimientos sobre nuestra relación... ni sobre sus posibilidades. También me sentí totalmente perdido con Touie porque su dolorosa timidez convertía en casi imposible la posibilidad de comunicarse con ella. Me enteré de que su nombre de verdad era Louisa, de que su apellido de soltera era Hawkins, y de que la maternidad le resultaba «agradable», «aunque cansina», pero eso fue todo.

Si salí razonablemente airoso de la cena de esa noche, sospecho que fue sólo porque las oportunidades de lo contrario eran limitadas. Durante la mayor parte de la velada, ninguno de nosotros hablaba con su vecino; nos limitamos a escuchar a Oscar. ¡Estuvo sembrado! Contó una serie de relatos fantásticos, afirmando que todos y cada uno de ellos eran historias reales. Dio un título a cada relato —«El valor de la sorpresa», «El valor del carácter», «El valor del aplomo»— y dijo que tenía planes para publicar los relatos como «artículos morales». Si mal no recuerdo, ¡albergaba la esperanza de que el arzobispo de Londres contribuyera a la publicación con un prefacio!

El último de esos relatos fue el más memorable: en él describía una extraordinaria noche en el teatro.

—He olvidado el título de la obra que se estrenaba esa noche —dijo Oscar—, pero sin duda os acordaréis del argumento: una virtuosa heroína rescatada de un destino peor que la muerte por un apuesto héroe... ¿Lo recordáis ahora? Por supuesto. Pues bien, la noche en cuestión, durante la tremenda escena en la que la rubia florista de Picadilly Circus, nuestra heroína, rechaza burlona las odiosas

proposiciones del depravado marqués, el villano de la obra, salió una inmensa nube de humo y de fuego de bastidores. El público se levantó, aterrado, y huyó en estampida hacia las salidas. Entonces, de pronto, apareció en escena la noble figura del joven que era el verdadero amante de la florista. Su voz resonó, fuerte y clara: «El fuego está ya bajo control. El principal peligro es producto del pánico. Vuelvan todos a sus asientos y recobren la calma». Su presencia resultó tan autoritaria, que todo el público regresó a sus asientos. El joven actor saltó sobre las candilejas y salió corriendo del teatro. El resto murió calcinado.

Cuando nuestras risas y nuestros aplausos remitieron, oímos un brusco repiqueteo en la puerta principal de Tite Street. Instantes después, apareció la señorita Ryan en la puerta del comedor con un paquete en las manos —una caja cuadrada de medio metro por medio metro— envuelta en papel marrón y atada con cordel.

—Es para la señora Wilde —dijo—. Supongo que será un regalo de cumpleaños.

—¡Qué excitante! —dijo Constance.

—¿Será un sombrero? —preguntó Conan Doyle.

—Será una tarta de cumpleaños —dijo John Gray.

—¡Quiera Dios que no sea otro balón de fútbol! —exclamó Oscar.

—Tráigame un cuchillo, por favor, señora Ryan —dijo Constance. Cogió el paquete y lo puso sobre la mesa delante de ella—. Pesa mucho —dijo.

—¡Es un balón de fútbol! —gimoteó Oscar.

La señora Ryan entregó a Constance un pequeño cuchillo de fruta. Constance cortó la cuerda y desgarró el papel. El envoltorio marrón contenía una caja de cartón. Constance se inclinó hacia delante y, con un brillo de expectación en los ojos, levantó la tapa con las dos manos y una floritura.

Al ver el horror que contenía la caja, se quedó sin sangre en la cara y dejó escapar lo que en ese momento pareció un grito interminable. Cerró los ojos y, con una repentina muestra de fuerza, apartó la caja de un empujón. La caja se vino abajo y de su interior salió rodando una cabeza humana..., la cabeza degollada de Billy Wood.



# 14.

## Billy Wood

Fue Conan Doyle quien de inmediato se hizo con el control de la situación.

Se levantó al instante mientras Constance seguía gritando, y lanzó su servilleta encima de la cabeza degollada, que había rodado al centro de la mesa hasta detenerse —grotescamente, boca arriba— contra el borde de un frutero de plata. Conan Doyle miró a su esposa y dijo, sin perder la calma:

—Touie, lleva a la señora Wilde a su habitación.

La señora Doyle no se movió.

—Ahora, Touie —dijo—. Ahora. —La señora Doyle se levantó. Su marido miró en derredor—. Veronica, ve tú también, por favor. Señora Ryan, ¿podría traer un poco de brandy para las señoras? Y también para usted, por supuesto. Señor Gray, ¿podría acompañar a las señoras? Gracias.

Los presentes empezaron a moverse. La señora Ryan rodeó los hombros de Constance con el brazo. La señora Doyle se quedó vacilante a su lado. John Gray hizo lo que se le había indicado y se dispuso a acompañar a las mujeres fuera de la habitación. Al marcharse se volvió a mirar a Conan Doyle.

—¿No deberíamos llamar a la policía? —preguntó a Aidan Fraser.

—No es necesario —respondió Aidan Fraser. Todos estaban en ese momento de pie o en movimiento a excepción de Oscar, que seguía sentado a la cabecera de la mesa, con la mirada fija delante de él, como en trance. Cuando todas las mujeres se marcharon por fin, Conan Doyle dijo:

—Salgamos de esta habitación. —Se inclinó sobre la mesa y, con las dos manos, cogió la cabeza, todavía cubierta bajo su propia servilleta, y la acunó en sus brazos—. Vamos, Oscar. Pasemos a su estudio.

Llegados a este punto, cabría mencionar que Oscar estaba en lo cierto. El muchacho era hermoso, de eso no había la menor duda. El hecho de la cabeza cortada era en sí asombroso y horrible, pero el rostro del muchacho no era ni lo uno ni lo otro. Era perfecto.

—Era un dios —dijo Oscar.

—No hay duda de que era un muchacho apuesto —dijo Conan Doyle.

El médico de pueblo sostenía la cabeza cortada en las manos, examinándola, evaluándola como si hubiera sido el conservador de antigüedades del Museo Británico inspeccionando el último trofeo de las excavaciones de Pompeya.

La cabeza parecía haber sido cortada de una estatua de mármol: los rasgos eran claros y fuertes; la frente, ancha y suave; los pómulos, altos; la nariz y la barbilla, perfectamente definidas y la piel, perfecta, de un color gris blanquecino, firme y suave como el mármol. El único elemento desconcertante —el único recordatorio de que aquello no era, en realidad, una efigie, sino la cabeza cortada de un ser humano— era el cabello. Abundante. Era un pelo grueso, castaño oscuro y lo llevaba hacia atrás como recién peinado. Tenía también unas cejas espesas y, sobre sus párpados cerrados, unas pestañas largas y oscuras como las de una muchacha. La boca esbozaba lo que casi parecía una sonrisa y sobre el labio superior se adivinaban los albores del bigote de un joven.

—Parece descansar en paz —dije.

—Está embalsamado —dijo Conan Doyle.

—¿Embalsamado? —repitió Aidan Fraser, acercándose un paso a Doyle.

—Conservado con productos químicos —dijo el médico—. Un gran trabajo.

—¿Dónde está la caja en la que llegó? —preguntó Fraser.

—Sigue en el comedor —dije—. Iré a buscarla.

Al salir del estudio de Oscar en busca de la caja que seguía sobre la mesa del comedor, me sorprendió encontrar a Veronica Sutherland al pie de la escalera. Llevaba su abrigo en los brazos.

—¿Se va? —pregunté.

—No —fue su respuesta.

—¿Cómo está?

—¿La señora Wilde? Trastornada. Comprensiblemente. Está sollozando. He bajado a buscarle unas sales. Ella no tiene. —Indicó el abrigo que llevaba en los brazos—. He traído algunas conmigo. Hace un rato también yo me he sentido desfallecer. El viaje en tren desde Escocia ha resultado agotador. —Me sonrió—. ¿Cómo está el señor Wilde? —preguntó.

—Horrorizado —dije—. Es espantoso. Horrible. —Me acerqué a la escalera—. Veronica, querida mía, todavía la amo.

—Éste no es el momento, Robert. —Se volvió para subir las escaleras.

—Perdóneme.

Ardiendo de vergüenza (¡menudo idiota era en aquel tiempo!), esperé a que subiera las escaleras y me dirigí al comedor. La caja de cartón y el papel de envolver seguían en el asiento que Constance había ocupado en la mesa. Los cogí y volví a toda prisa al estudio de Oscar.

Nuestro anfitrión se había recuperado. Estaba de pie tras su mesa de trabajo, su famosa mesa de trabajo —la misma que en su día había pertenecido a Thomas Carlyle—, apoyado en ella sobre las yemas de los dedos, hablando con Aidan Fraser, que estaba de pie y a solas en el centro de la habitación.

—¿Quería usted una prueba del asesinato, inspector? ¿Le basta con una cabeza cortada? Estoy seguro de que el rey Herodes se habría conformado con menos.

Fraser respondió al comentario con una risa hueca.

—Oh, sí, señor Wilde, ahora tendrá usted su investigación, no tema por ello.

Durante un instante, mientras yo entraba a la habitación, no vi a Conan Doyle, de ahí que me sobresaltara al oírle hablar. Estaba de pie y apartado de los demás, en un rincón, apoyado contra la pared y todavía con la cabeza del muchacho en las manos, aunque en ese momento la sostenía en alto a la luz de una lámpara de gas, examinándola minuciosamente con una lupa.

—Holmes habría estado orgulloso de esto —dijo.

—¿Qué? —preguntó Oscar de mala manera.

—No —dijo Doyle con tono conciliador—. No me refiero a mi Holmes, Oscar. Desgraciadamente, ahora estamos en el mundo real. Me refiero al doctor Thomas Holmes, el padre del embalsamamiento moderno. Durante la Guerra Civil americana recibió el encargo de embalsamar los cadáveres de los soldados muertos de la Unión para devolverlos a sus familias. Hasta entonces el embalsamamiento había sido un arte. Holmes lo convirtió en una ciencia.

Conan Doyle se dirigió despacio al centro de la habitación y, tras acercarse la cabeza cortada a la nariz durante un instante y haber inspirado bruscamente, la introdujo con sumo cuidado en la caja de cartón que yo había colocado sobre la mesa de trabajo.

—Esto ha sido ejecutado con una pericia digna de admiración —dijo.

—¿Con formaldehído? —preguntó Fraser.

—No —respondió Conan Doyle—. Creo que con arsénico, lo cual me sugiere la labor de un cualificado y habilidoso aficionado más que de un profesional. Actualmente los enterradores habituales no utilizan arsénico.

—¿Cree acaso que habrán conservado el resto del cuerpo?

—Oh, sí. Diría que la decapitación es reciente. No hay más que ver el corte limpio que le han practicado en el cuello. Todo hace suponer que le embalsamaron pocas horas después del asesinato.

—El embalsamamiento... ¿puede hacerlo cualquiera? —preguntó Fraser—. Una sola persona. Quiero decir sin ayuda.

—Sin duda —dijo Conan Doyle—. Es un proceso simple. Siempre que se tengan los conocimientos... y la bomba.

—¿La bomba? —repetí de forma involuntaria.

—Basta —dijo Oscar—. Se lo ruego.

Conan Doyle bajó la voz.

—El fluido que se emplea para embalsamar se introduce a presión en los vasos sanguíneos, normalmente a través de la arteria carótida común derecha mediante una

pequeña bomba mecánica. El embalsamador debe entonces masajear el cadáver para asegurar la adecuada distribución del fluido. Es entonces cuando la habilidad y la experiencia entran en juego. Como ya he dicho, éste es el trabajo de un gran experto, aunque habrá contado con la ayuda de la juventud del muchacho. Como norma, cuanto mayor es el difunto, peor es su circulación.

—Parece extraordinariamente bien informado sobre el tema —dijo Fraser.

—Holmes es para mí casi un héroe. Su labor fue fuente de solaz para muchas familias apenadas. He estudiado su obra.

Oscar había rodeado su mesa de trabajo y no apartaba los ojos de la caja de cartón, mirando fijamente el rostro del muchacho muerto.

—¿Es así como lo recuerda? —preguntó Conan Doyle.

—Sí —dijo Oscar.

—¿Y es así como estaba cuando descubrió el cuerpo?

—Sí, supongo que sí. Es difícil recordarlo. Había mucha sangre. Mucha. Aunque creo que su rostro era como lo vemos ahora..., sereno.

—Libre de cualquier preocupación —dije.

—Libre de cualquier preocupación —repitió Oscar—. Exacto. —Alzó los ojos hacia Conan Doyle—. ¿Puede que lo mataran mientras dormía?

—Es muy posible —respondió Conan Doyle—. Como verán, tiene el rostro cubierto de polvo, parecido al maquillaje que utilizan las mujeres, pero bajo el cosmético la piel aparece libre de manchas. Los párpados no han sido dañados, lo cual sugiere que tenía ya los ojos cerrados en el momento de la muerte... y que así se quedaron. Y, aunque el embalsamador le ha cerrado bien la boca con la ayuda de aguja y de sutura, no existe la menor señal de contusión como habría cabido esperar. No me parece que el pobre muchacho muriera oponiendo resistencia.

—Gracias por ello —dijo Oscar, posando ligeramente la mano sobre el hombro de Conan Doyle—. Algo es algo.

Se produjo un silencio incómodo que sólo fue interrumpido por Fraser. Yo todavía sostenía en la mano izquierda el papel marrón de envolver y el cordel que había llevado hasta allí desde el comedor. De pronto, tendiéndome la mano como si estuviera a punto de confiscar contrabando de un chiquillo de los recados, Fraser dijo:

—Démelo, haga el favor.

Al tiempo que, obedientemente, le entregaba el papel y el cordel, oímos llamar con suavidad a la puerta del estudio y vimos entrar a la señora Ryan con una bandeja en la que llevaba una licorera de brandy y cuatro vasos.

—La señora Wilde se encuentra mucho mejor, señor —le dijo a Oscar al entrar—. Ha pensado que quizá necesitarían un refrigerio, caballeros.

—Gracias, señora Ryan, gracias —dijo Oscar, volviendo la espalda a su mesa de trabajo para así ocultar la caja de cartón de la vista.

Conan Doyle alivió a la cocinera de la carga de la bandeja.

—Ha manejado usted bien una situación difícil, señora Ryan —dijo. Ella respondió con una elegante reverencia y, cuando fue a retirarse, Fraser la detuvo en seco.

—Antes de que se marche, ¿si me lo permite usted?... —dijo, dedicando una mirada a Oscar—. Cuando recibió el paquete en la puerta, ¿cómo supo que era para la señora Wilde?

—Porque me lo dijo el cochero.

—¿Lo trajo un cochero cualquiera? —dijo Fraser.

—Sí, en un carruaje de dos ruedas. Según dijo, lo habían enviado del club Albemarle. Me entregó el paquete. Le di una propina. Y luego se marchó.

—¿Qué dijo exactamente?

—No lo recuerdo con exactitud.

—¡Inténtelo, mujer!

—Inspector —intervino bruscamente Oscar—, sea comprensivo con la señora Ryan. Ha pasado por una espantosa experiencia esta tarde. Como todos.

La señora Ryan miró con cautela al inspector Fraser.

—Dijo: «Vengo del club Albemarle con un regalo... que debe ser entregado de inmediato».

—¿Eso fue todo lo que dijo? —preguntó Fraser—. ¿Sólo esas palabras? ¿Está segura?

—Ésas, u otras muy parecidas. Sí, eso fue todo lo que dijo, estoy segura. Además de «Buenas noches». Era un tipo cortés.

—Gracias, señora Ryan —dijo Oscar.

—Gracias —dijo Fraser—. Gracias. —Cuando la mujer salió de la habitación, el inspector sostuvo en alto el papel de envolver y nos pidió que leyéramos lo que había escrito en él. Leí: «Señora de Oscar Wilde, c/d Club Albemarle». Arthur leyó: «Señor Oscar Wilde, c/d Club Albemarle».

—¿Lo ven? —dijo Fraser—. Podría ser «señor» o «señora», ¿no?

—Supongo que sí —dijo Oscar, examinando el papel—. ¿Tiene alguna importancia?

—Puede que sí —dijo Fraser—. ¿Reconoce la letra?

—No —respondió Oscar—, en absoluto. Se me antoja la letra de alguien inculto. Más allá de eso... —La voz de Oscar se apagó al tiempo que se volvía hacia la caja de cartón y su macabro contenido.

—¿Quién podría desear enviarle esto, Oscar, y menos aún a Constance? —preguntó Conan Doyle.

—Eso es. ¿Quién? —dijo Fraser—. Creo que deberíamos ir ahora mismo al Albemarle. No hay tiempo que perder.

—¿Que no hay tiempo que perder? —Oscar soltó una risotada hueca—. Hace cuatro meses que le informé de este asesinato, Aidan, ¿y ahora, de pronto, «no hay tiempo que perder»?

—En aquel entonces no teníamos ningún cuerpo, Oscar, ninguna prueba de la veracidad del asesinato... Vamos —dijo amablemente—, si su joven amigo Gray se encarga de acompañar a Veronica y a Touie a un coche, podemos ir ahora mismo a Albemarle Street y estar de regreso en Chelsea en menos de una hora. ¿Le parece bien dejar a Constance con la señora Ryan?

—Por supuesto —dijo Oscar—. Estará segura con la señora Ryan. He descubierto que los miembros de mi servicio son nuestros amigos más verdaderos.

Me enviaron a dar a John Gray sus instrucciones. John debía asegurarse de que tanto la señorita Sutherland como la señora Doyle regresaran sanas y salvas al 75 de Lower Sloane Street, dejando que la señora Ryan se encargara de acostar a Constance, mientras Fraser nos llevaba a Oscar, Arthur y a mí tras lo que él describió como «el rastro de este paquete infame».

Era un rastro que se perdió de inmediato. Encontramos un carruaje en King's Road y llegamos al Albemarle en poco más de veinte minutos. Aunque Hubbard tenía mucha información que ofrecer (se mostró de lo más obsequioso; los miembros del club en general, y Oscar en particular, habían sido generosos con sus propinas navideñas), no nos dio ningún dato especialmente útil. Sí se acordaba de la llegada del paquete alrededor de las siete de la tarde. Un anodino cochero —al que no había reconocido y cuyo número no era capaz de recordar— había llevado el paquete a la portería. El cochero, un hombre procedente del sur de Londres, si mal no recordaba, o quizá un Cockney (los acentos no eran «su fuerte»), había dicho: «Es un regalo para Wilde. Entrega inmediata», o palabras semejantes.

En cuanto el cochero se marchó, Hubbard se dio cuenta de que el paquete iba, en efecto, dirigido a la señora Wilde y, sabedor como era de que la señora Wilde en raras ocasiones, por no decir nunca, visitaba el club, tomó la decisión de conseguir otro carruaje de inmediato y enviar el regalo al 16 de Tite Street sin dilación. Había obrado con la mejor de las intenciones. Esperaba haber actuado correctamente y esperaba sinceramente. Oscar le aseguró que así era, le dio las gracias por las molestias y también medio soberano (¡medio soberano!), para asegurarle que no había duda de la magnitud de su agradecimiento.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunté mientras seguíamos de pie en silencio formando un pequeño círculo en el escalón de la puerta principal del club. Eran más de las once y la noche de enero era fría y llegaba envuelta en un denso manto de niebla.

Fraser seguía acunando entre sus brazos el «infame paquete».

—Tengo que llevar esto a Scotland Yard —dijo—. Sugiero que el resto de ustedes

vuelvan a casa y se acuesten. Podemos tomar un coche en Picadilly.

Mientras él hablaba, volví la mirada hacia la calle oscura para ver si venía algún carruaje y vi la silueta de una figura que creí reconocer, de pie y esperando junto al escalón principal del hotel Albemarle, a unas cuantas puertas de donde estábamos. Tuve la impresión de que Oscar también la había visto porque se volvió a mirarme directamente y, al hacerlo, de un modo casi imperceptible, sacudió la cabeza.

—Caballeros —dijo de repente—. El reloj aún no ha dado la medianoche, ¿qué les parece una última copa?

—Es tarde, Oscar —dijo Conan Doyle.

—Vamos, Arthur, sólo una. —Oscar no toleró ninguna discusión ni perdió el tiempo. Haciendo caso omiso de las protestas de Conan Doyle y de Fraser, volvió rápidamente al club. Mascullando, con el abrigo puesto y con Fraser todavía agarrado al paquete, le seguimos—. Caballeros —dijo Oscar en cuanto estuvimos repantigados en Keppel Corner—. Hubbard está a su servicio. ¿Qué les apetece tomar?

Aunque Keppel Corner estaba desierto y, en cuanto Hubbard nos sirvió las bebidas (champán helado para Oscar y para mí y brandy con soda para el inspector y el médico), nos quedamos totalmente a solas, por increíble que parezca, durante los siguientes cuarenta minutos nadie hizo mención alguna de los curiosos e inquietantes acontecimientos de la noche. Oscar asumió el peso de la conversación, llevándola en todas direcciones, salvo en la del asesinato de Billy Wood. Dadas las circunstancias, se mostró casi extravagantemente juguetón. Le dijo a Aidan Fraser, que estaba sentado con el abrigo y el sombrero puestos y el desolador paquete resueltamente instalado sobre sus rodillas:

—Si no le conociera, inspector, le tomaría por un feniano en fuga. Es usted el vivo retrato de un revolucionario acunando una bomba de fabricación casera. —Se burló en particular de Conan Doyle—. ¿Cuál va a ser su propósito de Año Nuevo, Arthur? ¿Basta con «uno sólo»? Es usted moderado para todo, ¿verdad? Pero no existe nada bueno si se practica con moderación. No puede llegar a conocerse lo bueno de algo hasta haberle arrancado el corazón por exceso. ¿Me permite que le apremie a vivir este año más peligrosamente? Haga de 1890 el año en el que intente cultivar al menos un vicio que le salve.

Fraser pareció turbado por la broma de Oscar. Conan Doyle simplemente parecía divertido.

—¿Cuál es su propósito de Año Nuevo, Oscar? —preguntó.

—¡Olvidar a los viejos conocidos! —respondió Oscar sin la menor vacilación.

—¡No le creo! —dijo Conan Doyle entre risas.

—Alguna excepción habrá, Arthur —dijo Oscar—, y usted estará entre ellas. Somos amigos de por vida, lo sé, y lo creo, aunque ¿por qué no íbamos a reconocer felizmente ambos que hay gente (otros) a la que no queremos volver a ver? No es una

cuestión de ingratitud. Ni de indiferencia. Simplemente nos han dado todo lo que podían dar y debemos seguir adelante.

Conan Doyle levantó su copa hacia Oscar y dijo:

—A pesar de que me asombro a mí mismo, creo que estoy de acuerdo con usted.

—¡Oh, no! —chilló Oscar—. ¡Por favor, Arthur, no! Siempre que la gente se muestra de acuerdo conmigo, tengo la sensación de que debo de estar equivocado.

Nos reímos.

—¿Y Robert? —preguntó Fraser, volviéndose a mirarme—. ¿Cuál va a ser su propósito de Año Nuevo?

Miré a Aidan Fraser y pensé en Veronica Sutherland. Dije entonces, con demasiada emoción en la voz:

—Seguir el dictado de mi corazón, me lleve donde me lleve.

—¿Y dónde podría ser eso?

Con destreza, Oscar intervino para salvarme de mí mismo.

—No pregunte, Aidan. Robert no conoce la respuesta, se lo aseguro. Pero usted, Aidan, ¿es éste el año en que la señorita Sutherland y usted seguirán a sus corazones hasta el altar?

—Eso creo. Y espero. Este año cumpliré treinta y tres años...

—El treinta y uno de agosto —le interrumpió Oscar.

—Sí —admitió el inspector, claramente atónito—. ¿Cómo lo sabe?

—Creo que nos lo dijo el día en que nos conocimos, el 1 de septiembre, el día siguiente a su cumpleaños. O bien nos lo dijo o lo descubrí al leer sobre usted en la guía de la Policía Metropolitana.

Fraser se rió.

—Nunca dejará de sorprenderme, señor Wilde.

Oscar le miró, reprobador.

—Mi nombre es Oscar, Aidan. Somos amigos...

—En cualquier caso —volvió a la carga el inspector—, creo que los treinta y tres es la edad correcta para que un hombre contraiga matrimonio.

—Nunca es la edad correcta para que un hombre contraiga matrimonio —dijo Oscar, burlón—. El matrimonio es tan desmoralizador como los cigarrillos, y mucho más caro.

—No escuchen a Oscar —dijo Conan Doyle—. No dice más que tonterías y lo sabe.

Fue Oscar quien se rió entonces.

—No pienso discutir con usted, Arthur. Sólo los que están intelectualmente perdidos discuten.

La conversación de Oscar era tan brillante que podía llegar a abstraerte de un dolor de muelas. Esa noche, nos sentamos en un oscuro rincón de un club de Londres



con la cabeza de un muchacho muerto en una caja delante de nosotros y durante cuarenta minutos en ningún momento nos acordamos de ella (sin duda, el champán y el brandy ayudaron).

Por fin, cuando el reloj dio la medianoche y nuestras copas estuvieron vacías, fue el propio Oscar quien nos devolvió a la realidad.

—Bueno, inspector —dijo mirando fijamente a Fraser—, ¿y ahora qué? ¿Qué es lo que viene a continuación? ¿Cuál es el siguiente paso en la investigación de este asesinato?

—Espero que, en su caso, no haya siguiente paso, Oscar. Ahora déjeme a mí, por favor.

Oscar respondió con una leve inclinación de cabeza en un gesto de aparente aquiescencia.

—¿Y cuál será su próximo movimiento? —preguntó.

—Mandaré a algunos de mis hombres a que intenten dar con el cochero que entregó este paquete. Y mañana iré a Broadstairs. Tengo que conocer a la señora Wood. Ya me ha contado usted su historia, pero debo hablar con ella personalmente. Y tengo que mostrarle la cabeza del muchacho.

—¡No puede hacer eso! —exclamó Oscar.

—Debo hacerlo —dijo Fraser.

—El susto la matará.

—Es peligroso, Aidan —dijo Conan Doyle.

—No teman, la llevaré a una morgue de la policía. Será una identificación formal. La cabeza del muchacho estará colocada en una losa. Debajo de la cabeza habrá un cabezal cubierto por una sábana para que dé la impresión de que hay también un cuerpo debajo. No se dará cuenta de la decapitación.

—¿De verdad es necesario, Aidan? —preguntó Oscar.

—Es esencial. Tenemos que estar seguros de la identidad de la persona a la que pertenece la cabeza.

—Es la cabeza de Billy Wood.

—Eso es lo que nos ha dicho usted, Oscar. Eso dice. Pero ¿qué otra palabra tenemos que nos asegure la veracidad de esto, de todo esto, aparte de la suya? Usted es escritor, Oscar, un *raconteur*, un cuenta cuentos. Y yo soy policía. Y ahora esto es una investigación policial.

# 15.

3 de enero de 1890

—Es una confesión humillante —dijo Oscar, apagando un cigarrillo con el pie derecho mientras encendía otro—, pero aquí todos estamos hechos de lo mismo. —Estábamos de pie en el extremo norte de Baker Street, delante de la estación de ferrocarril, a punto de cruzar la calle. Mi amigo dio una calada al cigarrillo que acababa de prender con profunda satisfacción—. Cuanto más analizamos a la gente —prosiguió—, más desaparecen los motivos para el análisis. Antes o después, uno llega a ese espantoso ente universal llamado naturaleza humana.

—¿Dónde quieres ir a parar, Oscar? —pregunté. Eran las once de la mañana del día siguiente a la cena de cumpleaños de Constance y mi mente no estaba en el estado adecuado para absorber verdades fundamentales sobre la universalidad de la naturaleza humana.

—Sé quién mató a Billy Wood —dijo, echando una pequeña nube de humo gris blancuzco al frío aire de noviembre—. O, al menos, eso creo.

Le miré, perplejo.

—¿Qué me dices, Oscar?

—Está todo en la naturaleza humana. Todos estamos hechos de lo mismo. A todos nos motivan idénticos impulsos: a ti, a mí, al asesino...

—¿Y sabes quién es? ¿Sabes quién mató a Billy Wood?

—Creo que sí —dijo con una sonrisa socarrona—, gracias, en gran medida, a algo que dijiste anoche, Robert...

—¿A algo que dije yo?

—Aunque, de momento no tengo pruebas, y ahora son pruebas lo que buscamos.

—Vamos, hombre —razoné—, suéltalo, escupe. ¿Quién crees que es el asesino?

—Todavía no, Robert...

—¿Qué quieres decir con eso de «todavía no, Robert»? ¿No puedes dejarme con este suspense!

—Oh, ya lo creo, Robert. Y no es sólo que pueda, sino que debo hacerlo. —Bajamos a la concurrida calzada y Oscar se abrió paso entre un vehículo distribuidor de leche y un ómnibus tirado por caballos—. ¡El suspense lo es todo! —exclamó—. Tan sólo los banales, los barbudos y los calvos viven para el aquí y el ahora. Tú y yo, Robert, vivimos para el futuro, ¿no es así? Vivimos en la expectación. —Avanzamos zigzagueando entre el tráfico al tiempo que Oscar alzaba la voz en clara competencia

con el estruendo de las ruedas y el chasquido de los cascos de los caballos—. Vivimos por y para la promesa de delicias sólo soñadas, de dulces aún por saborear, de libros todavía por escribir y por leer. —Por fin alcanzamos la seguridad de la acera contraria. En el bordillo, apoyado contra una farola, había un pilluelo de la calle, un chiquillo de rostro amigable de unos doce o trece años, que nos saludó levantándose la gorra. Oscar le devolvió el saludo con una leve inclinación de cabeza y le dio una moneda de seis peniques—. Estamos agradecidos por nuestros recuerdos, naturalmente. El pasado nos sostiene. Pero es lo que está aún por llegar lo que nos empuja a seguir.

—¿Eso crees? —pregunté, turbado, después de haber cruzado la calle y desconcertado por su fluido discurso.

—Sin duda. Es la persecución de la señorita Sutherland lo que te excita, Robert. La cacería lo es todo. ¿Qué pasará en cuanto la consigas?

No dije nada. Oscar entrelazó su brazo al mío y nos hizo girar hacia el norte, en dirección a Regent's Park.

—*Mon ami* —dijo—, cuando esté seguro de quién es el asesino, y me refiero a seguro sin la menor duda, te lo diré. No se lo diré a nadie antes que a ti, te lo prometo. Por ahora, de lo único que estoy seguro es de que desvelaré este misterio antes de que lo haga nuestro amigo Fraser.

—Creía que anoche dijiste que a partir de ahora ibas a dejarle a él las labores de detective.

—¿Eso dije? Me parece que no. Pero si lo hice, eso fue entonces y esto es ahora, y lo que digo ahora es distinto. ¿Quién quiere ser consecuente? Sólo los torpes y los doctrinarios, los tediosos que llevan sus principios hasta el amargo extremo de la acción, al *reductio ad absurdum* de la práctica. ¡No yo!

—Estás sembrado esta mañana —apunté, maravillado ante la energía y la capacidad de recuperación de las que hacía gala mi amigo. No podía haber dormido más de cinco horas esa noche.

—¿Ah, sí? —dijo alegremente—. De ser así, debo agradeceréoslo a ti y a Conan Doyle. Anoche no fue fácil para ninguno de nosotros, pero la tuya fue una actuación triunfal...

—No hice nada.

—Hiciste más de lo que crees. Como le he dicho a John Gray durante el desayuno, «Sherard es un amigo de verdad», y hay algo en Conan Doyle, a pesar de su espantoso apretón de manos, que eleva el ánimo.

—Es un hombre cabal —dije.

—Es un genio —me corrigió—. Me dejó una copia del relato que acaba de terminar. *El signo de los cuatro*. Es una pequeña obra maestra. ¡Sherlock Holmes es mi inspiración!

Me reí.

—¿Por eso hemos venido a Baker Street?

—No, Robert, vamos al zoo. Vamos a interrogar a Gerard Bellotti.

—¿En el zoo?

—Hoy es lunes, ¿no? Bellona está siempre en el jardín zoológico de Regent's Park los lunes por la mañana. Es una criatura de costumbres..., pocas de ellas buenas.

—¿Y qué hace en el zoo los lunes?

—Lo mismo que en la pista de patinaje los martes y en el Alhambra o en el Empire los sábados: buscar chiquillos.

Como todo el mundo sabe, el 25 de mayo de 1895, en la sede central de los Juzgados de lo Penal de Old Bailey de Londres, Oscar Wilde fue declarado culpable de actos de grave indecencia con otros hombres y condenado a dos años de cárcel con trabajos forzados. El juez encargado del caso, el señor magistrado Wills, describió el caso como el peor que había oído hasta entonces, y acusó a Oscar de mostrarse «ajeno al menor sentido de la vergüenza» y de ser «centro de un círculo de corrupción de la peor clase entre jóvenes».

Los chicos de Bellotti eran la clase de muchachos a los que se refería el señor magistrado Wills: eso debo admitirlo. Sin embargo, lo que no acepto es que Oscar fuera en ningún caso el centro de ningún círculo de corrupción. Cultivaba la compañía de jovencitos —se deleitaba en su juventud—, pero en ningún caso los corrompía. Los reverenciaba. Otra cosa es que fueran siempre merecedores de su adoración. Varios de los muchachos que testificaron contra él eran jovencitos a los que él había tratado como amigos... y que pagaron su amistad con un falso testimonio que habían vendido a un buen precio (desde la primavera al verano de 1895, todos y cada uno de los testigos de la acusación del caso de *Regina contra Wilde* recibieron un anticipo de cinco libras semanales).

Durante una conversación que mantuve con él poco tiempo después de la muerte de Oscar, Arthur Conan Doyle comparó lo que él llamaba «la obsesión patológica de nuestro amigo por la juventud y la belleza masculina» con la adicción a la morfina y a la cocaína de Sherlock Holmes.

—La experiencia me dice —dijo Conan Doyle— que a menudo los grandes hombres presentan brotes obsesivos o adictivos que pueden parecer aberrantes, e incluso aborrecibles, al resto de nosotros. Pero eso no mengua su grandeza. Quizá nos haga más conscientes de su humanidad.

Si, ocasionalmente, en momentos de debilidad, en la privacidad de una habitación oscura, Oscar sucumbía a los pecados de la carne, qué importa. Ocurrió. Era su elección personal. Eso no le convierte en un corruptor de menores. Conocí a Oscar desde que él tenía veintiocho años hasta el momento de su muerte; créanme si les digo que era un caballero en el sentido más estricto de la palabra. Como el propio

Conan Doyle ha escrito en sus memorias<sup>[5]</sup>:

«Jamás observé en la conversación de Wilde el menor indicio de bajeza mental».

Yo tampoco.

No podía decirse lo mismo de Gerard Bellotti.

Encontramos a Bellotti en la jaula de los monos, comiendo cacahuets. Rompía las cáscaras con los dientes y escupía los cacahuets entre las barras de la jaula.

—Culo y mierda, esos dos —dijo al ver que nos acercábamos. No se volvió a saludarnos—. Me pareció que se gustarían, pero no ha dado resultado. Se pelean como gatos. Malditos monos. —Soltó una risa aguda y tendió la bolsa de papel llena de cacahuets en dirección a nosotros—. ¿Les apetece uno?

—No, gracias —respondí—. Ya he desayunado.

—Vaya, señor Wilde, su amigo tiene un gran sentido del humor. Eso es algo que nos gusta en un hombre, ¿a que sí?

Oscar guardó silencio.

—El señor Wilde tiene un delicioso sentido del humor —añadió Bellotti, desplazando un poco su enorme corpachón, aunque sin dejar de mirar fijamente hacia delante.

Los monos, unas criaturas feas, larguiruchas y alongadas, con unas tripas colgonas y su sucio y apolillado pelaje grisáceo, se balanceaban salvajemente alrededor de su jaula, chillando y berreando. Aunque la cabeza de Bellotti no seguía sus movimientos, parecía saber con exactitud lo que hacían. Uno de los animales se tumbó justo delante de él, boca arriba y rascándose contra el suelo.

—Bonitos lápices tienen —murmuró Bellotti—. Me gustan los monos bien dotados, ¿a usted no?

—Son monos araña —dijo Oscar—, y además éstas son las hembras.

—Bromea usted —dijo Bellotti, volviéndose a mirarnos por vez primera. Un velo blancuzco y traslúcido le cubría los ojos y sus dientes negruzcos estaban decorados con restos de cáscaras de cacahuete. Tenía la piel cetrina y ligeramente salpicada de marcas y, bajo el canotier, algunos rizos tupidos de sus cabellos teñidos de alheña brillaban debido al aceite y al sudor que los cubría. No era, desde luego, un espectáculo agradable.

—El alargado órgano sexual de la hembra del mono araña a menudo se confunde con el del macho. No se preocupe, señor Bellotti. Es un error de lo más común.

Me reí.

—¿Y cómo diantre sabes tú eso, Oscar?

Oscar sonrió.

—He leído *Mycroft on Monkeys*. Es el texto básico. Mis lecturas se extienden más

allá de Sófocles y de Baudelaire.

Bellotti respondió al comentario con un sorbido y se metió la bolsa de papel llena de cacahuetes en el bolsillo. Se pellizcó la nariz y estudió detenidamente su pulgar e índice al tiempo que los frotaba con suavidad.

—Supongo que es Billy Wood lo que les trae por aquí —dijo—. Me he enterado de la noticia. Qué triste. Era un muchacho brillante, uno de los mejores. Y usted le profesaba un cariño especial, señor Wilde, lo sé. Mi más sincero pésame.

—¿Quién se lo ha dicho? —preguntó Oscar, acercándose medio paso a Bellotti e indicándome a la vez que tomara nota por escrito de lo que seguiría.

—O'Donnell —respondió Bellotti—, el tío del muchacho.

Oscar arqueó la ceja.

—¿Cuándo fue eso?

—Justo antes de Navidad. Estaba borracho... y se mostró especialmente grosero. Me dedicó toda suerte de sonidos amenazadores. Me pidió dinero. Lo habitual, vaya. Le mandé a paseo.

—¿Le dio algo?

—Consejo, eso es todo. Pero un buen consejo. Le aconsejé que se marchara del país, que volviera a Canadá o que se fuera a Francia. Habla francés con cierta fluidez, eso cuando está lo bastante sobrio como para poder articular palabra, claro. No he vuelto a tener noticias de él desde entonces. ¿Usted sí, señor Wilde?

—No —respondió Oscar, bajando la voz. De pronto parecía distraído, como sumido en una especie de ensueño, pensando en algo que nada tenía que ver con lo que decía Bellotti, aunque con una pequeña inclinación de cabeza me indicó que debía seguir tomando notas.

—Creo que fue él quien mató al muchacho —dijo Bellotti con la mirada fija en la mugrienta uña de su pulgar al tiempo que la empleaba para retirarse las cutículas—, aunque lo negara. Y vehementemente. Con más amenazas y un lenguaje grosero. Ni que decir tiene que podría haber matado al pobre muchacho en un arrebató etílico y haber olvidado completamente haberlo hecho.

—En ese caso, ¿a estas alturas no se habría descubierto ya el cuerpo? —pregunté.

—No necesariamente. Supongo que ocurrió en Broadstairs. Después de matar al chiquillo, echó el cuerpo al mar. O quizá lo ahogara primero... Pudo lanzarlo al agua desde el acantilado de Viking Bay o desde el extremo del muelle. No lo sé. Lo que sí sé es que Billy Wood no sabía nadar.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Oscar, despertando de pronto de su ensueño.

—Una vez lo llevé a los baños de Fulham, señor Wilde. Con el señor Upton. Billy me dijo que no sabía nadar. Me dijo que le tenía horror al agua. Y que lo había heredado de su madre.

—¿Por qué razón fue a verle O'Donnell? —pregunté.

—Vino buscando dinero. A pedirme el jornal de Billy.

—¿El jornal de Billy? —pregunté. Gerard Bellotti estaba entreabriendo lentamente una ventana que para mí era del todo desconocida.

—Es el tutor quien recibe el jornal. Las propinas y los regalos van directamente al muchacho. El señor Wilde dio a Billy una hermosa pitillera, ¿o no es así, señor Wilde? Si mal no recuerdo, llevaba grabada una encantadora dedicatoria. Billy estaba orgulloso de ella, y con razón.

Oscar no dijo nada. (Ni en ese momento, ni tampoco más adelante, le di la menor importancia a la pitillera. Oscar se mostraba absurdamente generoso con sus regalos. Era particularmente aficionado a regalar pitilleras dedicadas a sus amigos. Con los años, llegó a darme tres).

—¿O'Donnell era el tutor del muchacho? —pregunté.

—Era su tío. Y el amante de su madre, según tengo entendido. En cualquier caso, él fue quien me trajo al chico. De eso hará apenas un año. Entiendo que contaba con la bendición de su madre y que compartían las ganancias. A Billy se le pagaba adecuadamente... y el muchacho disfrutaba con su trabajo. Le cogió cariño. Tenía un don natural para ello, ¿no le parece, señor Wilde?

—No sabía que usted le pagaba, señor Bellotti —respondió Oscar con frialdad.

—¿Ah, no, señor Wilde?

—Me avergüenza decir que no le di al asunto ninguna importancia.

—Todo trabajador es merecedor de su sueldo, ¿no le parece, señor Wilde? Y ejercer de modelo es un trabajo oneroso, sobre todo cuando trabajas para un artista tan particular como nuestro señor Aston Upthorpe.

—Me temo que no conozco su obra —intervine.

—No es de extrañar —añadió Oscar con una risa hueca—. Y no creo que Edward O'Donnell asesinara a Billy Wood. ¿Por qué iba a hacerlo si, como bien dice usted, Billy le suponía un sueldo mensual? ¿Por qué matar a la gallina de los huevos de oro?

—No digo que lo hiciera, señor Wilde. Lo único que digo es que quizá lo hiciera. Temperamento no le falta. En el mejor de los casos, es un hombre violento, y cuando está bebido... Tan sólo digo que es posible, no me lo negará usted. Y, suponiendo que el muchacho ya estuviera muerto cuando usted y su amigo vinieron a verme, señor Wilde ¿recuerda, en la pista de patinaje?, suponiendo que Billy ya estuviera muerto entonces...

—Lo estaba —aseveró Oscar.

—Bien —concluyó Bellotti—. En ese caso, O'Donnell fue, por lo que sé, el último hombre que vio al muchacho con vida.

—¿Qué? —exclamó Oscar—. ¿Qué está diciendo?

Los monos chillaron y gritaron alborozadamente en su jaula al tiempo que Gerard Bellotti alzó la mirada hacia nosotros con una sonrisa diabólica. Se levantó el

canotier, sacó un pañuelo amarillo del bolsillo y se secó la frente. Evidentemente estaba eufórico por el efecto que la información secreta que acababa de desvelar había tenido en Oscar.

—Ustedes vinieron a verme el jueves, ¿verdad?

—Así es —fue la respuesta de Oscar—. El 2 de septiembre.

—Y me preguntaron cuándo fue la última vez que había visto a Billy Wood.

—Y usted nos dijo primero que había sido el día anterior —dije—, y luego rectificó y dijo que había sido el martes.

—Fue el martes, treinta y uno de agosto, ¿me equivoco? —preguntó Oscar—. Nos dijo que Billy había estado en uno de sus «almuerzos del club», y siempre celebra sus almuerzos el último martes del mes.

—Exacto, señor Wilde. Buena memoria. Naturalmente, usted ha asistido a un par de ellos... aunque de eso hace ya un tiempo, lo sé, y no ha vuelto desde que nos mudamos a Little College Street.

—¿Seguro que O'Donnell no estaba en el almuerzo?

—Por supuesto que no —dijo Bellotti con un balbuceo de indignación—. Pero lo importante, señor Wilde, es lo siguiente: Billy se marchó temprano del almuerzo para encontrarse con él. A las dos en punto, Billy se levantó y pidió que le disculpáramos. Todavía puedo ver al muchacho... en mi imaginación. Llevaba un traje de marinero. Muy atractivo. Dijo que tenía una cita importante con su tío. Según nos explicó, la esperaba ilusionado. Si mal no recuerdo, creo haberle oído comentar que se había afeitado especialmente para la ocasión. Todos nos reímos ante el comentario, sobre todo viniendo de alguien tan joven. Se quedó de pie en la puerta y se despidió de nosotros con un leve saludo naval. Era un muchacho encantador. Ésa fue la última vez que le vi.

—¿Y dice que eran las dos?

—En punto. Oímos el Big Ben.

—Y dos horas después el pobre chico estaba muerto —dijo Oscar—, asesinado a sangre fría, y no en Broadstairs, sino en una perfumada habitación a ni siquiera dos calles de allí.

—Ahora es usted quien me está contando lo que yo no sabía —dijo Bellotti, pasándose el pañuelo amarillo por la cara. El recinto de los monos era caluroso y poco aireado.

—¿Quién más estaba en el almuerzo? —preguntó Oscar.

—Los habituales: el señor Upthorpe, el señor Tirrold, el señor Prior, el señor Talmage, el canónigo Courteney, naturalmente, y un par de chicos más.

—¿Ningún desconocido?

—Ningún desconocido.

—Tengo que verles —dijo Oscar. Me miró, indicando con ello que había llegado



la hora de irnos—. Debemos unir todos los detalles de las últimas horas de Billy Wood. Tenemos que hablar con las últimas personas que le vieron con vida.

—Venga a nuestro próximo almuerzo —dijo Bellotti, tendiendo las manos, palmas arriba, a modo de invitación—. Estarán todos allí. Me aseguraré de que así sea. Traiga a su amigo, señor Wilde. Será más que bienvenido.

—Gracias —fue la respuesta de Oscar.

—Little College Street, número veintidós. A partir de las doce. ¿Entiendo que aún conserva usted su llave?

—Pero se han mudado, ¿no? —dijo Oscar.

—La dirección ha cambiado. La cerradura no. Ha sido idea del canónigo Courteney. —Bellotti alzó su gorra en dirección a mí—. Es siempre el último martes del mes. Asegúrese de desayunar ligero. Organizamos un buen banquete, ¿me equivoco, señor Wilde?

—En absoluto —dijo Oscar sin la menor emoción—. Gracias, señor Bellotti.

Nos preparamos para marcharnos. Bellotti volvió a concentrar toda su atención en los monos, buscando su bolsa de cacahuetes en el bolsillo.

—¿Dice usted que son todas hembras, señor Wilde?

—Sin duda, señor Bellotti.

El gordo desplazó no sin cierta dificultad su corpulencia y sacudió la cabeza en actitud reflexiva.

—Las apariencias pueden ser muy engañosas —dijo, acompañando sus palabras con una risilla.

—Desde luego —replicó Oscar—. Buenos días.

Al llegar a la puerta del recinto de los monos, ésta se abrió de pronto lentamente como por arte de magia. Cuando pasamos por ella, vimos que era el enano de Bellotti quien la sostenía abierta. La fea criatura nos miraba con un desprecio mal disimulado. Oscar le lanzó una moneda de seis peniques a los pies.

En cuanto alcanzamos la verja que daba acceso al zoo, encontramos un Hansom aguardándonos. De pie junto al carruaje, y aguantando abierta la puerta del coche, estaba el pilluelo de la calle que nos había saludado levantándose la gorra en Baker Street apenas una hora antes. Mientras subía al vehículo, Oscar se volvió hacia el chico y dijo:

—No les pierdas de vista, Jimmy. No nos podemos fiar de ellos.

Cuando el carruaje emprendió el camino de regreso a la ciudad, el chico siguió mirándonos desde el borde de la calle, saludándonos con la mano.

—¿Quién es? —pregunté.

—Uno de mis «espías» —dijo Oscar—. Uno de los mejores.

## 16.

### ¡Mira la postdata!

—¿Quiénes son esos «espías»? —pregunté mientras nuestro coche retumbaba al salir de Regent's Park por Clarence Gate y desembocaba en Baker Street.

—Muchachos de buen corazón, como Jimmy —dijo—. Chiquillos de la calle. Golfillos, pilluelos; llámales como quieras. Puede que lleven vidas desordenadas e irregulares según la óptica de los hijos de los corredores de bolsa y de los funcionarios, pero mis «espías» son buenos chicos, trabajadores y honrados como el que más.

—¿Trabajan para ti? ¿Les pagas?

—Les doy una moneda de seis peniques de vez en cuando y les mantengo alejados del mal camino. Me hacen recados: llevan mis mensajes por la ciudad, entregan flores, me consiguen coches...

—¿Y «espían» para ti?

Sonrió.

—Cuando es necesario. Son mis ojos y mis oídos ambulantes, Robert, y, siendo esto quizá lo que más me concierne, mis piernas ambulantes. Como habrás observado, no soy muy dado al ejercicio. No estoy hecho para ello. Estos chiquillos son ágiles y de pies ligeros. Pueden dar la vuelta entera a la capital en cuarenta minutos. Cada uno de ellos es mi Ariel.

—Entonces, ¿con cuántos cuentas?

—¿En todo Londres? Un par de docenas, quizá. Treinta como mucho. Forman parte del grupo de mis mejores amigos. Conan Doyle le ha dado a Sherlock Holmes una banda parecida de jovencitos ayudantes, pero la idea se me ocurrió a mí primero. Naturalmente, la posteridad no me lo reconocerá, a menos que te encargues tú de dejar las cosas claras. Eres mi ángel Anotador, Robert. Mi reputación está en tus manos.

Oscar no llevaba ningún diario, pero sabía que yo sí lo hacía y me animaba a que siguiera haciéndolo. Disfrutaba apuntando que había puesto todo su genio al servicio de su vida, pero sólo su talento al de su obra, y a menudo me decía que confiaba en mí y en mi diario para que mostráramos a la posteridad dónde radicaba su genialidad.

Yo me tomaba muy en serio semejante responsabilidad. Por ejemplo, cuando nos separamos tras nuestro encuentro con Gerard Bellotti, lo primero que hice al llegar a mi habitación fue escribir todo lo ocurrido durante la aventura matinal. Bien es cierto

que sería acertado decir que, durante los años en que Oscar y yo tuvimos mayor relación, mi diario es tanto un testimonio de su vida como de la mía. Quizás esto no resulte sorprendente. Su vida era mucho más extraordinaria que la mía.

A juzgar por las entradas de mi diario del mes de enero de 1890, ¿qué parezco haber conseguido durante el mes? Muy poco. Todo parece indicar que mis días transcurrían tras la estela de Veronica Sutherland. Mis tardes, hasta que me encontraba con Oscar a eso de las once para nuestra última copa de costumbre en el club Albemarle, estaban en su mayoría vacías. Normalmente, cenaba solo en mi habitación y después deambulaba por las calles de Bloomsbury y del Soho durante una hora. De vez en cuando, me tomaba un solitario vaso de cerveza en un pub de Chenies Street. Fui al teatro en dos ocasiones (a la pantomima del Drury Lane y, con Oscar, a la reposición de una farsa de H. J. Byron en el Criterion) y una tarde, o así lo indican por lo menos las entradas del diario, llevé a una joven llamada Lucy (de la que no conservo el menor recuerdo) al Agricultural Hall ¡a ver a un vaquero norteamericano a caballo desafiando a un ciclista francés por un cuarto de penique! (la salida me resultó «un costoso fracaso»; la novedad del espectáculo no tardó en desvanecerse y al parecer Lucy se pasó toda la tarde explicándome que su hermano se pondría muy ansioso si no estábamos de regreso en casa antes de las diez y media).

Por el contrario, en exactamente ese mismo período, Oscar, según mi diario, cenó fuera en veintiséis ocasiones de un total de treinta y una. Pasaba las noches en compañía de las personalidades más destacadas del momento —poetas, dramaturgos, políticos, pintores y actrices, hombres y mujeres cuyos nombres resuenan aún medio siglo más tarde— y sus días sentado ante la mesa de trabajo de Thomas Carlyle, escribiendo, leyendo, reflexionando. Ese mes, mientras que yo no era capaz de escribir una sola palabra digna de mención —ni al parecer leí nada que merezca ser recordado salvo *Idle Thoughts of an Idle Fellow* [Pensamientos vanos de un perezoso] de Jerome K. Jerome, título de lo más explicativo—, las lecturas de Oscar incluyeron (que yo sepa) a Goethe, Balzac, Baudelaire, Platón, Petrarca y Edgar Allan Poe, y sus escritos incluyeron dos artículos, una conferencia, tres poemas, el bosquejo de una obra de teatro (para George Alexander) y diez mil palabras de *El retrato de Dorian Gray*.

Oscar quitaba hierro a su laboriosidad (su relato de cómo había dedicado una mañana entera a colocar una coma en un párrafo para luego pasarse toda la tarde decidiendo volver a quitarla era uno de sus *jeux d'esprit* favoritos). Y, cuando nos encontrábamos, siempre insistía en preguntar por mis esfuerzos antes de darme la menor noticia sobre los suyos. En cuanto nos servían nuestra copa de champán de las once en punto, él preguntaba:

—¿Cómo está hoy la señorita Sutherland? ¿Sigue igual de hermosa? ¿Sigue igual de complaciente? ¿Más flexible?

Daba siempre la impresión de estar realmente interesado. Oscar tenía el don del encantador que te mira a los ojos y te hace sentir que, en ese momento en particular, le importas más que nadie en el mundo.

Normalmente, después de cinco minutos hablando de Veronica (y de su enervante habilidad para darme alas y a la vez resistírseme), Oscar dejaba escapar algún comentario sobre Aidan Fraser. ¿Tenía alguna noticia sobre su prometido la señorita Sutherland?

—No, nunca hablamos de él. Es su prometido, ¿entiendes? Claro, claro. Pero ¿le había visto por casualidad?

—En el vestíbulo, al pasar. Sí... ¿y?

—Y nada, Oscar. Me saludó, eso fue todo. No me preguntó por ti. No mencionó nuestro caso.

—¡«Nuestro caso»! —estallaba Oscar—. ¡Ahora es el suyo! Y al parecer está decidido a no compartirlo con nadie.

Una noche de mediados de enero (era la noche en que habíamos asistido a la obra de Byron en el Criterion) Oscar me dijo:

—¿No te parece más que curioso, Robert, más que extraño, de hecho hasta perverso, que el amigo Fraser, al que en ocasiones ves dos o tres veces a la semana, no haga ninguna referencia, ni una sola, a sus investigaciones sobre el caso del pobre Billy Wood? ¿Ha hecho ya la autopsia de la cabeza cortada del pobre muchacho? ¿Ha encontrado a O'Donnell? ¿Ha interrogado a Bellotti? Conoce bien tu interés en el asunto. Te ve y aun así no dice nada.

—No me parece que su comportamiento sea ni extraño ni perverso, Oscar —fue mi respuesta—. Me parece que es una cuestión de orgullo profesional. Quiere resolver el misterio a su modo, siguiendo sus propios métodos. Me lo ha dicho Veronica.

Oscar saltó sobre mí.

—¿Es eso cierto? Creí que me habías dicho que nunca te hablaba de Fraser...

—De quien no hablamos es de «su prometido» Fraser, pero están permitidas las referencias ocasionales a Fraser «de Scotland Yard».

Oscar arqueó una ceja cínica.

—¿Y no te preguntas también, Robert, por qué Fraser te tolera como rival ante los afectos de su prometida?

Por supuesto que me lo había preguntado, pero no tenía la menor intención de reconocerlo ante Oscar.

—No creo que Fraser vea en mí a un rival —me apresuré a responder—. Trabaja muchas horas. Parece estarme agradecido por tener ocupada y entretenida a Veronica en su ausencia.

Oscar no dijo nada. Se limitó a dejar escapar un pequeño murmullo con el que

sugería que mi respuesta le resultaba muy poco convincente. Tras un instante de reflexión, añadió:

—Lo único que te diré es que tanto Fraser «el prometido» como Fraser «de Scotland Yard» se muestran extrañamente faltos de curiosidad. No te pregunta sobre tus intenciones con su futura esposa. No me pregunta sobre el anillo que extraje del cuerpo de la víctima asesinada...

—Se reserva su opinión —dije.

—Sí. Supongo que eso es, en cierto modo, admirable. —La idea pareció divertirle. Echó el resto de un nuevo cigarrillo al fuego del salón de fumadores—. ¿No te pregunta, al menos de vez en cuando, la señorita Sutherland sobre las novedades del caso? —inquirió.

—Sí —respondí—. Aunque no temas. Soy circunspecto.

—No tienes por qué serlo, Robert. Siéntete con plena libertad para contarle todo a la señorita Sutherland, sobre todo si eso te ayuda a asegurarte otro beso. Me complace saber de su interés. «Nuestro caso», como tú lo llamas, se ha convertido en el unicornio que habita en el rincón del salón: todos son conscientes de su presencia pero nadie lo menciona. —Empezó a palpase los bolsillos del abrigo como si buscara algo—. Hoy he recibido una carta de diez páginas de Arthur Conan Doyle. ¡Diez páginas en una pulcra letra típica de Edimburgo! Y ni una sola referencia al caso. —Encontró la carta y la agitó en el aire delante de mí—. Arthur formula detalladas preguntas sobre mis «espías», ¡pero no dice una sola palabra sobre Billy Wood! Hace dos semanas, en mi casa, sostenía en sus propias manos la cabeza cortada del chico asesinado, y hoy me escribe para contarme sus planes para una nueva historia de Sherlock Holmes y para informarme, *in extenso*, ¡de que el tiempo en Southsea es sorprendentemente clemente para esta época del año! Vamos, vamos, Robert. Algo pasa.

Me reí.

—¿Estás acaso apuntando a una conspiración de silencio, Oscar?

—No sabría decírtelo con seguridad —respondió—. Lee tú mismo la carta. —Me la pasó—. Como verás, habla sobre todo del tiempo, pero también te menciona, te envía recuerdos... y espera que, si lees *El signo de los cuatro*, repares en la cita de La Rochefoucauld. Al parecer, es del todo responsabilidad tuya. Yo, en cambio, lo soy de las referencias a Goethe y a Thomas Carlyle, y de la adicción de Holmes a la cocaína.

Fue mi turno de arquear una ceja.

—Puesto que, como bien sabes, jamás he sentido el menor entusiasmo por la cocaína, todo esto me parece un poco raro, aunque no me cabe duda de que pretende ser un cumplido. Arthur es, esencialmente, un buen hombre.

Yo estaba echando un vistazo a la carta. La letra de Conan Doyle era manifiestamente precisa.

—La mayor parte de esto parece referirse a tu padre, Oscar —dije.

—Sí. Sir William Wilde fue en su época un distinguido especialista en las enfermedades de la vista y del oído. De hecho, fue todo un pionero. Al parecer, Arthur pretende seguir sus pasos. Se ha propuesto especializarse en oftalmología. Hay gente que es capaz de hacer lo que sea para salir de Southsea.

Mientras Oscar hablaba, mi mirada se había seguido moviendo sobre la página y en ese momento leía el pasaje de la carta que hacía referencia a *El signo de los cuatro* y a la adicción a la cocaína de Sherlock Holmes.

—No veo que diga en ninguna parte que eres el responsable de la adicción de Holmes, Oscar —comenté.

—No lo dice de forma explícita, naturalmente.

—No lo dice de ningún modo, Oscar. Esto nada tiene que ver contigo. Esto tiene que ver con Holmes. Arthur simplemente dice que le angustia la posibilidad de que el lector común se vuelva en contra de Holmes a causa de la debilidad que el gran detective siente por la cocaína.

—Lee el párrafo siguiente.

—«Y para impedir que eso sucediera puse en boca del doctor Watson una reprimenda propia».

—¿Y que le dice Watson a Holmes? ¡Lee, Robert, lee!

—«Sin duda no merece la pena caer en algo así. ¿Qué sentido tiene arriesgar, por un simple placer pasajero, la pérdida de esos magníficos poderes con los que ha sido usted dotado?».

—¿Es que no lo ves, Robert? Bajo la máscara del doctor Watson, el doctor Conan Doyle me está dedicando su propia reprimenda. Una máscara nos dice mucho más que cualquier rostro...

Volví a estudiar la página al detalle.

—No lo veo, Oscar.

—A Arthur no le gustan las compañías que frecuento. No me refiero a ti, Robert, sino a otros. Teme por mí. Cree que, «por un simple placer pasajero», estoy arriesgando los «magníficos poderes» de los que estoy dotado. No dudo en ningún momento de que actúe con buena intención.

—Me parece que estás siendo hipersensible, Oscar.

—Mira la posdata —fue su respuesta.

Busqué la última página de la carta.

—En una carta —prosiguió Oscar con la sonrisa maliciosa que empleaba cuando estaba a punto de decir algo que esperaba que resultara divertido—, normalmente encontrarás en la posdata lo que no puedas leer entre líneas. Es como el codicilo de un testamento. Es ahí donde se descubre el meollo de la cuestión.

Bajo la firma de Conan Doyle leí la posdata: «P. D.: ¿Cuánto tiempo hace que

conoce al señor John Gray?».

Doblé la carta y se la devolví.

—¿A qué conclusión te lleva eso? —pregunté.

—A que Arthur no prestó ninguna importancia a John Gray el día en que se conocieron, lo cual resulta tedioso, pues, a su manera, ambos son encantadores. Me habría gustado que se cayeran bien. —Volvió a meterse la carta en el bolsillo del abrigo, dándole unas suaves palmaditas al hacerlo—. Aun así, es una misiva interesante, tanto por lo que no nos dice como por lo que sí nos dice. ¿Por qué no hay en ella ninguna referencia al inspector Fraser? ¿Por qué no hay ninguna alusión a Billy Wood?

—¿Le has respondido? —pregunté.

—Sí —contestó, esbozando una vez más su sonrisa ladina—. He enviado al buen médico un informe detallado de las condiciones climáticas de los alrededores de Sloane Square, Albemarle Street y el Strand, junto con una línea de *El retrato de Dorian Gray* como posdata.

—¿Y la línea es?

—«Nadie comete un crimen sin hacer alguna estupidez».

—¿De verdad lo crees?

—Sí. Sé muy bien que así es.

—¿Y por qué motivo le has enviado esa línea a Arthur?

—Como muestra de una amable reprimenda de mi parte. Quiero que sepa que sigo en el caso. Eso es todo. Puede elegir ignorar al unicornio del rincón. Yo prefiero no hacerlo. Voy a resolver este misterio, Robert. ¡Vamos a resolver este misterio, Robert!

—Por supuesto que sí, Oscar —dije, levantando mi copa hacia él. Su entusiasmo era contagioso... y atrayente.

—Y creo que nuestra siguiente serie de entrevistas te resultarán especialmente gratificantes —prosiguió—. Espero que alguno de los invitados a los almuerzos del señor Bellotti nos proporcione la pista final.

—¿La pista final? —objeté—. ¡Pero si ni siquiera estoy seguro de tener la primera, Oscar!

—Vamos, Robert. Ya casi la tenemos. ¿Es que no lo ves? Vuelve a leer tus anotaciones, consulta tu diario. Y encontrémonos el martes que viene a mediodía. ¿Nos vemos en el puente de Westminster, en el extremo norte? Me voy cinco días a Oxford. John Gray viene conmigo. Voy a dar una conferencia sobre «Poesía y sufrimiento». Lo cierto es que un poeta puede sobrevivir a cualquier cosa, excepto a una errata de imprenta... Pero ¿es Oxford el lugar donde encontrar la verdad? No lo sé. Lo único que sé es que intentaré inflamar con mis palabras a los estudiantes y que John Gray intentará aplacarlos con mechones de mis cabellos. Lo pasaremos bien.

Cuídate mientras estoy fuera, Robert.

Oscar me dijo —y con bastante claridad, por cierto— que se iba a pasar cinco días a Oxford. Pero cuatro días más tarde —de nuevo con diáfana claridad— le vi en un carruaje de dos ruedas paseándose por el Strand.

De hecho, fue Veronica Sutherland quien le vio primero. Habíamos estado almorzando en el hotel Savoy —una absurda extravagancia de mi parte, pero hacía un día frío y triste y Veronica me había dicho que anhelaba disfrutar de la calidez y de la excitación de las luces eléctricas del Savoy—, de ahí que nos adentráramos en el Strand poco después de las tres y media. Estábamos de pie en la acera, tomados del brazo. Yo miraba hacia la calle, fingiendo buscar un coche al tiempo que esperaba no encontrar ninguno (el viaje en tren desde Charing Cross a Sloane Square era rápido y barato), cuando de pronto Veronica exclamó:

—¡Mire! Al otro lado de la calle. Es el señor Wilde... en compañía de una hermosa joven. ¿Diría que es una actriz?

Me volví a mirar en la dirección a la que Veronica apuntaba y, efectivamente, en un carruaje que en ese preciso instante giraba por el Strand para perderse por una pequeña callejuela lateral que lleva a la parte trasera del teatro Lyceum iba Oscar. Sin duda era él. Iba vestido de forma extravagante, con un abrigo de invierno de color verde botella con cuello de astracán, y se reía con la cabeza inclinada hacia atrás. Parecía más feliz de lo que le había visto nunca. Oscar, era sin duda Oscar, pero la joven dama no era hermosa en absoluto. Aunque no pude distinguir sus rasgos con claridad —su capa llevaba una capucha—, por lo poco que pude ver era la joven de Soho Square, la joven dama del rostro desfigurado.

—¿Diría que es una actriz? —repitió Veronica.

—No tengo ni idea —respondí—. Lo que desde luego no diría es que es hermosa.

—¿No? —preguntó—. Ustedes los hombres tienen ideas muy particulares sobre la belleza de las mujeres. A mí me parece preciosa. Al señor Wilde le apasiona la belleza, ¿verdad?

—Y le horroriza la fealdad —dije—. Le he visto cruzar de acera para evitar ver a alguien a quien consideraba poco favorecido. Entiende la fealdad como una suerte de enfermedad, de ahí que me resulte extraño verle en compañía de esa joven en particular. —El carruaje ya había desaparecido en la cada vez más densa penumbra del crepúsculo.

—Nada tiene esa joven de desfavorecida, Robert. Si es ésa su opinión, el raro es usted.

—Quizá lo que ocurre es que, comparadas con usted, todas las mujeres me resultan carentes de atractivo —dije.

—Es usted muy galante, señor Sherard —respondió, apretándome el brazo con el suyo y obligándome a girar en dirección a Trafalgar Square—. Me encantaría



disfrutar de un paseo con un hombre tan galante. ¿Me acompaña a Charing Cross? Podemos tomar el metro.

Me incliné hacia ella y la besé en la frente.

—Dígame —dijo, mientras echábamos a andar por la calle—. Hace tiempo que quiero preguntarle una cosa: ¿desde cuando conoce el señor Wilde al señor John Gray?

# 17.

35 de enero de 1890

Cuando, tal y como habíamos acordado, me encontré con Oscar a mediodía del 25 de enero de 1890 —el último martes del mes—, le vi con buena cara. Su largo rostro seguía tan pálido y blanquecino como de costumbre, pero había en sus ojos una chispa poco habitual e, incluso antes de percatarse de que me acercaba a él, vi que sonreía. Aunque su sonrisa, cuando la esbozaba, podía resultar desconcertante —tenía los dientes descoloridos y ligeramente protuberantes—, en esa ocasión en particular, no hubo en ella nada forzado, fugaz ni incómodo. Era la sonrisa relajada de un hombre con el ánimo satisfecho. Se me ocurrió que hay veces en que un rostro dice más que una máscara.

—Tienes buena cara, Oscar —dije, estrechándole afectuosamente la mano. Llevaba unos guantes de cabritilla de color amarillo canario y el abrigo verde con el cuello de astracán con el que yo le había visto dos días antes por el Strand en el coche. Alrededor del cuello, lucía una corbata de volantes sujeta con un alfiler de diamantes. Bajo el brazo llevaba un fino bastón negro, parecido a un bastón de mando.

—¿El bastón es nuevo? —pregunté.

—Sí —respondió con aire satisfecho, agitándolo en el aire—. Es un regalo que me he hecho. He perdido tu precioso bastón espada, Robert. Constance está terriblemente afligida. Estoy seguro de que aparecerá a su debido tiempo. Mientras tanto, he adquirido este bastón de caña negro para mantener a raya a los rufianes y vagabundos.

—No me cabe duda de que cumplirá su cometido —dije. Oscar se pavoneó; parecía un pavo real. Al percibir que esperaba oír de mis labios un nuevo cumplido, añadí—: Estás hecho un pincel.

—Me complace oírlo, Robert —dijo, haciendo acuse de recibo de mi lisonja con una inclinación de cabeza—, ¡y estoy totalmente de acuerdo contigo! Gracias, amigo mío. Estoy bien. Pocas veces he estado mejor. Hoy me siento vivo del todo. Vivir es lo menos frecuente del mundo. La mayoría de la gente se limita a existir, eso es todo. ¡Menudo desperdicio! Justo le decía al Viejo Padre Támesis la suerte que tiene por ser un río. Los océanos y los ríos... vienen y van. Los lagos y los estanques... se estancan. Pero el río fluye, un río progresa, un río está siempre en movimiento.

Cuando el Big Ben anunció la hora, dimos la espalda al puente de Westminster y

echamos a andar por delante de las Casas del Parlamento hacia Westminster Green. Oscar abría la marcha.

—¿Qué tal te ha ido en Oxford? —pregunté.

—¡Exquisitamente! —respondió—. Sobre todo por el hecho de que tuve que acortar mi visita. John Gray sigue allí, distribuyendo mechones de mis cabellos entre los fieles. Volví a Londres el domingo.

—¿Por trabajo o por placer? —inquirí, intentando emplear un tono lo más despreocupado que pude.

—Ambas cosas —dijo—. Me llamaron para que fuera a ver a Henry Irving al Lyceum. Está produciendo una nueva obra basada en *La novia de Lammermoor*, sir Walter Scott en su versión más noble... y más lúgubre.

—¿E Irving quiere contar con tu ayuda?

Oscar me sonrió de oreja a oreja.

—He contribuido con algo que confío disipará un poco la oscuridad de la puesta en escena. Deberíamos ir juntos al estreno, Robert. El señor Irving es un gran hombre y también una magnífica persona.

A pesar de que Irving —el gran actor-productor teatral de la era victoriana, el primero en su profesión en ser nombrado caballero por méritos profesionales— era tan sólo dieciséis años mayor que Oscar, éste lo veneraba casi como lo habría hecho con un padre. Les observé juntos en varias ocasiones (casi siempre en el estudio de sir John Millais; pues éste e Irving eran viejos amigos) y me resultaba intrigante porque era muy poco habitual ver a Oscar-el-príncipe transformado en Oscar-el-cortesano. Como norma general, Oscar trataba a todos los hombres como a sus iguales, independientemente de su edad o distinción. Con Irving era distinto. Oscar se sentía intimidado por él. Era su héroe. Y me di cuenta de que, como resultado, Irving se sentía un poco incómodo en compañía de Oscar.

Cruzamos Westminster Green y giramos por Great College Street.

—Quizá debería haber sido actor, Robert —dijo Oscar, todavía con una sonrisa en los labios—. Me habría gustado formar parte de la compañía de Irving.

—Pero si eres todo un actor, Oscar —dije.

—Sí —respondió, agitando de pronto el bastón por encima de su cabeza—, pero condenado para siempre a representar el mismo papel. Envidio a Irving. Un día es Romeo; al día siguiente, Mefistófeles. Yo soy siempre Oscar Wilde.

—Un Romeo con un toque de Mefistófeles —dije. Oscar soltó una carcajada, claramente entusiasmado con mi chiste. En raras ocasiones le había visto tan alegre.

Habíamos llegado a Little College Street.

—¿Dónde está el número veintidós? —preguntó—. Ya estoy empezando a tener hambre. Si mal no recuerdo, Bellotti se prodiga en la mesa.

—Ahí está el número veintidós —dije, señalando la estrecha casa de ladrillo que

teníamos inmediatamente delante—. Es idéntica al veintitrés de Cowley Street.

—Obra del mismo constructor, supongo —comentó Oscar, alzando los ojos hacia la casa mientras cruzábamos la calle. Las cortinas de la ventana del primer piso estaban corridas. Los postigos de la ventana de la planta baja estaban cerrados por dentro. La casa parecía desierta. También la calle estaba vacía. De pronto, y simultáneamente, ambos nos percatamos de lo fuerte que sonaban nuestras voces.

—¿Tienes la llave? —pregunté.

—Tengo la llave de Bellotti —dijo Oscar—, pero llamaremos a la puerta. En esta ocasión somos meras visitas. —Mientras repiqueteaba en la puerta con los dedos, añadió—: Mira la aldaba, Robert. Fíjate en cómo brilla. Encontraremos aquí a una asistente capaz.

Esperamos en silencio durante un instante y luego Oscar volvió a llamar.

—No hay nadie —dije.

—Aquí llega —anunció—. Está bajando las escaleras con una vela en la mano. Mira. —Dirigió mi mirada a las motas de luz que bañaban en el cristal de colores situado encima de la puerta principal—. Y creo que la conocemos...

La puerta se abrió por obra de una mujer corpulenta entrada en años y con un vestido de crepé y tafetán negro hasta los pies. Anudado a la cintura llevaba un delantal blanco almidonado y en la cabeza una cofia de lino blanco curiosamente cubierta de lazos que dejaba a la vista un flequillo de rizos naranjas. No la reconocí de inmediato. Oscar sí lo hizo.

—Señora O'Keefe —dijo, tendiéndole la mano al tiempo que ella bajaba la cabeza para saludarle con una genuflexión, casi prendiendo fuego a los lazos de la cofia en el proceso—. Aunque esperaba tener de nuevo el placer, no confiaba en que fuera posible. ¿Cómo está?

—Estoy bien, señor, bendito sea Dios —respondió la mujer, volviendo a ponerse en pie—, y usted también tiene buen aspecto. —Levantó la vela y la acercó al rostro de Oscar—. He estado rezando por usted como le prometí.

—A san Judas, espero.

—No sólo a él. También a santa Cecilia... Pasen, pasen. —Se hizo a un lado y nos invitó a entrar al diminuto vestíbulo—. Y, por supuesto, a nuestra bendita santa Helena de la Santa Cruz. Siempre me ha parecido muy fiable. —Había cerrado la puerta de la calle a nuestra espalda y nos habíamos quedado de pie formando un estrecho círculo, arracimados alrededor de la vela. Alzó una mirada afectuosa hacia Oscar—. Qué alegría verle, señor.

Oímos una voz procedente de lo alto de las escaleras.

—¿Ya han llegado? ¿Ya han llegado? ¡Hágales subir, señora O!

—Ese es el canónigo, bendito sea. Les esperan. La pobre alma no es católica, aunque santa Helena y yo estamos en ello. —Se volvió para subir las escaleras,

sumiéndonos (¡tal era su corpulencia!) en la más profunda oscuridad—. Síganme, caballeros. Les espera un buen ágape. —Le gritó a Oscar por encima del hombro—. Celebro mucho verle de nuevo, señor. Lo celebro mucho.

En cuanto llegamos a lo alto de la escalera, quienquiera que nos hubiera llamado desde el descansillo había desaparecido. La puerta que teníamos delante estaba cerrada.

—Tienen que llamar —explicó la señora O’Keefe—. Son las normas del club. —Miró a Oscar con los ojos brillantes—. Por supuesto, sé muy bien que es usted miembro, pero me han dicho que lleva ya un tiempo sin asistir a los almuerzos. Ocupado con su Mozart y sus adivinaciones, supongo.

Oscar le dedicó la más beatífica de sus sonrisas y, con el bastón, golpeó bruscamente la puerta tres veces. Tras una pausa de unos segundos, la puerta se abrió de par en par y ante nosotros, con los brazos tendidos, vimos a un clérigo de unos sesenta años, calvo y con la cara como la de un mono, deshecho en sonrisas.

—¡Aleluya! —gritó con una voz aguda, feliz y de pito—. ¡El hijo pródigo ha vuelto!

Si en el curso de nuestro primer encuentro ocurrido varios meses atrás, la señora O’Keefe me había recordado a la dama de una pantomima de Drury Lane, el diminuto clérigo que en ese instante tomaba a Oscar entre sus brazos era ni más ni menos que el equivalente eclesiástico del gran comediante del Lane, el inmortal Dan Leno... en su papel de campeón del mundo de danza folclórica con zuecos, célebre y conocido (sin duda merecidamente) como «el hombre más divertido sobre la capa de la tierra». El clérigo era tan pequeño y ágil como el propio Leno, e igual de encantador. Su rostro resultaba enormemente divertido; sus movimientos, delicados, y su calidez, tan auténtica que habría podido desafiar a cualquiera a resistirse a ella.

Cuando liberó a Oscar de su abrazo, se volvió hacia mí y levantó las manos —y unos dedos increíblemente suaves— para pellizcarme ligeramente las mejillas.

—¡Bienvenido! —exclamó—. ¡Bienvenido, joven, tres veces bienvenido!

—Éste es Robert Sherard —anunció Oscar, presentándose.

—Sutton Courteney —dijo el clérigo, estrechándome la mano derecha entre las suyas—. Canónigo Courteney, pero llámeme simplemente canónigo, o Sutton, o como quiera. Los chicos me llaman Can-Can, ¡porque así me llamo yo! —Y todavía con mi mano entre las suyas, tiró de mí con suavidad hacia el centro de la estancia—. ¡Le presento a los chicos! —Echó una mirada hacia el ama de llaves—. Gracias, señora O’Keefe. —Con una amplia sonrisa en los labios, una reverencia y una última sonrisa bobalicona en dirección a Oscar, la buena señora se retiró sin darnos la espalda hasta el descansillo, cerrando tras de sí la puerta.

Recorrí la habitación con los ojos. Era una visión cuanto menos extraordinaria, como un cuadro viviente de las estatuas de cera del museo de Madame Tussaud. Eran

siete las figuras, todas ellas sentadas o tumbadas en el suelo, con una vela a su lado y con un plato de comida y una copa de vino de plata delante o en la mano. Celebraban un picnic. Sólo uno de los siete personajes allí reunidos estaba sentado en una silla: era Bellotti, que estaba sentado aparte a una mesita situada en un rincón junto a la ventana. El resto —cuatro hombres de aspecto benevolente (uno que apenas habría cumplido los treinta años y los demás mucho mayores), y dos apuestos muchachos de unos quince o dieciséis años— estaban tumbados sobre alfombras y abrigos extendidos sobre la tarima desnuda del suelo, apoyados sobre los codos o uno contra el otro, espalda con espalda. Vestían atuendo de diario, adecuado para la época del año. Los muchachos, por increíble que parezca, llevaban trajes de baño.

—¡Bienvenidos a nuestro *Déjeuner sur l'herbe*! —chilló el canónigo Courteney. Los miembros de la fiesta alzaron hacia nosotros las miradas y nos dedicaron todo tipo de bienvenidas. El canónigo sacó dos copas de vino para nosotros y las llenó de champán—. Veamos, veamos, ¿a quién conocen ya? —preguntó. Al señor Bellotti, naturalmente. Señaló con la barbilla hacia el rincón donde estaba instalado Bellotti, que agitó una pinza de langosta en dirección a nosotros—. Y Aston Upthorpe es un viejo amigo suyo, Oscar, ¿me equivoco? —El señor Upthorpe, al parecer el miembro mayor de grupo, intentó levantarse.

—No se levante, se lo ruego —dijo Oscar—. Ya vamos nosotros. Como verás, es un gran pintor, Robert. Lleva una boina preciosa. —Upthorpe, con la boca llena de jamón y mostaza, soltó un ruido genial y me tendió la mano. Oscar dejó el bastón en el suelo, se quitó los guantes y el abrigo, extendiéndolo en el suelo junto a la pared. Tomándolo cada uno de un brazo, el canónigo y yo le ayudamos a descender con mucho tiento hasta el suelo, donde tomó asiento, apoyándose contra la pared como una marsopa varada en la playa apoyada contra una roca—. Dios bendito —farfulló—, qué agotamiento. Lo próximo será jugar un partido de golf contra Conan Doyle.

—Ni que decir tiene que quien mejor conocía a Billy Wood era Aston —prosiguió el canónigo—. Billy trabajaba para él. Era su amigo especial. Aunque, claro, Billy era especial para todos nosotros.

Oscar había recobrado el aliento.

—¿Todos los presentes aquí hoy lo estaban también en ese último almuerzo? Me refiero al último almuerzo de Billy.

—Sí, por supuesto, Oscar —respondió el canónigo, solícito—. El señor Bellotti me dijo que ése era tu deseo.

—¿La señora O'Keefe no era el ama de llaves en esa ocasión?

—Lamentablemente no —fue la réplica del canónigo—. Ese día no disponíamos de ama de llaves. O'Donovan & Brown nos dejaron en la estacada. Muy poco propio de ellos. Tuvimos que arreglárnoslas solos. La señora O'Keefe se unió a nosotros en septiembre. Es de nuestro agrado. Ha demostrado ser de total confianza.

—¿Y el enano del señor Bellotti? —preguntó Oscar—. ¿No estaba ese día de servicio?

—¿El enano del señor Bellotti? —repitió el canónigo, obviamente divertido. Gerard Bellotti levantó la mirada de la mesa que ocupaba en el rincón.

—Es mi hijo, Wilde.

—Lo siento —se disculpó Wilde, confundido—. No lo sabía.

—¿Y por qué iba usted a saberlo? —fue la respuesta de Bellotti—. Es un feo desgraciado con un genio endiablado. Pero no estaba conmigo ese día. Nunca lo está los martes. Es el día en que se va a Rochester. Al manicomio. A ver a su madre. Está demente. Ella le adora.

Un incómodo silencio se cernió sobre nosotros.

—No lo sabía —volvió a insistir Oscar.

—No tiene importancia —dijo Bellotti, chupando una gamba de su cáscara.

El canónigo Courteney se aclaró la garganta a fin de relajar el ambiente.

—Permítame que concluya las presentaciones, Oscar —dijo—, y el escenario será todo suyo. —Oscar asintió, agradecido—. De los muchachos se acordará, naturalmente... Harry y Fred. No me pregunte quién es quién. Lo sé, pero finjo que no. —Los dos muchachos en traje de baño saludaron en dirección a Oscar con la mano. El canónigo prosiguió—: Creo que los caballeros restantes no estaban entre nosotros en su época. Se unieron al club cuando nos mudamos de Cowley Street. El señor Store Talmage, el señor Berrick Prior, el señor Aston Tirrold. —Los tres hombres levantaron su copa primero hacia Oscar y luego hacia mí.

—Sí, otro Aston —dijo el señor Tirrold, el más joven del grupo y el único con bigote—. Puede provocar cierta confusión, pero creo que a Can-Can eso le gusta un poco. —El canónigo pasó de puntillas por delante de Tirrold de camino a la cesta del picnic, revolviendo el pelo rubio del muchacho al pasar.

—Qué nombres tan maravillosos tienen ustedes —dijo Oscar en voz baja—. Los nombres me fascinan sobremanera.

El canónigo estaba llenando un plato de exquisiteces para Oscar.

—Usted tampoco lo hace nada mal, señor Oscar Fingal O'Flahertie Wills Wilde.

—¿De verdad son ésos sus nombres? —preguntó uno de los muchachos en traje de baño.

—Ya lo creo —respondió Oscar.

—Pues yo prefiero Oscar —dijo el otro.

—Yo también —respondió Oscar, levantando su copa de vino hacia el chiquillo.

El canónigo volvía en ese momento de puntillas hacia Oscar con el almuerzo.

—El señor Wilde es irlandés —explicó a los muchachos al pasar—, y Oscar era el hijo favorito de Ossian, el poeta guerrero irlandés tantas veces fabulado. Oscar murió en la batalla de Gabhra luchando cuerpo a cuerpo contra el rey Cairbre. Fue un día

terrible, incluso para la mentalidad del siglo tercero. Huelga decir que nuestro Oscar sigue más fiel a la tradición poética irlandesa que a la del campo de batalla.

El canónigo presentó a Oscar un plato de grandes dimensiones abarrotado de ostras y de cangrejo aderezado, pescado ahumado y fiambres, pequeñas bolas de sabrosas gelatinas, porciones de pastel de caza, pepinillos, mayonesa, mostaza, pan y queso. Oscar le sonrió y, bajo el brazo extendido del canónigo, con un teatral susurro, dijo a los chicos:

—De hecho, me llamo así en honor del último rey Oscar de Suecia. Era mi padrino. Mi propio padre era cirujano oftalmólogo y operó de cataratas al rey Oscar.

—Eso es precisamente lo que yo necesito —masculló Bellotti desde su rincón—. Cuando quieres al padre, te toca el hijo. ¿No es así la vida?

—Qué lástima que Drayton no esté aquí —dijo uno de los hombres de más edad. El señor Talmage tenía un genial rostro de bebedor, rojizo y curtido por la vida, con unos ojos legañosos y un pelo lacio y negro que poco tenía de natural—. A Drayton le fascina la cirugía —añadió a modo de explicación—, podría haberle descrito la operación. Le habría gustado.

—¿Quién es Drayton? —preguntó Oscar—. ¿Por casualidad no será Drayton Saint Leonard o Drayton Parslow?

—Drayton Saint Leonard —respondió el canónigo, que había regresado a la cesta y me preparaba ya un plato con mi almuerzo—. ¿Le conoce, Oscar?

—Conozco el nombre, eso es todo.

—Hace tiempo que no le vemos. No estuvo con nosotros en agosto, el último día de Billy. De lo contrario me habría asegurado de que estuviera hoy aquí. Debe de hacer cosa de seis meses que no le vemos. Tiene usted que conocerle, Oscar. Le gustaría. Es joven... y muy apuesto.

—Aquí todos somos jóvenes y muy apuestos —dijo el caballero de más edad y con cara de bebedor—. Es una de las normas del club.

Cuando terminamos de reírnos del chiste del señor Talmage (y de un par más que contó presa de un talante similar), cuando el canónigo me dio mi comida y se hubo preparado un plato para él, después de que ordenara a los chicos que se aseguraran de que todas las copas de vino fueran rellenas de forma adecuada y de que quien deseara repetir fuera satisfactoriamente servido, y en cuanto los presentes volvieron a acomodarse en sus sitios, dio unas palmadas y dijo:

—Caballeros, muchachos, señor Bellotti, les ruego me presten atención. —Había cerrado la cesta y se había subido encima. A la parpadeante luz de las velas, tenía todo el aspecto de un sagrado elfo sentado en una seta venenosa en el centro de un círculo de hadas—. Nos hemos reunido aquí en un día especial, el día de la festividad de los benditos santos soldados Juventino y Maximino, martirizados juntos en Antioquía por Juliano el Apóstata. Como recordaremos más adelante, durante nuestro



servicio, ninguno de ellos fue bautizado hasta alcanzar la virilidad... ¡Y menuda virilidad!

El canónigo hizo una pausa y en el silencio que siguió uno de los muchachos en traje de baño contuvo una risilla.

—¡Cállate, Harry! —dijo el canónigo.

—No he sido yo, Can-Can —dijo el muchacho—. Ha sido Fred.

—Callaos los dos —siseó el canónigo. Lanzó una mirada reprobatoria a los chicos—. Antes de centrar nuestra atención en el servicio de esta tarde —dijo—, tenemos asuntos de los que ocuparnos. El señor Wilde y su amigo se encuentran hoy entre nosotros con un propósito. Están investigando la trágica muerte del joven Billy Wood, al que todos recordamos con muchísimo afecto.

Un murmullo de simpatía flotó por la habitación. Aston Upthorpe dijo en voz alta:

—Billy era maravilloso.

—Creen que fue asesinado la tarde del pasado treinta y uno de agosto —prosiguió el canónigo—, en el veintitrés de Cowley Street, a un tiro de piedra de donde estamos congregados hoy. Creen que nosotros, y me refiero a los ocho que estamos hoy presentes en esta habitación, fuimos quizá los últimos que vimos al pobre Billy con vida y quieren que les contemos todo lo que seamos capaces de recordar sobre ese fatídico día. —Hizo una pausa y recorrió la estancia con los ojos—. ¿Lo he expresado correctamente, Oscar?

—Del todo, Sutton, gracias. Muchas gracias. Con el permiso de ustedes, mi amigo, el señor Sherard, tomará notas. ¿Quizá podrían cada uno de ustedes decirnos alguna cosa por turnos?

Aston Upthorpe fue el primero en tomar la palabra —con gran elocuencia y sin omitir detalle— y lo que dijo fue corroborado por todos los que hablaron después. Billy Wood era un muchacho encantador, inteligente, honrado, capaz, que adoraba a su madre, decidido a medrar y, con ello, y a su debido tiempo, a alcanzar una posición que le permitiera mejorar la situación de su madre y también la propia. Tenía muchos amigos y ningún enemigo conocido. El día en que la muerte salió a su encuentro, se había mostrado como siempre: alegre. ¿Había estado más alegre de lo normal?, preguntó Oscar. Uno o dos de los presentes opinaban que tal vez sí. Ese día estaba de un humor indudablemente excelente —soltando chistes y presa de un ánimo juguetón—, y cuando anunció que se marchaba a ver a su tío, lo hizo, al parecer, pavoneándose un poco.

—Parecía muy satisfecho de sí mismo —dijo Aston Tirrold—, el pequeño cabrón. —No habló con crueldad—. Según nos dijo, se había afeitado especialmente para la ocasión.

Nos reímos cuando nos lo dijo.

—Se había puesto el traje de los domingos —intervino el joven Fred.

—Y llevaba encima su pitillera, señor Wilde —añadió Harry—. ¿Me dará una también a mí?

El canónigo Courteney se inclinó hacia delante y le dio un brusco papirotazo al chico en la oreja. Le propinó un fuerte golpe.

—A ver si cuidas tus modales —dijo, golpeándole por segunda vez. El muchacho soltó un gimoteo y guardó silencio.

—Gracias —dijo Oscar, recorriendo la estancia con los ojos—. Gracias a todos. Han sido ustedes de gran ayuda.

—¿Eso es todo? —preguntó el canónigo, saltando ágilmente al suelo desde su pequeña atalaya.

—Ah, una cosa más —dijo Oscar—. Según han dicho, Billy Wood salió de aquí a las dos...

—En el preciso instante en que sonaba el reloj —afirmó el canónigo—, no hay la menor duda de eso. Creo que incluso él llegó a decir que eran las dos y que tenía que marcharse porque ésa era la hora de su cita. —Se oyeron murmullos de asentimiento alrededor de la habitación.

—¿Ah, sí? —preguntó Oscar, arqueando una ceja—. Y cuando se fue, ¿nadie salió con él? ¿Nadie le siguió?

—No —respondió el canónigo.

—Yo fui a la ventana —dijo Aston Upthorpe—, y le vi salir a la calle. Ésa fue la última vez que le vi.

—¿E iba solo?

—Totalmente solo. La calle estaba vacía.

—¿Y por dónde se fue? ¿A la izquierda? ¿A la derecha?

Upthorpe lo pensó durante un instante y luego dijo:

—A la izquierda. Echó a correr como alma que lleva el diablo.

—¿Y nadie le siguió? ¿Nadie salió de la habitación?

—Hasta las cuatro, no —afirmó el canónigo—. Nos quedamos todos aquí hasta las cuatro. Es a esa hora cuando terminamos la fiesta. A las cuatro. Ésa es la norma. Nadie se marchó hasta esa hora. Tiene usted mi palabra.

—Gracias —dijo Oscar—, gracias. Miró hacia donde yo estaba y me indicó con un gesto que podía guardar la libreta de notas.

—Bien —dijo el canónigo alegremente—, si han concluido con su cometido, si tienen ya lo que necesitaban saber, ¿qué les parece si seguimos adelante con el programa? Me vestiré para proceder con el servicio. Espero que se queden.

—Lo lamento, pero nos es del todo imposible —se excusó Oscar, levantando los brazos con la esperanza de que le ayudaran a levantarse—. Tenemos que tomar el tren.

—Hoy en día todo el mundo parece tener prisa por tomar el tren —masculló Bellotti desde su rincón.

—Cierto —dijo Oscar, abandonándose a los dos muchachos en traje de baño que tiraban de él para levantarlo—. Es un estado de cosas que no favorece la poesía ni el romance, pero es lo que hay.

—¿Se trata de un servicio especial? —pregunté al canónigo al ver que dos de los caballeros de más edad le ayudaban a ponerse la casulla. Su rostro de mono, redondo como una luna, apareció por el agujero del cuello de la casulla y me sonrió.

—Va a ser un bautizo —dijo—. Esta tarde, Fred y Harry van a seguir los pasos de Juventino y Maximino. ¡Van a ser bautizados! Hoy sí que tengo que acordarme de quién es quién.

Los señores Prior y Talmage hablaron a la vez:

—Y nosotros seremos los padrinos.

Aston Tirrold añadió entonces:

—Todos ejerceremos de padrinos. Estos dos necesitan toda la guía espiritual que puedan recibir.

El canónigo Courteney besó el crucifijo bordado sobre una estola de seda blanca y dorada y se la colocó con sumo cuidado alrededor del cuello.

—Por eso los muchachos van vestidos así. Espero que no hayan pensado que iban en traje de baño por mera diversión. Eso sería una perversidad.

Me quedé perplejo.

—¿Tienen alguna fuente? —pregunté.

—Hay una cubitera de champán —respondió Bellotti desde su rincón.

—Ya ven —dijo felizmente el canónigo—. Dios ha provisto. Lamento que no puedan quedarse, lo lamento de verdad. Vengan el mes que viene, el día veintidós. Es siempre el último martes. Será la fiesta de nuestra querida santa Margarita de Cortona. Siempre hacemos algo especial en su honor. No sé si sabrán que fue espantosamente torturada.

Oscar se había puesto ya los guantes y el abrigo con la ayuda de los muchachos y había cogido el bastón. En ese momento cruzaba la habitación, pasando entre candeleros y copas de vino para estrechar la mano de cada uno de los miembros del club.

—Gracias —les repetía—. Que Dios les bendiga. —Saludó a Bellotti con una pequeña inclinación de cabeza y abrazó al canónigo que, con un dedo sumergido en el vino, ungió su frente con la señal de la cruz.

—Vamos, Robert —me dijo, tomándome del brazo y conduciéndome hacia la puerta—. Dejemos a nuestros amigos que prosigan con su servicio. Hoy es un día especial. —Miró a los dos muchachos que merodeaban a su lado—. No se preocupen, caballeros. No les olvidaré. Les enviaré a ambos sus regalos de bautizo. Aunque sé

que las cucharas son el regalo más habitual, si no les importa, optaré por unas pitilleras... dedicadas, por supuesto. Una para Fred y otra para Harry. Ya decidirán ustedes cuál le corresponde a quién.

A esas alturas, todos los presentes en la habitación —salvo Bellotti— se habían levantado para despedirse de nosotros.

—Gracias una vez más por su ayuda —dijo Oscar, con la mano en el pomo de la puerta—. Y gracias también por recordar a Billy con tanta simpatía y cariño. ¿Hay algo que no me hayan dicho?

Cuando Oscar abrió la puerta, un ligero soplo de aire frío entró en la habitación y las velas parpadearon al unísono. Aston Upthorpe, el mayor de los Aston, el que llevaba la boina de pintor, alzó la voz y habló con claridad.

—Creo que el chico estaba enamorado —dijo.

—¿Enamorado? —repitió Oscar.

—Sí. Por primera vez en su vida. Enamorado. Aunque no de mí.

## 18.

### ¿Dónde está la sangre?

—¿Tenemos que tomar un tren? —pregunté al tiempo que la señora O’Keefe cerraba la puerta del 22 de Little College Street a nuestra espalda y adaptábamos la vista a la sorprendente luminosidad del mundo exterior. Eran poco más de las dos y media. El cielo estaba nublado y una capa de neblina sulfurosa, común en esos días en las calles adyacentes al río, impregnaba el aire. Sin embargo, en contraste con la penumbra dibujada por la luz de las velas que envolvía la casa, la calle era un puro resplandor.

—No —dijo Oscar, sacando un pañuelo y sonándose la nariz—, hoy no. Es ya demasiado tarde. Y mañana estoy comprometido. Voy al ensayo de la nueva producción del Lyceum. No sabes con cuánta ilusión lo espero. Pero el jueves, Robert, si estás libre, tomaremos en efecto el tren. En primer lugar, volveremos a Broadstairs. Tenemos que encontrar a O’Donnell, sobrio, a ser posible. Tenemos que volver a ver a la señora Wood. Esa será nuestra misión para pasado mañana. Pero por ahora, amigo mío, ya que estamos aquí, deberíamos desandar los últimos pasos de Billy Wood. Por aquí, creo.

Apuntó con el bastón a la acera de enfrente y bajó con paso alegre a la calle vacía. Aunque Oscar tenía treinta y cinco años, a mí siempre me había parecido mayor. Era corpulento; voluminoso; y nada dado al ejercicio físico. A menudo lamentaba la desaparición de la silla de manos. Normalmente, cuando se movía, lo hacía a regañadientes, a paso de tortuga y no de liebre. Esa tarde, sin embargo, en las callejuelas vacías de Westminster, observé una agilidad en su caminar que no había apreciado antes.

Me leyó el pensamiento.

—Sí, Robert —dijo, poniéndome la mano en el hombro al cruzar la calle adoquinada—, estamos desandando los pasos finales del pobre Billy Wood. Aun así, estoy animado. Me siento embriagado, y no sólo por el champán barato de Bellotti. Mi mente se rebela ante el estancamiento. Aborrezco la triste rutina de la existencia. El juego ha empezado... y el corazón me late más deprisa. Me siento estimulado porque en la tragedia hay excitación. Nos entusiasmos con Eurípides como jamás lo hacemos con Platón.

Se detuvo en mitad de la calle y se volvió a mirar a la ventana del primer piso de la casa que acabábamos de abandonar. La pesada cortina había sido parcialmente descorrida y allí, en la ventana, estaba Aston Upthorpe, con su absurda boina de

pintor, mirándonos. Levantó la mano y nos saludó. Oscar le devolvió el saludo.

—Pobre hombre. Cuánto amaba a ese chico. Qué patético resulta el amor no correspondido en un anciano, ¿verdad? Que Dios nos libre.

El repentino repiqueteo de cascos interrumpió esa sensiblera meditación. El carro de un repartidor de carbón giró la esquina y se acercó rodando lentamente hacia nosotros. Oscar me agarró del brazo y nos apresuramos para ponernos a salvo en la acera opuesta.

—Veamos, Robert, el muchacho sale de la casa y, según palabras de Upthorpe, nuestro único testigo, gira a la izquierda y cruza corriendo la calle. No se para a pensar qué dirección tomar. Sabe muy bien adonde va. Su cita es a las dos, pero no anuncia su partida hasta que oye que el reloj da la hora. ¿Por qué? Porque sabe que no tiene que ir muy lejos. Llega a la esquina de la calle, gira a la derecha... e inmediatamente de nuevo a la derecha... y llega aquí. —Estábamos en ese momento en Cowley Street—. El trayecto nos ha llevado apenas dos minutos. Un muchacho de dieciséis años podría recorrer la distancia corriendo en treinta segundos. Así que, en un momento dado Billy estaba con sus amigos en el veintidós de Little College Street e, instantes después, en el portal del veintitrés de Cowley Street. ¿Por qué? ¿Por qué ese día? ¿Por qué a esa hora? ¿Cuál era su propósito? ¿A quién había venido a ver?

—Lo único que sabemos hasta ahora es que tenía una cita con su tío, Edward O'Donnell —dije.

—No, Robert, eso no puede ser. No tiene sentido. O'Donnell es un bruto y un borracho, nadie corre para encontrarse con él, sino para huir de él. Billy corría ilusionado como una novia. Apareció recién afeitado y vestido de domingo: todos nuestros testigos así lo confirman. Y el pobre Upthorpe nos dice que Billy estaba «enamorado», pero no de él... ¿Corría Billy a encontrarse con su amor?

—¿Estás diciendo que quizá pudo venir a encontrarse con una chica?

—Sí, Robert, podría haber sido una chica... ¿o una mujer, quizá? A menudo me has hablado de la mujer que te robó el corazón cuando tenías solo dieciséis años. ¿Cuál era su nombre?

—Madame Rostand.

—¿Y su edad?

—Veintisiete.

—Y recuerdo que tenía los pechos como granadas. —Sin duda Oscar estaba de muy buen humor esa tarde—. Pero si se trataba de una mujer, Robert, ¿por qué ninguno de los otros dos chicos (Fred y Harry), la mencionaron en ningún momento? Sin duda tenían que estar informados. ¿Pudo un chico de dieciséis años mantener a «la mujer mayor» de su vida en secreto de sus amigos? ¿Pudiste tú?

—Pero, Oscar —repliqué, optando por superar su broma—, lo que aún no comprendo es lo siguiente: ¿por qué Billy les diría a los demás, de modo muy claro,

que iba a ver a su tío, si, de hecho, no era así?

—Bien porque necesitaba una excusa que nadie cuestionara, sobre todo Bellotti, o porque, y ésta es una idea que tener en cuenta, se iba a encontrar con su tío, al que temía, aunque en compañía de alguien más, alguien con quien se sentía a salvo, alguien que creía que podía liberarle de la tiranía de su tío...

Me quedé confundido y poco convencido. Tras mirar a la casa, e intentando agarrarme a la certeza, dije:

—Fuera cual fuese la identidad de las personas con las que vino a encontrarse, se citó aquí con ellas.

—Sí —afirmó Oscar—. Y una hora después, como mucho una hora y media después, estaba muerto. —Llamó bruscamente a la puerta.

—¿Qué haces? —pregunté.

—Espero que me permitan la entrada. —Volvió a llamar—. Aunque mira la aldaba... fíjate en lo descuidada que está. Hace ya algún tiempo que la señora O'Keefe no aparece por aquí. Creo que encontraremos la casa vacía. —Se desabrochó el abrigo y sacó del bolsillo del chaleco un llavecilla diminuta. La sostuvo en alto—. La llave de Bellotti —dijo.

—Una llave —apunté, mirando la puerta—, y tres cerraduras.

—Y la llave —dijo Oscar— encaja en las tres. —Abrió las tres cerraduras, una tras otra—. Es una llave maestra como las que las amas de llaves utilizan para tener acceso a todas las habitaciones de un hotel. Bellotti sabe muy bien lo que hace. —Oscar abrió la puerta principal de un empujón. La luz procedente de la calle se derramó en el interior del minúsculo recibidor, aunque más allá reinaba la oscuridad.

—¿Tienes una cerilla? —pregunté.

—Y también una vela —respondió mi amigo con una sonrisa, sacando una del bolsillo del abrigo—. Parecía haber un claro excedente de ellas en Little College Street.

Me dio el bastón y encendió la vela. Cerramos tras nosotros la puerta principal y avanzamos hacia las escaleras.

—¡Escucha! —susurró. Nos detuvimos en silencio. Nada. Nos quedamos de pie y muy juntos al pie de la escalera. Oscar sostuvo la vela entre los dos. Le brillaban los ojos.

—¿Tenía Billy Wood una nave? —pregunté.

—Podemos suponer que sí —dijo Oscar—. O se la había dado Bellotti o Upthorpe, aunque quizá no la necesitara, quizá fuera la propia ama de llaves quien le dejó pasar.

—¿Crees que era ella «la mujer mayor»? ¿Te parece?

—Es posible.

—¿Cómo era, Oscar? ¿Qué edad tenía?

—¡No sabría decírtelo! —dijo. Y al decirlo, tal fue el suspiro que escapó de sus labios que a punto estuvo de extinguir la vela. Me volví la espalda, exasperado—. No puedo decírtelo porque no lo sé. No la miré, ni siquiera un instante. Era tarde y estaba preocupado. Ella abrió la puerta. Pasé por su lado a toda prisa. Hacía mucho calor ese día. Dejé el sombrero y el bastón e, inmediatamente, sin detenerme un segundo, me dirigí hacia estas escaleras. —Empezó a subir las escaleras, sosteniendo la vela en alto para iluminar el ascenso—. Llegaba tarde. Había quedado en encontrarme con un alumno aquí a las tres...

—¿Con un alumno? —le interrumpí—. Creía que habías dicho que era un amigo.

—Ciertamente —respondió con impaciencia—, un alumno y amigo, un estudiante mío. En realidad, da igual. —Siguió subiendo la escalera—. La cuestión es que llegaba con treinta minutos de retraso, quizá más. Llevaba prisa. No presté atención al ama de llaves, ni reparé en ella... ¡Menudo idiota estoy hecho!

Habíamos llegado al descansillo y estábamos uno al lado del otro delante de la puerta cerrada de la habitación en la que Oscar había encontrado el cuerpo muerto de Billy Wood. Se detuvo.

—¡Silencio! —susurró—. ¡Silencio! ¡Escucha! —Me detuve a escuchar. No oí nada—. ¿Qué ha sido eso? —preguntó, dándome la vela. Esperé, y entonces lo oí... Un débil sonido procedente del interior de la habitación. Podría haber sido el llanto silenciado de un niño gimoteante o el aullido distante de un perro herido. Nos acercamos a la puerta. De pronto, el gemido cesó y, tras un instante de silencio, como un aliento contenido, se oyó una repentina y brusca explosión de arañazos, seguidos de un ruido que sonó como si un puño golpeará contra cristal. Oscar abrió la puerta de par en par y un pajarillo diminuto se nos lanzó volando a la cara y entonces, con un atemorizado revoloteo de sus pequeñas alas, volvió a alejarse volando caóticamente. Enloquecido, el pajarillo chocaba y daba vueltas por la habitación, golpeándose contra el suelo, contra las paredes y, una y otra vez, lanzándose, frenético, contra la ventana.

—¡Oh, Dios! —gritó Oscar—. ¡Es el espíritu atrapado del pobre Billy Wood! Tenemos que dejarlo en libertad. —Cruzó apresuradamente la habitación y, con las dos manos, abrió la ventana de par en par. Se recostó contra la pared y, al hacerlo, el pájaro voló derecho hacia la ventana y salió al mundo exterior.

—Bien hecho —dije—. Eres un buen hombre.

—Era un gorrión —dijo Oscar, cerrando la ventana—. A Dios nadie le engaña. —Cerró el pestillo de la ventana—. ¿Dejamos la ventana abierta cuando estuvimos aquí con Conan Doyle?

—Quizá —respondí—. Hacía bochorno ese día. No lo recuerdo. Quizá la señora O'Keefe la abrió cuando estuvo aquí.

—Quizá. —Oscar siguió paseando la mirada por la habitación vacía—. Resulta



curioso lo poco que recordamos, incluso de experiencias que en su momento nos resultaron tan vividas. La imaginación no es una cámara, sino el pincel de un pintor. Desgraciadamente, no nos proporciona un testimonio fotográfico. Puede recuperar el color del día, la sensación del momento, pero el detalle ha desaparecido por completo. Aunque es un instrumento satisfactorio para poetas y pintores, para los detectives es ¡inútil!

Se acercó despacio a la ventana y miró desde allí a la calle.

—¿Qué recuerdo de la tarde del martes treinta y uno de agosto de 1889? No lo suficiente, Robert. ¡No lo suficiente! —Se volvió y me clavó la mirada—. Alrededor de las tres y media de esa tarde estaba en la puerta de esta misma habitación, justo donde estás tú en este momento, ¿y qué fue exactamente lo que vi?

—Viste el cuerpo de Billy Wood.

Se desplazó hacia el centro de la habitación.

—Estaba estirado aquí. Tenía la cabeza donde yo ahora tengo los pies. Estaba desnudo. Tenía los brazos y las piernas blancos —extremadamente blancos—, pero su cuerpo estaba bañado en sangre. Mucha sangre. ¿Dónde estaba su ropa? No lo recuerdo. Había una alfombra, una alfombra persa. Eso sí lo recuerdo. Y velas aquí, casi extintas aunque no del todo, metidas en candeleras y formando un semicírculo alrededor de su cabeza. Aunque ¿cuántas? Cuatro con seguridad, probablemente seis.

—Y un cuchillo. Dijiste que había un cuchillo.

—Sí, un cuchillo pequeño. O quizá fuera una navaja. La hoja brillaba. Sí, resplandecía, eso lo recuerdo.

—¿Te parece importante?

—De haber sido el arma del crimen, tendría que haber estado cubierta de sangre.

—¿Y no podrían haberla utilizado como el arma del crimen para luego limpiarla?

—Podría ser —dijo Oscar—. Sí, sin duda. —Caminó alrededor de la silueta imaginaria del cadáver y por fin se quedó de pie a mi lado. Cogió un cigarrillo y lo encendió con la vela que seguía sosteniendo en la mano. Fijamos nuestras miradas en la tarima desnuda del suelo.

—¿Cuál es tu recuerdo más vivido de la escena que presenciaste esa tarde? —pregunté.

Cuando respondió, el humo del cigarrillo fue saliendo lentamente de su boca y nariz, formando una nube gris alrededor de su cabeza.

—El horror de la imagen —dijo—, el color púrpura de la sangre... y lo hermoso que estaba Billy. Su inocencia. Aunque tenía el cuerpo bañado en sangre, su rostro estaba limpio, sereno. Tenía los ojos cerrados. Parecía en paz, Robert. Lo habían masacrado hasta darle muerte y aun así parecía descansar en paz. ¿Cómo es posible?

—¿Y cómo es posible que cuando volvimos a la escena del crimen, menos de veinticuatro horas más tarde, no quedara ni rastro de todo ese horror? Lo habían

limpiado todo.

—¡Excepto la salpicadura de sangre que vio Arthur! —Oscar se separó de mí y fue a examinar la pared situada a la derecha de la habitación—. ¿Dónde está, Robert? ¿Dónde está la sangre? —Estudió detenidamente la pared, recorriéndola con ojos y manos—. Acerca la vela, está oscureciendo. —Le llevé la vela. Nos colocamos en el mismo lugar donde había estado Conan Doyle—. Estaba por aquí, ¿verdad?

—Eso creo recordar.

—Divide la pared en cuadrados, Robert, como lo hace el amigo Millais cuando planifica uno de sus lienzos más grandes. Ahora, con cuidado, estudia cada cuadrado: primero verticalmente, y luego en horizontal. Tómate tu tiempo... ¿Dónde está la sangre, Robert?

—No la veo —dije.

—Yo tampoco.

Nos quedamos en silencio con la mirada prendida en el papel de la pared. Oscar dio una calada a su cigarrillo y sonrió.

—Qué espanto de papel, ¿no te parece? Es tan grotesco que supongo que debe de ser el diseño más popular del fabricante. —Me reí. Se volvió hacia mí, todavía sonriente, aunque observé cierta dulzura en su sonrisa—. A buen seguro, las colgaduras de las paredes no habrán preocupado a Billy en lo más mínimo. Si mal no recuerdo, prestaba poca atención a lo que le rodeaba. Era un chico feliz. De hecho, ahora creo que quizá nunca fue tan feliz como en el momento de su muerte. «Si viene ahora, no lo hará luego. Si no viene luego, lo hará ahora. Si no viene ahora, lo hará algún día»<sup>[6]</sup>. ¿Estás preparado, Robert? Inspeccionemos las demás habitaciones y vayámonos.

Oscar me quitó la vela y salimos de la habitación sin volver la vista atrás en ningún momento. Parecía tener prisa por marcharse. Nuestra inspección del resto de la casa fue casi superficial. Había dos habitaciones por planta, además de un excusado, un ropero debajo de la escalera y un fregadero y un aseo contiguos a la cocina. Oscar abrió la puerta de cada espacio, sostuvo la vela en alto, masculló «aquí no hay nada» o algo por el estilo, y prosiguió sin demasiadas contemplaciones. Por lo que pude ver, la casa seguía exactamente tal y como la habíamos encontrado en nuestra última visita: desierta, abandonada y casi completamente desprovista de muebles.

—Cuando el club de Bellotti se encontraba aquí —dije en el momento en que salíamos de la cocina y retrocedíamos hacia la puerta principal—, ¿estaba ya la casa desamoblada?

—Sí —fue su respuesta—. Bellotti es un empresario del espectáculo ambulante. Se lleva con él su vestuario y sus pertenencias. Cuando alquilas una habitación en una casa como ésta, la alquilas con lo mínimo: con una mesa y una silla, quizás una cama

desnuda, una tetera en la cocina, nada más. Cuando llegué a la casa en agosto, la encontré como la ves ahora, excepto... excepto... —Estábamos en el vestíbulo, al pie de la escalera. Repentinamente exultante, abrió sus brazos cuan largos eran—. ¡Bravo, Robert! —gritó. Le miré sin comprender—. Con la única diferencia de que aquí —dijo—, justo aquí, —repitió, indicando la pared que estaba junto al pie de la escalera—, había un arcón, un largo arcón de madera.

—¿Estás seguro?

—Sí —respondió, arrodillándose con dificultad para examinar la tarima del suelo—. No alcanzo a ver ninguna raspadura en el suelo, pero había un arcón justo aquí, estoy seguro...

—¿Seguro?

—¿Dónde, si no, pude haber dejado el bastón y el sombrero? Los habría dejado en el suelo, ¿no te parece? —Se levantó, ayudándose de mi brazo—. Gracias, Robert, ¡gracias! Acabas de abrir otra de las puertas que flanquean nuestro camino.

—¿Ah, sí? —me reí.

—Sí, amigo mío. El doctor Watson no lo habría hecho mejor. Preguntando por los muebles que ya no están aquí, me has recordado el único mueble que sí estaba. Cuando esa tarde llegué a la casa, pasé como una exhalación junto al ama de llaves, pero al hacerlo, automáticamente me quité el sombrero y, cuando estaba a punto de empezar a subir las escaleras, lo dejé junto con el bastón. Y los dejé aquí, encima de un arcón de madera, el mismo en el que la alfombra persa, los candeleros y el resto de la parafernalia necesaria fueron traídos a la casa... ¡y en el que se llevaron el cuerpo del pobre Billy Wood! ¡Me rindo ante tu genio, Robert! Te lo recompensaré con té y magdalenas en el Savoy, o quizá mejor con un vino blanco del Rin con soda. ¿Qué hora es?

Cuando negamos al hotel Savoy y nos hubieron servido el té con las magdalenas, además de unos bollos y tostadas con anchoas, sin olvidar el vino blanco del Rin con soda, eran pasadas las cinco. De camino al hotel, Oscar había hecho parar al coche junto al puesto de flores de Charing Cross y había comprado una flor para el ojal a cada uno: una camelia junto con una ramita de helecho.

—Una flor para el ojal realmente bien hecha es el único vínculo entre arte y naturaleza —apunté cuando él volvió a subir al carruaje—. Todo caballero debería o bien ser una obra de arte, o bien llevar una encima.

—¿Quién ha dicho eso? —preguntó.

—Tú —respondí—, como bien sabes.

—¿En serio? —dijo, arrugando la frente—. ¿Estás seguro de que no fue Whisder? Seguro que fue él.

Oscar estaba de un humor exuberante. Y cuando tomaba el té de la tarde en su mesa favorita del Savoy. —«¡Nada de pastas, Cesari! ¡Venimos con ganas de

deleitarnos el paladar, pero estamos en la más estricta de las dietas!»—, Oscar se encontraba, a todas luces, en su elemento.

—Hoy hemos hecho grandes progresos, Robert —dijo, limpiándose la mantequilla de la barbilla. Aunque hacía siempre gala de unos modales impecables, no era lo que se dice delicado en la mesa—. Y muy pronto —añadió, con gran deleite—, haremos más.

Me pregunté qué quería decir con eso de «progresos».

—¿Has creído a Bellotti cuando ha dicho que el enano era su hijo? —pregunté.

Reflexionó durante un instante antes de contestar.

—Sí —respondió despacio, dejando la servilleta sobre la mesa—. Le he creído. Me ha desconcertado, pero le he creído. No tenía necesidad de mentir sobre eso.

—Pues yo no me fío de Bellotti —dije.

—Y además sé con seguridad que es cierto que el enano visita el sanatorio de mujeres de Rochester los martes por la tarde —prosiguió Oscar—. Jimmy y otro de mis espías le han seguido hasta allí.

—No me fío de Bellotti —insistí, esta vez haciendo hincapié en ello—, y tampoco me gusta.

—No es un hombre simpático —dijo, sonriéndome—. Pero ¿qué te ha parecido el canónigo Courteney y su cuadrilla?

—Me caen bien —respondí.

—Me alegro. A mí también. Nuestra vida real es a menudo la vida que no llevamos, la vida que imaginamos o que esperamos tener, o que podríamos haber tenido. En los confines de su curioso club, el canónigo Courteney y sus pintorescos compañeros son libres de vivir sus vidas como quieren. Entre las doce y las cuatro del último martes del mes, se transforman en sí mismos. Vuelven a la vida. Les envidio.

—¿Podría alguno de ellos ser nuestro asesino? —pregunté.

—¿Te refieres a Aston Upthorpe?

—Sí. Amaba a Billy Wood, pero Billy Wood amaba a otro...

Oscar examinó su magdalena con actitud contemplativa.

—Dicen que el hombre mata el objeto de su amor... Me pregunto si es así. Upthorpe tenía un móvil, es cierto. Y también una oportunidad.

—Pero, según dicen, estuvieron juntos en todo momento, de modo que también cuenta con una coartada.

—¿Han estado hoy juntos todo el tiempo mientras estábamos con ellos?

—Creo que sí. ¿O no?

—No. Upthorpe ha salido a aliviarse, dos veces. También Bellotti. Y Store Talmage ha salido una vez. Pero no te has dado cuenta. O si lo has hecho, has supuesto, y con razón, que respondían a la llamada de la naturaleza y no le has dado mayor importancia a sus ausencias. Upthorpe, o cualquiera de los demás, podría

haberse ausentado de la habitación durante unos minutos el treinta y uno de agosto sin que nadie se diera cuenta. Supongo que el tiempo suficiente para cruzar la calle y cometer un asesinato.

No parecía convencido.

—Háblame del hombre que no estaba allí —le pedí.

—¿De Drayton Saint Leonard?

—¿Le conoces?

—No.

—Pero conocías su nombre.

—Adiviné su nombre —me corrigió Oscar.

—¿Que lo adivinaste?

—No fue difícil. Aston Upthorpe, Aston Tirrold, Sutton Courteney, Berrick Prior, Store Talmage y... Drayton Saint Leonard. Son todos nombres de pueblos de Oxfordshire, probablemente de la parroquia en la que el canónigo Courteney era rector antes de que le obligaran a colgar los hábitos. No debería sorprenderte tanto, Robert. Un *nom de guerre* no convierte en criminal a un hombre. A fin de cuentas, el verdadero nombre de Henry Irving es John Brodribb.

# 19.

27 de enero de 1890

—Los estados de ánimo no duran —solía decir Oscar—. Ése es su principal encanto.

Sin duda, el estado de ánimo relajado con el que había dejado a mi amigo tras nuestro té en el hotel Savoy el martes por la tarde se había evaporado del todo cuando volví a reunirme con él en el tren de las nueve a Broadstairs el jueves por la mañana. Oscar estaba sentado en el asiento del rincón de nuestro vagón de primera clase, arrebujado en su abrigo, con el cuello de astracán cubriéndole las orejas y mirando desconsoladamente las grasientas gotas de lluvia que se perseguían hacia el suelo por el sucio cristal de la ventanilla.

—Esto no es acogedor —masculló—. Nada acogedor.

Me di cuenta demasiado tarde de dónde estaba el problema. Oscar había olvidado sus cigarrillos. Yo tampoco llevaba ninguno encima y nuestro tren había emprendido la marcha.

—Hay un estanco en el andén de Tonbridge —le dije.

—¡Tonbridge! —suspiró—. Eso está a una hora de aquí. ¡Llevará más que la *Crucifixión* de Stainer! Y no será menos mortificante. Qué espantosa tortura.

Mientras nuestro tren retronaba lentamente por los suburbios del sur de Londres, Oscar repiqueteaba con las uñas en la tapa del cenicero metálico adosado a la puerta del vagón.

—Entretenme, Robert —me ordenó—. Distráeme. Háblame de tu divorcio.

—No hay ninguna novedad —respondí.

—¡Alguna tiene que haber!

—Foxton, el abogado, se ha callado por fin. Hace semanas que no tengo noticias de él. Ni de Marthe. Me basta con que las cosas se mantengan como están. Me temo que no tengo nada de que informarte.

Oscar volvió a suspirar y cerró los ojos. Viajamos en silencio entre Coulsdon South y Nutfield. En Godstone, cuando el tren hizo una breve parada, albergué esperanzas de conseguir un cigarrillo de un joven al que había visto en el andén. Llevaba una gorra Glengarry y capa, y una alentadora nube de humo le envolvía el rostro. Acababa de encender un cigarrillo y tenía aún la pitillera en la mano. Al principio, pareció que iba a subir a nuestro compartimiento, pero cuando llegó a la puerta y nos vio, pasó de largo. Cuando el tren salió de la estación entre sacudidas, Oscar se removió en su asiento. Contuvo un bostezo y me lanzó una mirada preñada

de reproche.

—¿Cuánto hace que conoces a John Gray? —le pregunté.

—Curiosa pregunta —respondió, inclinándose lentamente hacia delante en el asiento—. ¿Por qué me la haces?

—Por nada —respondí, lamentando al instante no haber abordado el tema de un modo menos directo.

—Tiene que haber alguna razón, Robert.

—Ninguna —protesté—. Simplemente quería darte conversación.

—Preguntar por el *Ricardo III* de Richard Irving, o por el tiempo que hace en Dover, o las consecuencias de la abolición de la esclavitud en la economía de Cuba, eso sí es «dar conversación», Robert. Preguntar cuánto hace que un caballero conoce a otro es «investigar». ¿Por qué me has hecho esa pregunta?

—No tiene importancia —dije, agitando las manos ante mi rostro con la esperanza de que la cuestión se desvaneciera en el aire.

—La respuesta a esa pregunta carece de importancia, sin duda —dijo Oscar, que estaba en ese momento sentado en el borde del asiento y se inclinaba hacia mí—, pero la pregunta en sí es significativa. La haces como la haces, directamente, sin adornos, de repente, porque lleva un tiempo dándote vueltas. Has estado esperando el momento para hacerla. Y sospecho que has hecho la pregunta porque Aidan Fraser ha estado haciéndola también, ¿verdad? ¿Me equivoco?

No dije nada. No quería mentir a mi amigo.

Empezó de nuevo a repiquetear con los dedos sobre la tapa del cenicero de metal.

—El inspector Fraser es un tipo extraño —dijo entre dientes—. Es apuesto, inteligente, amigo de Conan Doyle... Él y yo tendríamos que llevarnos a la perfección, y sin embargo...

—¿Qué? —pregunté.

—Es evidente que a él no le gustan mis compañías ni confía en ellas, Robert.

Abrí la boca para protestar.

—No, Robert, es cierto. Exceptuando a Arthur y a ti, y probablemente también al príncipe de Gales, al primer ministro y al poeta laureado, y quizá, si no hay más remedio, al señor Irving y a la señorita Eben Ferry, el inspector Fraser recela profundamente de las compañías de Oscar Wilde. Así me lo ha hecho saber. ¿O acaso no estabas presente cuando intentó advertirme de que me apartara del caso? Él ve a mis amigos como al «enemigo». Creo que Fraser desprecia a John Gray porque sospecha que tiene talento para la música.

—¿Y eso es un crimen?

—Desde el Acta de Enmienda a la Ley Criminal de 1885, al parecer lo es.

Me reí.

—¿De qué te ríes?

—¿No es una broma? —pregunté.

—Desgraciadamente, no.

Me quedé confundido. Se hizo el silencio.

—No tenía ni idea de que John Gray tuviera talento para la música —dije por fin—. ¿Qué instrumento toca?

—Ninguno.

—¿No será compositor?

—No.

—¿Director de orquesta, entonces?

Oscar sonrió. Sus labios se separaron y me sonrió de oreja a oreja, revelando sus dientes dispares.

—Ah, Robert. Estamos hablando de cosas distintas. Está claro que has pasado demasiado tiempo en Francia. No estás familiarizado con la jerga del *demi-monde* inglés. Decir que un hombre «tiene talento musical» no es más que un coloquialismo, Robert. Sugiere que, en lo que concierne a sus más bajos apetitos corporales, puede ser un apóstol del amor griego.

—Ah —dije—. Entiendo. —Me sonrojé. De nuevo se hizo el silencio.

No creo que el término «homosexual» se conociera en 1890. Y, si me equivoco, lo cierto es que jamás llegó a mis oídos. Actualmente, en cualquier cóctel hay alguien que saca a relucir expresiones como «homo» y «gay» sin la menor vergüenza, pero la época victoriana era más discreta... y no por ello peor. Hoy en día, eso que Oscar y su amigo, lord Alfred Douglas, dieron en llamar «el amor que no puede expresar su nombre», manifiesta a voz en grito su presencia universal, pero en aquel entonces las cosas eran muy distintas. Hace cincuenta años, es indudable que cualquier hombre de mundo estaba familiarizado con el fenómeno de la inversión sexual, pero no era un tema que hubiera esperado comentar abiertamente.

—Y bien —dije, un instante después—. ¿Tiene entonces talento musical?

Oscar se rió.

—¿John Gray? Sí. Y no sabes lo que le preocupa al pobre muchacho. Está tomando «la cura»: baños fríos, carreras bajo la lluvia, dormir en tablas de madera y rezar constantemente. Esto último es un error: ya se lo he dicho. El Altísimo ama al pecador, pero no soporta al aburrido. En cualquier caso, no hay forma de convencerle. Está empeñado en ser «puro» antes de ser recibido.

—¿Recibido? —Repetí la palabra con sumo cuidado, repentinamente temeroso de que pudiera estar ante otro eufemismo desconocido para mí—, ¿recibido por quién?

—Por la Iglesia católica. John Gray lleva ya unos meses bajo instrucción. Espera ser recibido en el seno de la Iglesia en cuestión de un par de semanas, el catorce de febrero. Dadas las circunstancias, mucho me temo que la fecha no augura nada bueno.



—¿Y cuánto hace que le conoces? —Algo me dijo que en ese momento podía hacer la pregunta con seguridad.

—No el tiempo suficiente. Me gustaría conocerle mejor. Le conocí en una fiesta en el King's Road, una reunión de poetas. Era el único que no tenía nada de prosaico. Vino a mi encuentro y se presentó.

—¿Fue él quien te buscó?

—Sí, toda una bendición, pues es un hombre apuesto, ¿no crees? Hasta Fraser y tú debéis de poder apreciarlo. Me dijo que se había procurado una invitación a la fiesta con el único fin de conocerme. Me dijo que yo era su «obsesión». Y lo dijo del modo más encantador. Me sentí halagado. ¿Quién no?

—¿Y cuándo fue eso?

—Varios días después del asesinato de Billy Wood. No veo cómo podríais Fraser o tú implicarle en este asunto.

—No es ésa mi intención —repliqué—. En absoluto. Aunque...

—¿Aunque qué?

Inspiré hondo antes de hablar.

—Me resulta curioso que un joven al que apenas conoces, y al que aparentemente conociste por casualidad, así, de forma inesperada, empiece de pronto a aparecer en los momentos clave del drama... Eso es todo.

—¿«En los momentos clave»? —refunfuñó—. ¿Qué «momentos clave»?

—Cuando te atacaron en Soho Square, cuando llegó a tu casa la cabeza de Billy Wood...

—¡Robert! ¡Robert! ¡Robert! —Oscar se balanceaba lentamente adelante y atrás en su asiento, mirándome con ojos malignos—. ¡Piensa bien lo que dices! Cuando trajeron a mi casa la cabeza de Billy Wood, ¡también tú estabas allí! Y Fraser y la señorita Sutherland... ¡Y Constance y los Conan Doyle! ¿Me estás diciendo que también la señora Conan Doyle es uno de nuestros sospechosos?

—No, Oscar. Claro que no. Lo que digo es que quienquiera que haya matado a Billy Wood debe de ser alguien que está al corriente de tu manifiesto interés en el caso... y que sabe dónde vives. Dejaron la cabeza del pobre muchacho en la puerta de tu casa.

—La entregaron en mi club, Robert, y la lista de los que están al corriente de mi interés por Billy Wood y de que soy socio del club Albemarle es sin duda larga. Empieza por la infeliz señora Wood y el desgraciado de O'Donnell y se extiende desde Bellotti y su banda de hombres alegres hasta Fraser, y supongo que, por medio de él, a medio cuerpo de la Policía Metropolitana, sobre todo, y sin la menor sombra de duda, a los oficiales implicados en lo que Fraser es dado a llamar «el desagradable asunto de Cleveland Street». Hasta la señora O'Keefe sabe que soy miembro del Albemarle. Recuerda que fue a encontrarse allí conmigo. ¿La has incluido en la lista?

Me supe derrotado, abrumado por el torrente de palabras de Oscar. Eché una mirada por la ventanilla. La lluvia amainaba.

—Pronto llegaremos a Ashford —dije—. Allí cambiamos de tren.

Entonces él estalló.

—¿Y qué ha pasado con Tonbridge? —exigió saber—. ¡Me prometiste un cigarrillo en Tonbridge! —Era obvio que no sabía si reír o gruñir. Empezó a toser: una tos seca, breve y rasposa de la que fue incapaz de deshacerse. Se inclinó hacia delante y me indicó que le golpeará en la espalda para ponerle fin. En ese momento, se reía, tosía, resobaba y hablaba, todo al mismo tiempo—. Y, Robert —balbuceó—, no des por hecho que quien envió la cabeza cortada es necesariamente el asesino. —Me indicó que le golpeará más fuerte—. Me enviaron la cabeza para decirme algo —jadeó—. Pero ¿qué? —La tos no remitía—. Más abajo —dijo con voz áspera—. Golpéame más abajo.

Estaba sentado prácticamente en el borde del asiento, doblado sobre sí mismo, con mi pierna izquierda entrelazada en la suya y mi rodilla derecha sobre el asiento adyacente. Yo seguía golpeándole rítmicamente la parte inferior de la espalda con el borde de mi mano cerrada cuando el tren se detuvo de golpe en Ashford Station. De pronto, la puerta del vagón se abrió de par en par y un agente del servicio de ferrocarril me empujó violentamente al suelo.

—¡Fuera! —rugió. Se volvió a mirar a Oscar—. ¿Está usted bien, señor? —Buscaba un silbato en su bolsillo.

Oscar levantó la mirada. Tenía los pulmones descongestionados y sonrió al agente.

—Estoy bien, gracias. Le aseguro que no es necesario llamar a la policía. Este caballero es amigo mío. Estaba ayudándome.

—¿Cómo? —rugió el ferroviario—. Pero si le estaba moliendo a palos.

—Le aseguro que no. Me había dado un ataque de tos —dijo Oscar, llevándose la mano al bolsillo del abrigo—. Las apariencias pueden ser muy engañosas. —Encontró una moneda y se la dio a su rescatador—. Gracias —dijo—. Gracias por sus buenas intenciones.

El empleado sintió el peso de la moneda y masculló:

—Gracias, señor. —Me lanzó una mirada preñada de desprecio, como si hubiera podido escupirme de no haber sido por la presencia de un caballero. Le devolví la mirada y reparé en que debía de rondar los sesenta y cinco años. Tenía profundas arrugas en su rostro curtido; el pelo, que le asomaba por debajo de la gorra, era gris como la ceniza. Oscar se levantó despacio y dejó que el hombre le ayudara a bajar al andén—. ¿Necesita algo más, señor? ¿Un mozo o alguna otra cosa?

—Un cigarrillo —dijo Oscar, sonriéndole—, si tiene alguno. —El ferroviario se quitó un cigarrillo de detrás de la oreja derecha y se lo ofreció. Oscar se llevó al

instante la mano al bolsillo del abrigo y le dio otra moneda.

Con suma cautela, y manteniéndome a cierta distancia, bajé del vagón tras ellos.

—Necesitamos tomar el tren que va a Broadstairs —dije.

—Andén número tres —respondió el empleado—. A y veinte.

Oscar le ofreció una tercera y última muestra de su aprecio.

—Robert —dijo al tiempo que el empleado se retiraba, llevándose la mano a la gorra para saludar a Oscar y lanzándome una última mirada desdeñosa al pasar—, ¿tienes fuego?

Yo estaba confundido. Mientras la cabeza y el corazón todavía me palpitaban con furia tras el inesperado asalto sufrido un momento antes, busqué en mi bolsillo y encontré una caja de cerillas. Me temblaban ligeramente las manos, pero Oscar no pareció darse cuenta.

—¿Quieres que compartamos el cigarrillo? —preguntó—. Podemos fumarnos la mitad cada uno o darle caladas alternas.

—Fúmatelo tú —respondí. Prendí una cerilla y la sostuve protegida entre las manos mientras encendía el cigarrillo. Todavía estábamos en el andén de la estación, junto al compartimiento del que acabábamos de bajar. Aunque Oscar estaba de espaldas al tren, cuando sonó el silbato y el tren arrancó de pronto, siguiendo su ruta hacia Folkestone, vi pasar por encima del hombro de Oscar el compartimiento contiguo al que él y yo habíamos ocupado. En el asiento del rincón situado junto a la ventanilla iba sentado el joven de la capa y gorra Glengarry. Ya no estaba envuelto en un velo de humo de cigarrillo. Pude verle con toda claridad. Era John Gray.

El tren avanzó ruidosamente. Oscar dio una calada a su cigarrillo con los ojos cerrados y con una mueca de suprema satisfacción en los labios. Cuando el tren desapareció, abrió los ojos y me sonrió. No supe qué decir.

Empecé así:

—Esto es pero que muy extraño, Oscar...

—Sí —dijo.

—¿Sabes a quién acabo de ver?

—Sí —dijo—. ¿Te parece una coincidencia?

—No lo sé, aunque...

—Pronto lo descubriremos. Ella nos ha visto. Viene hacia nosotros.

En cuanto me volví, vi, avanzando hacia nosotros por el andén, medio caminando y medio corriendo, a una joven que vestía un largo abrigo negro. Bajo el sombrero llevaba un velo, pero en cuanto se acercó vi el temor en sus ojos y lágrimas de desesperación en sus mejillas.

—Señora Wood —dijo Oscar, tirando el cigarrillo al suelo y tomando las manos de la señora entre las suyas—, íbamos de camino a verla y al parecer usted iba de camino a vernos a nosotros.

—Oh, señor Wilde —dijo—. Se lo han llevado. Han arrestado a Edward, señor Wilde. Van a acusarle. Le colgarán.

—¿Y él es su marido? —preguntó Oscar.

—Sí, es mi marido... —susurró ella antes de caer desmayada en sus brazos.

## 20.

### Ashford Station

Susana Wood colgaba sin conocimiento de los brazos de Oscar. Desde el extremo más alejado de la plataforma, mi asaltante ferroviario vio lo ocurrido y, de inmediato, corrió hacia nosotros para ofrecer su ayuda. Entre todos llevamos a la pobre mujer a lo que el ferroviario llamó «el cuartito del jefe de estación»: una habitación oscura de techo bajo del tamaño de un vagón de tren, encajonada detrás de la taquilla de venta de billetes. Fue allí, delante de un fuego de carbón no mayor que un colador, donde colocamos a la señora Wood en un viejo sillón y la reanimamos con una taza de té dulce fortificada con un trago del «brandy reserva especial» del jefe de estación. Oscar aceptó también un trago. Se le aguaron los ojos.

—Revitalizador, ¿eh? —dijo el ferroviario.

—Resucitaría al mismísimo Lázaro —respondió Oscar.

Cuando la señora Wood volvió en sí, Oscar, sentado en una silla de madera de cara a ella, tomó sus manos en las suyas y dijo muy serio:

—Mi querida señora, deje de ocultarme la verdad.

Me senté en el borde de la mesa del jefe de estación y saqué mi libreta de notas.

La señora Wood miró lastimeramente a Oscar a los ojos y dijo:

—¿Cómo sabía usted que Edward O'Donnell es mi marido?

—Porque lleva un anillo de oro rosa en el dedo anular —fue la respuesta de Oscar—. Me di cuenta la primera vez que me encontré con él en la puerta de su casa e intentó golpearme la cara con la mano. —Oscar sostuvo ante él la mano izquierda de la señora Wood—. Lleva usted un anillo de oro rosa idéntico en el tercer dedo de su mano izquierda —dijo—. Lo vi cuando le devolví esta otra alianza, la que llevaba Billy.

Susana Wood cerró los ojos.

—¿Colgarán a Edward?

—Es posible —dijo Oscar—. No lo sé. Hábleme de su arresto.

Sin dejar de vacilar en ningún momento, y apremiada por Oscar, la señora Wood nos contó lo ocurrido. Esa misma mañana, entre las cinco y las seis, antes del amanecer, la policía había hecho su aparición en *The Castle*. El ruido de sus porras golpeando contra la puerta principal la había despertado. Susannah acudió a la puerta, según dijo, «desconcertada, medio dormida». En un principio, creyó que debía de tratarse de O'Donnell que volvía a casa presa de uno de sus arranques de furia etílica,

pero no tardó en darse cuenta de que le había oído entrar por la entrada del sótano horas antes. Cuando se dispuso a abrir la puerta principal, los golpes cesaron.

—Hubo un instante de repentino silencio —dijo—, y entonces supe que algo terrible estaba a punto de ocurrir. Al abrir la puerta, cinco o seis policías, todos uniformados, y todos porra en mano, irrumpieron en la casa. Uno de ellos gritó al entrar:

—Hemos venido a buscar a O'Donnell. ¿Dónde está? ¿Dónde está, mujer?

La policía no tardó mucho en encontrar a su presa. O'Donnell, que seguía vestido con la misma ropa que llevaba la noche anterior, y que no se había quitado ni la gorra, ni la capa, ni las botas, dormía como un tronco, despatarrado como un hombre crucificado sobre un colchón colocado en el suelo del lavadero.

—Allí es donde dormía cuando estaba borracho —dijo la señora Wood. Mientras dos policías lo ponían en pie, él apenas se movió. Cuando otros dos agentes lo esposaron, O'Donnell abrió los ojos y empezó a maldecir. Poco a poco, a medida que los agentes le empujaban y tiraban de él por la escalera del sótano, recobró fuerzas y, entre terribles juramentos e imprecaciones, intentó liberarse.

—Tiene la fuerza de un buey —dijo la señora Wood—, pero ellos eran demasiados. Lo redujeron con sus porras. Le golpearon en la cabeza. Lo molieron a golpes hasta que por fin cayó inconsciente al suelo. Luego cargaron su cuerpo en la parte trasera del coche de policía.

—¿Un coche de policía? —preguntó Oscar, sorprendido—. ¿Está usted segura?

—¿Acaso no se llaman así? —preguntó a su vez la señora Wood—. Era un gran carruaje, completamente cerrado y pintado de negro, tirado por dos caballos. Podría haber dado cabida a una docena de prisioneros. Supuse que sería un coche de policía.

—Debieron de llevarlo desde Londres —dijo Oscar.

—Sí. El oficial que estaba al mando dijo que lo habían llevado especialmente desde Londres. Dijo también que llevaban a Edward a los calabozos de la comisaría de Bow Street. Y que lo acusarían de asesinato. —La señora Wood, que hasta entonces había conservado la calma mientras narraba su relato, se echó a llorar—. Le colgarán, señor Wilde. Le desprecio, pero es todo lo que me queda... y le colgarán.

—Ese «oficial que estaba al mando» —empezó de nuevo Oscar—. ¿Podría describirlo?

—No, creo que no —respondió la señora Wood, respirando hondo y haciendo un esfuerzo supremo por recobrar la compostura—, estaba oscuro y todo terminó en cuestión de segundos.

—¿Iba uniformado?

—No, pero sin duda estaba al mando, a pesar de que parecía ser el más joven de todos. Era alto... eso sí lo recuerdo. Y también muy pálido.

—¿Le dio su nombre?

—No se lo pregunté.

—¿No era el mismo oficial que la llevó a identificar el cuerpo del pobre Billy?

Sin previo aviso, Susannah Wood dejó escapar un penetrante chillido y se apartó violentamente de Oscar, llevándose de pronto los puños a la cara y golpeándose con ellos las sienes.

—¿Por qué me tortura usted de este modo? —gritó.

Oscar se inclinó hacia ella y le susurró, alarmado:

—Créame, querida señora, cuando le digo que soy su amigo. Por nada del mundo le haría daño. He sido un desconsiderado recordándole el horror de lo que ha tenido usted que ver. Perdóneme.

—¡Yo no he visto nada! —chilló la mujer.

—¿Cómo? —exclamó Oscar—. ¿No la llevó a la morgue la policía?

La señora Wood se volvió a mirar a Oscar. La angustia desfiguraba su rostro surcado por las lágrimas.

—¿Me está diciendo que han encontrado el cuerpo de Billy? ¿Dónde? ¿Dónde está? ¿Dónde puedo ir a ver a mi pequeño? Está muerto, lo sé. Sé que está muerto —aulló—, pero ¿acaso no tengo derecho a tener su cuerpo entre mis brazos y acunarlo por última vez? Era mi hijo.

La pobre mujer había logrado levantarse y se estaba poniendo el abrigo. Oscar, totalmente confundido, se había levantado también y la había rodeado con el brazo para retenerla.

—No, no —gritó—. No quiero que me interprete mal. No pretendía darle esperanzas. La he confundido. Y me he confundido. Creía que un agente de policía habría pasado a verla para pedirle alguna imagen de su hijo: una fotografía que sirva de ayuda para la identificación de su cuerpo en caso de que aparezca... —Relajó la firmeza de su abrazo—. En caso de que aparezca —repitió.

Susannah Wood volvió a sentarse. Se secó las lágrimas de los ojos.

—Entonces, no han encontrado su cuerpo —dijo.

—No —respondió Oscar, tomando asiento a su vez—. No. Me he expresado mal. Le ruego que acepte mis más sinceras disculpas. —La señora Wood tomó entre las suyas la mano de Oscar y, llevandosela a la mejilla, la sostuvo allí.

El ferroviario interrumpió el silencio que se hizo a continuación echando unos trozos de carbón al fuego y anunciando que tenía el tiempo justo para ofrecernos una taza de té recién hecho antes de la llegada del tren de mediodía de Dover Prior.

—¿Sería tan amable de servirme otro trago de la reserva especial del jefe de estación? —preguntó Oscar, retirando la mano de la mejilla de la señora Wood y metiendosela en el bolsillo en busca de otra moneda.

En cuanto el ferroviario volvió a llenar nuestras tazas, nos dejó para ocuparse de sus quehaceres. Después de tomar unos cuantos tragos más de brandy («Era

espantoso, Robert. Pero necesario»), se volvió de nuevo hacia la señora Wood.

—El señor Sherard y yo tenemos que volver a Londres —dijo—. Hemos venido a buscarla y a interrogar a O'Donnell, pero al parecer hemos llegado demasiado tarde. Volveremos a Londres y procuraremos averiguar lo que ocurre con su marido. La mantendremos informada. Confíe en nosotros. Somos sus amigos. —Susannah Wood, todavía con lágrimas en los ojos, sonrió a Oscar y una vez más le tomó la mano—. ¿Será capaz de volver a Broadstairs sola? —le preguntó.

—Sí —fue la respuesta de la señora Wood—. Gracias. Estaré bien. Ya nadie puede hacerme daño.

Oscar se levantó.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Por supuesto, señor Wilde. Es usted mi amigo. Lo que sea.

—¿Por qué se casó con él? ¿Por qué se casó con Edward O'Donnell?

La señora Wood guardó silencio antes de responder. Se volvió a mirarme durante un instante. Me avergonzó verme sorprendido con la libreta y el lápiz en la mano. Ella apartó la mirada y fijó los ojos, no en Oscar, sino en el fuego.

—Me casé con él porque me había acostado con él —dijo. Se sonrojó. La marca de nacimiento que tenía en el cuello se tomó escarlata—. Me casé con él porque me pareció que era mi obligación.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Oscar.

—Hará ahora casi dos años, no mucho después de su regreso de Canadá. Me forzó. Me reclamó como suya. Dijo que era suya... por derecho. Intenté quitármelo de encima como pude. Grité. Le arañé la cara. Le escupí. Pero con una sola mano me cogió las muñecas y las sostuvo sin ningún esfuerzo sobre mi cabeza, y con la otra me tapó la boca para hacerme callar. Le mordí la carne hasta que corrió la sangre, pero no pude luchar contra él. Era demasiado fuerte. Me tomó... y, después de tomarme una vez, volvió, una noche tras otra. Al principio, opuse resistencia, me resistí con todas mis fuerzas, pero después... sucumbí, me rendí. Y, aunque parezca extraño, con el tiempo llegué incluso a sentir cierto consuelo al acostarme con él, a pesar de lo bruto que era. —Apartó los ojos del fuego y miró a Oscar—. Me casé con Edward O'Donnell porque era el hermano de William O'Donnell. Me acostaba con Edward y pensaba en William.

—Lo entiendo —dijo Oscar.

—Y, cuando no estaba bebido, cosa que no ocurría a menudo, se lo garantizo, había algo en él, en su forma de andar, en su risa, que casi me devolvía a mi William a la vida. Aunque le despreciaba, llegué también a amarle. Le desprecio todavía, y aun así le amo, incluso ahora... ¿Puede usted también entender eso?

—Oh, sí —dijo Oscar—. A menudo, lo que más despreciamos es lo que más amamos. Y nos despreciamos a nosotros mismos por amar aquello que no



deberíamos, por amar a aquellos que reconocemos no merecedores de nuestro amor. Lo entiendo perfectamente.

La señora Wood se volvió hacia mí y, sonriendo, añadió, como diciéndome algo que quizá también yo fuera a entender:

—También me casé con él por el bien de Billy.

—¿Por el bien de Billy? —repetí, sin saber exactamente a qué se refería.

—Para protegerle.

—¿O'Donnell estaba celoso de Billy? —preguntó Oscar.

—Enloquecidamente. Estaba celoso de mi amor por Billy. Billy lo era todo para mí. Era algo que yo no podía ocultar; creí que si accedía a casarme con Edward, quizá lograría así que tuviera menos celos del chico y le dejara en paz.

—¿Y lo consiguió? —pregunté.

—Durante un tiempo, aunque no mucho. Como el señor Wilde le dirá, señor Sherard, Billy era un muchacho excepcional. Tenía la hermosura de un ángel, pero el espíritu de un niño, y también su premura y su dulzura. Era la perfección misma. Ya sé que soy su madre, ¡pero es cierto! Billy era perfecto... Por eso Edward pretendía corromperle. Se lo llevó a Londres y lo condenó a una vida de degradación.

Oscar no dijo nada. Se tomó el resto del brandy del jefe de estación que aún le quedaba en la taza antes de coger el sombrero y el bastón, a punto para marcharse.

—¿Billy se fue de buen grado a Londres? —pregunté.

—Al principio no —respondió la señora Wood—. Un hombre llamado Bellotti estuvo alojado un verano en *The Castle* y le cogió cariño a Billy. Dijo que le buscaría trabajo en Londres. Edward dijo que debía ir. Billy no sabía qué hacer, pero Edward le obligó. El chico sólo tenía catorce años. No tuvo elección. Le tenía miedo a su tío. Edward O'Donnell es un hombre violento, señor Sherard. Billy se marchó a Londres asustado, bien lo sé, pero con el tiempo creo que llegó a gustarle la vida allí. Hizo amigos, otros muchachos de su edad, y hombres buenos, decentes, como el señor Wilde... y otros.

Oscar, que se había puesto ya los guantes y el sombrero, estaba de pie junto a la puerta que comunicaba el cuartucho con la taquilla.

—¿Alguna vez Billy mencionó el nombre de Drayton Saint Leonard? —preguntó.

—Oh, sí —respondió la señora Wood—, a menudo. Decía que el señor Saint Leonard era como un padre para él. Y que pensaba llevárselo de vacaciones con él.

—¿Le dijo adónde? —inquirió Oscar.

—No. Creo que al extranjero.

—¿Y a usted le parecía bien? —pregunté.

—Yo quería que Billy estuviera a salvo —respondió—, y tenía la sensación de que con el señor Saint Leonard lo estaría. Sabía que con Edward (mi Edward, mi marido, ¡que Dios se apiade de mí!, el hermano de su padre) nunca estaba a salvo del

todo. Si Billy no acataba las órdenes de su tío, le apalizaba. —Cerró los ojos al recordarlo—. Estoy muy avergonzada —susurró.

Cerré la libreta y me levanté.

—Señora O'Donnell —dije—, según su propio testimonio, su marido es un hombre proclive a la violencia, a unos enloquecidos ataques de celos, a actos de innombrable crueldad... ¿Un hombre así no podría haber matado a su hijo?

—Sí, señor Sherard —respondió—. Podría haberlo hecho. A menudo, temía que lo hiciera. Por eso deseaba con todo mi corazón que Billy escapara. Por eso llegué a ver en el señor Saint Leonard a su salvador. Edward O'Donnell, cuando está de buenas, es como mucho el pálido fantasma de su hermano William. A malas, es muy capaz de cometer un asesinato. Pero no mató a Billy, señor Sherard, de eso estoy convencida.

—¿Y cómo lo sabe, señora O'Donnell? —preguntó Oscar.

—Porque fue usted, señor Wilde, quien me dijo que a Billy lo mataron la tarde del pasado martes treinta y uno de agosto...

—Sí —dijo Oscar—. Ése fue el terrible día.

—¿Hay alguna duda acerca de la fecha?

—Ninguna.

—Como tampoco la hay de que la tarde del treinta y uno de agosto, cuando mi pobre Billy estaba en Londres mientras le asesinaban, Edward O'Donnell estaba conmigo, en Broadstairs, en *The Castle*.

—¿Está usted segura? —pregunté.

—No creo que sea capaz de olvidar ese día, señor Sherard. Como bien dice el señor Wilde, fue un día terrible. Fue el día en que perdí a mis dos hijos.

A punto estuve de hablar, para decirle que no la entendía, cuando Oscar levantó la mano para hacerme callar.

—¿Estaba usted embarazada? —preguntó.

—Sí —respondió la señora Wood—, sólo de algunas semanas, pero sí, estaba embarazada... del hijo de Edward, el hijo del hombre al que amo y desprecio. —Levantó los ojos hacía Oscar—. Él no lo sabía. No le había dicho nada. De haberlo hecho, quizá se habría mostrado amable conmigo... ¿Quién sabe? Ese día estaba borracho, terriblemente borracho. Discutimos.

—¿Sobre Billy?

—Edward dijo que Billy iba a escaparse, que se iba del país con otro hombre, con un amigo de Bellotti. Le dije que me alegraba. Que esperaba que lo hiciera. Dije que le quería lo más lejos posible de él. Entonces me acusó de querer a Billy más que a él. Le dije que era cierto. Que quería a Billy más que a nada en el mundo. Se rió y me dijo que pondría fin a eso. Amenazó con ir a Londres a buscar a Billy. Dijo que le encontraría... y que lo mataría. Y, cuando Billy estuviera muerto, yo sería suya, suya

del todo. Estaba fuera de sí, como un auténtico lunático. Era pura locura, provocada por la bebida y los celos. Nos peleamos en las escaleras. Me empujó y me caí. Fue una caída fatal. Más tarde, esa misma noche, perdí el bebé que llevaba dentro. Edward amenazó con matar al hijo de su hermano. Me empujó escaleras abajo y mató al suyo.

# 21.

27 — 28 de enero de 1890

A nuestro regreso de Kent, en cuanto salimos de la estación tomamos un coche directamente a Scotland Yard. Allí, a nuestra llegada, cuando bajábamos del carruaje en el patio, nos encontramos con el inspector Archy Gilmour, colega de Aidan Fraser y pelirrojo escocés de rostro encendido que enseguida reconoció a Oscar y que nos saludó efusivamente.

—Qué alegría conocerles por fin —tronó—. He oído hablar mucho de ustedes... y de sus habilidades como detectives.

Archy Gilmour me cayó bien al instante. Había en él una franqueza que de inmediato me hizo pensar en Conan Doyle. Oscar no estaba tan seguro. «Todos los hombres pelirrojos mayores de cuarenta son un problema» era una de las máximas favoritas de Wilde.

El inspector Gilmour —claramente intrigado ante el encuentro con Oscar; de hecho, le miraba como quien admira una controvertida obra de arte— nos dijo que, si habíamos ido a ver a Fraser, se acababa de marchar.

—Se ha ido a casa hace menos de cinco minutos, y muy animado. Ha atrapado a su asesino, señor Wilde. Un triunfo más para nuestro Aidan, ¡el auténtico «niño prodigio» de la Policía Metropolitana!

Oscar masculló una leve maldición y ordenó al cochero que nos llevara al 75 de Lower Sloane Street sin demora.

—¿Por qué, Fraser? —preguntó Oscar en cuanto el inspector abrió la puerta de su casa—. ¿Por qué ha arrestado a Edward O'Donnell?

—Para acusarle de asesinato, Oscar —dijo Fraser sin perder la calma—. O'Donnell mató a Billy Wood. No tengo la menor duda.

—¿Ha confesado?

—Todavía no, pero creo que lo hará... a su debido tiempo. Y no importa si no lo hace. Tenemos pruebas suficientes para condenarle.

—No le creo.

Aidan sonrió a Oscar.

—Lo hará, Oscar. Lo hará... —El inspector retrocedió y nos invitó a cruzar el umbral—. Pasen y tómense una copa de vino. No olvidemos que somos amigos.

Nos condujo por el vestíbulo al salón. Eran apenas pasadas las seis. Había una luz en su mirada y una energía en sus movimientos que yo no había apreciado durante

nuestro primer encuentro con él meses antes.

—Tengo aquí un vino con el que tentarles... ¡y todos sabemos, Oscar, que puede usted resistirse a todo excepto a la tentación! Es uno de sus Moselle favoritos, helado. Como diría usted, *comme il faut*.

—Entonces, ¿me esperaba? —inquirió Oscar, colgando el abrigo en el perchero del pasillo y siguiendo a nuestro animado anfitrión al salón.

—No —se rió Fraser—. Esperaba a Conan Doyle. ¡Y también es uno de sus Moselle favoritos!

—¿Espera a Arthur? —apuntó Oscar, ablandándose un poco—. Me alegra saberlo.

—Lástima —dijo Fraser—. Le esperaba, pero no va a poder ser. —Nos sirvió a cada uno una copa de vino de color verde claro—. Arthur acaba de enviarme un telegrama en el que me dice que está retenido en Southsea, «el deber de la profesión»; un brote de paperas. Mala noticia para las víctimas y buena noticia para su empobrecida cuenta corriente. Es una gran lástima. Touie y él debían unirse a nosotros en una expedición a París.

—¿A París? —exclamó Oscar, perplejo—. ¿Se van del país?

—Sólo durante una semana. *Un petit séjour*, nada más. Un toque de París en primavera.

Oscar saboreó el vino.

—Sólo un escocés puede hablar de primavera refiriéndose a un día de lluvia de finales de enero —dijo.

—Vamos porque el lunes es el cumpleaños de Veronica —añadió Fraser—. Seguro que Robert no lo ha olvidado.

No, no lo había olvidado. Tenía un ejemplar manuscrito de uno de los poemas favoritos de mi bisabuelo preparado para dárselo: «Viajaba entre desconocidos».

—¿El cumpleaños de la señorita es el treinta y uno de enero? —dijo Oscar al tiempo que Fraser le llenaba la copa. Vi que sus ojos recorrían la habitación al hablar—. Qué curiosa coincidencia, ¿no?

—¿Coincidencia? —preguntó Fraser—. ¿A qué se refiere?

—A que ambos tienen su propio san Aidan.

—Perdón, pero me temo que no le sigo —dijo Fraser volviendo a poner el Moselle en la cubitera.

—Su cumpleaños es el treinta y uno de agosto, si mal no recuerdo... el día de san Aidan de Lindisfarne.

—Sí —fue la respuesta de Fraser—, de ahí mi nombre.

—Y el cumpleaños de su prometida es cinco meses después, el treinta y uno de enero, el día de san Aidan de Ferns.

—Santo cielo —dijo Fraser—. Qué coincidencia, como usted bien dice, aunque

feliz.

—Cierto —apuntó Oscar—. Me sorprende que no lo supiera. ¿No le enseñaron el santoral en Fettes?

—Es un colegio escocés —dijo Fraser—. Supongo que no teníamos mucho tiempo para el estudio de los santos irlandeses.

—Sí —reconoció Oscar—. Ambos son irlandeses. Al menos eso sí lo sabía.

Se produjo una interrupción momentánea. Los tres volvimos la mirada a nuestras copas vacías.

—¿Más vino? —preguntó Fraser, sacando el Moselle de la cubitera.

—La pasión que la hagiología despierta en Oscar roza lo sobrenatural —dije.

—¿Y existe san Oscar? —preguntó Fraser.

—Aún no —dijo Oscar—. Estoy en ello. Aunque quizá me lleve un tiempo. Soy muy quisquilloso en lo que se refiere al martirio.

—¿Y el martirio es esencial?

—En absoluto, aunque ayuda. Los dos san Aidan murieron pacíficamente en la cama. Esa es la suerte que los irlandeses le prestan.

Fraser se echó a reír y vació lo que quedaba de Moselle en la copa de Oscar.

—Sacaré otra botella, y luego tengo una propuesta que hacerles.

Oscar levantó la mano.

—No, gracias, no más vino. Al menos, no por ahora. Hemos venido por trabajo.

—Entiendo —dijo Fraser, sin perder su amabilidad. Cogió nuestras copas y las puso con sumo cuidado en la mesita auxiliar—. Caballeros —prosiguió, señalando las sillas situadas junto a la chimenea—, ¿qué les parece si tomamos asiento? Soy todo oídos.

Oscar ocupó su silla y encendió uno de los cigarrillos que habíamos comprado esa mañana en la estación de Ashford. Sonrió a Fraser (amablemente) y dijo:

—Aidan, inspector Fraser, le ruego que me escuche: Edward O'Donnell no es culpable del asesinato de Billy Wood.

Fraser apoyó la espalda en el respaldo de su silla y miró a Oscar directamente a los ojos.

—Sin duda eso deberán decidirlo los tribunales, Oscar —sentenció—, no nosotros. Si O'Donnell es inocente, O'Donnell saldrá libre. Si es culpable, será ahorcado.

—Es culpable de muchas cosas —apuntó Oscar muy serio—, pero es inocente del asesinato de Billy Wood. Créame. Robert y yo nos hemos entrevistado con la señora Wood hace unas horas. Nos ha dicho que estaba con O'Donnell en el momento del asesinato. Y está dispuesta a jurarlo.

—Por supuesto que lo está. —Fraser se inclinó hacia Oscar, apoyando los codos en las rodillas y juntando las palmas de las manos como si rezara—. Probablemente,

también les dijera, si ustedes no lo sabían ya, que está casada con O'Donnell. No es un testigo creíble, Oscar. No puede testificar a favor de su marido. Miente para proteger al hombre que ama.

—¿Usted cree?

—¡Por supuesto! ¡Vamos, abra los ojos! —Fraser se golpeó las rodillas con las palmas de las manos—. Miente para proteger al hombre que ama... y quizá también para protegerse a sí misma.

—¿A qué se refiere?

—Pues que quizá también ella esté implicada en el asesinato.

—¿Qué? —exclamó Oscar, echando el cigarrillo en la parrilla vacía y poniéndose de pie—. ¿Cree usted que puede haber tenido algo que ver en la muerte de su propio hijo?

—No sería la primera madre que tiene algún papel en la muerte de su propio hijo.

—Eso es absurdo —exclamó Oscar—. Y espantoso.

—Espantoso, sí —concedió Fraser sin perder la calma—, aunque no absurdo. ¿Quién era ese día el ama de llaves que estaba a cargo del veintitrés de Cowley Street? Quienquiera que fuese, también fue la cómplice del asesino. ¿Quién era? Usted la vio, Oscar... ¿Quién era?

—No la vi —protestó Oscar.

—Pues claro que la vio. Le abrió la puerta. Usted mismo me lo dijo.

—No me fijé en ella. No le presté atención.

—Y, aun así, hubo algo en ella que le llamó la atención, ¿o me equivoco? La primera vez que Robert y usted vinieron a verme, describió lo ocurrido cuando llegó a Cowley Street. Dijo que no podía describir al ama de llaves, salvo por un detalle. Recordaba un destello de rojo rodeando su persona. ¿Se acuerda?

—Sí —respondió Oscar—, me acuerdo... Un chal o un mantón, un pañuelo o quizá fuera un broche...

—O una lívida marca de nacimiento en el cuello...

Oscar guardó silencio y se volvió hacia el espejo que estaba encima de la chimenea. Sobre la repisa, colocadas juntas, había dos máscaras de carnaval veneciano, recuerdos de una de las expediciones de Veronica a su ciudad favorita. Oscar pasó el dedo por el borde de una de ellas, como en un intento por ver si estaba cubierta de polvo. Fraser se levantó y rodeó los hombros de Oscar con el brazo. Oscar levantó los ojos. En el espejo, formaban una dispar pareja: el último retrato del príncipe regente, obra de sir Thomas Lawrence, y el retrato de Dante, obra de Rossetti, uno al lado del otro. Cuando las miradas de ambos se encontraron, Fraser sonrió.

—Oscar —dijo—, seamos amigos. ¡Olvídese de todo este asunto! ¡Venga a París! ¡Traiga a Robert! Tenemos los billetes de Arthur. —Se volvió a mirarme—. Vendrá

usted, ¿no es así, Robert? Ya sabe cuánto le gustará a Veronica. Convenza a Oscar, si es que necesita hacerlo. —Se volvió de nuevo a mirar a Oscar, que seguía con los ojos clavados en el espejo—. ¿Necesita que le convenzan? Vamos, un escocés le está ofreciendo un toque de París en primavera...

Oscar sonrió. En ese momento, su rostro se me antojó una máscara. No pude adivinar en qué podía estar pensando... ¿En O'Donnell, en Susannah Wood y en la posibilidad de que estuviera implicada en la muerte de su propio hijo; en Aidan Fraser y en su extraordinaria invitación a que nos uniéramos a su prometida y a él en una repentina expedición a París?

—Dígame una cosa, Aidan —dijo con tono pragmático—. La última vez que nos vimos, nos dijo que tenía previsto pedirle a la señora Wood que identificara la cabeza cortada de su hijo, pero no lo hizo, ¿me equivoco? ¿Por qué?

—Porque lo pensé mejor, Oscar —respondió en el acto—. Porque usted y Conan Doyle eran de la expresa opinión de que el impacto podría matarla. Y porque descubrí que Bellotti, su amigo Bellotti, estaba más que dispuesto a identificar al muchacho.

Oscar entrecerró los ojos.

—¿Ha interrogado a Bellotti?

—Oh, sí —respondió Fraser—. He interrogado a Bellotti. Ha hablado con total libertad y su intervención ha sido de lo más informativo. He aprendido muchas cosas de él.

—¿Y está dispuesto a prestar declaración? —preguntó Oscar, sin dejar de dirigirse a Fraser a través del espejo.

—Así es, pero no tema. La privacidad de los miembros más inocentes de su curioso club de almuerzos está asegurada. Bellotti espera retomar su negocio en cuanto los tribunales den por cerrado el caso... y le he dicho que la Policía Metropolitana les dejará en paz, a él y a sus clientes, siempre que eviten provocar desórdenes o escándalos públicos.

—¿Así que Gerard Bellotti es su testigo principal?

—Sí —dijo Fraser—. No es tan ciego como parece. Creo que también usted le interrogó.

—Sí.

—¿Y por casualidad no le revelaría la identidad de Drayton Saint Leonard?

—No.

—Eso me parecía —dijo Fraser—. Drayton Saint Leonard, según el señor Bellotti, es el *nom de guerre* de Edward O'Donnell.

Se hizo el silencio.

—Bien —dijo Oscar por fin, apartando poco a poco la mirada del espejo y dirigiéndose a nosotros directamente—. Eso parece explicarlo todo.



Sonreía. Una máscara fue reemplazada por otra. No pude adivinar lo que pensaba en ese instante sobre la revelación de Fraser, pero sin duda parecía haberse alegrado.

—¿París en primavera, dice usted? —Se frotó las manos—. ¿Por qué no? Gracias por invitarnos, Aidan. Si Robert tiene los próximos días libres, también yo me liberaré de mis obligaciones. —De pronto parecía repentina e inexplicablemente exultante—. ¿Tiene pensado llevarnos en el tren nocturno, Aidan, o hay tiempo para esa otra botella de Moselle antes de marcharnos?

No tomamos el tren nocturno. Al final, nos quedamos en el 75 de Lower Sloane Street y disfrutamos de otras dos botellas del exquisito Moselle de Fraser antes de tomar una cena ligera en Kettner's a base de costillas de cordero con patatas asadas y espinacas: «*En branches, no à la crème*», instruyó Oscar al camarero. «Estoy a dieta estricta, me voy a París en primavera».

Poco antes de la medianoche volvimos a casa. Yo volví a la mía caminando desde el restaurante. Oscar tomó un coche.

—No temas, Robert —dijo al tiempo que subía al carruaje—. No pienso dar ningún rodeo esta noche. Me voy directo a casa para explicarle a mi paciente esposa por qué me voy una semana a París sin ella, y luego me meteré en la cama. *À demain, mon cher*. Nuestro tren sale a las ocho y cuarenta y cinco. Sé puntual.

No lo fui. Y él tampoco. Ni siquiera la señorita Sutherland, que llegó a la estación Victoria a las ocho y media de la mañana, con aspecto —al menos, a mi parecer— de princesa de cuento de hadas: una mezcla de la Cenicienta de Perrault y la Reina de las Nieves de Hans Andersen. Se había puesto un abrigo de cuerpo entero de terciopelo negro, con cuello y puños de armiño blanco. Sus manos estaban ocultas en un manguito de piel gris plateada y llevaba el glorioso pelo rojo recogido sobre la cabeza bajo una toca de piel a juego. Alta y esbelta, tenía un porte orgulloso, aunque había en el verde claro de sus ojos cierto aire juguetón, una mirada de alegría, de picardía. Mientras esperábamos en el lugar acordado bajo el reloj de la estación y ella se acercaba a nosotros, precediendo a una fila de mozos cargados con sus bolsas y su equipaje, tenía un aspecto del todo imperioso. La bulliciosa multitud se apartaba instintivamente a un lado para dejarla pasar. Sin embargo, cuando llegó hasta nosotros, saludándonos con una sonrisa y un beso (y, para mí, ¡con un segundo beso!), sus modales resultaron arrebatadoramente naturales, totalmente espontáneos.

—¿Dónde está Aidan? —preguntó—. ¿Se supone que es nuestro guía y no está por ninguna parte!

—Me ha parecido verle a lo lejos cuando hemos llegado —dijo Oscar—, pero debo de haberme equivocado.

Recorrimos con los ojos el vestíbulo de la estación. Una marea de humanidad se movía de acá para allá. Desde los andenes, las nubes de vapor se arremolinaban sobre nosotros. Se oía el pitido de los silbatos, cada vez más insistentes. Oscar levantó los

ojos hacia el reloj.

—Deberíamos subir al tren, o lo perderemos —sugirió—. ¿Tiene su billete?

—Sí —dijo Veronica, sacándolo del manguito con un floreo—. ¿Tienen ustedes el suyo?

—Así es —respondió Oscar—. Aidan tuvo la amabilidad de dárnoslo anoche. Viajamos como el señor Arthur Conan Doyle y señora...

Veronica se rió.

—Bueno, ¡veremos cómo se las arreglan para declarar eso cuando llegemos a la aduana! —dijo.

Mientras seguíamos a Veronica y a su séquito de mozos hacia el andén, me di cuenta de hasta qué punto me había enamorado de ella. Veronica no era uno de mis enamoramientos pasajeros, sino una mujer que me tenía totalmente esclavizado. Cuando encontramos nuestro compartimiento (y Oscar dejó encantados a los mozos con la propina que les dio, tras lo cual les despidió), Veronica se acomodó en el asiento junto a la ventanilla, dejando el manguito y el tocado en el asiento contiguo.

—Siéntese delante de mí, Robert —dijo—. Así podré mirarle a los ojos y, en ellos, descubrir los secretos que oculta su alma.

—¿De verdad cree que existe el alma? —preguntó Oscar, quitándose el sombrero, el abrigo y los guantes y colocándolos cuidadosamente en el portaequipajes situado sobre nuestros asientos—. Creía que ustedes, los cirujanos, estaban entregados a lo corpóreo.

—Tenemos cabeza y corazón, Oscar. ¿Quién dice que no tenemos alma? De haber podido ser cirujana, ¡quizá habría sido la primera en descubrir dónde se encuentra!

—Sin duda —respondió Oscar con aire distraído. Estaba en ese momento junto a la ventanilla del vagón, escudriñando el andén en busca de alguna señal de Aidan Fraser.

—No se burle de mí, Oscar —prosiguió ella—. Nuestro amigo común, John Millais, está convencido de que el alma no es simplemente tangible, sino que está ubicada en algún punto entre los músculos y las membranas del ojo. Cuando pinta un retrato, afirma quedar satisfecho sólo cuando ha logrado capturar «el alma que mora en el ojo».

Se oyó de pronto un repentino estallido de silbatos, un chorro de vapor y un rechinar y un chasquido de ruedas al tiempo que el tren se ponía en marcha entre sacudidas.

—¡Al final, parece que Aidan no viene con nosotros! —exclamó Veronica.

—¡Ahí está! —gritó Oscar, abriendo bruscamente la portezuela del vagón. Allí, con los ojos abiertos como platos, pálido y sudoroso, estaba Aidan Fraser, corriendo como si en ello le fuera la vida. Llevaba su *portmanteau* en brazos. Lo lanzó al interior del compartimiento y luego, mientras el tren ganaba velocidad, saltó al vagón

con un gran esfuerzo, cayendo en el suelo. Se quedó allí jadeante, con los ojos cerrados y la boca abierta, a los pies de su prometida.

—Bonito espectáculo —dijo Veronica entre risas.

—Y qué envidiable muestra de abyecta devoción —dijo Oscar, cerrando de golpe la portezuela del vagón y acomodándose en el asiento del rincón diagonalmente opuesto al de Veronica—. ¿No fue sir Edwin Landseer quien pintó un lienzo de un labrador a los pies de su dueño en esa misma postura? —Veronica aplaudió, encantada—. ¡Ni que decir tiene —añadió Oscar— que Landseer consideraba que las almohadillas de las patas delanteras eran la morada del alma!

Fraser, que todavía intentaba recuperar el aliento, abrió los ojos y se levantó con dificultad.

—Ríanse de mí todo lo que quieran —resolló mientras yo le ayudaba a colocar el *portmanteau* en el portaequipajes—. Me he quedado dormido. Es culpa del Moselle. Les ruego que acepten mis más sinceras disculpas. —Se quedó de pie delante de nosotros durante un instante, limpiándose el abrigo y sacudiendo la cabeza como perplejo ante su propia estupidez. Tenía el rostro perlado de gruesas gotas de sudor. Se las secó con el pañuelo y luego, con las dos manos, se peinó el pelo negro azabache hacia atrás y se derrumbó, exhausto, en el asiento situado delante de Oscar.

—Lo siento mucho —murmuró con voz ronca—. Mucho.

—No es momento para lamentaciones —dijo Oscar con una sonrisa, y añadió, dándole unas palmadas en la rodilla—: puesto que no hay motivo para ello. Está usted aquí. A salvo. Estamos aquí. Somos felices y en el mundo todo va bien.

Sin duda, para Oscar ese día todo iba viento en popa. Se divertía sobremanera... y resultaba divertido en grado supremo. De Londres a Dover, de Dover a Calais, de Calais a París y hasta el instante mismo de nuestra llegada al recién inaugurado Hôtel Charing Cross estuvo sembrado. Durante nueve horas —prácticamente sin darnos un respiro— nos divirtió. No sabría decir si nuestro compartimiento era incómodo, ni si el mar estuvo picado al cruzar el Canal (¡como a buen seguro lo estuvo!). Lo único que recuerdo, lo que anoté en mi diario, fue la brillantez del discurso de Oscar durante ese largo día. Lo más extraordinario de su actuación (pues eso es lo que fue) fue el modo en que, durante tantas horas, y sin esfuerzo aparente, captó nuestra atención.

Su secreto —su truco— estaba, creo, en el modo en que variaba tanto el tono como el contenido de su discurso. Podía estar debatiendo el *locus* del alma con Veronica y de pronto ponerse a describir con detalle digno de un forense la operación que su padre había llevado a cabo para salvar la vista del rey de Suecia. Luego, sin previo aviso, nos hacía llorar de risa con una espantosa historia sobre una de las aventuras de borracho de su hermano Willie. Un instante después, provocaba una clase distinta de lágrimas en nuestros ojos (y en los de él mismo) con un fantasioso y

patético relato sobre la sirena que vivía en Dover Harbour y que se había enamorado mortalmente del hijo del capitán de puerto.

Aparte de una fugaz referencia a Bellotti y a «los miembros más decadentes de su club de pequeñas fiestas vespertinas» («¿Acaso no van algunas de sus prácticas en contra de la ley?», preguntó Veronica. «Estamos en mitad del Canal, querida señora —respondió Oscar—, así que no puedo responderle a eso. En Inglaterra, lo más probable es que sí. En Francia, y según dicta el *Code Napoléon*, sin duda no. ¡Hay qué ver la diferencia que pueden llegar a marcar treinta kilómetros!»), durante todo el viaje no se tocó ni una sola vez el caso del asesinato de Billy Wood.

Instigado por Veronica, Oscar habló mucho sobre París, ciudad que tanto él como yo conocíamos bien, pero que ella y Aidan Fraser prácticamente desconocían. Fraser estaba ansioso porque durante nuestra visita hiciéramos un peregrinaje a la nueva sensación de la ciudad: la torre recientemente completada de Gustave Eiffel.

—¡Ahórrenos la torre del señor Eiffel! —exclamó Oscar.

—Pero si es extraordinaria —protestó Fraser—. ¡Alcanza una altura de trescientos doce metros!

—¡Y aun así no nos acerca más al cielo! —dijo Oscar—. Déle la espalda a la Torre Eiffel y tendrá todo París ante usted. Mírela... y todo París desaparecerá.

—La Torre Eiffel es todo un fenómeno, Oscar —protesté—. No me lo negarás.

—No, si no lo niego —apuntó—. Y tampoco ustedes deberían ahorrarse la visita. Vayan a ver su torre. ¡Disfruten! Les dejo que vayan. Mientras ustedes escalan las alturas, me dedicaré a pasear por las estribaciones del Monte Parnaso...

—¿Y qué quiere decir con eso, Oscar? —inquirió Veronica, arqueando levemente una ceja—. ¿Tiene alguna diablura en mente?

—No —respondió él tranquilamente—, nada más lejos de mi mente. Me refería a que, mientras ustedes se dedican a inspeccionar la monstruosidad del señor Eiffel, yo iré a Montparnasse y daré un paseo por el cementerio. Hay una tumba que tengo interés en visitar. Presentaré mis respetos a una vieja amiga. Últimamente he pensado mucho en ella... y tengo una noticia que quiero compartir con ella. Por una vez, las palabras de Mercurio serán dulces tras las canciones de Apolo.

## 22.

### París en primavera

Esa noche Oscar habló mucho de Marie Aguétant.

Llegamos al hotel —el Hôtel Charing Cross, situado en el *huitième*, en concreto en la rue Pasquier— poco después de las siete. Era un edificio terriblemente moderno y maravillosamente chic. Una buena capa de mármol revestía las paredes, las escaleras estaban recubiertas de una alfombra escarlata, y arañas de cristal eléctricas adornaban los centros de todos los techos de los salones comunes. Oscar no se mostró impresionado. Se quedó de pie en el vestíbulo, sacudiéndose la lluvia de los hombros y olisqueando el aire, receloso.

—Es muy nuevo, Aidan, ¿verdad?

—Está recién abierto, Oscar.

—Me parece muy reluciente, como una moneda recién acuñada. Siempre he desconfiado de las cosas que brillan demasiado.

—¿Quiere que busquemos alojamiento en otro hotel? —preguntó Veronica—. Nos dejaremos guiar por Robert y por usted.

—No, no —fue la respuesta de Oscar—. Ya hemos viajado mucho y estoy convencido de que las instalaciones del hotel son excelentes. —Sonrió al botones que esperaba junto a nosotros—. Les ruego que ignoren mi estúpido prejuicio. Soy de los que desconfía de un hombre porque lleva los puños deshilachados. Sé que no tiene nada de racional. Subamos a nuestras habitaciones a cambiarnos para la cena. ¿Dónde les apetece comer?

—Había pensado que cenáramos aquí —dijo Fraser—. Dicen que el restaurante es de primera clase.

—Vamos, por ahí sí que no paso —dijo Oscar—. Es norma de vida no cenar jamás en el hotel donde uno se aloja. Cuando ceno en el Savoy, duermo en el Langham. Cuando duermo en el Savoy, ceno en el Criterion. Entre su *digestif* y su almohada, un caballero debería poder echar una mirada a las estrellas. ¿Me permiten que les proponga cenar en Le Grand Café? Los *soles soufflés à la mouse d'homard* son los mejores de todo París, y Rigo y su orquesta gitana logran siempre encontrar la música acorde al humor de cliente.

Las instalaciones del Hôtel Charing Cross eran efectivamente excelentes. Todas disponían de cuarto de baño (una gran novedad para la época) y, con sólo hacer girar el grifo con forma de delfín, disfrutábamos de abundante agua corriente, de un pálido

color marrón, aunque hirviendo. La comida de Le Grand Café, cuando por fin llegamos —casi dos horas más tarde, pues ni Oscar ni la señorita Sutherland eran precisamente rápidos en su aseo—, resultó excepcional. Aunque no sabría si decir lo mismo de Rigo y su orquesta gitana. Por extraño que parezca, al llegar al restaurante, estaban tocando una selección del *fausto* de Gounod. Mientras nos acompañaban a nuestra mesa, rompió a sonar algo parecido a una marcha fúnebre húngara. Cuando nos sentábamos, pregunté a Oscar:

—¿De qué humor estás ahora?

Aguzó el oído y escuchó la música con atención.

—Melancólico, diría. No me había dado cuenta hasta ahora, pero al parecer Rigo nunca se equivoca. Tiene poderes místicos.

Pedimos... o, mejor dicho, permitimos que Oscar pidiera por nosotros: *soupe au cresson* y *truffes fraîches sous la cendre*, seguida de *soles soufflés* y *carré d'agneau* («Procedamos despacio; tenemos que hacer justicia a las *tartes* y a los *crêpes*»). Cuando nos sirvieron la primera de varias botellas de un buen vino (un Dom Pérignon de 1886 como *aperitif* —«soy de gustos sencillos; me contento siempre con lo mejor»—), Oscar se dejó guiar por Rigo. Habló de la muerte. Y, en particular, de la muerte de los niños. Habló de Billy Wood y de la dulzura natural y del deseo de complacer del muchacho. Sin dejar de contemplar su copa de champán al hablar, dijo:

—Supongo que el deseo de complacer del pobre Billy fue su perdición. Es algo que les ocurre a muchos. —Nos invitó a levantar nuestras copas y a brindar por la memoria del chico.

Habló también de Isola, su hermana pequeña, «que nos fue arrebatada a los diez años... ¡cuánto la queríamos!». Yo sabía lo mucho que la había querido; conservaba un mechón de sus cabellos en un sobre que llevaba en el bolsillo.

—Todavía puedo verla bañando por la casa como un dorado rayo de luz. Lo era todo para mí... El cielo debe de ser un lugar feliz si Isola y Billy Wood están allí.

Cuando el ánimo musical de Rigo se animó un poco (y la marcha fúnebre dio paso a una albada gitana), Veronica le preguntó quién era la amiga que tenía previsto visitar en el cementerio de Montparnasse.

—Su nombre era Marie Aguétant —respondió Oscar, ajustándose la servilleta en lo alto del chaleco—. Robert también la conoció, aunque quizá no tan bien como yo. —Me dedicó una sonrisa cómplice a la que yo respondí, aunque con cierta incomodidad. Bajo el mantel, Veronica, que estaba sentada a mi derecha, me había cogido la mano y la estrechaba con fuerza—. ¿No está la sopa de tu gusto, Robert? —preguntó Oscar.

—Estoy dejando que se enfríe un poco —respondí, apretando los dedos contra la palma de Veronica.

—Sabia decisión —fue su réplica, al tiempo que su sonrisa se convertía en una

mueca desdeñosa.

Fraser —el prometido de Veronica, ¡menudo inocente!— parecía por completo ajeno a lo que ocurría bajo el mantel, delante de sus propias narices. Como durante el resto del día, esa noche estaba totalmente concentrado en Oscar.

—Marie Aguétant —dijo—. Conozco bien ese nombre.

—Es un nombre célebre —apuntó Oscar.

—¿No fue asesinada por su chulo? Él era español, si mal no recuerdo. ¿Polo? ¿Pablo? Algo así.

—Sí —dijo Oscar, secándose los labios—. La policía llegó en efecto a arrestar al español. Lo juzgaron y fue declarado culpable. Lo mandaron a la guillotina. Naturalmente, era inocente.

—¡Oh, vamos, Oscar! —protestó Fraser—. Recuerdo el caso. Leí todo lo que apareció sobre él. Fuera cual fuera su nombre, era un mal hombre.

—Sin duda, un hombre terrible. Le conocí. Era malvado. Pero también era inocente del asesinato de Marie Aguétant.

Fraser se había vuelto directamente hacia Oscar. También había abandonado su sopa, aunque por otras razones.

—¿Y cómo sabe usted que era inocente, Oscar? ¿Cómo puede estar tan seguro?

—Porque he conocido al asesino de Marie Aguétant del mismo modo que he conocido al asesino de Billy Wood.

Debajo de la mesa, Veronica me soltó la mano.

—Oh, Oscar —exclamó, inclinándose hacia él con actitud implorante—, no hablemos más de eso esta noche. Estamos en París, y éste es mi regalo de cumpleaños...

—Muy cierto, querida señora —dijo Oscar, y mientras hablaba (quizá lo imaginé, aunque no lo creo, pues lo anoté en mi diario del momento) lanzó una mirada hacia el *chef d'orchestre* y, en el momento en que sus ojos se encontraron con los de Rigo, la orquesta rompió a tocar la primera mazurca de la noche. Oscar tendió la mano sobre la mesa, tomó la de Veronica y la besó—. Tiene usted la mano muy caliente, querida —murmuró.

—Pero, Oscar —prosiguió Fraser, empleando su cuchara sopera para hacer hincapié en su argumentación—, si cree que conoce la verdadera identidad del asesino de Marie Aguétant, debería compartir esa información con la policía.

—No —respondió Oscar, negando con la cabeza—. A Marie no le habría gustado.

—Pero si está muerta —dijo Fraser—. ¿Cómo puede saber lo que le habría gustado?

—Porque me lo dijo antes de morir —respondió sin más—. La conocía bien. La quería. Nos entendíamos a la perfección. Era uno de los pocos seres humanos que me han entendido. Y le estoy agradecido por ello.

—Y, aun así —intervino Veronica en voz baja con las manos entrelazadas bajo la barbilla—, era lo que Robert llama con afectada timidez «una hija del placer»... Era una hija de la noche, ¿no es así?

—Una prostituta —dijo Fraser.

—Una cortesana —le corregí.

Oscar pareció no inmutarse.

—Sin duda... era todo eso y mucho más. Pero la quise, y no por su profesión, ni por sus compañías, sino por su personalidad, que era única. La personalidad es algo muy misterioso. No puede valorarse a un hombre por lo que hace. Puede cumplir la ley y ser despreciable. Puede incumplir la ley y aun así ser un caballero. Puede ser malo sin haber hecho nunca nada malo. Puede cometer un pecado contra la sociedad y tomar conciencia, gracias a ese pecado, de su propia perfección...

Habían retirado ya la sopa y empezaban a servirnos las trufas.

—Y, hablando de perfección... —Oscar supervisó, complacido, su plato. La música había dejado de sonar; la orquesta se había tomado un momentáneo descanso entre pieza y pieza. Oscar miró, uno a uno, a los miembros de nuestro pequeño grupo. Cada uno de nosotros sonreía—. Espero que Le Grand Café sea de su agrado —dijo—. En algunos restaurantes parisinos existe cierta hosquedad en el servicio. Aquí se esmeran sobremanera por complacer. —Mientras hablaba, dedicando al *sommelier* una sonrisa y su bendición al Borgoña, en el otro extremo del salón, junto a las puertas que comunicaban con la cocina, dos camareros colisionaron y tuvo lugar un gran estruendo (comparable al de los timbales) cuando un par de bandejas llenas hasta arriba de platos y de cubiertos fueron a estrellarse contra el suelo. Se produjo un instante de silencio en el salón, seguido por la risa procedente de media docena de mesas y de un clamor general de aplausos—. ¿Lo ven? Hacen eso simplemente para complacer a su clientela británica. Saben muy bien que para un caballero inglés una broma es el equivalente del jarro de agua encima de una puerta entreabierta.

Nos reímos; devoramos las trufas; nos echamos el Borgoña al colete. Veronica puso su mano sobre mi muslo por debajo de la mesa.

—Esto es maravilloso, Oscar —dijo, sonriendo a nuestro anfitrión—. Gracias.

—No me dé a mí las gracias —dijo—, sino a su prometido. Lo de París en primavera fue idea suya. Agradézcaselo a Fraser. Y a Francia. Los ingleses tienen una extraordinaria capacidad para convertir el vino en agua. Aquí es distinto.

—Doy fe de ello —concedió Fraser, dejando a la vista su fila de dientes blancos y levantando su copa hacia el salón—. Desde luego, esto poco tiene que ver con el comedor de oficiales de Scotland Yard.

Oscar sonrió y siguió la dirección de la mirada de Aidan Fraser, cuyos ojos recorrieron el salón hasta posarse en Rigo. El maestro tocaba su violín con brío, cabeceando al son de la música y mirándonos fijamente mientras tocaba. Nos



deleitaba en ese momento con una selección de alegres polcas entre las que intercalaba canciones gitanas de amor lírico.

—Escuchen la música —dijo Oscar—, por turnos rapsódica y triste. Rigo sabe leernos el alma, ¿no les parece?

Más tarde, esa misma noche, cuando Oscar y yo estábamos acostados en nuestras respectivas camas («Puedes ocupar la cama que está más cerca del cuarto de baño, Robert; ése habría sido el privilegio de la señora Doyle») y, envueltos en la densa oscuridad tan sólo aliviada por el resplandor del último cigarrillo posterior a la cena de mi amigo, entre susurros, como escolares que se cuentan historias en el dormitorio tras la orden de «luces apagadas», comentábamos los placeres de la noche, le pregunté a Oscar si podía contarle un secreto.

—Por supuesto —susurró, tranquilizador—. Estamos en París. En Londres lo ocultamos todo. En París lo revelamos todo. Ésa es la norma.

—Estoy enamorado de la señorita Sutherland.

—¿Y...? —preguntó con voz suave, girando la cabeza hacia mí.

—¿Y? —repetí—. Y nada. Ése es mi secreto.

Oscar se echó a reír entre dientes. Poco a poco, su risilla se convirtió en rugido, y el rugido en carcajadas.

—¡Robert! ¡Robert! ¡Robert! —gritaba, tosiendo y resollando entre risas e intentando sentarse en la cama para recobrar el aliento—. ¡No puede ser que ése sea tu secreto! ¡Pero si el mundo entero sabe que amas a la señorita Sutherland! ¡Hoy te has perdido la mejor comida de París porque tenías las manos en las de ella debajo del mantel cuando deberían haber estado encima, ocupadas en lo que les correspondía, manejando los cubiertos! ¡No es ningún secreto que ames a la señorita Sutherland!

Me sentí como un auténtico estúpido. Me ardía la cara de vergüenza.

—¿Tan evidente es?

—Si le hubieras alquilado un globo a monsieur Montgolfier y hubieras lanzado panfletos por todo París anunciando tu compromiso, no habría sido ni la mitad de evidente.

—Entonces, ¿tú crees que se casará conmigo?

—¡No seas absurdo, Robert! Ni siquiera estás divorciado... y ella está prometida a Fraser. Asímelo: no es momento de publicar vuestras amonestaciones.

—Pero ¿se casaría conmigo si yo fuera libre? ¿O si lo fuera ella?

—Ah —dijo, volviendo a hundirse en las almohadas—, ésa es otra cuestión, Robert. Ahora estamos hurgando en el secreto de la señorita Sutherland, no en el tuyo.

—¿Cuáles son sus verdaderos sentimientos hacia Fraser?

—Buena pregunta.

—¿Y cuáles son los de él hacia ella? ¿Por qué le permite tanta libertad... tanta licencia?

—Cierto.

Se hizo el silencio entre nosotros. Oscar puso fin a su retahíla de réplicas ingeniosas. Echó su cigarrillo encendido en el vaso de agua que tenía sobre la mesilla. Se oyó un imperceptible siseo y la oscuridad de la habitación fue completa.

—¿Crees que no me ama? —susurré.

—Estoy seguro de que le importas —respondió amablemente.

—Pero ¿me ama? Me permite que le haga el amor. Y esta noche ha sido ella quien ha puesto su mano sobre la mía.

—Sí —dijo Oscar con dulzura—. Ha sucumbido a esa tentación.

—Pero ¿por qué... si no me ama?

—Robert, como dice el poeta en *La esfinge sin secreto*, «Las mujeres están hechas para ser amadas, no para ser comprendidas».

—¿Qué poeta es ése?

—Oscar Wilde —respondió—, uno de tus favoritos. Creo que deberíamos concederle la última palabra, ¿no te parece? Buenas noches, Robert.

—Buenas noches.

Oscar durmió a pierna suelta. Yo no. Minutos después de habernos dado las buenas noches, el macabro sonido de los ronquidos de mi amigo —comparable al eterno repiqueteo de la muerte— llenó el aire de la noche. Hundí la cabeza bajo la almohada y, para distraer mi atención, intenté llenar mi mente de fantasías sensuales. No lo logré. Allí donde esperaba ver a Veronica acercar sus blandos labios a los míos, se abalanzaban sobre mí desde la oscuridad unos rostros inmensos —duros y crueles—, indeseados, como faros de un tren que se aproximaba. Deseé tener los sonrientes rasgos de Veronica sobre mi almohada; en vez de eso, me enfrenté a los ojos ciegos de Bellotti, a la mirada lasciva y malévola de O'Donnell y a la boca de pequeños dientes blancos de Fraser. Por fin, con el paso de las horas, me sumí en un sueño intermitente. Recuerdo tan sólo un sueño de esa noche. En él no aparecía Veronica, ni Kaitlyn ni Marthe... ni siquiera Constance, quien, curiosamente, a menudo estaba presente en mis sueños. Soñé que Conan Doyle examinaba la cabeza cortada de Billy Wood bajo la araña de gas de Tite Street.

Por la mañana, Oscar se levantó temprano. Se había bañado, afeitado y vestido mientras yo seguía durmiendo. Desperté bañado en una ráfaga de su aroma favorito (Canterbury Wood Violet) y ante la visión de su rostro amplio y alargado mirándome a los ojos.

—Despierta, despierta, amigo mío —me instó—. Te has perdido el amanecer. A este paso, te perderás también el desayuno.

—Estás radiante esta mañana —mascullé, tapándome la nariz y los ojos con las

sábanas.

Oscar había corrido las cortinas y había abierto las contraventanas de un empujón. Una luz blanca y cegadora entraba a raudales en la habitación.

—Hoy es el día de santa Baltilda —declaró—. Debemos honrarla como merece.

—¿Quién diantre fue santa Baltilda?

—En el cielo, ocupa un lugar entre las favoritas del Altísimo. Era una muchacha inglesa que se convirtió en reina de Francia hace mil años. Cuando era niña, fue secuestrada por unos piratas y vendida como esclava. Más adelante, llamó la atención del rey Clovis II.

—¿Quién era él?

—El Robert Sherard de los francos —exclamó, quitándome las sábanas con un poderoso y amplio tirón—. El rey Clovis era incapaz de resistirse a un tobillo hermoso. Santa Baltilda es la patrona de los tobillos hermosos. Tienes que levantarte y prender un cirio en su altar. Murió en París, como les ocurre a los mejores.

Rodé sobre la cama y posé los pies en el suelo helado.

—Es demasiado temprano para bromas, Oscar —mascullé—. ¿Dónde están mis zapatillas?

—¿Has rezado a san Antonio y a santa Ana?

Solté un gemido.

—Tú y tus benditos santos...

Se había colocado junto a la ventana y se estaba retocando la corbata en el espejo que colgaba de una de las puertas de un gran armario de nogal. Miró mi reflejo en el espejo.

—Todo gira en torno al santoral, Robert —dijo con una sonrisa.

—¿A qué te refieres? —pregunté, confuso. (La lista de vinos de Le Grand Café estaba empezando a pasar factura).

—Este caso nuestro —respondió, volviéndose hacia mí—. Todo gira en torno al santoral... y a la tentación. —Abrió el armario y eligió una camisa, una chaqueta y unos pantalones para mí, dejándolos luego al pie de la cama—. Ésta ha sido una noche provechosa en cuanto al asesinato de Billy Wood —reflexionó—. De pronto, algunas cosas en las que había soñado vagamente se han hecho realidad. Las cosas en las que jamás había soñado me han sido gradualmente reveladas. Vístete, *mon ami*. *Le tout Paris nous attend*.

No fue hasta poco después de pasadas las nueve cuando encontramos a Aidan Fraser en el salón de múltiples espejos del Hôtel Charing Cross. Estaba sentado solo a una mesa puesta para cuatro.

—Veronica ya ha desayunado —anunció—. Ha salido a dar un paseo. No tardará.

—Le veo turbado, amigo mío —dijo Oscar mientras tomábamos asiento.

—Lo estoy —respondió Fraser—. He recibido un telegrama de Londres.

—¿De Scotland Yard?

—Sí —respondió, sosteniendo el sobre en alto para que lo viéramos—. De Gilmour.

—¿Malas noticias?

—Las peores. Hemos perdido a nuestro principal testigo.

—¿A Bellotti? —preguntó Oscar.

—Sí —respondió el inspector—. A Bellotti. Bellotti está muerto.

—¡Muerto! —exclamó Oscar—. ¿Ha dicho muerto?

—Sí.

—No puedo creerlo —dijo Oscar. Se llevó la mano a la boca y cerró los ojos—. Pero ¿cómo es posible? —murmuró, hablando como aturdido—. ¿Muerto? —repitió—. ¿Quiere decir asesinado?

—No, no ha sido asesinado —replicó el inspector, abriendo el telegrama—. Al parecer, ha sufrido un accidente... o quizá haya sido un suicidio. Le ha arrollado un tren.

—¿Menciona Gilmour al enano?

—¿Al enano? —preguntó Fraser, sin comprender. Clavó la mirada en el telegrama—. No, el telegrama no menciona a ningún enano.

—Bien —dijo Oscar, soltando una risa amarga, recobrando la compostura y sirviéndose una taza de chocolate caliente—. Hasta aquí París en primavera. Debemos volver a Londres de inmediato.

## 23.

29 de enero de 1890

—¿Debemos regresar a Londres, Aidan? ¿De verdad tenemos que volver?

Veronica Sutherland había vuelto de su paseo matutino con color en las mejillas y la mirada encendida... y un hermoso tocado de plumas en la cabeza. Nos había encontrado en el comedor del hotel y se había reunido con nosotros a la mesa del desayuno, aunque se negó a tomar asiento. De ahí que tanto Aidan Fraser como Oscar y yo siguiéramos de pie en nuestro sitio con la servilleta en la mano, como un trío de deficientes escolares que, pizarras en mano, estuvieran siendo amonestados por su institutriz.

—Qué irritante —prosiguió—, y qué injusto. Acabamos de llegar y el lunes es mi cumpleaños... ¡Mi cumpleaños! ¿Cuándo ha sido la última vez que hemos estado juntos, Aidan? Siempre estás trabajando.

—Es el mundo, y no la familia, el que se beneficia del fruto del genio —dijo Oscar.

Veronica se volvió hacia él.

—Oh, cállese, Oscar, se lo ruego. Sus incesantes comentarios ingeniosos pueden llegar a resultar a veces terriblemente cansinos.

—El verso no era mío —respondió Oscar con timidez—, sino de Conan Doyle.

—¡Qué más da cuál sea la fuente! La cuestión es que supuestamente estamos de vacaciones (es el fin de semana de mi cumpleaños) y Aidan no es un genio y tampoco es indispensable. ¿No podría el inspector Gilmour o cualquier otra pobre alma de Scotland Yard ocuparse del caso?

—Es un caso importante —dijo Oscar.

—¿Ah, sí? —preguntó Veronica mirándole a los ojos—. Un ramerillo ha sido asesinado, su chulo se ha quitado la vida y el borracho de su padrastro va a terminar en la horca. ¿Tan importante es el caso, señor Wilde?

Me quedé perplejo ante la virulencia de su lenguaje. Oscar pareció no inmutarse.

—Sí —respondió sin perder la calma, devolviéndole la mirada.

—Ah —fue la seca respuesta de Veronica—, ¿y para quién?

—Es importante para su prometido, señorita Sutherland, y para su futuro. Ha acusado a un hombre de asesinato... y ahora su testigo principal está muerto. ¿Cómo ha muerto Bellotti? ¿Ha sido un suicidio? ¿Un accidente? La cuestión no puede quedar sin resolver y tampoco puede pasar a manos del inspector Gilmour. Por

desgracia, es responsabilidad de Fraser. El deber llama.

Veronica suspiró impacientemente y miró en derredor. Aunque el comedor no estaba lleno, en unas cuantas mesas repartidas por el salón había otros clientes que fingían ignorarnos. A punto estuve de hablar —y proponer quizá que Oscar y Fraser volvieran a Londres mientras yo hacía compañía a la señorita Sutherland en París—, pero me faltó valor y dejé pasar la ocasión.

—Muy bien —dijo Veronica (sus mejillas habían palidecido y en sus ojos había dejado de arder el brillo de minutos antes)—. Subiré a mi habitación a hacer el equipaje. Les ruego que me avisen cuando estén listos para marcharnos.

—Gracias —dijo Fraser—. Celebraremos tu cumpleaños como es debido en Lower Sloane Street.

—Sin duda —fue la réplica de Veronica.

—¡Y podremos volver a París en primavera! —dijo Oscar con una sonrisa.

Ella se rió, dio media vuelta y salió apresuradamente del salón.

Tres horas más tarde, estábamos en la Gare du Nord, subiendo al tren Club que nos llevaría a Calais. Fraser y Oscar no tuvieron ninguna dificultad a la hora de cambiar nuestros billetes; los trenes a cada lado del Canal iban prácticamente vacíos y a bordo del vapor (el SS *Dover Castle*, «el orgullo de la compañía») éramos los únicos pasajeros que ocupaban el salón de primera clase. Resultó un día largo y tedioso. Nuestro regreso a Londres no fue el festín de buen humor y de optimismo que había sido el trayecto de ida a París. Si Oscar albergaba destellos de ingeniosidad en su mente (fueran los suyos o los de otros), no los compartió con nosotros. Pasó gran parte del viaje de vuelta con la nariz hundida en un libro. Todos leíamos, o por lo menos fingíamos hacerlo. Yo hojeaba lentamente mi vademécum, mi edición comentada de las máximas de La Rochefoucauld. Veronica parecía devorar un diario científico dedicado a la obra de Louis Pasteur sobre la inmunización contra el ántrax. Aidan Fraser leía *Tres hombres en una barca* de Jerome K. Jerome, aunque creo que no con demasiada atención. No se rió una sola vez.

Cuando por fin pisamos de nuevo tierra inglesa, mientras nuestro tren dejaba atrás los campos de lúpulo del norte de Kent y caía la noche, Oscar y Fraser, como impulsados por un acuerdo mutuo no verbalizado, dejaron sus libros a un lado e, inclinándose el uno hacia el otro, y entre susurros, como dos cómplices, empezaron a conversar sobre el caso.

—¿Cuándo han encontrado exactamente el cuerpo de Bellotti? —preguntó Oscar—. ¿Lo ha dicho Gilmour?

—Todo parece indicar que ayer por la mañana.

—Mientras viajábamos a París...

—Sí.

—¿Y dice que fue arrollado por un tren?

—Eso parece.

—¿En qué estación?

—El telegrama no lo especifica, pero no fue una estación de tren. El accidente ocurrió en el metro.

—¿El accidente? —Oscar arqueó una ceja.

—Podría haber sido un accidente, Oscar —dijo Fraser deliberadamente—. El hombre era casi ciego, ¿no?

—Creo que eso le habría llevado a moverse con mayor cuidado, no al revés. No pueden descartar el asesinato. No deberían.

—Pero ¿por qué alguien iba a querer asesinar a Bellotti?

—Porque era su testigo, Aidan. Ha dicho que Bellotti le contó que Edward O'Donnell y Drayton Saint Leonard eran el mismo hombre...

—Cierto.

—¿Está seguro de eso?

—Del todo.

—¿Y le dijo también que Billy Wood se marchó del almuerzo ese día para encontrarse con él?

—Eso es lo que dijo. Y estaba dispuesto a testificar.

—Muy bien —dijo Oscar—. Si Bellotti estaba dispuesto a testificarlo bajo juramento, ¿qué otras cosas podía estar dispuesto a decir ante un tribunal? Si estaba dispuesto a implicar a O'Donnell, ¿qué otra reputación podía estar dispuesto a arruinar? En el preciso instante en que Bellotti se convirtió en informador de la policía, tenía los días contados.

Fraser se rió y señaló el delgado ejemplar que Oscar tenía en el asiento contiguo al suyo.

—Creo que ha estado leyendo demasiado a Conan Doyle, Oscar.

Mi amigo cogió su ejemplar de *El signo de los cuatro* y lo hizo girar cuidadosamente entre las manos.

—Asimilo todas las lecciones que puedo del señor Sherlock Holmes —dijo—, esa «máquina de perfecta observación y razonamiento».

Fraser sonrió y, volviendo a apoyar la espalda en el respaldo de su asiento, se pasó por el pelo sus dedos finos y largos.

—Ha sido un accidente, Oscar, o un suicidio. Bellotti se dio cuenta de que el juego había terminado y no fue capaz de asumir las consecuencias. —Se volvió a mirar por la ventanilla del vagón, pero había caído la noche y lo único que pudo ver fue su propio reflejo en el cristal—. Mencionó usted a un enano esta mañana —dijo—. ¿Qué enano es ése?

—Bellotti tenía un enano, una especie de compañero, chico para los recados, guardaespaldas... Raras veces vi a Bellotti sin el enano. Era una fea criatura.

—Si Bellotti murió asesinado —sugirió Fraser, volviéndose hacia Oscar—, quizá su enano fuera su asesino.

—Lo dudo —respondió Oscar—. El enano es hijo de Bellotti.

Fraser se volvió de nuevo hacia la ventanilla del compartimiento.

—No conocía la existencia de ese enano —dijo.

—Tendrán que dar con él.

—Sí —respondió Fraser con cierto aire distraído—, sí, supongo que sí. Queda mucho por hacer...

—¿Qué hará primero? —preguntó Oscar—. ¿Interrogar a los miembros del pequeño club de almuerzos de Bellotti? Tendrían que ser capaces de identificar a Drayton Saint Leonard, ¿no le parece? Aunque, por supuesto, a diferencia de Bellotti, quizá se muestren reticentes a hacerlo...

—Creo que empezaremos por la señora Wood —dijo Fraser. Oscar sacudió la cabeza en un gesto claramente despreciativo. Fraser prosiguió—: La señora Wood, o la señora O'Donnell, o comoquiera que se llame, era su «ama de llaves», Oscar. Estoy convencido.

—Lo negará.

—Sin duda. Quienes tienen las manos manchadas de sangre evitan siempre decir la verdad.

—¿La acusarán?

—No sin una confesión. A los jurados no les gusta condenar a madres por el asesinato de sus hijos. Pero sí condenarán a O'Donnell. Ese hombre morirá en la horca, y ése será su castigo.

Nuestro tren circulaba en ese momento por las afueras del sureste de Londres. De día, las tristes calles y las decadentes viviendas que íbamos dejando atrás representaban algunas de las barriadas más deprimidas de la capital. De noche, el parpadeo de las velas en los alféizares de las ventanas y las farolas de gas de las paredes de los callejones convertían la pobreza en un cuento de hadas, transformando hileras de modestos edificios de oropel en filas de pequeñas casas como la de Hansel y Gretel. Oscar siguió la dirección de mi mirada y me leyó el pensamiento.

—La ilusión puede ser un consuelo —dijo.

Veronica, que se había quedado dormida, acababa de despertarse. Tenía los ojos cansados, estaba pálida (se le había desprendido el maquillaje de las mejillas) y se le había soltado el pelo, que le caía alrededor del cuello. Nunca la había visto con un aspecto tan natural, ni tan vulnerable. Me sonrió con unos labios ligeramente separados y atrapó mi mirada en la suya. Me abrumó verla tan hermosa.

El tren avanzaba despacio, aproximándose ya a la estación de término. Veronica, sentándose hacia delante, retocándose el pelo y desperezándose a la vez, se volvió a mirar a Oscar y dijo:



—Le debo una disculpa, señor Wilde.

Oscar se levantó y le dedicó una inclinación de cabeza antes de estirar el brazo para bajar una de las maletas del portaequipajes situado sobre nuestras cabezas.

—No me debe usted nada, mi querida señora.

—Le debo una disculpa —repitió Veronica—. He estado inmoderada y maleducada. No sé qué es lo que me ha ocurrido. Confío en que me disculpe y en que así me lo demuestre viniendo a tomar una copa para celebrar mi cumpleaños mañana por la tarde.

—Será un honor —dijo Oscar—. ¿Ha invitado también a Robert?

—¡Bien lo sabe él! —Se inclinó hacia mí, me tomó la mano y la besó.

—Bien —dijo Fraser, dándose una palmada en las rodillas y levantándose rápidamente. El tren se había detenido con brusquedad—. Entonces está decidido. Mañana a las seis de la tarde en Lower Sloane Street. ¿Y ahora?

Nos habíamos puesto todos de pie y estábamos recogiendo nuestras pertenencias.

—Volveré a Bedford Square, a casa de mi tía abuela —dijo Veronica—. Ni que decir tiene que no me espera, y aunque no es muy amiga de las sorpresas, se las arreglará. No veía con demasiados buenos ojos que viajara a París sin una acompañante. Mi regreso adelantado le dará una gran satisfacción.

—No he tenido el placer de conocer a la señora Sutherland —dijo Oscar, poniéndose el abrigo de color verde botella con el cuello de astracán—. ¿Debo entender que se unirá a nosotros mañana por la tarde?

—No lo creo —replicó Veronica—. Jamás sale después de que anochece. Pertenece a esa generación.

—Ah —dijo Oscar, abriendo la puerta del vagón y haciendo entrega de una maleta a un mozo que esperaba en el andén de la estación—. Toda regla tiene su excepción. Mi madre jamás sale de día. Siente aversión a la brutalidad del exceso de iluminación.

En ese momento nos bañaba el resplandor ocre de las farolas de gas de la estación Victoria. Como uno de los guías del señor Cook que guiara una expedición por las callejuelas de Florencia, Oscar echó a andar con paso firme por delante de nosotros con el bastón en alto, llevando al grupo (con cuatro mozos en cola) hasta la fila de coches situada en el patio de la estación. En la cabeza de la fila había un cabriolé.

—¿Sería tan amable de llevar a esta joven dama a Bedford Square? —preguntó Oscar al tiempo que le daba dos chelines al cochero. El hombre examinó las monedas y gruñó. Oscar murmuró—: El vocabulario de los cocheros de Londres es sin duda seco aunque convincente.

Veronica subió al cabriolé y nos miró desde su asiento. Me gustaría decir que, al partir, me dedicó una de sus más cálidas sonrisas, pero no puedo. Pareció mirarnos a los tres con idénticos buenos ojos.

—Buenas noches, caballeros —dijo con un pequeño gesto de la mano—. À *demain*.

—Su prometida es una mujer extraordinaria —dijo Oscar, poniéndole la mano a Fraser en el hombro mientras seguíamos de pie despidiéndonos de Veronica con la mano y ella se perdía lentamente en la oscuridad de la noche—. Tiene fuego en el alma. Arde intensamente.

—No sabe cuánto deseo complacerla —dijo Fraser.

—No será fácil. Tiene energía e inteligencia, el vigor de un hombre, aunque, por un accidente de la naturaleza, está condenada a representar el papel de la mujer dócil. Es difícil ser totalmente feliz en circunstancias semejantes.

Los mozos de estación estaban cargando el resto de nuestras maletas en el siguiente carruaje de la fila.

—¿Y ahora adónde? —gritó Oscar—. ¿Una copa? ¿Picamos algo para cenar? ¿Un plato de conejo galés y una copa de champán?

Fraser seguía con la mirada fija en Veronica, aunque para entonces el coche de la señorita Sutherland se había perdido entre el tráfico. De pronto despertó de su ensueño.

—Iré a Bow Street y volveré a interrogar a O'Donnell —anunció.

—¿Qué? —exclamó Oscar—. ¿Ahora? ¡Pero si son las nueve de la noche del sábado!

—Un momento tan bueno como cualquier otro —fue la respuesta de Fraser.

—¿Y no le parece una hora un poco intempestiva para un interrogatorio policial? —intervino de nuevo Oscar, mirando al inspector no sin cierta perplejidad.

Fraser se rió.

—Vamos, Oscar, ¿acaso no fue usted quien me apremió para que regresara «de inmediato» a Londres? Podría haber dejado el asunto en manos de Archy Gilmour, pero usted dijo: «El deber llama». Me quería a mí en el caso.

—Por supuesto —dijo Oscar—. Lleva usted razón. —Hizo una breve pausa y a continuación, poniendo las manos en los hombros de Fraser, y situándose delante de él, miró directamente a los ojos del pálido policía—. ¿Puedo pedirle un favor, Aidan? —preguntó—. ¿Me permite que le acompañe?

Fraser pareció vacilar.

—¿A Bow Street?

—Sí.

—Bueno, eso resultaría hasta cierto punto irregular, ¿no le parece?

—No para que interroge yo a O'Donnell —prosiguió Oscar—. Ése es su trabajo, Aidan, lo entiendo perfectamente. Me refería más a observar y a ser testigo directo del interrogatorio. Usted cree que O'Donnell es culpable y, a juzgar por lo que le dijo Bellotti, parece que existen pruebas circunstanciales... Yo le considero inocente, pero

jamás le he visto sobrio. Quizá todavía no he aprendido a tomarle la medida. En los calabozos estará sobrio...

Fraser negó con la cabeza.

—No necesariamente —dijo—. Depende del sargento que esté de guardia. Si O'Donnell tiene dinero, quizá pueda obtener licor, incluso estando en su celda.

—Por favor, Aidan —insistió Oscar, implorante.

El joven detective se encogió de hombros y suspiró.

—Es del todo irregular, pero... muy bien, venga conmigo. —Aguantó abierta la portezuela del coche para que subiéramos—. Vamos, no se hable más. El caso es suyo desde el principio, Oscar. Es justo que siga en él hasta su conclusión.

—¿Cree usted que hemos llegado al final? —pregunté mientras el coche giraba por Victoria Street.

—Creo que O'Donnell confesará —dijo Fraser.

Llegamos a Bow Street en poco más de un cuarto de hora. Cuando bajamos del coche, Fraser se adelantó hacia la comisaría de policía mientras Oscar convencía a nuestro cochero para que nos esperara con nuestro equipaje.

—Cochero, me temo que no tardaremos más de una hora —dijo—. Si aparca al otro lado de la calle, junto a la entrada de artistas de la Opera House, quizá llegue a tiempo para el último acto de *Lohengrin*.

El cochero asintió con aire ausente.

—Si usted lo dice, señor.

—Lo digo, sí, cochero —dijo Oscar—. Es su tipo de música... ¡Es Wagner! —El hombre ni se inmutó, aunque volvió a asentir mientras se metía en el bolsillo la moneda que Oscar le había depositado en la mano—. La música de Wagner es mejor que ninguna otra —insistió Oscar—. Suena tan alto que uno puede pasarse todo el rato hablando sin que nadie se entere de lo que dice.

—Muy gracioso, Oscar —tronó un desconocido que se aproximaba a nosotros desde la acera de enfrente. Se trataba de un hombre menudo y calvo con traje de noche que fumaba un enorme puro. Yo no le conocía, aunque era obvio que él sí conocía a Oscar (¡todo el mundo conocía a Oscar!), y Oscar, en cuanto se percató de la presencia del hombre, exclamó:

—¡Gus! ¡Gus! ¡Qué alegría verte!

El hombrecillo era sir Augustus Harris, director del Theatre Royal Drury Lane y del Theatre Royal de Covent Garden.

—No hay ópera esta noche, Oscar, sino pantomima. ¡Una de esas noches que tanto te gustan! *Barba Azul*... ¡La clase de obra que te gusta! ¡Y los dos mil cien asientos están vendidos! Pero si quieres verla conmigo desde mi palco...

—No, te lo agradezco enormemente, Gus. Mi amigo y yo tenemos otro compromiso.

Sir Augustus Harris levantó la mirada hacia la lámpara azul que colgaba sobre la entrada de la comisaría y arqueó una ceja burlona.

—Tu secreto está a salvo conmigo —se rió con satisfacción—. Buenas noches, Oscar. —Se despidió de mí con una leve inclinación de cabeza—. Buenas noches, señor. —Volvió a cruzar la calle hasta la acera de enfrente, agitando su cigarro grandiosamente en el aire y gritándole a Oscar mientras se alejaba—: Irving me ha dicho que has acudido a rescatarle. ¡Bravo! Te está agradecido. Ven a verme pronto, Oscar. Hagamos algo juntos... ¡siempre que no sea *Salomé!*

—Gus es un buen hombre —dijo Oscar—. Un inculto civilizado. Representa la supervivencia del voluntarioso.

Subimos los escalones de piedra de la comisaría. En el vestíbulo pobremente iluminado situado junto a la puerta principal nos esperaba un joven agente.

—El inspector Fraser está con el sargento Ritter, señor. No tardarán. Han ido a buscar las llaves.

—Qué silencioso está esto —dijo Oscar—. Sepulcral. Cualquiera diría que estamos en una iglesia de campo abandonada.

—Se animará más tarde, señor —dijo el joven *bobby*—. A medianoche, cuando hayan cerrado los bares y pubs, estará tan animado como una *casbah* en una noche de estreno.

Oscar miró al joven sin salir de su asombro. Vi cómo empezaba a formarse un elaborado cumplido en la mente de mi amigo cuando, de pronto, nos distrajo un tintineo de llaves a nuestra espalda. Al volvernos distinguimos en el rincón del vestíbulo vacío, en lo que habíamos tomado por una pared desnuda, una puerta estrecha de pesado metal, tachonada de cerraduras y pintada de blanco. Abierta en ella, a la altura de la cabeza, había una ranura no mayor que la boca de un buzón, y por la abertura, profusamente iluminados, alcanzamos a ver los perfectos dientes blancos de Aidan Fraser.

—¿Vienen? —gritó.

—Sí —respondió Oscar. Sonrió apesadumbradamente al joven agente—. Espero que volvamos a vernos.

Cuando llegamos a la puerta metálica, ésta se abrió silenciosamente hacia dentro y, justo al otro lado, en un estrecho pasillo de techo bajo, encontramos a Fraser con los ojos brillantes y sosteniendo una lámpara de parafina para iluminarnos el camino.

—Con cuidado —nos advirtió—. Está oscuro y húmedo. Casi resbalo.

Le acompañaba el sargento Ritter, un hombre de mediana edad, no alto pero sí corpulento, con unos ojos acuosos, nariz de bebedor y aspecto de fracasado. Respiraba ruidosamente, pero apenas hablaba. Cuando Oscar comentó, solícito:

—¿Le da problemas el asma, sargento? Está siendo un invierno muy duro.

El sargento miró a su interlocutor con la mirada perdida, como si tuviera delante a

una criatura del planeta Marte, y no se dignó a responderle. (No todo el mundo era susceptible al encanto de Oscar).

—Sígueme —nos invitó Fraser, sosteniendo la lámpara en alto y guiándonos en fila india por el estrecho pasillo y por un corto tramo descendente de escaleras metálicas que llevaban a las celdas. El lugar era ciertamente oscuro y húmedo... y claustrofóbico. Reinaba un ambiente sombrío y pestilente.

—Está en la celda uno —dijo Fraser—. Esta noche es nuestro único prisionero. Por desgracia, sigue bebido. A Ritter le ha parecido que lo mejor sería mantenerle tranquilo con licor. No sabía que vendríamos esta noche.

Estábamos delante de la puerta de la celda, arracimados alrededor de la lámpara de Fraser.

—Aquí hay un silencio de muerte —dijo Oscar—. No se mueve ni un ratón.

—Puede que haya ratas en la celda, Oscar —dijo Fraser con una sonrisa glacial—. Quédense junto a la puerta, podría ser violento. Dejen que Ritter entre primero. Veremos si en su estado puede responder esta noche a nuestras preguntas. De no ser así, volveremos por la mañana.

Fraser abrió el cerrojo de la puerta y le dio a su sargento la lámpara de parafina. Era nuestra única fuente de luz. Si su pequeña y parpadeante llama se hubiera extinguido, nos habríamos visto sumidos en la más absoluta oscuridad. Nos quedamos en silencio junto a la puerta, en lo alto de los tres escalones que bajaban a la celda. Ritter se adelantó, sin dejar de respirar pesadamente, sosteniendo en alto la lámpara para poder ver dónde pisaba.

—¡O'Donnell! —gritó—. Tienes visita. Levántate, hombre. ¡O'Donnell! ¡O'Donnell! Pero no hubo respuesta.

La celda medía poco más de un metro de ancho por dos de largo. En el extremo más alejado del cubículo, frente a la puerta, en lo alto de la pared y justo debajo del techo, había un agujero del tamaño de un ladrillo que servía como conducto de ventilación durante la noche y como patética ventana durante el día. Una barra metálica cruzaba el agujero de lado a lado, bloqueando el paso. De la barra pendía un cinturón de cuero y del cinturón, el cuerpo de Edward O'Donnell. La cabeza le colgaba a un lado. Tenía los ojos abiertos. Había en ellos una mirada fija y demente. También tenía la boca abierta. Cuando Ritter acercó la lámpara al horripilante rostro de O'Donnell, vimos que tenía la barbilla, la barba y la camisa cubiertas de vómito reciente.

—Está muerto —dijo Ritter, pegando los dedos a la muñeca del colgado.

—Tendría que haberlo imaginado —dijo Oscar—. La culpa es mía. Mía y sólo mía.

## 24.

29 — 30 de enero de 1890

En lo que parecieron tan sólo unos instantes —y que, de hecho, quizá no fueron más que cinco o seis minutos—, Oscar y yo íbamos de nuevo en coche por el Strand. Aunque yo todavía sentía palpar mi corazón, Oscar, salvo por una fina franja de diminutas gotas de sudor que le perlaban la frente, no mostraba ningún indicio de estar sufriendo un torbellino interior. Era propio de él mantener la calma en momentos de crisis. Su sudor era fruto del cansancio, no de la ansiedad. Oscar Wilde era un hombre que podía —y así lo hacía— soportar, con aparente ecuanimidad, los subidos de un público hostil, los abucheos de una turba ignorante e incluso su propio arresto y encarcelamiento. Cuanto más turbulenta se anunciaba la tempestad, más sereno parecía él.

Sacó del bolsillo de su abrigo su ejemplar dedicado de *El signo de los cuatro* y lo hizo girar con sumo cuidado en las manos, hojeando las páginas perezosamente.

—Holmes tiene razón, Robert. Su máxima es un acierto. En cuanto eliminamos lo imposible, lo que queda, por muy improbable que sea, debe ser la verdad.

—¿Sabes cuál es la verdad de todo esto? —pregunté. Yo estaba más confundido que nunca. La espantosa imagen del cadáver colgante de O'Donnell llenaba mi imaginación.

—Creo que sí —respondió con tono tranquilizador mientras acariciaba el libro de Doyle y esbozaba una semisonrisa que fue, a mis ojos, al menos, la señal inequívoca de que acababa de concebir una idea que le complacía especialmente—. Creo que sí, Robert, pero debo comprobarlo. Y eso lo haré mañana... Y entonces habremos terminado. Caso cerrado. —Volvió a meterse el libro en el bolsillo del abrigo.

«Caso cerrado». Ésas eran las palabras que Aidan Fraser había empleado en repetidas ocasiones minutos antes, mientras nos apremiaba a abandonar la celda número uno de la comisaría de policía de Bow Street. En el momento en que había tenido lugar el triste descubrimiento del cuerpo de O'Donnell, cuando Oscar había exclamado «La culpa es mía. Es mía y sólo mía», el inspector se había vuelto a mirarle, enojado, y había siseado:

—No sea idiota, Wilde, El hombre se ha quitado la vida. Con su suicidio ha confesado su culpa. Caso cerrado.

Desconcertado, horrorizado por el espectáculo al que nos enfrentábamos, sólo pude exclamar estúpidamente:

—¡Hay que llamar a la policía!

—¡Nosotros somos la policía! —protestó Fraser—. Compórtese, hombre. El bruto está muerto, eso es todo. Caso cerrado.

El sargento seguía aguantando la lámpara de parafina contra el rostro del muerto. Oscar miraba fijamente a los ojos saltones y desprovistos ya de visión de O'Donnell. Parecía transfigurado.

—No es momento de lamentaciones —murmuró (era una de sus frases favoritas).

—Discúlpeme, Sherard —dijo Fraser, recobrando la compostura—. Estoy tan perplejo como usted. Es horrible, aunque quizás era de esperar.

—Sí —susurró Oscar—, era de esperar.

—Le ruego que me disculpe, Oscar —dijo Fraser—. No mencionaré su presencia aquí cuando escriba mi informe. No es en absoluto relevante... Ahora deben irse. No tendría que haberles traído. Ha sido un error de mi parte. Pero insistieron tanto... y han visto lo que han visto. Ahora váyanse. Váyanse inmediatamente y déjenos cumplir con nuestro deber.

El sargento Ritter seguía inmóvil con la lámpara todavía en alto, iluminando el cadáver.

—Acompañe a estos caballeros a su coche, Ritter —le ordenó Fraser—. Y baje de paso mi bolsa de viaje. Hoy no me iré a casa hasta última hora. —Ritter cruzó la celda para volver hasta donde estábamos nosotros. Mientras se acercaba, sosteniendo la lámpara en alto, el cuerpo de O'Donnell desapareció en la oscuridad y la luz blanca cayó de pleno sobre el rostro de Fraser—. Dése prisa, hombre. Esperaré aquí para vigilar el cuerpo. Traiga un cuchillo cuando vuelva. Le bajaremos juntos. Y traiga también al agente con usted. Ahora váyase. ¡Vamos!

Ni Oscar ni yo dijimos nada.

—Buenas noches, caballeros —se despidió Fraser, al tiempo que dábamos media vuelta para marcharnos—. Les veré mañana a las seis, como hemos acordado. Buenas noches. Siento que hayan sido testigos de esto, pero al menos ya todo ha terminado. El horror ha tocado a su fin. Caso cerrado.

El sargento Ritter —sin decir nada, aunque resollando a cada paso que daba— nos condujo de regreso por el húmedo y pestilente pasillo hacia la sepulcral entrada de la comisaría y de ahí a la animada calle londinense. Dejamos en la oscuridad a Aidan Fraser con el cadáver de Edward O'Donnell.

—Creo que mañana iré a misa —anunció Oscar, mirando por la ventanilla del coche mientras pasábamos por delante del teatro y del hotel Savoy. La acera estaba abarrotada de bulliciosos espectadores, rebuznantes ricachones con sus trajes de noche, parloteantes burgueses vestidos de domingo, todos ellos saliendo, sin duda del todo satisfechos, de una representación de *Los gondoleros*.

—¿Para rezar por el alma de los que nos han dejado? —pregunté.

—Sí —respondió—, y para ponerle un cirio a santa Baltilda... y a san Aidan de Ferns. Recuerda que el lunes es su día.

—Lo recuerdo.

—«Días festivos... y tentaciones», Robert. A eso se reduce todo.

—Eso dices, Oscar, aunque, por mucho que lo intento, no alcanzó a ver por qué.

—Lo harás, Robert. Lo harás. —Me sonrió benevolentemente—. San Aidan es otro de nuestros benditos santos irlandeses. Existe un relicario de bronce en el que están expuestos sus huesos en una capilla lateral de la catedral de San Patricio de Dublín. Mañana presentaré mis respetos a su espíritu en la iglesia de San Patricio de Soho Square. Aunque nueva, es una iglesia hermosa.

—Es una iglesia católica, Oscar. ¿Estás buscando la salvación en Roma? —pregunté, divertido ante el cariz que estaba tomando la conversación.

—No, todavía no. —Se rió—. Pero John Gray sí. Está recibiendo instrucción en San Patricio. Habla muy bien del sacerdote que está a cargo del templo. Y del halo de espiritualidad que lo impregna todo. Según me ha dicho, se debe en gran medida al incienso que utilizan. Afirma que es el incienso más dulzón de todo Londres y que el joven turiferario de San Patricio lo esparce por la iglesia con celo evangélico. —Cerró los puños uno encima del otro, como si estuviera agarrando la cadena de un incensario, y, poniendo en práctica sus palabras, alzando la mirada al cielo, esparció un incienso imaginario por la parte trasera del coche con alegre abandono.

Me reí... y volví entonces a pensar en el grotesco espectáculo de Edward O'Donnell colgando en la celda de la comisaría, a poco menos de un kilómetro de allí, y me maravilló la capacidad que Oscar tenía de pasar de la tragedia a la comedia en lo que parecía apenas un pestañeo.

El coche había llegado a Haymarket. El West End estaba lleno de juerguistas del sábado noche. Avanzábamos despacio. Oscar había ordenado al cochero que nos llevara a Albemarle Street. Había propuesto una última copa antes de retirarnos. De pronto, cambió de idea.

—Disculpa, Robert —dijo—. De repente, me siento agotado... y me preocupa la hora. Tú tienes que escribir en tu diario y yo debo escribir una carta a Susannah Wood. Puede que aún esté a tiempo para llegar al correo de medianoche. —Le gritó entonces al cochero—: Siga a Gower Street, cochero. Por Soho Square. Dejaremos a mi amigo y luego puede llevarme a Chelsea, a Tite Street, si no le importa.

Oírle mencionar Soho Square desencadenó en mí un recuerdo. Sin embargo, antes incluso de que fuera consciente de él, Oscar se me anticipó (quizá la señora O'Keefe tuviera razón; quizás Oscar era capaz de leer el pensamiento).

—El hombre que me asaltó esa noche en Soho Square —dijo—, la noche que John Gray acudió en mi rescate, ¿te acuerdas?

—Jamás olvidaré el traje de marinero de John Gray —respondí—. No olvidaré ni



esa noche, ni los días siguientes.

—Estabas convencido de que mi asaltante era Edward O'Donnell, ¿verdad?

—Sí —respondí—, aunque tú lo negaste.

—Y ni que decir tiene que también creíste que el hombre que nos siguió en Albemarle Street era O'Donnell, ¿no es cierto?

—Sabes que sí.

—No era O'Donnell.

—Muy bien —dije—. Pero si no era O'Donnell, ¿quién era?

—Te lo diré mañana, Robert. Creo que por hoy ya hemos tenido bastante excitación.

Era temprano, aún no habían dado las siete cuando nos separamos ese sábado por la noche. Y era ya tarde —pasado el mediodía, cerca de la una— cuando, a la mañana siguiente, tuve noticias de Oscar. Estaba acostado en mi habitación, sin afeitarse y leyendo, cuando sonó el timbre de la puerta. Era un chico de la oficina de telégrafos con un telegrama de mi amigo: «URGENTE. REÚNETE CONMIGO EN LA ESQUINA DE COWLEY STREET A LAS 15.15 HORAS NO ANTES. OSCAR».

Llegué a Westminster a las tres en punto. Era el domingo, 30 de enero de 1890, y la primavera se respiraba en el aire. La niebla londinense se había dispersado. El cielo era de un azul blanquecino y las algodonosas nubes le habrían devuelto la vida al corazón de mi bisabuelo. Entré dando un paseo al jardín adyacente a la Casa de los Loes (¡buscando en vano un estallido de narcisos dorados!), y me dediqué a deambular por ahí perezosamente hasta que oí al Big Ben tocar el cuarto. Crucé la calle y me adentré por Great College Street. Caminaba dando pequeños saltos. Sentía sobre mí el calor del sol. Me estimulaba la idea de encontrarme con Oscar y descubrir el objeto de su telegrama. Era plenamente consciente de mis veintiocho años... y me sentía feliz de estar vivo (la noche antes, al llegar a Gower Street, había encontrado esperándome una carta de Kaitlyn. Volvía a estar en Londres y tenía ganas de verme... «Muchas», decía. «¡Muchas!»). Había subrayado la palabra).

Encontré a Oscar a mitad de camino de Great College Street, justo en la esquina de Cowley Street, de pie junto a un coche, un carruaje de dos ruedas, hablando con el cochero. Llevaba puesto su abrigo de color verde botella con el cuello de astracán y sostenía en la mano su bastón de ratán negro. Sus ojos chispeaban.

—Ya sé que no voy vestido adecuadamente, Robert, pero es que, a diferencia de ti, he salido de casa al amanecer. Este galante cochero ha sido mi Sancho Panza desde los albores del día. —Sacó del bolsillo del abrigo una moneda y se la dio al hombre. Volvió entonces a llevarse la mano al bolsillo y esta vez sacó dos terrones de azúcar, que colocó en la palma abierta de su mano, ofreciéndoselos al caballo del cochero—. Cuando Inglaterra se convierta en una república, Robert, y yo sea emperador, este caballo, mi fiel *Rocinante*, será uno de los primeros en ser nombrado senador. Él es lo

que ninguno de nuestros legisladores parece ser: trabajador, discreto ¡y plenamente consciente de sus limitaciones!

—Hoy te veo muy animado —apunté.

—He ido a misa a primera hora —dijo—. Me siento renovado.

—¿Tus plegarias han sido escuchadas?

—¡Las plegarias jamás deben ser escuchadas, Robert! De ser así, dejan de ser plegarias y se convierten en correspondencia...

—Pero ¿el sacerdote respondió a tus expectativas?

—Me ha parecido un hombre notorio, sin duda, pero recuerda, Robert, que es la confesión, y no el cura, lo que nos da la absolución. —Se dirigió entonces al cochero—. ¿Qué hora es?

Atado con un cordel a un lateral de su asiento, el cochero llevaba un reloj cuya esfera era del tamaño de un plato de té. Lo miró desde las alturas.

—¿Ahora? Las tres y veintidós minutos, señor.

—Gracias, cochero —dijo Oscar—. Faltan tres minutos.

—¿Y adónde vamos?

—¿No te lo imaginas?

—Supongo que al veintitrés de Cowley Street.

—Sí —respondió, de pronto muy serio—. Sí, vamos a visitar una vez más la escena del crimen.

—¿Por qué?

—Para poner a prueba la verdad... como te prometí.

No había la menor sombra de humor en su actitud.

—¿Qué hora es, cochero?

—Y veinticinco, señor... Acaban de darlas.

—Vamos, Robert. Veamos lo que nos espera. Serás testigo. —Le gritó entonces al cochero—: No tardaremos. Quizá diez minutos. Quince como mucho. Le agradezco su paciencia. ¡Cuando llegue la república, será debidamente recompensado! —El cochero se llevó la mano a la gorra y asintió, agradecido. El caballo enseñó los dientes y soltó un resoplido de agradecimiento. Oscar entrelazó su brazo al mío—. Vamos, Robert, hemos llegado a lo que, si no me equivoco, nuestro amigo Holmes llamaría «la partida final».

Habíamos girado por Cowley Street. La calle tenía un aspecto decididamente agradable: ordenada y tranquila, bañada por la pálida luz del sol. Estábamos de pie en mitad de la calzada adoquinada, delante del número 23.

—¡Silencio! —susurró—. No hables. ¡Mira! —Apuntó con el bastón a la ventana del primer piso—. Hace sol, pero las cortinas están descorridas. Vamos. No digas nada. Vamos.

Cruzamos la calle y subimos hasta la puerta principal. Oscar se detuvo durante un

instante a mirar el dintel que coronaba la puerta.

—¿Llamamos al timbre? —pregunté.

—Silencio, Robert. Ni una palabra. —Me puso el índice izquierdo sobre los labios—. Como recordarás, tengo la llave de Bellotti, aunque quizá no la necesitamos. —Abrió la mano y empujó con suavidad la puerta principal. Despacio, silenciosamente, la puerta se abrió—. Como ves... —susurró—. Vamos.

Llevándose entonces el dedo a los labios, me condujo al interior. Nos quedamos durante un instante en el vestíbulo. La casa estaba en silencio. El polvo bañaba en el rayo de sol que, colándose por la ventana situada encima de la puerta, moría en la escalera que teníamos ante nosotros. Con cuidado, Oscar cerró la puerta de la calle a nuestra espalda y, con una inclinación de cabeza, me indicó que me adelantara y empezara a subir la estrecha escalera que llevaba al primer piso. Con cada escalón, la tarima bajo mis pies crujía como disparos de rifle reverberando en un valle y, detrás de mí, a medida que subía, la fatigosa respiración de Oscar era cada vez más audible y acelerada. «Despertaremos a los muertos», pensé, aunque no dije nada. Al llegar a lo alto de la escalera, ya en el descansillo desprovisto de alfombra, nos quedamos juntos, en silencio, el uno al lado del otro.

La puerta que teníamos delante —la misma que daba a la habitación donde, cinco meses antes, Oscar había descubierto el cuerpo de Billy Wood— estaba cerrada. Nos detuvimos a escuchar, pero no oímos nada. Seguimos sin decir nada mientras Oscar contenía la respiración. Miré a mi amigo y sonreí. Él me sonrió a su vez y me dio su bastón. Se pasó las dos manos por el ondulado y espeso pelo castaño. Inspiró hondo y, levemente, casi delicadamente, llamó a la puerta, y sin esperar respuesta, la abrió de par en par.

La habitación estaba caldeada como un horno y un fuerte aroma a incienso impregnaba el ambiente. Nos quedamos en la puerta, adaptando los ojos a la oscuridad. A la luz de media docena de velas, vimos, estirado en el suelo ante nosotros, el cuerpo desnudo de un joven. El joven era John Gray. Y, de pie a su lado, junto a su cabeza, había otro hombre. También estaba desnudo. Era Aidan Fraser. Tenía una navaja abierta en la mano.

Al vernos entrar, John Gray rodó sobre sí mismo y estiró el brazo por encima de las velas para coger su ropa. Aidan Fraser dejó caer al suelo la navaja y se volvió hacia nosotros con los brazos extendidos y suplicantes.

—Oscar —gritó—. Esto no es lo que parece. ¡Deje que le explique! Por el amor de Dios, ¡deje que le explique!

—No hace falta —dijo Oscar—. Lo entiendo, Aidan. Lo entiendo todo.

Oscar me puso la mano en el brazo y me invitó suavemente a salir de la habitación.

—Vamos, Robert, volvamos al coche. Ya hemos visto todo lo que necesitábamos

ver. —Cerró la puerta tras de sí y, en silencio, me condujo escaleras abajo hasta la calle.

## 25.

### «Días festivos y tentaciones»

—Días festivos... y tentaciones. ¿Lo ves ahora, Robert?

—Mucho me temo que no, Oscar. Estoy perdido por completo. Sé que a veces debo de parecerle intolerablemente obtuso, pero debo confesar que me siento del todo confundido ante lo que acabo de presenciar... Confundido y horrorizado.

Me sonrió y abrió la puerta del coche.

—Tu inocencia dice mucho a tu favor, Robert. —Le gritó entonces al cochero—: A la estación de Charing Cross, por favor, cochero, y después a Bedford Square. ¿Qué hora es?

—Menos veinte, señor.

—¡Bien! ¡Bien! —Subió al coche después de mí y se acomodó en su asiento con una expresión entre satisfecha y excitada en su gran rostro carnoso. Me dio una palmada en la rodilla—. Relájate, Robert. Ya casi hemos terminado.

—Estoy desconcertado, Oscar. Desconcertado y horrorizado. ¿Qué va a decir Veronica de todo esto?

—No debes decírselo —respondió bruscamente—. Aún no.

Bajé la voz. Tenía la sensación de que lo que acabábamos de presenciar en esa habitación del primer piso de Cowley Street era vergonzoso y corrupto, y que al ser testigos de ello de algún modo éramos partícipes de esa vergüenza y cómplices de su corrupción.

—John Gray y Aidan Fraser son amantes... —susurré.

—O quizá lo hayan sido —dijo—. Mucho me temo que hemos interrumpido su primera cita.

—¿Qué significa eso?

—¿A qué te refieres?

—A John Gray desnudo en el suelo, las velas, el incienso...

—Significa... —Oscar miraba por la ventanilla del coche a la otra orilla del Támesis—. Significa... para algunos, que el amor es un sacramento, supongo. —Lo dijo sin darle demasiada importancia, casi como si se tratara de una idea que acababa de pasársele por la cabeza.

—¿Un sacramento? —le espeté—. Y la navaja que Fraser tenía en la mano, ¿qué parte tiene en ese sacramento?

—No lo sé. Supongo que un riesgo, eso es todo. Nuestros amigos estaban

representando un drama fruto de su propia imaginación: quizás el cuento del sacerdote y su acólito. El sacerdote prepara a su acólito afeitándole el cuerpo antes de ungirlo con el aceite sagrado. La navaja se emplea en el acto de la purificación, la purificación es el prelude de la consumación...

—¡Menuda barbarie!

—¿Barbarie, dices? En absoluto. Es muy inglés, Robert, ¿o quizá debería decir «británico»? Probablemente jugaran a algo parecido en Fettes cuando Fraser no era más que un chiquillo.

—¿Cómo puedes tomártelo tan a la ligera, Oscar? Es grotesco.

—No es más que un inocente ritual, Robert. Sólo eso. A los ingleses les encantan los rituales. ¿Has visto alguna vez un partido de críquet? ¿Y una cacería? Los ingleses son incapaces de cazar como lo hacen otras naciones: para llevar comida a la mesa. ¡No! Los ingleses salen a cazar rodeados de sabuesos, con sus chaquetas escarlatas, haciendo sonar sus cornetas y persiguiendo a un zorro indefenso. Y, cuando por fin han arrinconado a su presa, y después de sacrificarla a sus peculiares dioses, esparcen la sangre de la pobre criatura a cuya vida han puesto fin por el rostro del chiquillo más joven del grupo. Es grotesco, y en absoluto acorde con tu gusto o con el mío, pero para los ingleses no es un crimen, es una forma de vida.

—¡Oscar, Oscar! —exclamé, todavía entre susurros, temeroso de que el cochero pudiera oírnos—. Ni John Gray ni Aidan Fraser habían salido de cacería con sus perros. No estaban jugando al críquet. Estaban inmersos en la práctica de un vicio antinatural. Estaban desnudos. Y excitados.

—¿En serio? No me he dado cuenta. —Despreocupadamente, Oscar se quitó un hilo de la manga del abrigo.

—Lo que acabamos de presenciar es una escena de degradación. Es aborrecible. ¡Y vil!

—¿Te parece vil, Robert? ¿De verdad? John Gray es un joven apuesto. Le has visto. Es tan hermoso como un dios griego, no me lo negarás. John Gray era una tentación para Aidan Fraser... y Aidan Fraser cedió a la tentación. ¿Tan malo es eso? ¿Acaso ceder a la tentación no es el modo más acertado y verdadero de librarnos de ella? Resistiéndonos a ella el alma enferma de ganas de experimentar las cosas que se ha prohibido. Todos los instintos que nos empeñamos en estrangular no hacen más que darnos vueltas en la cabeza y envenenarnos. El cuerpo peca una vez y se libra así de su pecado, pues la acción es una forma de purificación...

—Oscar —protesté—, ¿estás intentando decirme que acabamos de ver a Aidan Fraser cometiendo un acto de «purificación»? ¡Vas demasiado lejos!

—Lo que te digo es que hemos visto a Aidan Fraser, la víspera de uno de sus días festivos, poniendo a prueba su mortalidad sucumbiendo a la tentación de la fruta prohibida. Eso es todo. Puede que las circunstancias sean un poco inusuales, quizá

hasta un poco barrocas, pero la historia en sí es tan antigua como el Jardín del Edén... ¡y tampoco allí iban vestidos, Robert! Si no me equivoco, faltaban años para que aparecieran en el Paraíso los trajes de marinero.

—¿Por qué te tomas esto a broma, Oscar? ¿Por qué defiendes su conducta? ¿Por qué?

Hablé enfurecidamente, y alzando demasiado la voz. Durante un instante se hizo entre ambos un incómodo silencio. Cada uno se volvió a mirar por su ventanilla al tiempo que escuchábamos el áspero estruendo de las ruedas del coche y el constante chasquido de los cascos de los caballos. Pasábamos en ese momento por delante de Whitehall. Los transeúntes dominicales —viejos soldados, jóvenes muchachos con sus canotiers, mujeres empujando sus carritos de bebé, un niño con un aro de madera— se movían de acá para allá, disfrutando del sol tan poco común para la época del año.

Oscar se volvió hacia mí y me tocó la rodilla.

—No defiendes su conducta, Robert —dijo en voz baja—. Tan sólo la explico. — Me miró firmemente a los ojos y sonrió—. Es importante comprender a los demás si queremos comprendernos a nosotros mismos.

Miré a mi amigo, maravillado.

—Eres un fenómeno, Oscar —dije—, aunque a veces creo que eres demasiado comprensivo, demasiado generoso y demasiado bondadoso.

—¿Demasiado bondadoso? —repitió—. No supone ningún esfuerzo mostrarnos bondadosos con la gente que no nos importa.

—Entonces, ¿ni John Gray ni Aidan Fraser te importan nada?

—Le tengo cariño a John Gray. Es mi amigo. De hecho, siento por él un profundo cariño, pero Aidan Fraser no me importa lo más mínimo. Nada. Es un asesino.

—¡Sooo! —El coche se detuvo de pronto.

—¡Oscar! ¡Oscar! ¿Qué estás diciendo?

Perplejo y escandalizado por sus palabras, me incliné alarmado hacia delante, pero él levantó la mano para hacerme callar.

Habíamos llegado al patio principal de la estación de Charing Cross. Oscar abrió la portezuela del coche.

—Yo me apeo aquí —dijo con una sonrisa—. Tengo cigarrillos que comprar y dos trenes por tomar.

Intenté retenerle.

—Pero si Fraser...

—Nada de preguntas ahora, Robert —me dijo, cerrando la portezuela del coche—. Creía que para ti todo resultaría obvio, pero si no lo es, mejor que mejor. Tienes trabajo por delante.

Oscar estaba de pie en la acera mirándome por la ventanilla abierta del carruaje.

Todo en mi cabeza parecía funcionar mal; él parecía más dueño de sí mismo que nunca.

—Debes ir a Bedford Square —me instruyó—. El coche está pagado. Pasarás a recoger a la señorita Sutherland por su fiesta de cumpleaños, exactamente como estaba planeado. No le digas ni una sola palabra de lo que ha ocurrido hoy. Ni tampoco de lo que viste anoche. Nada, nada de nada. ¿Entendido? Habla de Millais, de Pasteur, de cualquier cosa, pero no hables de asesinatos. Muéstrate con ella como siempre. Mírala a sus hermosos ojos y murmúrale esas dulces naderías que tan bien se te dan. Cuéntale alguno de los relatos de tu amigo Maupassant. ¡Eso debería manteneros ocupados durante una o dos horas! Ve, amigo mío, y gracias. —Introdujo el brazo por la ventanilla del carruaje y me estrechó la mano con calidez—. El papel que has desempeñado en todo esto ha sido mucho más valioso de lo que puedas llegar a imaginar. Esta noche se hará justicia. Ahora vete. Ve. No pierdas de vista a la señorita Sutherland, Robert, y llévala a Lower Sloane Street a las seis y cuarto. A las seis y cuarto en punto. Ni un minuto antes. Adiós.

Dio un paso atrás y me saludó con la mano. Luego se volvió de espaldas y desapareció en dirección al vestíbulo de la estación al tiempo que el cochero hacía restallar su látigo y el coche reemprendía la marcha.

Me sentí absolutamente confundido. Y turbado. Y perplejo. Pero hice lo que se me había dicho. Oscar tenía una autoridad innata, y la mantuvo a lo largo de su vida. En el colegio, cuando era apenas un niño, dominaba a sus compañeros; incluso hacia el final, tras su encarcelamiento, ya en el destierro (cuando malévolos desconocidos se referían a él en falsos informes como «un espíritu hecho añicos» y «un hombre roto»), quienes le conocíamos sentíamos que la fuerza de su presencia prácticamente estaba intacta. Esa tarde le obedecí a pies juntillas.

Bueno, a decir verdad, no exactamente a pies juntillas... Veronica y yo no hablamos ni de Millais ni de Maupassant esa tarde; hablamos del amor y de la poesía del amor. Hablé de Baudelaire y de Byron. Ella lo hizo de Wordsworth (para halagarme), de John Keats y de la señora Browning. Y cuando nos besamos, y volvimos a besarnos, y nos besamos de nuevo, Veronica me dijo, como me había dicho esa memorable noche de luna llena bajo el Albert Memorial:

—Gracias, Robert, gracias. Es muy triste estar encerrada en casa sin que nadie te bese los labios.

—Te amo —le dije—. ¡Eres extraordinaria!

Fue una tarde de lo más extraña. Nuestro comportamiento, dadas las circunstancias, resultaba singularmente impropio. Era como un flirteo en un funeral: irreal (indecoroso, a decir verdad), inesperado, ¡y más excitante si cabe por ello! Para mí fue una tarde del más puro encantamiento: embriagadora e inolvidable. En todo su detalle, en toda su gloria, y a pesar de todo, todavía la recuerdo, ¡medio siglo



después! Estuve más atrevido esa tarde con Veronica que nunca. Cedí a la tentación, al tiempo que las palabras de Oscar correteaban atropelladamente por mi mente. Quizás —aunque eso tan sólo llegué a admitirlo a medias en mi fuero interno— sentía que lo que había visto ese día en Cowley Street, y lo que Oscar había dicho al despedirnos en Charing Cross, quería decir que Veronica no tardaría en verse libre de Aidan Fraser, y eso me dio alas. Yo bien sabía, mientras la estrechaba entre mis brazos, que el nuestro era un amor ilícito, que había algo malo en lo que hacíamos, y aun así no pude contenerme. Estaba hechizado por Veronica Sutherland, y el acto de amor entre nosotros —permítanme que lo reconozca— otorgó a mi ánimo una sensación de libertad, una sensación de liberación, que me resultaron maravillosas. «El cuerpo peca una vez y se libra así de su pecado, pues la acción es una forma de purificación...».

No salimos de Bedford Square hasta las seis. Era un domingo por la tarde de finales de enero; había oscurecido y las calles estaban sumidas en el silencio. Aun así, a pesar de los encomiables esfuerzos de nuestro paciente cochero y de su fiel caballo, tardamos casi cuarenta y cinco minutos en llegar a Chelsea. Yo estaba ansioso debido a la advertencia de Oscar en la que había insistido en que debía llevar a Veronica a la casa exactamente a las seis y cuarto; sin embargo, estaba menos preocupado de lo que debería haberlo estado, porque cada minuto de más a solas en compañía de Veronica era para mí un deleite. Era muy hermosa.

Ninguno de los dos prestó la menor atención a la ruta que el carruaje tomaba e, incluso cuando dejamos atrás Sloane Square para tomar Lower Sloane Street, apenas miramos por la ventanilla del coche. Sólo cuando bajé del vehículo y ayudé a descender a Veronica a la acera, de pronto, y vivamente, desperté a la realidad y me di cuenta, en ese preciso instante, de que teníamos encima lo que Oscar había llamado «la partida final».

La escena que nos recibió en Lower Sloane Street fue del todo inesperada. Otros tres vehículos estaban estacionados en fila delante del nuestro. Justo delante de donde nuestro coche se había detenido, exactamente delante del 75 de Lower Sloane Street, había otro carruaje, un cabriolé con las cortinillas cerradas. Delante de éste había un segundo carruaje de mayores dimensiones y de cuatro ruedas: un coche de policía flanqueado por dos agentes uniformados. Al principio de la fila estaba el vehículo de mayor tamaño, cerrado y desprovisto de ventanillas, con una única puerta en su parte posterior. Era el furgón de policía reservado a los prisioneros y conocido como el *Black Maria*.

—¿Qué significa esto, Robert?

—No tengo la menor idea —dije, y realmente hablé con absoluta sinceridad.

La puerta del número 75 estaba abierta de par en par y, de pie en el peldaño, uno al lado del otro, mirando hacia donde estábamos nosotros —como si esperaran

nuestra llegada— había dos hombres. Uno era un sargento de policía, un tipo fornido de edad indefinida y expresión velada. El otro era John Gray, con un traje sobrio, aunque con una sonrisa traviesa en el rostro.

—Bienvenidos —dijo al ver que nos acercábamos—. Volvemos a encontrarnos.

No dije nada, aunque estreché la mano que me tendía. Veronica pasó apresuradamente por su lado y se adentró en el vestíbulo. Otro policía, un joven agente, esperaba al pie de la escalera,

—¿Qué sucede? —chilló Veronica—. ¿Puede alguien decírmelo?

—Oscar se lo explicará —dijo John Gray amigablemente—. La espera. Está en el salón. ¿Me permite su abrigo?

—No, gracias. —Veronica habló con frialdad y con rabia en los ojos.

—Esto no va a ser fácil para usted, lo sé —dijo John Gray al tiempo que abría de un pequeño empujón la puerta del salón. Para nuestro asombro, la habitación estaba llena, profusamente iluminada (las arañas de gas refulgían en todo su esplendor; había también velas encendidas en la repisa de la chimenea) y abarrotada de gente que hablaba, reía y charlaba, o al menos eso parecía. La señora O’Keefe, con su vestido negro de crepé y de tafetán y con una bandeja de bebidas en la mano, correteaba de un lado a otro de la estancia. Oscar ocupaba una posición prominente, de pie junto a la chimenea y rodeado de varias personas más. Cuando entramos a la habitación, la algarabía cesó y todas las miradas se posaron en nosotros.

—Ah —dijo Oscar, dedicándome una mirada reprobatoria—. Aquí estás. —Vino hacia nosotros y tomó solícitamente a Veronica de la mano—. Señorita Sutherland —la saludó, acompañando sus palabras con una ligera inclinación de cabeza.

—¿Es esto mi fiesta de cumpleaños? —preguntó ella, mirándole con unos ojos preñados de infelicidad.

—Lamento decirle que no —respondió Oscar—. Mucho me temo que su cumpleaños, señorita Sutherland, ha quedado eclipsado por la muerte de Billy Wood, como, si recuerda, también ocurrió en el de la señora Wilde hace apenas unas semanas. Se acuerda de mi esposa, ¿verdad?

Se volvió y señaló a Constance, que estaba sentada sola junto a la chimenea, con la mirada perdida en la rejilla vacía. (Constance no iba vestida para una fiesta: llevaba un abrigo y un sombrero de diario, como si la hubieran sorprendido de camino a la oficina de correos. Sobre las rodillas tenía un paquete envuelto en papel marrón y atado con cordel).

—Quienes estuvimos presentes esa noche en Tite Street —prosiguió Oscar—, la noche en que recibimos la cabeza cortada del pobre Billy Wood, estamos esta tarde reunidos aquí de nuevo. —Recorrió la estancia con los ojos—. A John Gray ya le conoce. También al doctor Doyle, me consta. —Conan Doyle estaba de pie junto a la repisa de la chimenea, de espaldas a nosotros. Nuestras miradas se cruzaron en el

espejo. Aunque parecía cansado, más allá de eso, su expresión nada desvelaba—. Arthur ha abandonado a los pacientes con paperas de Southsea para estar hoy con nosotros —dijo Oscar—. Y le estoy agradecido por ello.

—¿Y la señora Doyle? —pregunté.

—¿Touie? —dijo Oscar—. Sí, también ella está entre nosotros... y haciendo una buena obra, como siempre. Está fuera, en la calle, en el coche de dos ruedas estacionado delante de la puerta principal, con Susannah Wood, la madre de Billy. He recogido a la señora Wood en la estación de Charing Cross esta tarde y la he traído aquí yo mismo, pero necesitaba el consuelo de una mujer. Sufre enormemente, como quizás imaginarán ustedes. Touie está dando a la señora Wood todo el consuelo de que es capaz. Quizá se unan a nosotros más tarde.

—¿Por qué has traído aquí a la señora Wood? —pregunté.

—Para cumplir la promesa que le hice —respondió.

Veronica miró a Oscar a los ojos y le bisbiseó:

—¿Qué está haciendo, señor Wilde? ¿Qué juego cruel es éste?

—Oh —exclamó él—, ¡no se trata de ningún juego, señorita Sutherland! Dudo mucho que si lo fuera contáramos con la presencia de tantos efectivos de la policía. —Tomó a mi hermosa amante de la mano y la condujo hacia una silla vacía situada bajo la ventana—. Conoce usted al colega de su prometido, el inspector Gilmour, ¿verdad? El joven del perfil perfecto es su ayudante, el sargento Atkins. También él es originario de Broadstairs, qué casualidad. —La invitó a tomar asiento y ella accedió. Yo me quedé detrás de la silla, perplejo, con la mano sobre su hombro. Veronica levantó hacia mí la mirada y vi el terror en sus ojos.

—¿A quién no conoce usted? —prosiguió Oscar alegremente—. Ah, sí...

Un caballero ya entrado en años que parecía haber salido de las páginas de un libro de excéntricos cuentos de hadas se inclinaba en ese instante sobre la bandeja de la señora O'Keefe y devolvía una copa vacía con una mano mientras que con la otra tomaba con delicado gesto otrallena. Era la combinación del retrato de *El enano saltarín* de Doré y el dibujo del caballero Blanco de *A través del espejo* de Tenniel. Encorvado y con el pelo blanco, vestía un maltrecho traje de terciopelo azul marino, pantalones hasta la rodilla, medias plateadas, zapatos de hebilla y, en la cabeza, una boina absurda excesivamente grande para él. Temblaba al andar,

—Su nombre es Aston Upthorpe —dijo Oscar—. Amaba a Billy Wood... no sabiamente, aunque de corazón.

La señora O'Keefe cruzaba en ese momento la habitación entre balanceos, bandeja en mano.

—¿Le apetece un refresco, señorita Sutherland? —preguntó Oscar.

—No —respondió—, gracias. Lo que quisiera, señor Wilde, es una explicación. ¿Qué está ocurriendo aquí?

—Se lo diré —fue la tranquila réplica de Oscar—. Se lo diré enseguida. No falta mucho. —Le sonrió, pero la suya fue una sonrisa fría—. ¿Llevas encima tu libreta, Robert? Puede que haya detalles que te resulten novedosos. —Se apartó de nosotros y volvió a ocupar su lugar delante de la chimenea, centro ya de todas las miradas—. Señoras, caballeros —anunció—, si son tan amables de prestarme su atención durante un instante...

El silencio se hizo en la habitación. Durante los minutos siguientes nadie se movió. El inspector Gilmour y el sargento Atkins montaban guardia junto a la puerta del salón. La señora O'Keefe se refugió en un rincón. John Gray y Aston Upton se habían sentado, incómodamente tiesos, en un sofá francés. Conan Doyle estaba de pie detrás de Constance Wilde, con la mano apoyada en su hombro tal como lo estaba la mía en el de Veronica Sutherland. Oscar nos tenía totalmente subyugados.

—Gracias —empezó—, gracias a todos por estar aquí esta tarde. Supongo que habrán adivinado el propósito de nuestro encuentro... En sus tratos con el hombre, el Destino jamás llega a saldar del todo sus cuentas, pero hoy hemos llegado al último acto de este drama en particular, la tragedia de Billy Wood, y, puesto que todos los presentes en esta sala han tenido su papel en su solución, me ha parecido lo más correcto y adecuado que todos estuviéramos aquí para ver caer el telón por última vez.

—Pero no estamos todos —dijo Veronica, recorriendo la habitación con los ojos en un repentino estado de nerviosismo—. Falta Aidan. ¿Dónde está? ¿Dónde está Aidan? ¿Dónde está mi prometido? —Hizo el gesto de moverse, pero la retuvo.

—No nos acompañará esta tarde, señorita Sutherland —dijo Oscar, mirándola no a ella, sino a la habitación mientras hablaba—. Aidan Fraser no nos acompañará esta tarde. Es un despiadado asesino... como usted bien sabe.

## 26.

### La partida final

La habitación estaba en silencio.

Veronica Sutherland observaba a Oscar con ojos impávidos. Presioné los dedos contra su hombro. Ella posó su mano sobre la mía. La tenía fría como el hielo.

—Anoche —prosiguió Oscar—, no hace ni veinticuatro horas, Aidan Fraser asesinó a Edward O'Donnell, lo mató en una de las celdas de la comisaría de Bow Street, durante el segundo acto de *Barba Azul*, como si el destino así lo hubiera querido. No fue difícil. Matar a un hombre lleva apenas un instante si uno tiene el valor para hacerlo.

—Pero ¿cómo es eso posible, Oscar? —protesté.

—Nosotros lo hicimos posible, Robert —fue su respuesta—. Me avergüenza decir que le proporcionamos la oportunidad a Fraser.

—No lo entiendo.

—Mientras tú y yo perdíamos el tiempo en Bow Street, Robert, intercambiando cumplidos con el cochero y chismorreando con sir Augustus Harris, Fraser aprovechó su momento. Bajó solo a la celda de O'Donnell, encontró al bruto sumido en ebrio estupor, le quitó el cinturón, se lo enrolló al cuello y, con la fuerza que los dioses conceden a los hombres desesperados, colocó a su víctima contra la pared y ató el cinturón a la barra de hierro de la ventana de la celda. Aidan Fraser colgó a Edward O'Donnell. O'Donnell estaba muerto tres minutos más tarde, ahogado en su propio vómito y estrangulado por su propio cinturón.

En el rincón del salón, la señora O'Keefe soltó un pequeño chillido. En ese instante, creí que se trataba de un grito de angustia. Más tarde me di cuenta de que había sido un murmullo de admiración. La señora O'Keefe era una mujer de sentimientos, pero también era una mujer del teatro. Oscar tenía un modo de contar un relato que hacía las delicias de ella.

—Para O'Donnell no hubo escapatoria —dijo—. Si no hubiera sido anoche, habría sido en cualquier otro momento. Aidan Fraser necesitaba maquinar el aparente suicidio de Edward O'Donnell. Si O'Donnell hubiera vivido para enfrentarse al juicio por el asesinato de Billy Wood, muchas cosas habrían salido a la luz y, ¿quién sabe?, quizás un jurado le habría encontrado culpable. Aunque quizá no. El inspector Fraser no se atrevió a correr el riesgo. Aun así, si O'Donnell, acusado de asesinato, se quitaba la vida, su suicidio sería visto como una obvia admisión de culpabilidad, una

aparente confesión desde más allá de la tumba.

Oscar hizo una pausa para encender un cigarrillo con una de las velas que ardían en la repisa de la chimenea. Miró a Conan Doyle.

—Hasta aquí, de lo más elemental, ¿eh, Arthur? —dijo—. Tenía mis dudas respecto a Fraser desde el principio, naturalmente. Me desconcertó su maravillosa apariencia, me cautivó con sus encantadores modales, pero también me desconcertaba. ¿Por qué se mostraba tan reticente a investigar el caso? ¿Por qué no me censuró cuando confesé que le había quitado el anillo al dedo muerto de Billy Wood? ¿Por qué toleraba la devoción de mi amigo Sherard hacia la señorita Sutherland? También usted albergaba sus dudas sobre su amigo Fraser, ¿me equivoco, Arthur?

Conan Doyle guardó silencio. Se tapó la boca con la mano y hundió los dedos en su mostacho de morsa.

Oscar prosiguió.

—¿Recuerda, Arthur, la frase que le envié de mi relato de *Dorian Gray*?

—«Nadie comete un crimen sin hacer alguna estupidez» —respondió Conan Doyle.

—Exacto. —Oscar miró al doctor Doyle y sonrió—. La frase carece de la poesía de algunos de los axiomas de Sherlock Holmes, pero la mantengo. Aidan Fraser se reveló perspicaz al elegir a Edward O'Donnell como el asesino putativo de Billy Wood. O'Donnell contaba con un móvil plausible: los celos. O'Donnell tenía una vil reputación... de borracho y de bruto. O'Donnell era capaz de cometer un asesinato, el mundo entero podía reconocerlo. Al elegir a O'Donnell como el hombre al que acusar, Fraser hizo una astuta elección. Al elegir a Gerard Bellotti como su testigo principal, cometió una estupidez. Olvidó que yo conocía a Bellotti tan bien como él.

—Pobre Bellotti —masculló Aston Upthorpe.

—Desde luego —dijo Oscar—, pobre Bellotti: obeso, medio ciego y asesinado por algo que jamás dijo.

Solté a Veronica.

—¿Asesinado por quién? —pregunté—. Desde luego, no por Fraser. ¿No murió Bellotti el viernes en que nosotros estábamos en Francia?

—No, Robert. Bellotti murió el viernes por la mañana, en la estación de metro de Victoria, momentos antes de que nuestro tren saliera con destino a Dover de la estación de tren de Victoria. Gerard Bellotti y Aidan Fraser se conocían. Eran amigos... o algo por el estilo. Decidieron encontrarse el viernes por la mañana. Estuvieron hablando junto al borde del andén de la estación de metro y, cuando vio acercarse un tren, Fraser empujó a Bellotti a su perdición. Fue tarea fácil. Matar a un hombre lleva sólo un momento... siempre que tengas el valor necesario. Además, ¿cuánto valor se necesitó para ello? La hazaña tuvo lugar en un andén abarrotado,

cubierto de humo y de vapor. Un montón de hombres y mujeres murieron en el metro durante 1889. ¿Qué más daba uno más?

En el extremo más alejado del salón, Archy Gilmour se movió.

—Esto no es más que una mera suposición de su parte, ¿verdad, señor Wilde?

—Lo fue, inspector. Pero ya no. Hubo un testigo presencial de lo ocurrido: un enano, el hijo bastardo de Bellotti. También él estaba en el andén, guardando como siempre la distancia. No estaba lo bastante cerca como para salvar a su padre, pero sí vio lo ocurrido, y, en el caos que se produjo a continuación, el pánico se apoderó de él. Sin su padre, se encontraba de pronto a la deriva. No sabía a quién acudir. No sabía qué hacer. De modo que, siendo la pobre y patética criatura que es, se fue a Rochester, al sanatorio donde la simple de su madre ve transcurrir sus últimos días. Uno de los muchachos a los que llamo mis «espías» ha ido esta mañana a buscarle allí. Esta misma tarde ha traído al pobre desgraciado a Charing Cross para que se encontrara conmigo. El desventurado hijo de Bellotti le confirmará, inspector, la hora y el lugar del fallecimiento de su padre. Aidan Fraser mató a Gerard Bellotti en el andén del metro de Victoria alrededor de las ocho y cuarenta de la mañana del pasado viernes. Minutos después, a las ocho y cuarenta y cinco, Fraser estableció su «coartada» cuando, corriendo como alma que lleva el diablo, se reunió con nosotros en el exterior, en el tren con destino a Dover.

Aston Upthorpe estaba sentado con la cabeza en las manos. Se frotó despacio los ojos y levantó la mirada hacia Oscar.

—No lo entiendo, Oscar. Dice que Gerard Bellotti y el tal Aidan Fraser eran amigos. Como usted, yo también conocía a Bellotti. Le conocía mejor que usted. Y créame si le digo que jamás le oí mencionar a ningún Aidan Fraser, ni ningún nombre parecido.

—Probablemente no —dijo Oscar—, pero Bellotti conocía a Fraser... y le tenía afecto. Y confiaba en él. Igual que usted, Aston...

—He bebido demasiado —dijo Upthorpe, cogiendo la copa de John Gray y vaciándola—. Me he perdido.

Oscar miró de nuevo a Conan Doyle.

—El estúpido error cometido por el inspector Fraser fue el siguiente: me dijo que Gerard Bellotti le había jurado que Edward O'Donnell y Drayton Saint Leonard eran el mismo hombre. Yo sabía muy bien que eso era del todo imposible. Bellotti jamás habría admitido a un vulgar borracho como O'Donnell como miembro de su club de sobremesa. Además, cuando Robert y yo interrogamos a los demás miembros del club, nos dijeron que Drayton Saint Leonard era joven y apuesto, y O'Donnell, ordinario y castigado por la vida, y ya cumplidos los cincuenta, poco tenía de eso.

Conan Doyle había apoyado las dos manos en el respaldo de la silla de Constance. Tenía todo el aspecto de un predicador en su púlpito, reflexionando sobre

la lección del día.

—Usted sabía que O'Donnell no podía ser Drayton Saint Leonard...

—Sí —respondió Oscar—, y sabía también que Bellotti jamás habría sugerido que lo era. Fue una invención absurda por parte de Fraser, innecesaria y ruinosa, e incluso él, al contar la mentira, sabía lo estúpido que había sido su error.

—Pero al convertir a Bellotti en su falso testigo, a Fraser no le quedó más remedio que silenciarlo...

—Precisamente. Exactamente. Debería haberlo visto enseguida, Arthur... ¡Como lo habría visto Holmes! En vez de eso, me permití distraerme. En mis ansias por descubrir la verdadera identidad de Drayton Saint Leonard, me olvidé de Gerard Bellotti. Mi intuición me decía que Drayton Saint Leonard era clave para el caso.

—Pero, Oscar —le interrumpí—, Drayton Saint Leonard no asistió al club el día del asesinato de Billy. Ese día no estuvo en Little College Street.

—No, Robert, no fue a almorzar ese día a Little College Street porque estaba en Cowley Street, a la vuelta de la esquina, en una habitación del primer piso, encendiendo velas, quemando incienso, preparando un lecho nupcial para Billy Wood... Drayton Saint Leonard conoció a Billy Wood a través de Gerard Bellotti. Drayton Saint Leonard se enamoró de Billy Wood. Le adoraba.

Oscar encendió un segundo cigarrillo, le dio una lenta calada y se lo pasó a Aston Upthorpe, que lo aceptó agradecido y le sonrió con ojos enrojecidos.

—Pero, Oscar —insistí—, el señor Upthorpe nos dijo... Bellotti nos dijo... El canónigo Courteney nos dijo que Billy Wood, cuando salió de Little College Street ese día a las dos, dijo abierta y claramente y sin equivocación, que iba a encontrarse con su tío.

—¡Y así fue! —respondió Oscar, triunfal—. ¡Exactamente! ¡Eso fue lo que dijo! ¡Y era cierto! ¡Drayton Saint Leonard era su «tío»!

—¿Qué? —exclamé.

—Es un viejo eufemismo —dijo Oscar con una sonrisa—. A todos nos resulta familiar, ¿o no es así, señora O'Keefe? —La buena mujer se balanceó arriba y abajo con contenido deleite al verse incluida en la narración de Oscar—. Una jovencita que tenga un admirador maduro a menudo describirá al hombre mayor como su «tío». Así ocurrió con el joven Billy Wood y con el señor Drayton Saint Leonard... Y si, como tenían planeado, se hubieran ido a Francia, como Billy le anunció a su madre, sin duda habrían viajado como «tío» y «sobrino». Es más discreto. Incluso en el continente, creo entender que los encargados de los hoteles y las caseras así lo prefieren. Drayton Saint Leonard era el «tío» de Billy Wood... Y Aidan Fraser era Drayton Saint Leonard. «Drayton Saint Leonard» era el *nom de guerre* de Aidan Fraser.

Oscar recorrió la habitación con la mirada y con los ojos brillantes. Se deleitaba



en el drama.

—¿Cuándo se dio cuenta de eso, Oscar? —preguntó Conan Doyle.

—Instantes después de que me dijera que Bellotti le había dicho que O'Donnell era Saint Leonard. Qué mentira tan estúpida... y es que ya cuando la contaba él lo sabía. Por eso me presionó para que fuera con él a París. Necesitaba quitarme de en medio. Sabía que yo conocía a Bellotti y que, con el tiempo, hablaría con él y descubriría la verdad.

—Pero él tuvo acceso a Bellotti primero —dijo Conan Doyle.

—Sí —fue la respuesta de Oscar—. Fraser me quería en París para poder poner freno a mi investigación, y quizá para descubrir cuánto sabía. Acepté ir a París para someter a Fraser a mi observación. Jamás imaginé que, entre el jueves por la noche y el viernes por la mañana, Fraser pergeñaría un encuentro con Bellotti y le asesinaría. Jamás imaginé que Fraser haría algo tan irracional.

—¿Por qué irracional? —preguntó Conan Doyle—. Fraser silencio a Bellotti porque Bellotti no tenía intención de confirmar su mentira.

Oscar se rió.

—¡Era una mentira imposible! Y un asesinato inútil. Fraser asesinó a Bellotti, pero la muerte de Bellotti no solucionó nada. Si O'Donnell hubiera sido juzgado, cualquiera de los miembros del pequeño club de Bellotti le habría dicho al mundo que Edward O'Donnell no era Drayton Saint Leonard y que jamás podría haberlo sido. Cuando Fraser fue consciente de esa espantosa verdad, y creo que eso ocurrió durante nuestro viaje de regreso de París, supo que su única esperanza era deshacerse de O'Donnell y hacer que pareciera un suicidio. Aprovechó el momento en cuanto apareció.

Oscar se volvió hacia la repisa de la chimenea en busca de su copa. En el reflejo, a través de la parpadeante vela, nuestras miradas se encontraron. Oscar era mi amigo, pero en ese instante me pareció un extraño.

—Señor Wilde —dijo Archy Gilmour desde el otro extremo de la habitación—. Son las siete.

## 27.

### Caso cerrado

El reloj de la repisa de la chimenea dio la hora.

—No tema, inspector —dijo Oscar con una sonrisa—. Mantendré mi palabra. — Se volvió hacia la señora O’Keefe, que permanecía alerta junto al policía—. Señora O, ¿sería tan amable de salir y llevarles un mensaje a la señora Doyle y a la señora Wood? Las encontrará en el coche que está estacionado delante de la puerta principal. Tranquilícelas y dígales que ya no tendrán que esperar más de un cuarto de hora, veinte minutos como mucho.

—Como mucho —corroboró Gilmour con tono severo.

—Lléveles una taza de té, ¿le parece, señora O? Y, con permiso del inspector, ofrézcales también mi refrigerio a sus hombres.

El pelirrojo inspector de policía se volvió a mirar a la señora O’Keefe y asintió sucintamente. La señora O respondió al gesto del inspector con una reverencia y se desplazó lateralmente y en retirada fuera de la habitación. El sargento Atkins cerró con llave la puerta tras ella.

—Señor Wilde —dijo Gilmour bruscamente—. Ha expuesto usted su caso contra Aidan Fraser, tal y como acordamos...

—Y le llevaré hasta él enseguida, como le prometí, inspector. Concédame un instante más, se lo ruego. Ya casi hemos terminado.

Yo seguía con las dos manos sobre los hombros de Veronica. Ella había bajado la cabeza. Sentí que le temblaba el cuerpo al tiempo que, silenciosamente, se echaba a llorar.

—Llora usted, señorita Sutherland —dijo Oscar—, y sé por qué. Hubo un tiempo en que amaba usted a Aidan Fraser, aunque de eso hace mucho, antes de que descubriera su secreto, antes de descubrir que el verdadero amor de la vida de Fraser era «un ramerillo».

Veronica levantó la mirada hacia Oscar con indisimulado desprecio en los ojos. Él siguió mirándola fijamente mientras hablaba.

—La violencia que empleó en su lenguaje ayer por la mañana en París a punto estuvo de echarlo todo a perder.

Aston Upthorpe se movió y dijo en voz baja, dirigiéndose más a John Gray, que estaba a su lado, que a Oscar, que estaba de pie delante de él:

—Yo quería a Billy Wood. Quería a ese muchacho.

—Lo sé —dijo Oscar con suavidad—. Lo sé. —Volvió a dejar la copa en la repisa de la chimenea y miró a los policías que seguían de pie en el extremo más alejado de la habitación—. Aidan Fraser mató a Edward O'Donnell y a Gerard Bellotti para ocultarle su secreto al mundo. Los mató para ocultar también un segundo secreto, el secreto de otra persona. Aidan Fraser es un asesino: de eso no hay duda. Pero Aidan Fraser no mató a Billy Wood: de eso tampoco hay duda.

El silencio pesaba en la habitación.

—Entonces —intervino por fin Conan Doyle—, ¿fue el ama de llaves?

—Sí —dijo Oscar—, fue el ama de llaves. Ya al principio sospeché que había una mujer involucrada. Cuando acudimos a la escena del crimen, la encontramos inmaculada. Habían frotado la tarima del suelo, le habían dado lustre con cera de abeja, como bien recordarán. Eso era obra de una mujer, y de una mujer con la que yo me había cruzado pocos instantes después de que hubiera cometido el crimen. ¿Quién era? ¿Susannah Wood, llevada a asesinar a su propio hijo? Improbable. ¿La señora O'Keefe? Imposible. Acababa de llegar de Irlanda, ¿qué podía haberla llevado a obrar así? Y luego se me ocurrió que quizá no fuera una mujer, sino un hombre con actitud y formas de mujer... ¿Uno de los componentes del grupo de Bellotti, obsesionado con el muchacho, enloquecido y vestido *en travestie*?

Arthur Conan Doyle negó con la cabeza y dejó escapar un gruñido de incredulidad propio de un médico de pueblo. Oscar le miró con una sonrisa malévola.

—Cosas más raras se han visto, Arthur. Si no me equivoco, el canónigo Courteney celebra «matrimonios» entre hombres, y hasta Shakespeare, ¡su amado Shakespeare!, no dudaba a la hora de utilizar algún giro argumental que empleara a un muchacho representando el papel de una joven disfrazada de chico...

—¡Señor Wilde! —El inspector Gilmour llamó a Oscar al orden—. Ahora no estamos en el teatro. Esto es una investigación de un asesinato. Creo que ya le hemos permitido bastante.

Oscar se volvió hacia Conan Doyle en un fingido arrebató de indignación.

—Dígame, Arthur, ¿alguna vez tuvo Sherlock Holmes que aguantar un trato semejante?

—Vamos, Oscar —dijo Constance—, fuiste tú quien le aseguró a la señorita Sutherland que esto no era ningún juego. Me parece que sería justo con ella, y con el resto de nosotros, que pusieras fin a este desgraciado asunto.

—Tienes toda la razón, querida, como siempre... —Sonrió a su esposa, que desvió la mirada y que, incómoda como se sentía, dejó caer el paquete envuelto en papel marrón desde sus rodillas. Conan Doyle se agachó al instante para recogerlo.

Oscar se volvió una vez más hacia el inspector Gilmour:

—Haré lo que usted me pide, inspector, e iré al grano. Ha venido usted a arrestar al asesino de Billy Wood.

—Así es —respondió el inspector con frialdad.

—Bien —dijo Oscar—, pues aquí la tiene...

Oscar Wilde se volvió hacia Veronica Sutherland y la presentó a la sala como si fuera el objeto de una subasta. Veronica tensó la espalda. Apartó mis manos de sus hombros; los ojos echaban chispas, pero no dijo una sola palabra.

—Cometer un asesinato —empezó Oscar— es tarea fácil, incluso para una mujer. Matar a un chiquillo lleva apenas un instante, si el muchacho está dormido y uno tiene a su disposición un cuchillo de cirujano. Veronica Sutherland se enteró del enamoramiento que le profesaba su prometido a Billy Wood y decidió ponerle fin. Eligió el cumpleaños de su prometido porque sabía que era el día que Aidan y el muchacho, «el ramerrillo», habían elegido para tener una de sus citas secretas. Veronica tenía su propia llave del veintitrés de Cowley Street. Supe por Messrs Chubb & Sons de Farringdon Street que ella había obtenido una copia de la llave la última semana de junio. Llevaba ya un tiempo planeando ese asesinato. El uno de junio, adquirió en Messrs Goodliffe & Stainer, suministradores de la profesión médica, el escalpelo de cirujano que utilizó, el mismo que había recomendado el doctor Bell, el viejo maestro de Arthur, en su célebre *Manual de cirugía*. El crimen estaba bien planeado... y fue ejecutado con precisión.

»La mañana del pasado martes treinta y uno de agosto, Veronica Sutherland entró al número veintitrés de Cowley Street y esperó allí a los dos hombres cuyas vidas, de modos distintos, buscaba destruir. No creo que fuera su intención enfrentarse a Fraser y a su catamita juntos. Creo que su plan era más maligno que todo eso. Quería matar al muchacho... y obligar a Fraser a vivir sin él. El chico no significaba nada para ella y sí todo para él. El plan era matar al muchacho y dejar a Fraser con vida, con un agujero vacío allí donde antes había latido su corazón.

»Esa tarde, entre las dos y las tres, en la habitación del primer piso de Cowley Street, Aidan Fraser ungió a Billy Wood como lo habría hecho con su novia. Rodeados de velas, envueltos en la fragancia del incienso, se acostaron juntos y, al terminar, se despidieron. Fraser salió solo de la casa. Tenía asuntos que requerían su atención. A fin de cuentas, acababa de ser ascendido al puesto de inspector en Scotland Yard. Pero Billy se quedó detrás, y Billy era joven, libre y había bebido vino. Se quedó dormido donde había yacido con Fraser, en una alfombra sobre el suelo de Cowley Street, con una seráfica sonrisa en sus labios rosados y la luz de las parpadeantes velas a su alrededor. Así fue como Veronica Sutherland le encontró. Así estaba cuando ella le cortó el cuello de oreja a oreja.

»Y entonces sonó el timbre y aparecí yo, ¡entrando y saliendo como una exhalación! Llevaba prisa cuando llegué. Cuando me fui, salí de la casa distraído. Cuando me hizo pasar, apenas me detuve a mirar a la señorita Sutherland. De todos modos, estaba semioculta detrás de la puerta. Nada vi, excepto un destello de su pelo

rojo. Naturalmente, ella no me esperaba. Esperaba a Fraser. Y cuando me vio a mí, y no a Fraser, inmediatamente abrió la puerta de par en par y se ocultó tras ella al tiempo que yo cruzaba el vestíbulo a toda prisa y subía las escaleras. Más tarde, naturalmente, Fraser volvió a Cowley Street, como ella esperaba. Supongo que regresó poco después de las seis, al término de su jornada laboral. Volvió en un cabriolé en busca del muchacho al que amaba y en vez de eso se encontró con la mujer a la que había amado en su día con el cuerpo mutilado del muchacho que había ocupado su lugar en el corazón del inspector.

»¿Qué podía hacer el pobre Fraser? Si acudía a la policía, su vida habría terminado. Lo mínimo que podía sucederle era terminar en la prisión, acusado de corruptor de menores. Poniéndonos en lo peor, podía terminar colgado por cómplice de asesinato. No tenía elección. Hizo lo que su prometida le ordenó. Se convirtió entonces en su prisionero.

»Supongo que juntos terminaron de limpiar la escena del crimen. Hicieron un concienzudo trabajo, y se cuidaron mucho de no dejar ni rastro de pruebas tras ellos, cosa, por otro lado, hartamente esperable: Fraser había sido adiestrado por la Policía Metropolitana. Supongo que juntos metieron el cuerpo del pobre Billy en el arcón del vestíbulo y trasladaron el arcón en un carruaje hasta esta casa. Juntos, supongo, guardaron el arcón en el almacén de hielo del jardín.

Inmediatamente, el Inspector Gilmour y el sargento Atkins empezaron a moverse hacia la puerta. Oscar se rió.

—El arcón no se escapará, caballeros. Lleva allí cinco meses sin que nadie lo toque. Además, ya no contiene el cuerpo del pobre Billy Wood.

—¿Sabe usted entonces dónde encontraremos el cuerpo? —preguntó Gilmour.

—Sí —respondió Oscar—. Creo que sí. Aidan Fraser amaba a Billy Wood y le deseaba, incluso después de muerto. Fue Aidan Fraser, sólo él, quien embalsamó el cuerpo de Billy Wood. Había visto hacerlo en la morgue de Scotland Yard. Una noche visitó la morgue, se llevó a casa fluido de embalsamar, y se llevó también prestada la pequeña bomba manual que requiere la empresa. Embalsamó a Billy Wood como quien cumple con un sacramento, con reverencia y adoración, tal y como los sacerdotes del antiguo Egipto embalsamaban a los reyes muchachos del Nilo.

Oscar se volvió de pronto hacia Veronica.

—¿Dónde encontró el cuerpo, señorita Sutherland? —Veronica no respondió, sino que miró a Oscar con los ojos preñados de un frío desprecio—. ¿No va a decírmelo? Bien, en ese caso, deje que intente adivinarlo. ¿Quizás en la cama de Aidan? ¿En el lecho matrimonial que en su día creyó que era suyo por derecho propio? ¿Me equivoco? ¿Me equivoco? —Lentamente, Veronica apartó de él los ojos y miró a Constante Wilde—. Eso creía, señorita Sutherland —prosiguió Oscar—. Hasta después de su muerte, Aidan Fraser llevó a Billy Wood a su cama. Hasta después de

muerto, el muchacho era hermoso.

Aston Upton se encorvó hacia delante y ocultó el rostro en sus manos. John Gray le rodeó los hombros en un gesto de consuelo. Veronica apartó la mirada de Constance y la clavó en los dos hombres sentados en el sofá francés. De pronto, en un violento arrebato, les escupió.

—¿Es desprecio? ¿Burla? ¿Temor? —preguntó Oscar—. Las mujeres se defienden atacando, del mismo modo que atacan movidas por una repentina y extraña rendición.

Veronica se volvió a mirar a Oscar y le espetó, burlona:

—¿Qué sabrá usted de las mujeres, señor Wilde?

—Sé lo que sabía Congreve:

*No hay en el cielo rabia, no hay amor en odio convertido,  
ni furia tan infernal como la mujer burlada.*

—Sé que era tanto lo que Aidan Fraser amaba a Billy Wood que le llevó a su cama incluso después de muerto y que eso la volvió a usted loca. Había matado al muchacho una vez y volvió a hacerlo. Le cortó la cabeza, su hermosa cabeza... Para ello compró una sierra quirúrgica en Messrs Goodliffe & Stainer el veintitrés de diciembre a las tres de la tarde. He repasado su registro de ventas y, con objeto de herir y de humillar más aún a Fraser, envió la cabeza el día, del modo y a la hora precisa para que llegara a mi casa de Tite Street cuando Fraser estaba allí sentado, aparentemente relajado, rodeado de sus amigos.

»Pero “nadie comete un crimen sin hacer alguna estupidez”, señorita Sutherland. Y esa noche, la noche del cumpleaños de Constance, usted cometió una estupidez. Robó un bastón espada de mi casa. El bastón estaba allí al comienzo de la tarde y había desaparecido cuando usted se marchó. Y yo me di cuenta. Lo cogió usted y se lo llevó oculto bajo el abrigo. Robert, el pobre muchacho, no reparó en ello cuando se reunió con usted en el vestíbulo un instante después de que lo sacara del perchero.

»Creyó, erróneamente, excuso decirle, que se trataba de mi bastón espada, cuando, de hecho, era de Robert, un regalo que le había hecho a Constance hace años. Pero usted se lo llevó, creyendo que era mío. Había decidido que quería implicarme de algún modo en el asunto. Tanto era lo que mi descripción de la juventud y la belleza de Billy la habían repugnado. Creyó, de nuevo erróneamente, lamento decirlo, y es que las apariencias pueden ser muy engañosas... En fin, creyó, probablemente debido a lo que Fraser le había contado acerca del sórdido “Asunto de Cleveland Street”, que yo era, como lo son otros, y como lo era el propio Fraser, un amante de los hombres, un asiduo de los burdeles masculinos, un sodomita...

Conan Doyle carraspeó. John Gray negó con la cabeza. Gilmour gritó desde el otro extremo del salón:

—Son ya pasadas las siete y cuarto, señor Wilde. Prometió entregarme a los dos

asesinos en una hora. Ése fue el acuerdo.

—Y cumpliré mi palabra, inspector. Aquí tiene a la señorita Sutherland. Llévesela, es suya.

—¿Y Fraser? ¿Dónde está Fraser?

—Arriba, en la habitación que está justo encima de nosotros, acostado en la cama junto a la cabeza y el cuerpo de Billy Wood.

—¡Atkins! —ordenó el inspector, abriendo de un tirón la puerta del salón—. Vaya... vaya ahora mismo.

Oscar le gritó entonces.

—Le esperaré, sargento. Está muerto. Aidan Fraser se quitó la vida entre las cuatro y las cinco de esta tarde. Creo que descubrirá que se ha matado con el bastón espada que la señorita Sutherland le facilitó para tal propósito.

De pronto, todos los presentes empezaron a moverse. Gilmour fue directamente hacia Veronica. Ella se levantó y se enfrentó a él con la cabeza alta y las manos tendidas. Luego se volvió a mirarme mientras el inspector cerraba un par de esposas alrededor de sus muñecas.

—Adiós, señor Sherard —me dijo.

—La amo —susurré—. Todavía la amo.

—Es usted un idiota —respondió—, como todos los hombres. Unos vanidosos y unos estúpidos.

Oscar estaba de pie con el brazo alrededor de los hombros de Constance.

—Sé que para ti ha sido una tarde difícil, querida, pero me pareció que lo mejor era que vieras y oyeras lo peor de los hechos de primera mano.

—Lo entiendo —respondió Constance—. Ya suponía algunas cosas, aunque no todo. Llevas varios meses con la mente puesta en este asunto. Me alivia saber que todo ha terminado. Y también a los niños les aliviará saberlo. Necesitan ver más a menudo a su padre.

—Deberías culpar a Arthur por haberme implicado en todo esto —dijo Oscar, sonriendo benevolentemente al médico de pueblo, que había sacado su pipa e iba dándole caladas con semblante pensativo.

—¿Cómo? —protestó—. Fue usted quien me planteó el asunto, Oscar. El caso era suyo, no mío.

—Le conozco mejor de lo que usted cree, Arthur. Oh, vamos, hombre, reconózcalo.

—¿Reconocer qué?

—Que yo llamé su atención sobre la muerte de Billy Wood, pero que usted me envió al encuentro con su amigo Aidan Fraser de Scotland Yard. Usted albergaba sus sospechas sobre él, ¿me equivoco? Sospechas, aunque ninguna prueba. No podía interrogarle usted mismo... Aidan era amigo suyo, así que me puso a mí sobre el

caso, soltándome como a su sabueso. Y, para ponerme la zanahoria en la nariz, llegó incluso a descubrir la primera «pista»: las diminutas gotas de sangre en la pared. Esas salpicaduras de sangre: nadie las vio salvo usted. Nadie necesitaba verlas. Reales o imaginarias, sirvieron a su propósito.

—Me asombra usted, Oscar —dijo Conan Doyle—. Estoy convencido de que debe de ser uno de los hombres más extraordinarios del momento.

—Bueno, si eso es lo que piensa de mí, sé que no le importará hacerme un favor. —Miró hacia la puerta. Veronica Sutherland había desaparecido. Los policías se movían de acá para allá—. Cuando el inspector Gilmour se haya llevado el cuerpo de Fraser, me quedará todavía un deber que cumplir. Prometí a Susannah Wood que podría ver hoy a su hijo, y así será. Dispongamos, usted y yo, el cuerpo de Billy bajo sábanas limpias, con una tela alrededor del cuello, y llevémosla a ver a su pequeño por última vez.

—Muy bien —respondió Conan Doyle.

—Sherard y yo llevaremos después a la pobre mujer a Charing Cross. A su debido tiempo, Billy será enterrado en el mar, ese mar que «lava las manchas y las heridas del mundo».

—¿Eurípides?

—Así es. Es usted la honra de la Universidad de Edimburgo, señor Doyle. ¡Y esta tarde la señora Doyle se ha ganado un sitio entre los ángeles! Cuando hayamos terminado, ¿serían Touie y usted tan amables de acompañar a Constance a Tite Street? Les estaría muy agradecido.

—Por supuesto. —Doyle a punto estuvo de estrechar la mano de Oscar, pero pareció pensarlo mejor y, con el puño cerrado, le golpeó el hombro en un gesto cariñoso—. Buen trabajo, amigo mío. Caso cerrado.

—Y John... —Oscar se volvió hacia John Gray, que seguía de pie en compañía de Aston Upthorpe junto a las cortinas que cubrían la ventana—, ¿podrías acompañar a casa al señor Upthorpe?

Oscar cogió el paquete que Constance había tenido en las manos hasta entonces y se lo entregó al anciano pintor.

—¿Qué es esto? —preguntó Upthorpe.

—Regalos de bautizo —dijo Oscar—, para Fred y Harry. ¿Se acuerda? Pitilleras. ¿Podría entregárselas en mi nombre... con todo mi amor?



## 28.

### Postdata

—Soy un idiota, Oscar.

Los relojes del club Albemarle habían dado ya las once. Mi amigo y yo estábamos sentados el uno frente al otro a ambos lados de la chimenea del salón de fumar. Ardía un fuego bajo. El chisporroteo y el olor a leña ardiendo resultaba reconfortante. También lo era el frío del champán. Era domingo por la noche y el club estaba casi vacío. Hubbard nos había servido tan obsequiosamente como siempre y —respondiendo a la señal de Oscar (y a medio soberano)— se había retirado, cerrando tras de sí las puertas del salón de fumar.

—Ella no me amaba, Oscar.

—No, no te amaba, Robert.

—Aun así, hoy, hoy mismo, esta misma tarde... en su habitación de Bedford Square, yo yacía entre sus brazos. Era un cuento de hadas.

—Cierto.

—¡Un cuento de hadas hecho realidad! Era real. Ha ocurrido. ¡Era... exquisita haciendo el amor, Oscar!

—No me cabe duda. El hecho de que un poeta sea un envenenador en nada afecta a sus versos.

—Pero no me amaba... ahora lo veo. Me ha estado utilizando. Durante estos últimos cinco meses me ha estado utilizando...

Oscar se recostó contra el respaldo del sillón, examinando el penacho de humo violáceo que ascendía en el aire desde su cigarrillo turco.

—Sí —dijo, sonriéndome cariñosamente con los ojos entreabiertos—. ¡Pobre Robert!

—Pero, hoy, esta tarde, cuando yacíamos juntos, ¿acaso no era distinto? ¿Estaba usándome también?

—En Inglaterra —dijo Oscar, reflexivamente—, una mujer encinta no puede ser enviada a la horca...

—No estarás —exclamé—, no estarás pensando que...

—Aunque dudo mucho que la cuelguen —prosiguió sin prestarme atención—. A fin de cuentas, es una mujer, una pobre desgraciada caída en desgracia por la traición y la depravación del hombre al que creía amar. Mató al catamita de su prometido y acabará entre rejas en Old Bailey, no creo que eso sea considerado un delito capital.

¡Habrá quien diga que le ha hecho un favor al Estado!

—Al menos a mí sí me lo ha hecho —dije, inclin ndome fervientemente hacia él—. He aprendido la lección. No volver  a amar así jams.

—Oh, Robert —exclam —,  debes hacerlo y lo harás!  Mant n vivo el amor en tu corazón... siempre! Una vida sin amor es como un jardín sin sol cuando las flores han muerto. La conciencia de amar y de ser amados aporta a la vida una calidez y una riqueza que nada más puede aportar. Un hombre debería estar siempre enamorado, Robert. Siempre.

—Pero es que ahora veo lo que ha ocurrido esta tarde. Lo que yo creía que era amor no lo era...

—S  —dijo—. Es importante aprender a distinguir entre el acto del amor y los pecados de la carne. El amor lo es todo y los pecados de la carne no son nada... Mi amigo John Gray parece ser todo un experto cuando se trata de hacer esa distinción. Quizá deberías seguir su consejo. Vac  mi copa.

—Ni me menciones a John Gray —exclam —. No termino de entenderle. Cómo pudieron Fraser y él... No puedo expresarlo.

Oscar tiró el cigarrillo a la chimenea e inmediatamente encendió otro.

—En lo que respecta a John Gray y a Fraser, Robert, creo que soy yo la parte culpable de lo ocurrido entre ambos.

— Qu  quieres decir con «la parte culpable»?

—Tenía que demostrarme a mí mismo que Fraser era un amante de hombres. Y quería que t  fueras mi testigo. Esta mañana, como bien recordarás, he ido a misa a la iglesia de San Patricio de Soho Square. Debo confesar que no fui sólo buscando solaz para el alma. Fui porque sabía que encontraría all  a John Gray... y así fue. Y le pregunt  a John Gray si aceptaría mi proposición... y sabía perfectamente que lo haría.

— Tu proposición?

—Pedí a John Gray que sedujera a Aidan Fraser.

— Qu ? —Negu  con la cabeza, incrédulo.

Oscar esbozó su semisonrisa burlona.

—Supuse que sería cosa fácil —prosiguió—, y no me equivoqué. Esta mañana, al despertar, Aidan Fraser era presa de una sensación de libertad que no tenía desde hacía meses. Bellotti estaba muerto, O'Donnell estaba muerto; el caso estaba cerrado. Por fin podía seguir adelante con su vida. Era, por tanto, un día de celebración... y la víspera del día de san Aidan. Cuando me encontr  en misa con John Gray, le pedí que enviara aviso inmediato a Fraser, invitándole a reunirse con él en Cowley Street a las dos de esta misma tarde. Le pedí también que llevara velas e incienso a la cita con la esperanza de que Fraser se viera tentado a recrear con John Gray el sacramento del que tanto había disfrutado con Billy Wood...

—¿E hizo lo que le pediste? Accedió a tu «proposición». ¿Por qué?

—¡Porque me adora!

—¿Que te adora? —repetí, incrédulo.

—Ya sé que es extraño, Robert. ¡Pero es cierto! —Se rió y se inclinó hacia delante en el sillón. Sacó entonces del bolsillo de la chaqueta una carta y me la pasó—. Lee —dijo—. ¡Lee, Robert! Es de John Gray, y está dirigida a mí. Me la dio el día de Año Nuevo en Tite Street. La tinta es violeta y el papel de color crema, pero no hay ni sombra de vulgaridad en los sentimientos. ¡Lee!

Leí.

*«Desde el momento en que le conocí, su personalidad tuvo sobre mí una influencia absolutamente extraordinaria. Me vi dominado —el alma, la mente y la voluntad— por usted. Le adoraba. Sentía celos de todas las personas con las que le veía hablar. Quería tenerle todo para mí. Sólo era feliz cuando estaba con usted».*

Había mucho —¡mucho más!— en el mismo tono. Le devolví la carta a mi amigo, que dobló el papel con sumo cuidado y lo besó con suavidad antes de metérselo de nuevo en el bolsillo.

—Bella redacción, ¿no te parece? Con el permiso de John, propongo incluirla, palabra por palabra, en la historia que estoy escribiendo para el amigo Stoddart. Mi héroe, Dorian Gray, «nació para ser adorado». Según John Gray, ¡yo también!

—Es un jovencito muy peculiar —mascullé, tomando un buen sorbo de champán.

—Es apuesto e idólatra, Robert. ¡Me buscó para adorarme! Y, en cuanto dio conmigo, ya no me dejó escapar. ¿Recuerdas mis treinta y siete visitas a las morgues y a los depósitos de cadáveres de la metrópolis? No fueron las expediciones solitarias que te hice creer, Robert. John Gray fue mi constante compañero. Y, bendito sea el muchacho, mientras viajaba por ahí conmigo y supo de mi determinación por lograr que se hiciera justicia a Billy Wood, se empeñó en demostrar su propia y apasionada devoción por mi causa resolviendo él mismo el crimen... ¡sin la ayuda de nadie! Quería que fuera ése mi regalo, una ofrenda que depositar en mi altar.

—Pero ¿será posible?

—Oh, sí, Robert, en los marchitos y amarillentos días de mi decrepitud podré decir: «¡Hubo un tiempo en que también a mí me adoraron!». Cuando viste a John Gray en la estación de tren de Ashford, oculto en el vagón siguiente al nuestro, viajaba a Broadstairs para interrogar a Susannah Wood. John llevaba su propia investigación independiente. Ni que decir tiene que nos anticipamos a él. Encontramos primero a Susannah Wood. La misión secreta de John Gray quedó en nada. Nos vio en el andén con la señora Wood y no se atrevió a bajar del tren por miedo a desvelar el secreto. Pobre chico, no le quedó más remedio que quedarse donde estaba y seguir viaje hasta Folkestone. ¡Y todo para nada!

—Y hoy estaba dispuesto a cometer el acto ignominioso con Fraser... ¿y todo por tí?

—En efecto, aunque me confesó que, en cualquier caso, se sentía extrañamente atraído por Fraser. Compartían una mutua debilidad por las velas y por el incienso... por la transubstantación y por Roma. Eran, como lo habría expresado sin duda Bellotti, «uña y carne».

—¿«Uña y carne»?

—De hecho, y dada la humilde cuna de John Gray, creo que la expresión correcta sería «uña y callo». Lo que quiero decir, Robert, es que eran «compatibles». ¡John Gray estaba más que dispuesto a hacer las veces del jovencito Beatrice para el Dante de Fraser!

—Sí, Oscar —dije, volviendo a llenarle la copa y haciendo lo propio con la mía—. Entiendo lo que quieres decir.

—Me alegra conocer a John Gray, y no lamento haber conocido a Aidan Fraser. Debes saber que fuiste tú, Robert, quien me llevó a comprender a Fraser y también el caso...

—¿Yo?

—Sí, tú, Robert Sherard, mi amigo..., cuando me dijiste que tu propósito de Año Nuevo era seguir el dictado de tu corazón, allí donde te llevara. Eso fue lo que hizo Fraser, literalmente. En esta vida no hay nada serio salvo la pasión, y Aidan Fraser era apasionado en el amor que le profesaba a Billy Wood. He aprendido muchas lecciones en estos últimos cinco meses. No, Robert, no lamento haber tropezado con este caso...

—Oscar —dije, volviendo a recostarme contra el respaldo del sillón, bebiendo lentamente el champán de mi copa y considerando si me atrevía por fin a hacer la pregunta que durante tanto tiempo había deseado hacer—, todavía no me has dicho por qué visitaste el veintitrés de Cowley Street esa tarde de finales de agosto.

Se le arrugó la frente.

—Pero si te lo he dicho varias veces, Robert. Tenía una cita con una alumna. Una estudiante mía, una joven dama...

—¿Una joven dama?

—Una joven dama. De hecho, mi ahijada.

—¿Tu ahijada? ¡No sabía que tuvieras una ahijada! ¿Es eso cierto, Oscar, o es esa ahijada otro producto de tu extraordinaria imaginación, como tantas de tus tías?

—Mi ahijada es real, Robert, y una joven muy especial... y muy querida. Es un dorado rayo de sol, llena de vida, de energía y de calor. Y es tan talentosa como encantadora. Sólo tiene quince años, pero es ya una actriz consumada.

—¿Y por qué jamás me has presentado a semejante dechado de encantos?

—Porque la pobrecilla ha vivido oculta. Es francesa...

—¿Francesa?

—Sí, Robert, *une jeune française très belle*. Vino a Inglaterra huyendo de su padre, pero él la siguió. Yo le di refugio lo mejor que pude. Le encontré una habitación en Soho Square. Le di dinero. Le di lecciones. He estado enseñándole inglés... ¡y teatro! Tiene un talento natural. A veces les daba clase a Billy Wood y a ella juntos. Eran de la misma edad. Ella podía ser la Julieta de su Romeo. Verlos juntos resultaba extraordinariamente conmovedor.

—¿Le enseñabas obras de Shakespeare... en Cowley Street?

—También daba allí clases a Billy Wood. Les enseñaba juntos. Billy Wood tenía planeado venir a Cowley Street el treinta y uno de agosto para una de nuestras clases; a menudo nos encontrábamos en Cowley Street el martes por la tarde. Sin embargo, unos días antes, vi a Billy y le dije que tenía que posponer nuestra cita al día treinta y uno. No le dije por qué. Simplemente me limité a decirle que esa tarde tenía «otro compromiso». La verdad es que tenía que ver a mi ahijada a solas. Necesitaba preparar una prueba especial y yo quería dedicarle toda mi atención. No mencioné a Billy la prueba de mi ahijada porque temí que tuviera envidia. Fue un error. De hecho, resultó ser un error fatal. Al cancelar mi clase con él diciéndole simplemente que tenía otro compromiso, Billy dio por hecho, y con razón, que el treinta y uno de agosto yo estaría en otra parte... y consecuentemente calculó que el veintitrés de Cowley Street estaría libre esa tarde y por lo tanto, inesperadamente, disponible para otros propósitos, diferentes deleites... No sé, cómo podía yo saberlo, pero todo me hace suponer que fue Billy quien propuso a su «tío» que se encontraran esa tarde en Cowley Street. Naturalmente, Billy tenía su propia llave.

—¿Y Fraser tenía también llave?

—Así es. Y, por lo general, también yo tenía llave. Pero el treinta y uno de agosto se la había dejado a mi ahijada. Por eso tuve que llamar a la puerta para poder entrar a la casa.

—Le dabas clase a tu ahijada en Cowley Street. Le encontraste una habitación en Soho Square. Le dabas dinero y, aun así, ¿no te la llevaste a Tite Street? —pregunté—. ¿No le ofreciste refugio allí?

—No, Robert —respondió severamente—, y por una sencilla razón. Me pareció que era pedir demasiado de Constance.

—Ah —dije—. ¿Y por qué?

—Porque la historia de la familia de mi ahijada no es del todo respetable. Mi ahijada es fruto de lo que tú darías en llamar «una hija del placer».

—Disculpa, Oscar, pero no te sigo.

—Mi ahijada es hija de Marie Aguétant.

—Pero eso es maravilloso —jadeé—. ¿No serás tú el padre, Oscar?

—¡Ojalá lo fuera, Robert! Pero no, no lo soy. El padre de la pequeña es un bruto

llamado Bertrand Ramier. Fue soldado en su día, un hombre de acción y también hombre de valor, a decir de todos, pero cuando dejó el ejército se refugió en la bebida primero y luego en el crimen. Hace unos veinte años, con sus ganancias dichas, compró parte del Edén Music Hall, y fue allí donde conoció a Marie Aguétant. Se hicieron amantes. Tuvieron una hija. Y entonces, un día, en un arrebató étnico, Ramier mató a su amante. Otro hombre fue acusado del asesinato y ejecutado por el crimen. Pero fue Ramier quien mató a Marie Aguétant. Lo sé. Odile lo vio todo.

—¿Odile?

—Es el nombre de mi ahijada... o lo era hasta que vino a Inglaterra. Ahora se llama Isola. Ha sido bautizada de nuevo con el nombre de mi hermana.

—¿Y su padre?

—Es el hombre al que viste seguirnos por Albemarle Street, el hombre que me atacó esa noche en Soho Square y la razón por la que ella se ha estado ocultando... y moviéndose por Londres, de un alojamiento al siguiente, en la clandestinidad de la oscuridad u oculta tras una máscara.

—¿Tras una máscara? —repetí.

—Sí, una grotesca máscara de carnaval. ¿Acaso no llegaste a verla cuando nos vigilabas, Robert? —Bajé la mirada al fondo de mi copa—. Oh, Robert. ¿Confundiste acaso la máscara por su rostro? ¡No es posible! ¡Sabes muy bien hasta qué punto aborrezco la fealdad!

Me sonrojé y él me leyó el pensamiento.

—No eres ningún estúpido, Robert. Eres mi amigo, el mejor que cualquier hombre podría pedir. No sabes cuánto me alegra haber convencido a Hubbard para que esta noche nos sirviera dos botellas de champán. Tenemos mucho que celebrar.

—¿Ah, sí? —pregunté mientras él llenaba mi copa, derramando un poco de champán sobre mi rodilla.

—¡Ya lo creo, Robert! «El caso está cerrado», y nosotros estamos vivos, estamos bien y somos hermosos, a nuestro modo... y somos amigos, ¡y somos libres!

—¿E Isola?

—¿Mi hermanita? Es libre y está en compañía de los ángeles. Estoy seguro de que es una de ellos.

—Me refiero a tu ahijada...

—Ah, sí, Isola O’Flahertie... Ése es su nombre artístico. Sorprendente, ¿no? Me alegra decir que también ella es libre. Su padre ha sido deportado a Francia, por cortesía del Inspector Gilmour de Scotland Yard. Estos pelirrojos cuarentones son gente de palabra, Robert. Archy Gilmour es un buen hombre. Le prometí que le entregaría a Aidan Fraser y a la señorita Sutherland y a cambio él me prometió que entregaría a Bertrand Ramier a la *préfecture* de París. Ambos hemos cumplido con nuestra palabra. A Billy Wood se le ha hecho justicia y mi ahijada es por fin libre y

está a salvo.

—¿La conoceré?

—Sí, Robert, y muy pronto. Espero que vengas a la noche de su estreno.

—¿La noche de su estreno?

—¿No te lo había dicho? Se la presenté al señor Irving del Lyceum. Creo que nos viste cuando íbamos hacia allí, ¿no? Está produciendo una obra nueva basada en *La novia de Lammermoor*... Estoy seguro de habértelo dicho. Irving necesitaba una joven hermosa y con talento para el papel, y le propuse a Isola. Pues bien, hizo la prueba e Irving quedó encantado. Piénsalo, Robert: ¡mi ahijada va a ser la actriz principal de Henry Irving!

—¡Felicidades! —exclamé.

—Quiero que vengas al estreno. ¡Tengo entradas!

—Será un placer, Oscar.

—El estreno será dentro de dos semanas; el lunes catorce de febrero, día de san Valentín.

—Allí estaré —dije, levantando mi copa hacia él—. Allí estaré, Oscar. Será un honor, mi querido y buen amigo.

—¡Y lleva a Kaitlyn contigo! —me exhortó, haciendo entrechocar su copa contra la mía—. Me habías dicho que había vuelto a Londres, ¿verdad? Lleva a Kaitlyn. Llévala, Robert. ¡Un hombre debería estar siempre enamorado!

# Notas biográficas



## OSCAR WILDE

Oscar Fingal O'Flahertie Wills Wilde nació en el 21 de Westland Row, Dublín, el 16 de octubre de 1854. Era el segundo hijo de sir William Wilde, eminente cirujano irlandés, y de Jane Francesca Wilde, *née* Elgee, poeta, escritora y traductora, que escribía con el seudónimo de Speranza.

Oscar Wilde estudió en la Portora Royal School de Enniskillen, el Trinity College de Dublín y el Magdalen College de Oxford, donde obtuvo un doble sobresaliente y donde consiguió, con su poema «Rabeau», el Newdigate Prize de poesía. Al dejar Oxford se instaló en Londres y dio comienzo su carrera de escritor profesional, crítico y periodista. Su obra teatral *Vera* se publicó en privado en 1880 y sus *Poemas* aparecieron en 1881.

En 1881, Richard D'Oyly Carte presentó la operetta *Patience* de Gilbert y Sullivan, en la que satirizaba a Oscar y a sus colegas «ascetas». Su éxito, y la celebridad de Wilde, llevó a D'Oyly Carte a invitar al joven autor a participar en un extenso circuito de conferencias por Estados Unidos a principios de 1882. En 1883, Wilde pasó varios meses en París trabajando en su obra *La duquesa de Padua* y conociendo, entre otros, a Victor Hugo, Paul Verlaine, Emile Zola y Robert Sherard. El 29 de mayo de 1884 se casó con Constance Lloyd, hija de un distinguido abogado inglés de alto rango, y la pareja se instaló en el 16 de Tite Street, en Chelsea. Sus hijos, Cyril y Vyvyan, nacieron en junio de 1885 y en noviembre de 1886, respectivamente.

La colección de cuentos de hadas de Oscar Wilde titulada *El príncipe feliz y otros cuentos*, apareció en 1888, seguida de los más controvertidos *El retrato del señor W. H* en 1889 y *El retrato de Dorian Gray* en 1890. La primera de sus exitosas comedias sociales, *El abanico de lady Windermere*, fue producida en Londres en 1892, seguida de *Una mujer sin importancia* (1893), *Un marido ideal* (1895) y *La importancia de llamarse Ernesto* (1895).

En 1891, Oscar Wilde conoció a lord Alfred Douglas, tercer hijo del octavo marqués de Queensberry. En 1895, Queensberry dejó una nota a Wilde en el club Albemarle en la que le acusaba de «alardear de *somdomita*» (*sic*), provocando que Wilde denunciara a Queensberry por libelo criminal. El fracaso de la acción legal contra el libelo condujo al procesamiento del propio Wilde, acusado de intolerable indecencia. El 25 de mayo de 1895 fue declarado culpable y condenado a dos años de prisión con trabajos forzados.

Al dejar la cárcel, el 19 de mayo de 1897, Wilde viajó de inmediato a Francia y pasó el resto de su vida en el continente. Su poema *La balada de la cárcel de Reading* se publicó en 1898, y *De Profundis*, su carta confesional dirigida a lord Alfred Douglas, se publicó póstumamente en 1905. Constance Wilde murió en Génova el 7

de abril de 1898, tras una operación de columna. Oscar Wilde falleció en París el 30 de noviembre de 1900. Fue enterrado en el cementerio de Bagneux. En 1909, sus restos se trasladaron al cementerio nacional francés de Père Lachaise.

## ARTHUR CONAN DOYLE

De ascendencia católico-irlandesa, Arthur Ignatius Conan Doyle nació en el 11 de Picardy Place, en Edimburgo, el 22 de mayo de 1859. Era el segundo de los diez hijos de Mary Foley Doyle, de los que sobrevivieron siete. Su padre, Charles Doyle, era pintor y alcohólico, y murió en un hospital psiquiátrico cerca de Dumfries. Su abuelo, John Doyle, se marchó de Dublín a la edad de veinte años para convertirse en un retratista de éxito en Londres. Su tío, Richard Doyle, fue un célebre caricaturista e ilustrador. De su tío abuelo, Michael Conan, notable periodista, Arthur recibió el apellido compuesto de Conan Doyle.

Arthur Conan Doyle estudió en el Stonyhurst College de Lancashire, en un colegio jesuíta de Feldkirch, Austria, y en la Universidad de Edimburgo, donde estudió medicina y donde se convirtió en el cirujano asistente del profesor Joseph Bell, cuyos métodos de diagnóstico consideró como el modelo para la ciencia de la deducción perfeccionada por su creación más famosa, «el detective consultor» Sherlock Holmes.

Tras servir brevemente como oficial médico en un barco (más exactamente a bordo de un ballenero destinado al Círculo Ártico), se instaló en la costa sur de Inglaterra, en Southsea, donde abrió su propia consulta en 1882. Fue precisamente mientras esperaba a sus pacientes cuando empezó a escribir ficción. Sherlock Holmes apareció por primera vez en *Estudio en escarlata*, en 1887. *El signo de los cuatro* se publicó en 1890, seguido de *Las memorias de Sherlock Holmes* (1894), *El sabueso de los Baskerville* (1902), *El regreso de Sherlock Holmes* (1904), *El valle del terror* (1915), *Su último saludo* (1917) y *El libro de casos de Sherlock Holmes* (1927).

A su debido tiempo, su éxito como autor le permitió renunciar a la carrera de médico y, aparte de sus historias de Sherlock Holmes, sus múltiples y populares libros abarcaron desde romances históricos como *Micah Clarke* (1889) y *Las azañas y aventuras del brigadier Gerard* (1896) a la ciencia ficción, como *El mundo perdido* (1912) y *The Poison Belt* [El cinturón del veneno] (1913). En 1899, se ofreció voluntario para servir como oficial médico en la guerra de Sudáfrica y publicó *La gran guerra bóer* en 1900. Recibió el título de caballero por los servicios prestados a su país. En los últimos años de su vida, se interesó muchísimo por los fenómenos psíquicos y publicó *Historia del espiritismo* en 1926.

En 1885, Conan Doyle se casó con Louisa *Touie* Hawkins. Tuvieron dos hijos: una hija, María, y un hijo, Abeyne Kingsley. Touie murió de tuberculosis en 1906. Abeyne Kingsley, debilitado por las heridas sufridas en el Somme, murió de gripe en 1918. Conan Doyle se casó de nuevo con Jean Leckie en 1907. El matrimonio tuvo tres hijos. Arthur Conan Doyle murió en Crowborough, Sussex, el 7 de julio de 1930.

## ROBERT SHERARD

Robert Harborough Sherard Kennedy, cuarto hijo del reverendo Bennet Sherard Calcraft Kennedy, nació en Londres el 3 de diciembre de 1861. Su padre era el hijo ilegítimo del sexto y último barón de Harborough, y su madre, Jane Stanley Wordsworth, la nieta del poeta laureado William Wordsworth (1770-1850). Robert cursó estudios en el Queen Elizabeth College de Guernsey, en el New College de Oxford y en la Universidad de Bonn, pero abandonó Oxford y Bonn sin haberse hecho con un título. En 1880, después de una discusión con su padre y de haber perdido su esperada herencia, abandonó también su apellido Kennedy.

A principios de la década de 1880, Robert Sherard se instaló en París y decidió ganarse la vida como escritor y periodista. Cultivó la amistad de un buen número de figuras literarias del momento, entre las que cabría incluir a Emile Zola, Guy de Maupassant, Alphonse Daudet y Oscar Wilde. Publicó treinta y tres libros durante su vida, incluida una colección de poesía titulada *Whispers* [Susurros], (1884), novelas, biografías, ensayos —entre los que destaca *The White Slaves of England* [Los esclavos blancos de Inglaterra], (1897), y cinco libros inspirados por su amistad con Oscar Wilde: *Oscar Wilde: The Story of an Unhappy Friendship* [Oscar Wilde: La historia de una amistad infeliz], 1902; *The Life of Oscar Wilde* [Vida de Oscar Wilde], 1906; *The Real Oscar Wilde* [El auténtico Oscar Wilde], 1912; *Oscar Wilde Twice Defended* [Oscar Wilde doblemente defendido], 1934; y *Bernard Shaw, Frank Harris and Oscar Wilde* [Bernard Shaw, Frank Harris y Oscar Wilde], 1936.

Se casó en tres ocasiones y vivió gran parte de su vida en Francia, donde fue nombrado caballero de la Legión de Honor. Murió en Ealing, Inglaterra, el 30 de enero de 1943.

En 1960, en *Oscar Wilde and His World* [Oscar Wilde y su mundo], Vyvyan Holland, el hijo menor de Oscar Wilde, escribía lo siguiente sobre Robert Sherard: «Cuando se conocieron, tuvieron la impresión de que no tenían nada en común y sintieron por el otro una profunda animadversión, pero poco a poco fueron viéndose hasta convertirse en amigos de por vida. Sherard escribió los tres primeros estudios biográficos sobre Wilde tras la muerte de éste [...]. En estos tres libros están basadas el resto de biografías de Wilde, salvo la mal llamada biografía de Frank Harris, que no es más que la autoglorificación de Frank Harris. Sherard obtuvo buena parte de su material de lady Wilde cuando ésta era ya una vieja dama y era dada a dejar volar en exceso su imaginación, sobre todo en lo que hacía referencia a la historia de la familia; y Sherard, periodista nato, se sintió mucho más atraído por el Interés de una historia que por su exactitud, un defecto que podemos apreciar en todos sus libros. Aun así, en lo que concierne a su contacto real con Wilde, es del todo fiable».



GYLES BRANDRETH. Nació el 8 de marzo de 1948 en Alemania, país en el que, en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial, su padre, Charles Brandreth, servía como oficial jurídico en la Comisión de Control Aliada y contaba entre sus colegas a H. Montgomery Hyde, quien, en 1948, publicó el primer informe completo de los juicios a Oscar Wilde. En 1974, en el Festival de Teatro de Oxford, Gyles Brandreth produjo la primera versión teatral de *Los juicios a Oscar Wilde*, con Tom Baker en el papel de Wilde, y en 2000 editó los expedientes de los juicios para una producción de audio contando con la actuación estelar de Martin Jarvis.

Gyles Brandreth cursó estudios en el Liceo Francés de Londres, en la Bettenshanger School de Kent y en la Bedales School de Hampshire. Como Robert Sherard, Gyles Brandreth estudió en el New College de Oxford, donde fue becario, presidente de la Unión y editor de la revista universitaria, y luego, también como Sherard, se embarcó en la carrera de escritor y periodista. Su primer libro, *Created in Captivity* [Creado en cautividad] (1972), fue un estudio de la reforma carcelaria; su primera biografía, *The Funniest Man on Earth* [El hombre más divertido del mundo] (1974), fue el retrato de un artista del music-hall Victoriano llamado Dan Leno. Más recientemente ha publicado una biografía del actor sir John Gielgud, así como un aclamado diario de sus años como miembro del Parlamento y látigo del gobierno (*Breaking the Code: Westminster Diaries 1990-97*) y dos biografías de la realeza que han alcanzado los primeros puestos en las listas de ventas: *Felipe e Isabel: retrato de un matrimonio* y *Carlos y Camila: retrato de un romance*.

Si los antepasados de Robert Sherard incluían a William Wordsworth, los de Gyles Brandreth incluyen a George R. Sims (1847-1922), poeta de menor renombre que escribió las baladas «Billy's dead and gone to glory» y «Christmas Day in the work-house». Sims fue además el primer periodista que afirmó conocer la verdadera identidad de Jack el Destripador. Pariente de la emperatriz Eugenia y conocido de Oscar Wilde y de Arthur Conan Doyle, Sims fue, probablemente, el primer «columnista del corazón». También fue muy conocido en su día por su apoyo a una «infalible cura para la calvicie: Tatcho. El Regenerador Capilar Geo. R. Sims».

Como locutor, Gyles Brandreth ha presentado numerosas series para la Radio 4 de la BBC, entre las que se incluyen *A Rhyme in Time*, *Sound Advice* y *Whispers* (casualmente, el título de la primera colección de poemas de Robert Sherard). Es invitado habitual de *Just a Minute* y de *Countdown*, y en sus apariciones en televisión ha sido desde el presentador de *Have I Got News for You* hasta el sujeto de *This is Your Life*. Sobre los escenarios, ha sido la estrella de una premiada revista teatral representada en el West End y encarnó al personaje de Malvolio en una versión musical de *Twelfth Night* en Edimburgo. Con Hinge y Bracket, se encargó del guión de la serie de televisión *Dear Ladies*; con Julian Slade, escribió una obra de teatro sobre A. A. Milne (con Aled Jones en el papel de Christopher Robin), y, con Susannah Pearce, ha escrito un nuevo musical sobre Lewis Carroll, *The Last Photograph*.

Gyles Brandreth está casado con la escritora y editora Michèle Brown. El matrimonio tiene tres hijos: un abogado, un escritor y un economista medioambiental.

# Notas

[1] Clara referencia a la intervención de Falstaf en *Enrique IV* de Shakespeare, parte II, acto III, escena II. (N. del T.) <<



[2] Personajes de *Alicia en el país de las maravillas*. (N. del T.) <<

[3] Bleak House: casa despacible. (N. del T.) <<

[4] El 5 de noviembre es el aniversario del Complot de la Pólvora (1605), cuya finalidad era asesinar al rey Jacobo I dinamitando el Parlamento. Esa noche se hacen fogatas y se queman efigies del conspirador Guy Fawkes. (N. del T.) <<

[5] *Memorias y aventuras*, 1924. <<

[6] William Shakespeare, *Hamlet*, escena II. (N. del T.) <<